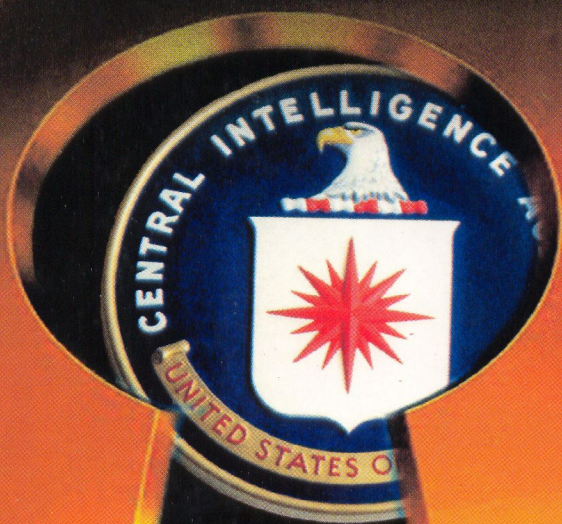


La CIA *en* ESPAÑA

Alfredo Grimaldos



CIENCIAS SOCIALES

ALFREDO GRIMALDOS FEITO (Madrid, 1956). Es licenciado en Ciencias de la Información en la Universidad Complutense de Madrid. Colaboró en publicaciones que lograron amplia difusión después de la muerte de Franco, como *Alternativas*, *España Crítica* o *Tricolor*. En 1977 se integró al equipo de redacción de Ediciones de la Torre y publicó *Contra el Pacto de la Moncloa*. Redactor de los diarios *Liberación* y *La Tarde* de Madrid, dirigió la revista *Área Crítica*. Ha escrito numerosos artículos relacionados con distintos aspectos de la Transición en revistas como *Interviú*, *Actual*, *Motivos de Actualidad* o *Artículo 20*. Desde 1990 es colaborador de *El Mundo* y crítico de flamenco de este diario. Durante los años 2001 y 2002 formó parte del equipo de investigación de la serie *Crónica de una generación*, elaborada por El Mundo TV para Antena 3. En 2004 publicó el libro *La sombra de Franco en la Transición*.

La CIA *en* ESPAÑA

Alfredo Grimaldos

POLÍTICA



EDITORIAL DE CIENCIAS SOCIALES, LA HABANA, 2007

Agradecemos a la Editorial DEBATE del Grupo Random House Mondadori, S.A. y al autor, Alfredo Grimaldos Feito, la cesión de derechos para la publicación dentro del territorio nacional del presente libro por la Editorial de Ciencias Sociales del Instituto Cubano del Libro.

Primera edición en español, Editorial DEBATE, octubre de 2006

Primera edición en Cuba, Editorial de Ciencias Sociales, 2007

© Todos los derechos reservados, 2007

© Sobre la presente edición:

Editorial de Ciencias Sociales, 2007

ISBN 978-959-06-1007-3

Estimado lector, le estaremos muy agradecidos si nos hace llegar su opinión, por escrito, acerca de este libro y de nuestras ediciones.

INSTITUTO CUBANO DEL LIBRO
EDITORIAL DE CIENCIAS SOCIALES

Calle 14 no. 4104 entre 41 y 43, Playa

Ciudad de La Habana, Cuba

e-mail: nuevomil@cubarte.cult.cu

Con el recuerdo de nuestra querida
Paquita Villalba

Índice

INTRODUCCIÓN	11
1. La transición de Langley	17
2. Todos contra la URSS	35
3. España, portaaviones de los yanquis	49
4. Colonizados por la CIA	65
5. «Gladio», la espada del Imperio	85
6. La Operación Delgado y el Tarzán de Palomares	101
7. No hay mal que por bien no venga	115
8. Una península sin dictaduras	129
9. Isidoro y Mister PESCA	141
10. Cómo detectar a un espía	161
11. 23-F, «una cuestión interna»	177
12. El lado oscuro de la «colza»	195
13. Comisionistas y trilaterales	207
14. Jefes de estación	221
EPÍLOGO	247
NOTAS	257
ANEXO DOCUMENTAL	283
BIBLIOGRAFÍA	297
ÍNDICE ALFABÉTICO	305

Introducción

Los hombres de la CIA (Central Intelligence Agency) están detrás de casi todos los principales acontecimientos políticos y militares de nuestra historia reciente. La sede central de la Agencia, en Langley, tiene poco que ver con el edificio donde entra y sale a su antojo Faye Dunaway en la película *Los tres días del Cóndor*. Es un gigantesco búnker desde donde se han diseñado cientos de operaciones desarrolladas en España por los servicios de inteligencia norteamericanos desde la pos-guerra mundial hasta hoy. Las recientes escalas en aeropuertos españoles de aviones de la CIA, con prisioneros que son trasladados a centros de tortura distribuidos por varios países de la órbita norteamericana, constituyen sólo un eslabón más de la cadena de actuaciones clandestinas que la Agencia inició en nuestro país durante la Guerra Fría. La sólida infraestructura que hoy permite continuar trabajando a sus hombres aquí comenzó a construirse a principios de los años cuarenta.

La CIA interviene en la instalación de las bases militares estadounidenses en nuestro suelo, la transición del franquismo a la Monarquía, el golpe de Estado del 23-F o la definitiva integración del Estado español en la estructura de la OTAN. La permanencia de la dictadura franquista, durante casi cuatro décadas, y la evolución controlada hacia un sistema parlamentario están condicionadas por la actividad de los espías norteamericanos.

En esa oscura tarea de mover los hilos desde la sombra colaboran con los servicios estadounidenses miembros del Ejército español, destacados políticos y diplomáticos, empresarios, hombres de la ban-

ca y personajes del mundo de la cultura y el periodismo. La mayor parte de los colaboradores de la CIA tienen poco que ver con la imagen tópica, peliculera y novelesca de los espías: son individuos «normales», perfectamente integrados en su entorno social. Muy distintos son los oficiales de operaciones, situados en los puntos neurálgicos de la red. En España, durante todo este tiempo, han dirigido el espionaje norteamericano curtidos oficiales de la Agencia, expertos en acciones encubiertas, como los sucesivos jefes de la estación de la CIA en Madrid, situada en la embajada de la madrileña calle de Serrano, Robert E. Gahagen, Néstor Sánchez, Ronald Edward Estes, Richard Kinsman o Leonard Therry. Todos ellos arrastran ya un largo historial operativo cuando llegan aquí. Han desarrollado la mayor parte de sus carreras en Latinoamérica y su biografía profesional está marcada por una sucesión de golpes de Estado y de operaciones desestabilizadoras en Bolivia, Brasil, Uruguay...

Uno de los más eficaces agentes norteamericanos en España es Ronald E. Estes. Aparece en Checoslovaquia poco antes de la Primavera de Praga; en Beirut, financia y organiza la Falange Libanesa, que más adelante provocará las terribles matanzas de Sabra y Chatila; después actúa en Grecia, para apoyar la «solución Karamanlis», como salida a la dictadura de los coroneles... Hasta que llega a España y se produce el golpe de Tejero y Milans. Con los hitos profesionales de estos acreditados «especialistas» se puede reconstruir la política exterior norteamericana desde los años de la Guerra Fría.

Aparte de ellos, trabaja para la Agencia una legión de colaboradores de mayor o menor rango, introducidos en todos los ámbitos sociales y políticos del país: el Ejército, los partidos, la educación, la cultura, los bancos y las grandes empresas, los sindicatos... El *New York Times* publica en 1975, poco antes de la muerte de Franco, que la CIA mantiene importantes relaciones con todos los partidos políticos españoles para buscar una salida al régimen, incluido el PCE (Partido Comunista de España) de Santiago Carrillo. Dos años más tarde, el secretario general de esta formación será invitado a viajar a Estados Unidos, caso único en la historia de los partidos comunistas, cuyos dirigentes han tenido prohibida la entrada en Estados Unidos desde siempre.¹

Este libro desvela los mecanismos de penetración de los servicios estadounidenses en España desde la Segunda Guerra Mundial. Los propios documentos desclasificados por la Administración de Estados Unidos arrojan luz sobre determinados aspectos de esta historia. Quienes los redactan escriben para que se les entienda, sin pudor político ni circunloquios literarios.² A través de esos materiales se puede comprobar que la principal preocupación de los norteamericanos es mantener bien amarrado al régimen de Franco con el menor coste político para ellos en el plano internacional.³

Las confesiones de antiguos miembros de la Agencia apartados de la organización y los testimonios de oficiales españoles que han seguido de cerca las actividades de los hombres de la CIA aportan datos jugosos para entender cómo actúan los espías norteamericanos en nuestro país. En más de una ocasión, algunos miembros de los servicios de inteligencia españoles se han enfrentado a ellos para abortar sus planes, como es el caso de la Operación Gino, que provoca la expulsión de la plana mayor del espionaje estadounidense en España.

Antes de que la CIA se constituyera oficialmente, la actividad de los servicios norteamericanos en nuestro país era importante, pero mucho menos que la de los británicos. El Intelligence Service considera la península un feudo suyo hasta después de la victoria aliada de 1945. En España actúa el famoso espía Juan Pujol «Garbo», bajo las órdenes de Desmond Bristow, jefe de la «sección ibérica» de la inteligencia británica durante años. Y también lo hace el propio Harold «Kim» Philby, el gran infiltrado de los soviéticos en las filas de la inteligencia angloamericana.

A medida que avanza la década de los cuarenta, la OSS (Office of Strategic Services) estadounidense, precursora de la CIA, hereda las privilegiadas relaciones que los británicos mantienen, desde siempre, con el PNV (Partido Nacionalista Vasco). Durante toda la Guerra Civil, los nacionalistas buscan la mediación británica para intentar conseguir un acuerdo con Franco. Después, cuando los norteamericanos ya están mucho más interesados en controlar las actividades de los comunistas en España que en mover de El Pardo a su inquilino, los servicios del PNV comienzan a actuar bajo las órdenes de

Washington. Su anticomunismo clerical les hace coincidir con los intereses de la CIA.

En 1947, cuando se crea la Agencia, con el mundo dividido en dos bloques antagónicos, el asunto ya está muy claro: los norteamericanos deciden mantener al Caudillo bajo palio y utilizar sin trabas el suelo español como plataforma militar. Comienza la captación de oficiales del Ejército franquista para servir al poderoso aliado estadounidense.

Por otra parte, los norteamericanos mantienen hilo directo con Laureano López Rodó y apoyan también la Operación Lolita, que prepara a Juan Carlos de Borbón para suceder al Generalísimo. Inmediatamente después de subir al trono, el primer viaje oficial del monarca le lleva a Estados Unidos, donde recibe el espaldarazo del Imperio. El rey mantiene siempre excelentes relaciones con sus mentores del otro lado del Atlántico. Colabora con ellos en la entrega del Sahara a Marruecos, cuando todavía es el «heredero» designado por Franco, y después presiona desde La Zarzuela a los sucesivos gobiernos de la Transición para que España se acomode definitivamente en el seno de la OTAN. A cambio, obtiene respaldo político y prebendas personales.

A finales de los cincuenta, los servicios de Estados Unidos «tocan» a jóvenes socialistas para tenerlos como permanente fuente de información sobre las actividades de la oposición comunista. Carlos Zayas, Joan Raventós o José Federico de Carvajal son algunos de ellos. Otro socialista de postín que mantiene relaciones con los servicios norteamericanos es el actual Defensor del Pueblo, Enrique Múgica, quien, por su ascendencia judía, también goza de buenos contactos con el Mossad israelí.

Múgica y Raventós participan en la reunión que se celebra en 1980 en casa de Antoni Ciurana, alcalde de Lérida, en la que Armada tantea la opinión del PSOE (Partido Socialista Obrero Español) sobre la «reconducción» que desembocará en el 23-FY sólo dos días antes del asalto de Tejero al Congreso, el comandante Cortina, del CESID (Centro Superior de Información de la Defensa), muy vinculado a los servicios norteamericanos y uno de los principales

coordinadores del golpe, visita al embajador de Washington en Madrid, Terence Todman, para que dé su visto bueno a la operación.

La misma mañana del 23 de febrero, el sistema de control aéreo norteamericano, a través de la estación central de Torrejón, anula el Control de Emisiones Radioeléctricas español, mientras los pilotos de las Fuerzas Aéreas de Estados Unidos permanecen alerta en las cuatro bases «de utilización conjunta». El secretario de Estado, Alexander Haig, declara que el golpe «es una cuestión interna» española, cuando aún no está claro el desenlace de la historia.

Una anécdota hasta ahora inédita resulta muy ilustrativa para entender algunos aspectos de la trama del 23-F. Pocos días después de que se resuelva momentáneamente el asunto, con la liberación de los diputados y el encarcelamiento de Milans, Tejero y unos cuantos militares más, tiene lugar una reunión de oficiales de los servicios españoles de inteligencia para tratar algunos aspectos relacionados con el intento del golpe. La preside Javier Calderón, en ese momento secretario general del CESID. Todo parece indicar que se quiere dar carpetazo al tema sin rebuscar más de la cuenta ni apretar las clavijas a nadie. Cuando va a disolverse la sesión, el teniente coronel Guitián enseña un telegrama y pregunta: «Entonces, ¿qué hago con esto?». El sistema de comunicaciones que está a cargo de Guitián ha captado ese envío a última hora del día 23 de febrero. Lo abre y lee: «Jaime, ahora vas contra la Corona». Es una reunión con numerosos testigos. Entonces, visiblemente cabreado, Javier Calderón le dice, delante de todos: «Joder, Guitián, no tienes sensibilidad informativa».

Otro aspecto clave para entender el diseño de la política española realizado por los servicios norteamericanos es la toma del poder, dentro del PSOE, de Felipe González y los suyos en Suresnes, en 1974. El político sevillano acude a esta pequeña localidad francesa situada cerca de París escoltado por oficiales del SECED, el servicio de información creado por el almirante Carrero Blanco. Ellos son también quienes le proporcionan el pasaporte.

A la hora de garantizar la transición sin sorpresas desde el franquismo a un régimen más homologable internacionalmente, una pieza fundamental es el Ejército. El propio general Vernon Walters,

que llega a director adjunto de la CIA, es el encargado de tantear a relevantes mandos militares españoles a principios de los setenta, para tener bien amarrado el proceso de cambio. Franco está ya al final del camino y el príncipe heredero, preparado para ocupar el trono. Pero antes de que desaparezca Franco, se produce el atentado de ETA contra Carrero, muy cerca de la embajada norteamericana. Nadie duda de que los autores materiales del asesinato son miembros de la organización vasca, pero en la trastienda quedan muchas cosas sin aclarar. Hay demasiadas piezas que no encajan.

Los socialistas de Suresnes aguantan su «OTAN, de entrada», como reclamo electoral, hasta que llegan al poder, en 1982. Después del referéndum de 1986, por fin, España ya es democrata y de la OTAN. Veinte años más tarde, los aeropuertos españoles continúan siendo una base segura para las acciones encubiertas de la CIA.

La transición de Langley

La Transición española se diseñó en Langley (Virginia), junto al río Potomac, en la sede central de la CIA. La fase final de esa compleja operación, que culmina con la restauración monárquica en la persona de Juan Carlos I de Borbón, se comienza a fraguar en 1971, tras la visita del general Vernon Walters a España para entrevistarse con Franco. La avanzada edad del dictador turba los sueños de Richard Nixon, cuyo insomnio pronto se va a agudizar mucho más, con el caso Watergate. Pero en ese momento, una de las mayores preocupaciones del presidente norteamericano, dentro del área internacional, es tener bien controlado el proceso de sucesión en España cuando se produzca la desaparición física de quien ha sido fiel y subordinado aliado de Estados Unidos desde el comienzo de la Guerra Fría.

Walters, que poco después será nombrado director adjunto de la CIA, comunica al entonces vicepresidente de Gobierno, Luis Carrero Blanco, la necesidad de coordinar la actuación de los servicios de información norteamericanos y españoles para tener todo previsto ante el eventual fallecimiento del Caudillo. Y unos meses después, los hombres del Servicio Central de Documentación, creado en marzo de 1972, bajo la dirección del teniente coronel José Ignacio San Martín, entran en acción.

Manuel Fernández Monzón es entonces un joven capitán que ha desarrollado la mayor parte de su incipiente carrera en los servicios de información, primero en Contrainteligencia y después en el SECED. A él le corresponde viajar a Washington, como enlace en-

tre el organismo dirigido por el futuro golpista San Martín y los cerebros —norteamericanos, por supuesto— de la operación. En el propio Pentágono, Fernández Monzón es recibido por un coronel estadounidense. «Me puso frente a un gran mapa que tenían desplegado allí, lo señaló y me preguntó qué veía», recuerda el hoy general en la reserva. «Yo le contesté: “Un mapamundi”. Y él insistió: «Pero ¿qué hay en el centro?». El mapamundi se puede desplegar de distintas formas, claro, y ellos lo habían hecho de modo que en el centro exacto quedaba la península Ibérica. Entonces le contesté: “En el centro está España”. Y él, sonriente, remachó: «Pues por eso está usted aquí”». ¹ «No es verdad todo lo que se ha dicho de la Transición. Como eso de que el rey fue el motor. Ni Suárez ni él fueron motores de nada», continúa Fernández Monzón. «Sólo piezas importantes de un plan muy bien diseñado y concebido al otro lado del Atlántico, que se tradujo en una serie de líneas de acción, en unas operaciones que desembocaron en la Transición. Todo estuvo diseñado por la secretaría de Estado y la CIA, y ejecutado, en gran parte, por el SECED, con el conocimiento de Franco, de Carrero Blanco y de pocos más. Por ejemplo, cuando el Estado Mayor del Ejército de Tierra elaboró la Operación Diana, no sabía para qué lo estaba haciendo. Era la planificación de una intervención militar en el caso de que aquí se produjera un vacío de poder.»

Todo empieza con la visita de Vernon Walters, embajador «volante» de Nixon al palacio de El Pardo, lo que el propio general norteamericano ha calificado como «Una misión con la que ninguna puede compararse». ² Según Walters, Richard Nixon «se daba cuenta de la importancia que España tenía para el mundo libre». Y ese interés por nuestro país le induce a enviarle a España con la «misión especial» de entrevistarse con Franco, «para hablar de los años futuros en los que el generalísimo ya no fuera jefe de Estado».

Nixon, en el despacho oval de la Casa Blanca, le dice que ha estado pensando en la situación que se da en España, y en lo que puede ocurrir después de la muerte de Franco. «España era de vital

importancia para Occidente, y el presidente no quería que allí se creara una situación caótica o anárquica», continúa relatando Walters en su libro.

Expresó la esperanza de que Franco elevara al trono al príncipe Juan Carlos. Estimaba que esa sería una solución ideal, que daría lugar a una pacífica y ordenada transición que el propio Franco podría dirigir. De no adoptarse esta solución, el presidente Nixon albergaba esperanzas de que Franco nombrara un primer ministro fuerte, que se encargara de llevar a cabo la transición del régimen de Franco a la monarquía.

Vernon Walters sigue muy de cerca la evolución política del régimen franquista. Con un intervalo de poco más de diez años, dos presidentes de Estados Unidos visitan España. Primero Eisenhower, en diciembre de 1959, después Nixon, en 1970. Walters viaja a España con ambos: «Tuve la suerte de acompañarles y hacer de intérprete en las conversaciones con las autoridades españolas». En sus memorias, Walters recuerda con cariño al dictador español:

Francisco ofreció una cena oficial al presidente Eisenhower en el Palacio de Oriente. Se pronunciaron afectuosos brindis durante la cena y, luego, se celebró un buen concierto, a cargo de cinco violinistas. Todos ellos llevaban Stradivarius. Volvería a ver a Franco en El Pardo, muchos años después, para hablar con él de lo que ocurriría en España cuando él muriese. En esta última ocasión, Franco hablaría de su muerte con la misma serena frialdad con la que antes habló con Eisenhower.

La misión de Walters en El Pardo, en 1971, tiene similitudes con la de Martin Sheen en *Apocalypse Now*, cuando va a encontrarse con un enloquecido y sanguinario Marlon Brando. Pero a diferencia de lo que ocurre en la película de Coppola, en esta ocasión el general norteamericano no tiene el encargo de acabar con la vida del tirano, sino el de apuntalar su régimen para que se perpetúe con nuevas

apariencias externas cuando él falte. Nixon ordena a Walters que se entreviste a solas con Franco e intente averiguar qué medidas políticas y militares ha tomado el dictador en previsión de lo que pueda ocurrir tras su propia muerte. «Decir que estas instrucciones me estremecieron sería decir muy poco», escribe Walters.

El primer problema que encuentra el «embajador volante» de Nixon es el de poder ver a Franco a solas, sin que la embajada de Estados Unidos en Madrid ni el propio Ministerio de Asuntos Exteriores español medien en el asunto. Y además, no es nada fácil tener que hablar a un hombre de su propia muerte. Ni siquiera a alguien tan frío como el jefe del Estado español. Al final, es el propio ministro español de Asuntos Exteriores, Gregorio López Bravo, quien le facilita el encuentro. Franco tiene un olfato y una astucia especiales para moverse en esas situaciones y enseguida se da cuenta de cuál es el motivo de la visita. Le dice a Walters que ya ha tomado las decisiones oportunas para que, cuando su Capitanía «llegue a faltar», «todo quede atado y bien atado». Como ya manifestó en su discurso de 1969, durante el acto de designación de Juan Carlos de Borbón como sucesor suyo a título de rey.³

Asegura al general norteamericano que la sucesión se efectuará de forma controlada. El príncipe es la única alternativa y el Ejército le apoyará. Le dice que se han creado diversas instituciones para asegurar una ordenada sucesión e insiste en transmitir a Nixon «que el orden y la estabilidad en España quedan garantizados por las oportunas medidas que estoy adoptando». Y añade: «Mi verdadero monumento no es aquella cruz en el Valle de los Caídos, sino la clase media española».

Pero Vernon Walters no tiene muy claro que esas explicaciones sean suficientes para quedarse tranquilo y poder concluir así la misión que le han encomendado. Considera que su presidente le ha confiado un delicado trabajo que, en realidad, exige que haga algo más que hablar con el general Franco. Con el pretexto de hallarse de permiso en Madrid, visita a «varios amigos de las Fuerzas Armadas españolas, que ocupan puestos clave en la estructura de mando». Y todos ellos le manifiestan claramente que darán su apoyo a la eleva-

ción del príncipe Juan Carlos al trono, después de la muerte de Franco. Además, expresan «su creencia en que no habrá desórdenes ni disconformidad política en la nación».

Todos esos «amigos» militares coinciden en considerar que Franco no pondrá al príncipe en el trono antes de su muerte. Sin embargo, sí creen que el Generalísimo accederá a nombrar un primer ministro. A continuación, Walters visita a Carrero Blanco. Y éste le pone en contacto con los responsables de su propio servicio de información, que pronto se constituirá «oficialmente» con el nombre de SECED. San Martín será el primer jefe de este organismo. En sus memorias póstumas, este militar, posteriormente implicado en el golpe del 23-F, recuerda aquel encuentro. Escribe que Vernon Walters estuvo en el despacho de Carrero, a quien «le sorprendió el dominio de idiomas del general y sus conocimientos de estrategia y política internacional. Sintonizaron en la importancia que Carrero daba al proceso subversivo instigado, según él, «por el comunismo internacional y esencialmente por la URSS».⁴

Walters le explica al almirante que los norteamericanos quieren llevar a cabo una serie de «líneas de acción» concretas para garantizar que, efectivamente, no va a suceder nada imprevisto en el proceso de cambio hacia la democracia. Y él le contesta que, para el planeamiento y la concreción de esas «líneas de acción», los servicios de información de Estados Unidos tienen que entenderse con los hombres que van a integrar el SECED.

«A los norteamericanos sólo les hemos interesado por nuestra posición estratégica», opina el general Fernández Monzón. «Realmente consideran que la península Ibérica es el centro de su mapa mundial y para ellos resulta fundamental el eje Rota-Morón-Torrejón-Zaragoza. Antes, por la Guerra Fría, y ahora, porque estamos en la ruta desde Estados Unidos hasta el conflictivo Oriente Medio. En ese orden de cosas, se explica que los Estados Unidos, al final del franquismo, quisieran tener la seguridad de que aquí no iba a pasar nada.»

El SECED es una nueva sigla dentro del disperso panorama de los servicios de información españoles de la época. La Guardia Civil

tiene el suyo, cada uno de los ejércitos cuenta también con uno propio y, dedicado específicamente a la represión política, destaca el enorme protagonismo de la Brigada Político-Social, perteneciente a la Dirección General de Seguridad. El SECED se crea en marzo de 1972 y absorbe a la OCN (Organización Contrasubversiva Nacional). Es como un iceberg, tiene nueve décimas partes sumergidas, todo el bloque que proviene, en su mayor parte, de la antigua OCN, y está estructurado en distintos departamentos dedicados a perseguir subversiones variadas: la universitaria, la sindical, la de la Iglesia... «Luego, había una décima parte, formada por cuatro oficiales: el capitán Peñas Pérez, el capitán Peñas Varela, el capitán Peñaranda y yo», explica Fernández Monzón. «¿Por qué existía aquella parte abierta? Porque Carrero Blanco nunca quería ver a nadie y había mucha gente que sí le quería ver a él. Nos hacía ir a entrevistarnos con ellos y le redactábamos una reseña, para que él tomara sus decisiones y actuara.»

Carrero encarga a los miembros de este grupo, que posteriormente se va ampliando, trabajar en coordinación con los servicios de información norteamericanos y desarrollar las líneas de acción diseñadas en Langley, para tener controlada la situación cuando muera Franco. Eso se traduce, en primer lugar, en la Operación Lucero, que se desarrolla en el SECED. En ella se adopta una serie de medidas encaminadas a que, cuando muera Franco, durante su funeral y los días posteriores, la situación en las calles también quede «atada y bien atada». La Operación Lucero tiene como objetivo «la defensa de todas las instalaciones civiles consideradas vitales para asegurar el normal desenvolvimiento y cumplimiento de las acciones del gobierno provisional, durante la transición o relevo de mando en la jefatura del Estado», señala otro antiguo oficial de los servicios de información, el coronel Arturo Vinuesa. «Las fases de esta operación comprendían desde la designación de los objetivos a defender y ocupar, hasta el aviso domiciliario a todos los jefes y oficiales de las unidades, en la primera situación de alerta, cosa que, con un adecuado entrenamiento, se realizaba en un corto espacio de tiempo.»⁵

La segunda de las operaciones diseñadas se denomina Diana y la planifica el Estado Mayor del Ejército, con el propósito de prever

las actuaciones necesarias en caso de que se produzca un vacío de poder. «Una maniobra de este tipo se concibe con arreglo a la hipótesis más probable de la acción enemiga. Pero la «seguridad» hay que montarla, como decimos los oficiales de Estado Mayor, sobre la hipótesis más peligrosa, por improbable que sea.» En este caso, la hipótesis más peligrosa para el régimen, aunque muy improbable, es que se produzca un vacío de poder de carácter revolucionario. Entonces, la actuación del Ejército tendría que desarrollarse con arreglo al artículo 37 de la Ley Orgánica del Estado, que le otorga el papel de garante de la integridad territorial y del ordenamiento legal.

En ese texto se inspira, casi literalmente, el artículo 8 de la vigente Constitución de 1978, que les llega ya redactado a los honorables «padres» de la «Carta Magna». En consecuencia, con ese artículo 37 de la LOE, la Operación Diana establece lo que el Ejército tiene que hacer en caso de que se produzca un vacío de poder. Está previsto que la operación se mantenga latente sólo el tiempo inmediatamente anterior y posterior a la muerte de Franco y debe ser derogada después. Pero permanece, más o menos olvidada, en las cajas fuertes de todas las unidades militares y continúa vigente el 23 de febrero de 1981. Es el pretexto que utilizan Milans del Bosch y Tejero para dar el golpe de Estado. El teniente coronel de la Guardia Civil provoca el vacío de poder con el asalto al Parlamento y el capitán general de la III Región Militar actúa con arreglo a la todavía «legal» Operación Diana. Tejero se empeña en que el golpe se dé ese día, porque es cuando tienen que asistir a la sesión del Congreso, obligatoriamente, el Gobierno al completo y todos los diputados. Hasta el último de ellos, porque la votación va a estar muy ajustada.

Otro antiguo capitán del SECED, el general Peñaranda, está preparando en la actualidad una tesis doctoral sobre diversos temas militares y asegura que, curiosamente, ahora no consigue encontrar una copia de la Operación Diana por ningún sitio. No se sabe si, después del 23-F, el ministro de Defensa Alberto Oliart se lo tomó tan a pecho que mandó destruir hasta el último ejemplar de la operación. A buenas horas.

En la tercera operación diseñada bajo el auspicio de la CIA se determina pormenorizadamente lo que Juan Carlos de Borbón tiene que hacer durante las seis primeras semanas de su reinado. Esta última se comienza a elaborar en La Zarzuela, cuando Jacobo Cano ocupa el puesto de secretario general de la Casa del entonces príncipe heredero. Tras su muerte en accidente de tráfico, sucede a Cano el general Armada. Él es quien concluye la operación, que ha pasado a la historia con dos nombres: en la Casa Real la bautizan como Operación Alborada y en el SECED es conocida como Operación Tránsito. Su propósito es que el rey designado por Franco sepa lo que tiene que hacer en todo momento. Por ejemplo, que en los funerales de los jerónimos debe estrecharle la mano con más efusividad al presidente de la República alemana que a Giscard d'Estaing, o que tiene que ser frío y distante con Pinochet... Todo está diseñado al detalle.

La Transición se maneja, en todo momento, desde Washington y desde dentro del régimen, para que la actualización del franquismo no se desborde. Y en esa tarea colaboran también destacados políticos de la oposición. La acción coordinada de la CIA y el SECED busca imponer la reforma controlada e impedir a toda costa la ruptura. Desde marzo del setenta y dos, en el SECED se sigue con detenimiento la evolución de cada «familia política» que pretende participar en la Transición. Los norteamericanos quieren que todos los grupos comunistas queden fuera del proceso. Además, se intenta que, en la Secretaría General del PCE, Carrillo sea sustituido por alguien del interior. En concreto, Nicolás Sartorius o Ramón Tamames, a quien el propio Carrero Blanco califica, con cierta condescendencia y un atisbo de insólita simpatía, como «marxista cañí».

También en el caso del PSOE los servicios de información apoyan a los «hombres de dentro», aquí con absoluto éxito. El SECED expide en 1974 los pasaportes que permiten a Felipe González y los suyos viajar a Francia, y escolta al emergente político sevillano hasta Suresnes, donde alcanza la Secretaría General del partido.⁶ El sector histórico encabezado por Rodolfo Llopis queda fuera de juego. Los oficiales del SECED José Faura y Juan María Peñaranda tienen

un destacado papel en esos acontecimientos. «El primero de ellos está considerado como uno de los ángeles de la guarda del PSOE. Parece que, personalmente, propició la asistencia de Felipe González al congreso de Suresnes en 1974», señala el coronel Arturo Vinuesa. «Si fue así, más tarde esos ángeles obtuvieron su recompensa cuando el PSOE alcanzó el poder, llegando a los más altos puestos de la milicia.» Ambos acceden al generalato, y José Faura Martín llega hasta la cima del escalafón, teniente general y jefe del Estado Mayor del Ejército, en 1994, con Felipe González como presidente del Gobierno.

«Desde el servicio se convence a Nicolás Redondo, padre, de que deje paso a Felipe González y él se quita de en medio, compartiendo que es buena idea abrir camino a gente joven del interior», asegura el general Fernández Monzón, y prosigue: «Allí en Suresnes hubo mucha gente. Había más policías y miembros de los servicios de información que socialistas. Pero ya antes, en 1972, se había conseguido que de los 16 miembros de la Comisión Ejecutiva, nueve fueran del interior. Felipe González es el principal producto de la Transición. Sabía cómo se estaban produciendo las cosas y estaba de acuerdo con ellas...

»A través del Ministerio de la Presidencia del Gobierno español, contactamos con Heinemann, ministro de la Presidencia de Alemania. Y él, a su vez, le transmitió a Willy Brandt, presidente de la Internacional Socialista, nuestro apoyo para que le diera la patente al sector renovado del PSOE... Esta operación salió perfecta, en gran medida gracias a la inteligencia preclara de Felipe González, sin duda el hombre más importante de la Transición y el que mejor la comprendió. No tuvo ninguna duda de que había que conservar la Monarquía».

Otra línea de acción paralela consiste en «convencer» a la «derecha divina» —Satrústegui, Senillosa...— de que se apunte a la reforma, frente a la ruptura. Con ellos se contribuye a crear la Plataforma de Convergencia Democrática, en la que se encuadra el PSOE. Un antídoto reformista contra la Junta Democrática constituida en Pa-

rís, que aún mantiene planteamientos rupturistas y cuestiona la Monarquía heredera del franquismo. Luego, ambas plataformas se terminan fusionando en la llamada «Platajunta» y la mayoría de sus miembros aceptan las reglas del juego impuestas por los norteamericanos y los franquistas reconvertidos para hacer la Transición. El periodista Javier Ortiz recuerda que, en las reuniones de la Platajunta, «había una docena de partidos con el título de socialdemócratas. Nadie sabía cuál era el suyo, todos tenían las siglas recién inventadas. Eurico de la Peña, dirigente de uno de estos partidos, se levantaba cuando llamaban a otro». Uno de estos políticos arropado por siglas recién estrenadas es Antonio García López, secretario general del PSDE (Partido Socialista Democrático Español), un personaje señalado desde muchos sectores como hombre de la CIA. Lo cierto es que frecuenta la embajada de la calle Serrano y se jacta públicamente de sus conexiones con los norteamericanos, para apoyar la creación de una fuerza socialdemócrata en España a partir de la USDE (Unión Socialdemócrata Española) que había fundado Dionisio Ridruejo. Los diseñadores políticos que actúan en la sombra consideran imprescindible la potenciación de un partido socialdemócrata y otros de carácter neofranquista para conseguir el tipo de democracia que se quiere implantar en España.

Pero, en primer lugar, hay que decidir quién es la persona que tiene que conducir la Transición. «Fíate de los hombres del Movimiento, que le han sido fieles a Franco y te lo serán a ti», le había dicho siempre don Juan a su hijo. Y los servicios de información llegan a la misma conclusión: la apertura tendrá que encabezarla alguien de camisa azul. Un hombre del Movimiento y, al mismo tiempo, «de una catolicidad acendrada». Todo converge en el nombre de una persona: Fernando Herrero Tejedor, entonces ministro y secretario general del Movimiento, que ha apoyado, junto a López Rodó, la maniobra sucesoria encarnada en el príncipe. Pero Herro muere en accidente y hay que buscar otro candidato. Entonces, el SECED hace un retrato robot, al que dan su visto bueno los norteamericanos, del personaje necesario: un hombre del Movimiento, que no haya participado en la guerra y sea de familia humilde, prefe-

riblemente de provincia pequeña o del medio rural, que no tenga fortuna personal... Al final salen tres nombres: José Miguel Ortí Bordás, que es en esos momentos vicesecretario del Movimiento con Solís; Rodolfo Martín Villa, gobernador de Barcelona, y Adolfo Suárez.

«Aparece entonces por aquí, en el mes de diciembre de 1975, poco después de la proclamación de don Juan Carlos, un personaje pintoresco, que se llama Arnaud de Borchgave, subdirector de la revista *Newsweek*», relata el general Fernández Monzón. «Esta revista ha sido siempre el órgano de comunicación oficioso de la CIA. Borchgave estaba en todas partes. El otro día, mientras leía un libro de los generales israelíes de la guerra del Yon Kippur, vi que él también apareció por allí para impartir órdenes. Borchgave es quien le dice al Rey, con la coartada de hacerle una entrevista para *Newsweek*, que, para seguir adelante con lo pensado, no puede mantener de presidente de Gobierno a Carlos Arias Navarro. Es cuando el Rey llama a Arias y le dice que se acabó. Luego desembocamos en el «ya le he dado al Rey lo que me ha pedido», de Torcuato Fernández Miranda, y en la terna para que salga elegido presidente de Gobierno Adolfo Suárez.»

Durante el primer Gobierno de la Monarquía, Suárez defiende la Ley de la Reforma Política en las Cortes, desde la Secretaría General del Movimiento. Ya sólo falta convencer a todos los procuradores franquistas de que se hagan el «haraquiri». Y eso se consigue, muy fácilmente, con «Jano», el archivo que ha elaborado el SECED, bautizado con el nombre del personaje mitológico de las dos caras. Un archivo verdaderamente curioso y eficaz. El capitán Juan Peñaranda Algar es quien se encarga de mantenerlo actualizado. En él no figura nada inventado, ni imaginado, ni ningún análisis, sólo datos de las diez mil personas punteras de este país, de todas las profesiones. La finalidad del archivo es ir acumulando dossieres de cada uno de ellos, de lo que van haciendo y diciendo a diario en su vida pública y privada. Al cabo de unos años de trabajo, la fuerza de «Jano» es demoledora, y de ello serán conscientes la inmensa mayoría de los

miembros de las últimas Cortes franquistas. Andrés Cassinello, jefe del SECED después de San Martín y Valverde, se encarga de convencer a los duros de mollera. A José Antonio Girón, por ejemplo, se le permite que haga su papel de ultra pero con cuidado, tras recordarle sus trapicheos en el Palacio de Congresos de Torremolinos. Y la Ley de la Reforma Política sale adelante. Ya está claro que eso va a funcionar.

Andrés Cassinello es otro capitán del SECED que llegará a teniente general. Personaje muy vinculado a los servicios de información norteamericanos, se integra en la Organización Contrasubversiva Nacional, embrión del SECED, tras haber realizado un curso de contrainsurgencia en el Centro de Guerra Especial de Fort Bragg. Pronto destaca en el servicio de Carrero Blanco, pero lo abandona por discrepancias con el teniente coronel San Martín. Cuando éste es defenestrado por Arias Navarro y tiene que refugiarse en la Dirección General de Tráfico, bajo el amparo del ministro de la Gobernación Manuel Fraga, Andrés Cassinello vuelve al SECED, como segundo del comandante Valverde. Después, asumirá la dirección del servicio.

Conoce a Adolfo Suárez desde los tiempos en los que el político abulense, tras terminar la carrera de derecho, hacía las milicias universitarias, en el mismo cuartel donde estaba destinado su hermano, el capitán José Cassinello. A principios de 1976, los intereses de Suárez y Andrés Cassinello coinciden plenamente.

Durante el primer Gobierno en la Monarquía, con Arias Navarro como primer ministro, dos gallos de pelea que vienen del franquismo más negro y se han prefabricado un pedigrí de demócratas optan por llegar a la Presidencia de Gobierno y comandar la Transición. Son José María de Areilza, ministro de Asuntos Exteriores, y Manuel Fraga, ministro de la Gobernación. Ambos mantienen estrechos vínculos con Estados Unidos desde hace mucho tiempo, pero desconocen que el Imperio, que juega todas las bazas, ha decidido apostar por otro candidato. Adolfo Suárez, muy aficionado a las escuchas y los dossiers desde su época de director general de RTVE (Radio Televisión Española), maneja los hilos locales de la trama des-

de la trastienda. Fraga queda eliminado de la carrera tras su desastrosa actuación en las matanzas de Vitoria y Montejurra. Y Areilza decidirá elegantemente apartarse de la competición. Un antiguo oficial de los servicios de información españoles relata los hechos: «Los hombres de Cassinello colocaron un micrófono en la mesa del despacho de Areilza, en el Ministerio de Asuntos Exteriores, y comenzaron a grabar. Entre las cintas registradas quedaba constancia de la íntima y cálida relación que el ministro mantenía con su secretaria. Sólo hubo que sugerirle la existencia de las cintas para que pasara a un discreto segundo plano. Seguro que el micrófono sigue en esa mesa, pero quién sabe dónde la habrán metido».

Ahí comienza el idilio de Adolfo Suárez con los norteamericanos. Un romance que pronto se tuerce. ¿Hasta dónde abarca el diseño de la Transición? Sólo hasta que se celebren las primeras elecciones «democráticas». Y a esas elecciones no debe acudir Adolfo Suárez. Tiene fecha de caducidad a día fijo, pero él se resiste a retirarse. Y las relaciones entre el elegido y sus mentores norteamericanos empiezan a deteriorarse. Vernon Walters, desde la distancia, sigue fiscalizando todo el proceso y empieza a vislumbrar el 23-F.

VERNON WALTERS

Pero ¿quién es este general Walters que aparece en tantos momentos históricos fundamentales de la historia de España, durante la segunda mitad del siglo XIX? Primero en episodios clave del apuntalamiento internacional del franquismo, junto al presidente Eisenhower, y después durante la Transición hacia la Monarquía. Nacido en Nueva York, en 1917, estudia en Francia e Inglaterra, y en 1941 se alista en el ejército como soldado raso. Todavía es un absoluto desconocido cuando, el 7 de diciembre de 1941, se produce el ataque japonés contra Pearl Harbour, base aeronaval norteamericana situada en las islas Hawai, en pleno océano Pacífico, que lleva a Estados Unidos a intervenir en la Segunda Guerra Mundial. El soldado Walters

ingresa en la Escuela de Infantería, donde, a los pocos meses, logra el grado de subteniente. No pierde el tiempo y simultanea sus estudios de Infantería con un curso en el Centro de Entrenamiento de Espionaje Militar, en Camp Ritchie. Más adelante volverá allí como profesor de una asignatura muy especial: Interrogatorios a prisioneros de guerra.

Participa en varias campañas en el norte de África y, después del desembarco en Italia, se convierte en ayudante del teniente general Clark, que manda el V Ejército. Al final de la guerra, Walters ya es comandante. A partir de ahí resulta evidente que su meteórica carrera se está desarrollando dentro de los servicios de información norteamericanos. Es nombrado edecán militar del presidente Truman y destinado como agregado militar adjunto a Brasil (1945) y a Francia (1948).

En 1951, ya con el cargo de teniente coronel, acompaña al general Eisenhower en su visita a doce países de la OTAN. En su libro *Misiones discretas*⁷ señala que, durante aquel viaje, uno de los principales temas que Eisenhower lleva en su agenda es el de convencer a los aliados de Estados Unidos de que «suavicen» su posición con respecto a España. Sólo dos años después se firmarán los acuerdos bilaterales hispanonorteamericanos.

Cuando llegué a Europa en 1951, con el general Eisenhower, para establecer el mando de la Organización del Tratado del Atlántico Norte, se percibía claramente una hostilidad contra España en muchos europeos, principalmente los socialistas. El entonces ministro de Defensa francés, M. Jules Moch, dijo a Eisenhower que en ningún caso se debía tener en consideración la posibilidad de que España participara en la defensa de Europa contra los soviéticos, y que no se podía permitir que España colaborase en ningún sentido con la OTAN. Eisenhower, un tanto irritado, preguntó a Moch: «Si los rusos se aproximaran a París, después de haber conquistado Alemania Occidental, y hubiese siete divisiones españolas disponibles, ¿usted las rechazaría?». En honor a la verdad, debo decir que esa actividad de exclusión de España rara vez era compartida por los militares de los países de la OTAN, incluso en el caso de que tuvieran un gobierno socialista, debido a que estos

militares sabían las verdaderas dimensiones del problema de defender a Europa de un ataque soviético.

Poco después de ese viaje por Europa, Walters es destinado al Cuartel General Supremo de las Potencias Aliadas en Europa, con sede en París. Actúa como ayudante del presidente Eisenhower en la Conferencia de Ginebra (1953) y le acompaña en todos sus viajes al extranjero, entre ellos el realizado a España en 1959. Aparece en segundo plano, detrás de Franco y Eisenhower, en la conocida fotografía tomada cuando ambos se despiden, en el aeropuerto de Torrejón, al final de la visita del presidente norteamericano a Madrid. Antes, en 1958, Walters ha acompañado al vicepresidente Nixon durante su estancia en Sudamérica.

Walters está considerado un bastión de la inteligencia militar de los republicanos, aunque también sirve con Truman y Kennedy. Toda su carrera la hace enquistado en los servicios de información, sin que le afecte ningún cambio de administración política. En 1960 es destinado a Roma como agregado militar de la embajada de Estados Unidos en Italia. En este período toma parte activa, a través de la red «Gladío», en la transferencia de fondos de la CIA a la Democracia Cristiana italiana, que pasa graves apuros electorales ante una izquierda en pleno auge.⁸

Dos años después viaja a Río de Janeiro (1962), en un momento especialmente delicado para Estados Unidos en Latinoamérica, tras la consolidación de la revolución cubana, un espejo para otros países de su entorno. Walters ha tenido contacto con el clima antinorteamericano que se respira en los países situados al sur de la metrópoli en 1945, cuando asistió a la Conferencia Panamericana de Bogotá. Entonces se produjo una importante revuelta popular contra Estados Unidos, saldada con dos mil víctimas mortales. No trascendió cuál fue el papel de Walters en aquella masacre, pero sí se sabe que fue condecorado por su actuación.

Desde su llegada a Brasil, trabaja para sentar las bases del golpe militar que derriba al presidente constitucional João Goulart y abre un período de represión y tortura. El líder de los sublevados es

Humberto Castelo Branco, a quien Walters había conocido años atrás, en Fort Leavenworth (Texas), cuando el futuro director adjunto de la CIA era todavía un oscuro instructor que entrenaba a oficiales brasileños. Después, durante la Segunda Guerra Mundial, Walters sería oficial de enlace con la Primera División de Infantería brasileña en Italia, donde llegó a compartir piso con Castelo Branco.

La mañana posterior al golpe contra Goulart, los dos personajes desayunan juntos y Walters convence al militar golpista para que asuma la presidencia de la República brasileña. Castelo Branco seguirá sus indicaciones. Durante todo el año 1963, la actividad de Walters en Brasil ha sido muy intensa. En aquellos momentos se sucedían los informes de la CIA sobre el «estado de opinión» en los cuarteles. Un documento del mes de mayo señala que «la oposición a Goulart está aumentando» y en julio, los papeles de la CIA registran «vacilaciones de los militares en derribar un régimen constitucional». Pero, poco después, otro informe de la Agencia afirma que ya existen posibilidades de «un golpe de derechas».

Al final, el propio Walters describe el éxito obtenido en su muy especializado trabajo brasileño: «Un régimen básicamente hostil a Estados Unidos fue sustituido por otro mucho más amistoso. Estoy convencido de que si no hubiera habido revolución, en Brasil habría pasado lo mismo que en Cuba». A consecuencia del éxito de la operación, Walters es ascendido a general de brigada.

Y ya con ese cargo sirve en Vietnam (1967), antes de ser trasladado de nuevo a Francia. En 1969 acompaña al presidente Nixon en su recorrido por Europa y, durante su estancia en París como agregado militar, entabla negociaciones secretas con los comunistas vietnamitas y sirve de enlace en las negociaciones, también secretas, entre el Gobierno de Pekín y Kissinger.

En mayo de 1972, Nixon le nombra director adjunto de la CIA, con Richard Helms como director, y ese mismo año asciende a teniente general. Permanece en el cargo hasta 1976.

En esos cuatro años, la Agencia desarrolla una notable actividad y está implicada en hechos tan importantes como el derrocamiento

de Salvador Allende en Chile, la ocupación del Sahara Occidental por Marruecos, la invasión sudafricana de Angola o el asesinato del político chileno Orlando Letelier en Estados Unidos. En los años ochenta, durante la era Reagan, se convierte en embajador de Estados Unidos en las Naciones Unidas, su último cargo público.⁹

Desde la dirección adjunta de la CIA, apoya al rey de Marruecos, Hassan II, en su política de anexión del Sahara Occidental. Su relación con el monarca alauí comienza a cultivarse en los años de la Segunda Guerra Mundial. En 1942, Walters desembarca, con las tropas de Estados Unidos, en Safi (Marruecos). Es la única acción bélica abierta que aparece en toda su biografía. A partir de entonces, sus guerras serán bastante más secretas y sucias. En ese lejano 1942, el subteniente Vernon Walters conoce al entonces joven príncipe heredero marroquí, a quien da un paseo en su carro de combate.

Una de las empresas «tapadera» que operan en Marruecos durante los años setenta y ochenta, con las que Walters tiene estrecha vinculación, es la Morocco Travel Advisers, dedicada, según sus propias palabras, al «inocente» trabajo de «ofrecer giras por Marruecos a agencias de turismo norteamericanas por cuenta de estas últimas», y añade que la empresa fomenta «el desarrollo del turismo en el extremo sur de Marruecos y en la zona en litigio». Obviamente, «el extremo sur» y «la zona en litigio» a los que se refiere son el Sahara Occidental. Extraña agencia de viajes esa que ofrece un supuesto turismo de placer por una zona de guerra. Antes ha participado, desde su cargo de director adjunto de la CIA, en la tarea de convencer a las autoridades franquistas de que deben ceder la colonia española a Hassan, aquel muchachito de trece años que subió a su carro de combate en 1942.

Ya durante la Segunda Guerra Mundial, Walters tenía clara la importancia estratégica de la zona. Escribe:¹⁰

La ocupación de los territorios franceses en Argelia, Túnez y Marruecos abriría el Mediterráneo a los aliados y aliviaría la presión sobre Malta, que llevaba largo tiempo sitiada. También permitiría atacar a los alemanes en Egipto por la retaguardia y constituiría una plataforma

para llevar a efecto ulteriores operaciones contra lo que Churchill denominaba «el suave bajo vientre de Europa».

También confiesa que España es un país que siempre ha despertado en él especial interés: «De niño, pasé los años 1931 y 1932 en Biarritz, ciudad francesa muy cercana a la frontera española. Corrían los tiempos de la caída de Alfonso XIII, y, en aquella época, había muchísimos españoles en el citado balneario francés». Allí aprende a hablar perfectamente español, lo que le resultará muy importante para desarrollar sus actividades en Latinoamérica y España. A lo largo de toda su carrera, Walters siempre hace una encendida defensa del régimen del Caudillo: «Confieso, francamente, que me pareció muy rara la decisión adoptada por las Naciones Unidas, en 1945, calificando a España de amenaza para la paz en el mundo, y conduciéndola a un hostil aislamiento, como si fuera una nación que hubiera participado en la lucha armada contra Estados Unidos».

El interés geoestratégico primordial que los norteamericanos tienen por España, desde el final de la Segunda Guerra Mundial hasta hoy, queda plasmado, con toda claridad, en el siguiente párrafo de Vernon Walters: «Una España hostil, dueña del estrecho de Gibraltar, podía dificultar en gran manera la presencia de la VI Flota de los Estados Unidos en el Mediterráneo y, por ende, el apoyo a Italia, Grecia, Turquía e Israel. Tanto si se quiere como si no, entonces al igual que hoy, la posición estratégica de España era crucial, más aún, indispensable para todo tipo de defensa de Europa y de Oriente Medio».

Todos contra la URSS

Durante los años de la Segunda Guerra Mundial, España se convierte en un hervidero de espías. Las tramas urdidas por alemanes, soviéticos, británicos y norteamericanos, principalmente, se entrecruzan en un enloquecido mercado de información y contrainformación. La OSS, precursora de la CIA, comienza a desarrollar con relativa libertad sus actividades en nuestro país a principios de 1943. Serrano Súñer, declarado partidario del Eje, ha sido destituido del cargo de ministro de Asuntos Exteriores un poco antes, en septiembre de 1942. En ese momento, las cosas empiezan a ponerse mal para los nazis en Europa y el régimen de Franco considera que hay que llevarse bien con Estados Unidos, que cada vez tiene más papeletas para convertirse en el nuevo «padrino» del mundo occidental. «Con lo bien que íbamos», dicen los falangistas en los cafés. El servicio de inteligencia norteamericano creado por William J. Donovan empieza a sentar las bases de una red de información que seguirá ampliándose hasta hoy.

«Antes de finalizar 1945, un año y ocho meses después de empezar su labor en España, el contraespionaje norteamericano ya había fichado en Madrid, Barcelona y Bilbao a 28 000 “agentes enemigos y sospechosos”», escribe Eduardo Martín de Pozuelo.¹ «Pese a esta labor de control, el responsable de este operativo secreto protestó a Washington por falta de libertad de acción para hacer trabajos sucios y de dinero para comprar confidentes en un país al que consideraba hostil para su cometido.»

A lo largo de todo el período que va desde la caída de Francia, en junio de 1940, hasta su liberación, más de cuatro años después, el

territorio español es utilizado por los servicios de inteligencia aliados como base de operaciones de espionaje dirigidas contra los alemanes en los territorios franceses ocupados. «Estas operaciones difícilmente habrían podido llevarse a cabo sin, al menos, la colaboración pasiva de ciertas autoridades españolas», se señala en un memorándum secreto norteamericano.² «Eran, además, de la mayor importancia para el desarrollo de la guerra, dado que se convirtieron en la fuente principal de inteligencia en lo referente a las disposiciones militares alemanas en el sur de Francia, sobre las que se basaron los planes de invasión aliados.»

Durante los primeros años cuarenta también actúa aquí Harold «Kim» Philby, posiblemente el agente más famoso de la historia del espionaje. Llega por primera vez a España en 1937, con la Guerra Civil en todo su apogeo, y de inmediato empieza a bombardear a *The Times* con artículos escritos desde el lado franquista. Así se convierte en un reportero respetado por los sublevados, mientras trabaja para la NKVD (Narodnyi Komissariat Vnutrennik Del) soviética y, tres años después, se infiltrará como agente doble en el servicio de inteligencia británico. Paradójicamente, Franco llega a recibirle personalmente, el 2 de marzo de 1938, y le prende en el pecho la Cruz Roja al Mérito Militar, tras haber sobrevivido, con heridas leves, a un bombardeo republicano.

Durante la Segunda Guerra Mundial, Philby vuelve a España al frente de la Sección Ibérica del MI-6, que todavía en ese momento tiene más fuerza que la estación española de la recién nacida OSS norteamericana. A lo largo de los años siguientes se vivirá el proceso de traspaso de hegemonía de un servicio a otro, dentro del mundo del espionaje occidental. Philby relata que, durante su misión en España, un día recibe un mensaje interceptado «Ultra» donde se revela que el jefe del servicio militar de inteligencia alemán, el almirante Canaris, va a visitar Madrid. Después, se desplazará en coche hasta Sevilla con una parada prevista para pasar la noche en una localidad manchega, Manzanares. «Yo conocía aquel pueblecito bien, por mi estancia en España durante la Guerra Civil», relata Philby.³ «El único sitio donde podía alojarse Canaris era en el Parador. Envié

un memorándum a mis jefes por si deseaban montar una operación de asesinato contra Canaris. Por lo que recordaba del Parador, no habría sido demasiado difícil arrojar un par de granadas a su dormitorio.» Pero no se da el visto bueno a la operación. «Sólo después me enteré de que Canaris estaba en contacto con nuestro servicio a través de una conexión con Suecia», añade Philby.

La antigua agente Aline Griffith, condesa de Romanones, que trabajó para la OSS y después para la CIA, también apunta que Canaris tenía conexión con los servicios occidentales. En su libro *La espía que vestía de rojo*⁴ escribe: «Himmler está tratando de desacreditar a Canaris ante Hitler, asegurando que el almirante tiene influencia sobre Franco y éste no se une al Eje. Canaris respalda conspiraciones contra Hitler. ¡Tenemos que proteger al jefe del servicio de inteligencia de nuestro enemigo!».

Finalmente, el almirante Canaris participa en el atentado fallido contra Hitler que ejecuta el coronel Klaus von Stauffenberg. Y todos los implicados en el plan son asesinados con saña por orden del Führer. Canaris muere ahorcado en el campo de Flossenbürg el 9 de abril de 1945.

En esos momentos, los servicios británicos y norteamericanos ya están tendiendo redes hacia los alemanes que ven acercarse la hecatombe del Tercer Reich y quieren olvidar su filiación nazi. Al final de la guerra, muchos de ellos se alinearán en las filas de Estados Unidos. Tras la rendición de Alemania, las confesiones de los miembros de los servicios de información nazis permitirán a la inteligencia an-glo-americana conocer con precisión los entresijos de los servicios secretos de Hitler. La información proporcionada por tan experimentados agentes y su propia integración en Occidente serán de excepcional utilidad para luchar contra el enemigo común: la Unión Soviética.

Philby es el primero en darse cuenta de lo que va a ocurrir. Deduce que los alemanes enfrentados con Hitler no desean detener la guerra contra la URSS. Pretenden eliminar al Führer, firmar la paz con los aliados y luego completar la invasión de la Unión Soviética. Todas las piezas van encajando: Europa acabará dividida en dos blo-

ques. Aline Griffith, tan preocupada por la salud del almirante Canaris, tiene otra actitud muy diferente cuando habla de sus propios compatriotas de la Brigada Lincoln: «Resultaba confuso pensar en americanos ayudando a comunistas».

La relación cada vez más cercana entre los anglonorteamericanos y Franco deja numerosas víctimas por el camino. Antiguos colaboradores útiles. A raíz del desembarco norteamericano en Marruecos, en mayo de 1942, y del control de las costas norteafricanas por los aliados, los servicios de información de Estados Unidos inician una campaña de espionaje previa a una posible invasión de España. Este plan conduce a la creación de escuelas de preparación guerrillera entre los exiliados españoles, básicamente comunistas y anarquistas, tanto en Marruecos como en Argelia.⁵ Las escuelas están controladas por los servicios secretos norteamericanos a través de la OSS y la OWI (Office War Information). Los españoles seleccionados desembarcan en las costas de Málaga, en las playas de Cantarriján y La Caleta, con el objetivo de recoger información para los servicios de inteligencia estadounidenses. Éstos, a cambio, favorecen el contacto entre los republicanos y los grupos de huidos de la costa andaluza. Además, introducen armas en España. Las acciones acaban de forma brusca en febrero de 1944, como resultado de una importante caída de comunistas en Málaga que se extiende por toda España. Muy posiblemente, los propios norteamericanos dan el chivatazo que permite a los franquistas acabar con unas operaciones que ya no le interesan a Washington.

Mientras tanto, el embajador del Reino Unido en Madrid es Samuel Hoare, un simpatizante de Franco que se opone a que los servicios de inteligencia de su país desarrollen en España operaciones contra los alemanes y, peor aún, conspiraciones para derrocar al Caudillo. Consigue vetar un plan del SIS (Secret Intelligence Service) de su país que consiste en abrir una oficina en Madrid para interrogar a los prisioneros aliados que hayan escapado a España de los campos de concentración alemanes. Hoare protesta con fuerza y el SIS se ve obligado a trasladar la oficina a Lisboa.

Desmond Bristow, uno de los principales agentes británicos que actúan en España durante esos años, revela que Franco ayuda en secreto a los aliados, contra los nazis, y que el Reino Unido y Estados Unidos conspiran, desde antes del final de la Segunda Guerra Mundial, para mantener a Franco en el poder.⁶ «Franco nos vendía mineral de hierro, volframio y mercurio. Sin estos productos no habríamos podido colocar ni un solo tanque en el desierto para hacer frente a Rommel», escribe el veterano agente, que elige la localidad malagueña de Nerja para residir en ella tras jubilarse de su ajetreada carrera de espía. Al principio de la guerra, el volframio que se produce en el interior de Galicia sale asiduamente hacia Alemania desde el puerto de Vigo. Pero, a medida que avanza el conflicto, el Gobierno de Franco acuerda exportar también este mineral a los ingleses, en asociación con el Gobierno portugués.⁷

No obstante, los servicios británicos elaboran el proyecto «Relator», con el general Aranda y otros militares monárquicos afines a los aliados, para apoyar el regreso de don Juan al trono español. Una estrategia frustrada, organizada por el MI-6, que se desvanece con el mismo secretismo con el que comenzó a fraguarse. Una conspiración «de baja intensidad», como la que, unos años después, encabezará el general Beigbeder.

Desmond Bristow también recuerda las excelentes relaciones que mantiene el SIS británico con los servicios de inteligencia del PNV. En su libro, señala: «Los vascos nos estaban proporcionando muy buena información sobre los españoles decepcionados que volvían de la URSS. Envié a uno de ellos a la CIA, donde hizo un magnífico trabajo».

LOS SERVICIOS VASCOS

Desde antes de 1936, el PNV mantiene fluidos contactos con Gran Bretaña, y esa relación se estrecha desde que comienza la Guerra Civil. Posteriormente los «servicios» de los nacionalistas vascos conectarán también con la OSS norteamericana y acabarán cerrando filas

en torno a la CIA. Durante la Guerra Civil, la OSS tiene en Bilbao a uno de sus mejores agentes, Earl Fuller. Y Arthur P. Dyer, del MI-6, también actúa en la capital vizcaína.

«La centralización de las rudimentarias redes de información nacionalistas que se han ido creando durante los primeros meses de la Guerra Civil se produce a principios de 1937, mediante la fusión de todos los pequeños grupos que ya están actuando. El servicio secreto vasco es bautizado oficialmente como Servicio de Información y Propaganda», señala Mikel Rodríguez en su exhaustivo trabajo sobre los «espías vascos». ⁸ Antón Irala, abogado y comerciante amigo del lehendakari José Antonio Aguirre, y el diputado José María Lasarte son sus primeros responsables. Pero Pepe Mitxelena, fundador del embrión de los servicios, sigue desarrollando un papel relevante y es quien toma la mayoría de las decisiones.

Durante la Guerra Civil, los nacionalistas intentan conseguir una paz por separado con Franco para Euskadi. Juan Ajuriaguerra, presidente del Bizkaia Buru Batzar del PNV, negocia a espaldas de Aguirre, contando con el soporte «logístico» de los «servicios». Se intenta llegar a un acuerdo con los fascistas italianos, buscando la intervención del Vaticano. «Alberto Onaindía, canónigo de Valladolid, se presenta en Roma para gestionar una mediación del Papa entre los sublevados y los jelsales. Justifica la oposición del PNV a la sublevación debido a que ni las derechas ni los militares le habían participado sus planes de rebelión ni invitado a tomar parte del movimiento.» ⁹ En mayo de 1937, Aguirre rechaza la propuesta de rendición condicional.

Pero la situación militar empeora en el Frente Norte y Ajuria-guerra ordena iniciar de nuevo los contactos. Se llega a un acuerdo: la entrega debe disfrazarse de captura militar para evitar las represalias republicanas. Para ello, se sugiere que los italianos ataquen por Reinosa y El Escudo, cercando a los vascos contra el mar. Los batallones vascos se niegan ya a aceptar las órdenes del Ejército del Norte. El 23 de agosto se apoderan de la Academia de Oficiales de Santoña y liberan a los dos mil quinientos presos franquistas encarcelados en el penal del Dueso. No sospechan que pronto ocuparán su lugar. En el siguiente contacto con los italianos, las condiciones de la entrega han cambiado:

a los vascos se les exige la rendición incondicional. Franco sabe que el Frente Norte se hunde y que la desmoralización cunde entre las tropas nacionalistas, así que no está dispuesto a hacer ninguna concesión. Tras la rendición de agosto de 1937 en Santoña, muchos gudaris del PNV acabarán frente al pelotón de fusilamiento. Para frenar la matanza, los hombres de los servicios que tienen hilo directo con los británicos se ponen en contacto con ellos, pero éstos rechazan realizar ninguna mediación. Tras los sucesos de Santoña y la caída definitiva de la franja cantábrica en manos de las tropas sublevadas, casi todos los miembros de los «servicios» vascos escapan a Francia o son capturados.

«Hubo episodios que todavía no se han contado a fondo. Porque la gente sabía que existía ETA y que existía el PNV, pero no sabía —y muchos siguen sin saberlo— que había también una línea distinta, que nosotros llamábamos «Los Servicios», los Servicios Vascos, que era una red que funcionaba en la más absoluta clandestinidad», explica Xabier Arzalluz en sus memorias.¹⁰

Y continúa el histórico dirigente nacionalista:

El PNV espiaba. La cosa empezó en el período de la guerra de Franco. Se organizó una muy buena comunicación entre la cárcel y el exterior, hasta París. Había que hacer saber al público lo que sucedía en las cárceles: malos tratos, condenas, fusilamientos, etc. Siguió durante la Segunda Guerra Mundial: información sobre el régimen de Franco y el Eje, sobre todo los nazis, especialmente en la Francia ocupada y en Sudamérica. La tercera fase fue lo que quedó funcionando en el marco de la Guerra Fría. Información a los americanos frente a la Unión Soviética.

Arzalluz habla del «anticomunismo primario de la gente vinculada a los Servicios y su empeño en vigilar a los comunistas para tener informada a la CIA». Antón Irala, delegado de los servicios en Nueva York y secretario personal de Aguirre, es un antiizquierdista llamado a hacer el papel de McCarthy entre los vascos.

¿De dónde partía ese fanatismo pronorteamericano? Pese a algún hecho anecdótico, como el telegrama de Sabino Arana a McKinley

por su victoria sobre España en 1898, el ala más liberal del PNV siempre ha mirado hacia Londres. Y durante la Guerra Civil, en todo momento busca una mediación británica. Pero al final, Aguirre se afianza en Estados Unidos. Allí se distancia, desde su llegada, de los republicanos españoles y estrecha lazos con el Departamento de Estado. No obstante, al principio continúa cultivando su querencia por los británicos y no deja de tener contactos con los agentes del MI-6. Pero, por fin, son los servicios norteamericanos los que captan la red de espionaje del PNV para sus propios intereses. Aguirre comienza a despachar con Allen Dulles, representante de la OSS y futuro primer director de la CIA, a partir de 1947. Su hermano, Foster Dulles, será secretario de Estado.

«Los servicios tenían una red organizada desde París por el Gobierno Vasco y dirigida, muy bien, por cierto, por Pepe Mitxelena», explica Arzalluz.¹¹

Era una red importante, que empezó a forjarse ya antes de la Segunda Guerra Mundial, en las cárceles y los campos de prisioneros. Luego la red fue creciendo, volcada en la lucha contra los nazis, sobre todo en Sudamérica.

Los barcos que viajaban a Sudamérica aseguraban el contacto con la gente de allí. En los barcos españoles, el puente, la oficialidad, era fascista, pero en las máquinas había muchos vascos y, por tanto, contábamos con bastante gente para llevar y traer informes y mensajes. José Antonio Aguirre se apoyó en la eficacia de esa red clandestina de contactos en América Latina para hacerse valer ante las autoridades norteamericanas y conseguir su apoyo.

Los alemanes tenían también redes importantes de espionaje en Argentina, Chile, Colombia, que rivalizaban con la que había organizado el PNV y financiaban los Estados Unidos.

Mientras, el embajador británico en España, el conservador sir Samuel Hoare, siente simpatía por el PNV. Pone en marcha la Operación Azor, la creación de una organización secreta que cierre los pasos fronterizos en caso de invasión nazi. Durante el verano de 1942,

los servicios vascos organizan redes clandestinas de paso a través de los Pirineos y vigilan las navieras Trasatlántica y Aznar, que en sus viajes desde América hacen contrabando de materiales estratégicos y trasladan información a agentes nazis. También en Bilbao comienzan a actuar los norteamericanos, a través de Earl Fuller. La OSS se instala en España bajo la tapadera de la American Oil Mision, y su sede está en la calle de Alcalá Galiano, en Madrid. Fuller es su responsable en Bilbao.¹²

A la OSS le interesa, sobre todo, que el volframio español no llegue a Alemania. Este escasísimo elemento, que ha alcanzado precios desmedidos en el mercado negro internacional, proporciona el toque final de dureza a la aleación de los aceros alemanes. Los servicios controlan todos los camiones cargados con ese mineral que pasan a Francia. También en el país vecino se establece la red vasca, que funciona cada vez con mayor eficacia hasta la liberación, con un correo semanal para Londres a través de España. Hay flecos de la red que colaboran en las operaciones de evasión aliadas y consiguen rescatar, evacuar y poner a salvo a varios centenares de pilotos derribados. Estos antifascistas sufren la terrible represión de los nazis.

«Hubo algunas historias muy curiosas», continúa relatando Arza-lluz.¹³

Me contó Jesús Intxausti, «Uzturre»,¹⁴ que también estuvo en los «Servicios», que una vez recibieron orden de enterarse del paradero y de la vida y milagros de Léon Degrelle, aquel belga nazi al que Franco dio cobijo.

Los Servicios se movieron rápidamente y descubrieron que Degrelle vivía en Madrid y que tenía una amante que era marquesa, condesa o no sé qué, que poseía una finca en Extremadura. Localizaron al chófer, investigaron qué gente vivía en los alrededores de la finca... Al cabo de un cierto tiempo comunicaron a París: «Lo tenemos localizado. Si quieren, lo atrapamos y se lo entregamos en Hendaya». Habían estudiado cómo secuestrarlo y llevarlo fuera. Pero recibieron un mensaje urgente en el que les decían que lo dejaran, ¡que los belgas no lo querían! Se ve que las autoridades belgas temían lo que ese tipejo pudiera sacar a relucir.

Los servicios vascos cumplen con mucha eficacia los encargos de los norteamericanos. La mayor parte de ellos están relacionados con el seguimiento de los comunistas españoles, en el exterior y el interior. Sólo el PCE y los vascos disponen de redes seguras para pasar clandestinamente la frontera. Los hombres del PNV son buenos conocedores del Pirineo. Incluso los socialistas recurren a ellos para introducir documentos y dinero en España. En un determinado momento se produce una ruptura entre los nacionalistas del interior y los servicios, cuando Ajuriaguerra, harto, dice que su misión política no consiste en vigilar a los comunistas, que para conseguir la libertad de Euskadi hay que luchar contra Franco. Los miembros de los servicios son anticomunistas convencidos. Incluso tiene un enfrentamiento fuerte con el lehendakari Aguirre. A partir de esa ruptura, los servicios actúan completamente al margen de la disciplina del partido. «Juan Ajuriaguerra me contó que un día de invierno le citaron en una esquina del barrio de Carabanchel o de Usera, en Madrid, y que le quisieron dar un maletín con dinero», relata Arzalluz. «Era el finiquito y no lo aceptó. Me dijo: «Bueno, luego lo aceptó Aguirre”.»

En 1942, Aguirre es profesor en la Universidad de Columbia y cada vez más fiel al Departamento de Estado. Propone a los norteamericanos que se constituya una Confederación Ibérica, compuesta por España, Portugal, Euskadi, Cataluña, Galicia y las colonias africanas, alineada en la órbita norteamericana.

Y defiende para Latinoamérica un «panamericanismo democrático», de acuerdo con las consignas de la OSS. Bien preparado para su misión por los servicios de inteligencia norteamericanos, en 1942 realiza dos viajes por Latinoamérica en los que se entrevista con los presidentes de México, Perú, Chile, Colombia y Cuba y con dirigentes de otros países de la zona. José Antonio Aguirre va creando las bases de lo que luego será la democracia cristiana europea al final de la Segunda Guerra Mundial.¹⁵

Poco a poco, los servicios van dejando de considerar prioritario el seguimiento de las actividades de los agentes nazis en América para centrarse en la militancia comunista exiliada. Dice Aguirre:

El movimiento del Partido Comunista en Latinoamérica es ahora predominante sobre los movimientos falangistas y nazis ... En el futuro, los trabajos de los servicios irán encaminados a vigilar las actividades comunistas, porque los comunistas, al igual que los fascistas, tienen por objetivo la destrucción de la influencia norteamericana en Latinoamérica y la creación de gobiernos revolucionarios en la línea soviética ... Los vascos tienen especial interés en combatir el comunismo ... Los comunistas son los más odiados enemigos de los vascos en España.

Y en un número de la publicación nacionalista *Alderdi*, de 1947, se puede leer el siguiente disparate:

Aunque parezca mentira, no es Rusia ni el bloque soviético el más interesado actualmente en remover a Franco, cuya sola persistencia les proporciona argumentos en la lucha internacional y en la lucha interna peninsular. Son los Estados Unidos y el bloque occidental los que necesitan removerlo.¹⁶

Los responsables de los servicios vascos difunden la consigna de que ni el partido ni el sindicato nacionalista deben realizar una labor de oposición a Franco, de acuerdo con el punto de vista de Estados Unidos y Gran Bretaña. Consideran que, en ese momento, oponerse de forma activa contra el dictador resulta beneficioso para Stalin, porque el sur de Europa es inestable y la caída de Franco puede provocar un desequilibrio incontrolable.

En esa línea se sitúan también los llamados «Eladios», un grupo que se acabará escindiendo del PNV. Xabier Arzalluz señala:

Aunque fueran enemigos de la acción, estos «eladios» tenían sus reuniones y sus historias. Sin embargo, la policía no les tocaba ni un pelo. Nosotros vimos en ese fenómeno, de nada de acción y mucha formación, la larga mano de los Servicios. El veterano Ander Barrutia me contó que Irala le decía que no convenía luchar contra Franco, porque era ayudar a Stalin. Y él le contestó: «¿Qué van a decir los gudarís?».¹⁷

En el orden internacional, los vascos tienen que ayudar a la gestación del movimiento democratacristiano. La respuesta política occidental al comunismo, junto con la socialdemocracia. Washington financia a Aguirre para que participe en esa operación. Y a partir de 1946 se crean los Nuevos Equipos Internacionales, germen de la Internacional Demócrata Cristiana.

En París también se estrechan lazos primero con la OSS y después con su heredera, la CIA. Los contactos se mantienen en pisos francos de los norteamericanos. Desde allí se fragua la introducción de topos vascos en los países de Europa del Este: Bulgaria, Checoslovaquia, Hungría. Con la cobertura diplomática de la República española y avalados por su trayectoria antifascista. Los servicios se financian completamente con ayuda norteamericana.

El agente más conocido de la red vasca es Jesús Galíndez, que será secuestrado y asesinado en 1959 por el dictador dominicano Leónidas Trujillo, para quien había trabajado. Sustituye en Estados Unidos al frente de los servicios a Antón Irala. Documentos desclasificados señalan que se convierte en confidente del FBI en 1950. Su campo de acción incluye al Partido Nacionalista de Puerto Rico, al Comité para la Unidad de Latinoamérica y a sus ex compañeros de la Brigada Lincoln, todos presuntamente filocomunistas para el senador McCarthy y sus seguidores.¹⁸

En otro capítulo de su libro, Arzalluz relata que, durante la última etapa de la dictadura, el PNV trae a Euskadi a uno de sus militantes, que actúa en Sudamérica conectado con los servicios, para que forme militarmente a algunos jóvenes de la organización:

A ese hombre, al que bautizamos como el Indio, nos costó Dios y ayuda traerlo. Se comprometió pero no vino; posiblemente porque sus jefes le dieron alguna otra misión. Estaba liado con los norteamericanos. Con la CIA y demás.

Él andaba mucho por Panamá, al parecer en la Escuela de las Américas, donde la CIA enseñaba tácticas de lucha antiguerrillera, técnicas de interrogatorio y uso de explosivos.

Nuestra gente se impacientaba. Pasaba el tiempo y el tipo no venía. Tuvimos una crisis interna por su culpa. Al final vino, pero la

situación había cambiado y ya no había motivo para dedicarse a entrenar a los jóvenes en esas lides. Necesitábamos gente para la protección de los dirigentes del partido, así que le encargamos formar a algunos militantes para que cumplieran esas funciones en lo que solíamos llamar «la Ertzaintza del partido». No se trataba de que adiestrara a nadie en el uso de armas, sino que difundiera conocimientos básicos en técnicas de seguridad y prevención. El hombre empezó a dar charlas y, por lo que vimos, era un facha de mucho cuidado. Y descubrimos que estaba en contacto con un militar de los servicios de Carrero.

Después de los pactos de 1953, una vez asentados aquí a sus anchas, los norteamericanos deciden que ya no les hacen falta los agentes del PNV y les cortan el grifo de la financiación. Sin respaldo económico ni apoyo político norteamericano, los servicios vascos se desmantelan en 1959. Ya no son necesarios para obtener información sobre España, la CIA ha situado a sus propios hombres en puestos clave del régimen.

España, portaaviones de los yanquis

Os recibimos, americanos, con alegría. ¡Olé mi madre!,
¡olé mi suegra!, y ¡olé mi tía!

Los tres acuerdos bilaterales de cooperación firmados el 26 de septiembre de 1953 entre España y Estados Unidos constituyen el gran espaldarazo internacional al franquismo tras la etapa de aislamiento posterior a la Segunda Guerra Mundial. Este reconocimiento por parte de la gran potencia atlántica apuntala al Caudillo en el poder. Ya en noviembre de 1949, la ONU ha anulado su recomendación anterior de retirar los embajadores de territorio español y, en julio de 1951, el almirante Sherman, enviado a Madrid por la Administración norteamericana, inicia las negociaciones sobre el establecimiento de bases militares en España. A cambio de convertirse prácticamente en un país satélite, España recibirá una importante ayuda militar y económica. El 25 de agosto, apenas un mes antes de suscribir los acuerdos con los norteamericanos, Alberto Martín Artajo, Domenico Tardini y Fernando María de Castiella han firmado el Concordato que va a suponer la consagración del carácter confesional del régimen franquista. La Iglesia y el Imperio, de la mano, respaldan a Franco. En diciembre de 1959, el presidente Eisenhower visitará España y su viaje supondrá la definitiva homologación internacional del régimen.

La Asamblea General de la ONU decide el aislamiento de España y la retirada de los representantes diplomáticos acreditados en Madrid en diciembre de 1946. La iniciativa parte de Stalin, pero cuenta con el beneplácito norteamericano. Sin embargo, un año

más tarde, el voto estadounidense impide que se ratifique esa condena. Comienza a plantearse la Guerra Fría y el presidente Harry Truman, sucesor de Roosevelt, no quiere prescindir de un punto de apoyo fundamental para su planteamiento geoestratégico hegemónico.

La Conferencia de Paz de París, celebrada entre julio y octubre de 1946, evidencia los profundos desacuerdos existentes entre Estados Unidos y la Unión Soviética, que van situando en posiciones cada vez más enfrentadas a las dos superpotencias. La política exterior que el presidente Roosevelt tenía previsto aplicar en Europa al final de la guerra se va endureciendo notablemente con la Administración Truman, y lo hará aún más cuando el republicano Eisenhower llegue a la Casa Blanca. En febrero de 1947 se sitúa al frente del Departamento de Estado norteamericano George Marshall, un anticomunista furibundo empeñado en cortar la progresión de la Unión Soviética en Europa a toda costa. El enfrentamiento estratégico entre los dos antiguos aliados convierte al continente europeo en un tablero de ajedrez.

En estas circunstancias, el astuto dictador español comprende que, a pesar del boicot que sufre su régimen, la nueva situación que se está creando acabará favoreciéndole y comienza a prepararse pacientemente para cuadrarse ante Estados Unidos cuando el líder de Occidente llame a su puerta. A medida que la presión internacional contra el franquismo se va debilitando, las esperanzas del Gobierno republicano en el exilio y las pretensiones de la oposición monárquica empiezan a languidecer. El régimen aprovecha el resurgir del anticomunismo en Estados Unidos para hacer valer su «imprescindible contribución a la causa de Occidente». Y los norteamericanos están cada vez más convencidos de que Franco es su hombre.

«Desafortunadamente, no hay ninguna evidencia de que exista una oposición efectiva a Franco, ni dentro ni fuera de España, que pueda traer un cambio de gobierno de una manera ordenada», se señala en un informe confidencial del Consejo Nacional de Seguridad norteamericano. Lleva fecha del 5 de diciembre de 1947 y en él se

hacen distintas valoraciones sobre la posibilidad de intentar reemplazar el régimen de Franco por otro más democrático. Continúa:

A través de diversas maniobras, concesiones ocasionales y una persecución indesmayable por parte de la policía, el gobierno franquista ha conseguido detener la acción de la oposición, y no parece que el Ejército, que es el que apoya al régimen de Franco, vaya a cambiar de postura ... Los representantes de los viejos republicanos, los monárquicos y los socialistas, hasta el momento, no han sido capaces de comprometerse, dentro de sus diferencias, para llegar al acuerdo de un programa de acción conjunta. A excepción de los comunistas, los partidos de la oposición están divididos y desorganizados.

La conclusión del informe es que no hay más remedio que hablar con Franco y enseguida. También se señala que ha habido conversaciones con los británicos para valorar conjuntamente la posibilidad de que el Vaticano tome parte en el intento de convencer a Franco de que se retire, pero los norteamericanos no lo ven nada claro: «Tenemos serias dudas de que el resultado de esto pudiera tener algún efecto. Pero incluso si el plan fuera aceptado y Franco se retirara, existen grandes probabilidades de que se puedan producir luchas políticas que llevaran al caos interno, lo cual resultaría una ventaja para los comunistas».

Para la economía estadounidense, dispuesta a expandirse cuando ya se empiezan a agotar los beneficios del boom posbélico, es necesario un rearme de Occidente. El nuevo objetivo es «acelerar el restablecimiento de las dos fábricas más grandes de Europa y Asia: Alemania y Japón», según declara el secretario de Estado, Dean Acheson, el 8 de mayo de 1947. Los vencedores de la Guerra Civil española se van a encontrar con un anhelado regalo, que supone para ellos su tabla de salvación: como en los años treinta, la Unión Soviética vuelve a ser la gran amenaza.

El Plan Marshall de «ayuda» a Europa es aprobado con facilidad en el Congreso y el Senado norteamericanos, y en abril de 1948 se votan los primeros créditos. El objetivo del Plan es restablecer la economía en todo el mundo y crear condiciones políticas y sociales

que permitan la existencia de «instituciones libres», pero evitando «cualquier propuesta que se base en el supuesto de un choque entre Europa Oriental y Occidental, lo cual sería inaceptable para los pueblos europeos». Para evitar contradicciones innecesarias en el seno del bloque occidental, dado el rechazo que Franco provoca entre algunos gobiernos europeos, de momento España se queda sin los beneficios económicos del Plan Marshall.

En julio de 1947, durante la reunión de los aliados celebrada en París, la Unión Soviética analiza con rotunda claridad la nueva situación que se está creando en el Viejo Continente: «Los créditos norteamericanos no servirán para el restablecimiento económico de Europa, sino que serán utilizados por unos países europeos contra otros países europeos, de la manera que les parezca más conveniente a algunas potencias industriales que se esfuerzan por alcanzar el predominio». Las servidumbres políticas y económicas exigidas por el Plan Marshall a los países que van a beneficiarse de él indican que el centro de decisiones de la Europa Occidental de posguerra continuará en Estados Unidos.

En 1947 se produce un pequeño complot monárquico contra Franco, al que el propio dictador, que no se caracteriza por tener dudas a la hora de firmar sentencias de muerte, concede poca importancia. La frustrada conjura está articulada en torno al general Beigbeder, que ha sido el segundo ministro de Asuntos Exteriores del régimen, durante un breve período inmediatamente posterior al término de la Guerra Civil.²

Documentos diplomáticos desclasificados por el Departamento de Estado norteamericano³ revelan el corto alcance de esa conspiración interior y el escaso apoyo que le presta Estados Unidos. La Administración Truman ya tiene perfectamente trazada la línea de apoyo al régimen de Franco, pero la oposición monárquica, espoleada por los manifiestos de don Juan de Borbón, ha llegado a un acuerdo con los republicanos para constituir un «Frente de Solidaridad Interior» que, tras derrocar a Franco, dé paso a un Gobierno presidido por Beigbeder,⁴ que se encargaría de garantizar la transición hacia una situación constitucional.

Durante una conversación mantenida en febrero de 1947 con el entonces encargado de negocios norteamericanos en España, Bonsal, Juan Beigbeder comunica que si Londres y Washington no dan al proyecto «una favorable acogida pronto, todo se vendrá abajo y Franco se mantendrá en el poder treinta años». Para Bonsal, y así lo expresa en un informe del Departamento de Estado, los intereses norteamericanos se verían favorecidos por «la aparición, tan pronto sea posible, de un gobierno de tendencias moderadas capaz de pilotar al país entre los dos extremos de una dictadura rígida de los elementos fascistas o reaccionarios, por una parte, y la revolución social por la que aboga Moscú, de otro lado». Pero sus jefes de Washington no están de acuerdo: Franco les ofrece más garantías. Además, la Ley de Sucesión, aprobada en referéndum el 6 de julio de 1947, da al traste con los pactos de la oposición, al aceptar don Juan de Borbón la «legalidad» que se le propone.

El encargado de negocios de Estados Unidos en Madrid, Paul Culbertson afirma que «son unos insensatos los monárquicos que se me acercan a pedirme que Norteamérica asfixie económicamente a España. Si eso ocurriera, caería Franco, pero la monarquía no recogería la herencia. Lo que tiene que hacer el Rey es ponerse de acuerdo con Franco». ⁵ Martín Artajo y el entonces director del Instituto de Cultura Hispánica, Joaquín Ruiz Giménez, mantienen una entrevista con Culbertson en la que ambos le dan toda clase de seguridades sobre la vocación proamericana del Gobierno español y le recalcan que el régimen es profundamente «anticomunista», por lo que, en caso de conflicto norteamericano-soviético, España siempre estaría al lado de Estados Unidos.

Franco, en persona, le explica a Culbertson su posición, planteándole que España ha sido estrictamente neutral desde el comienzo de la Segunda Guerra Mundial y que no ha obtenido ni reclamado por ello ningún beneficio territorial, a pesar de las promesas de Churchill y Eden sobre Gibraltar. También le asegura que los exiliados son libres de volver cuando quieran y le explica que el programa de su Gobierno tiene un carácter «social» y persigue ampliar la estructura educativa, cívica y política del país. Culbertson se queda

entusiasmado: «Franco es un hombre sincero y honrado consigo mismo. Está convencido de que lo que hace es para el beneficio del pueblo español».

El nuevo encargado de negocios es un anticomunista de la línea dura y en sus informes sostiene que la oposición interior es la culpable del endurecimiento del régimen: «Sin más que oposición a su alrededor, Franco sólo tenía dos alternativas: suicidarse o tirar de las riendas de la dictadura». Culbertson también está convencido de que la Iglesia católica no está dispuesta a apoyar ningún cambio. Ni el Vaticano, ni la jerarquía española. El funcionario norteamericano se inclina por la «evolución como término opuesto a revolución». Opina que a Franco

se le pide que cambie un pájaro que tiene en la mano por ciento que aún están volando, por lo que es de suponer que quiera saber más de esa bandada de pájaros, y si las seguridades que pueden dársele son suficientes, creo que se mostraría interesado. Nadie puede rehusar una mano amistosa que le saque del sumidero en el que ahora se encuentra, y eso a pesar de que parece creer que ha sido el elegido por un algo superior para conducir a España y a los españoles hasta la luz. Tengo el presentimiento de que, con todo, querrá volver a poner los pies en el suelo. Es muy posible que se comportara así si, ante la perspectiva de un desastre económico, se diera a España ayuda material verdaderamente significativa, evitando de esa manera una catástrofe tanto política como económica.

El propio Franco realiza unas declaraciones al corresponsal diplomático de *Newsweek*, la revista oficiosa de la CIA, el 22 de noviembre de 1948, que levantan una gran polvareda en el exterior. En ellas afirma que, de no haber sido por la intromisión británica, se habría llegado a un acuerdo con Estados Unidos hace tiempo. Insiste en que resulta imposible mantenerse neutral en esos tiempos y se muestra dispuesto a liberalizar el país, en la medida «compatible con la seguridad y el bienestar». «Es cierto que nuestros obreros no pueden ir a la huelga, pero simultáneamente el gobierno trata de darles incluso más ventajas de las que recibirían vía huelgas.»⁶

Las consideraciones que el activo Paul Culbertson transmite a sus superiores encuentran eco en las palabras que el senador Gurney pronuncia tras la visita de una misión militar norteamericana a España: «Todos los que se resisten al comunismo deben comprender el interés por hacer entrar a España en el seno de las Naciones Unidas». Una creciente corriente de simpatía hacia el régimen franquista comienza a recorrer desde ese momento los medios financieros, políticos y militares norteamericanos.

El siguiente paso de Culbertson es la recomendación a su Gobierno de que se ofrezcan a España créditos similares a los habilitados por Estados Unidos para otorgárselos a otros países europeos. La respuesta del secretario de Estado Dean Acheson es inmediata: España los puede pedir. El mismo Truman puntualiza que el hecho de que España no se beneficie del Plan Marshall no implica que le estén vedados los créditos de los bancos norteamericanos. A continuación, el Chase National Bank concede un crédito de 25 millones de dólares para la adquisición de alimentos, dado que una de las condiciones impuestas es que los créditos se utilicen para «fines específicos que contribuyan a la rehabilitación económica de España». Los norteamericanos añaden a esta disposición también otras directrices económicas, como la devaluación de la peseta hacia un tipo más realista de cambio con el dólar, mayores facilidades para la penetración del capital extranjero en España y el recorte de las funciones del Instituto Nacional de Industria.

El 3 de septiembre de 1949, el almirante Michael Connelly, comandante en jefe de las fuerzas navales norteamericanas en el Atlántico Oriental y el Mediterráneo, se entrevista con Franco, y en el otoño de ese mismo año, el senador McCarran, miembro relevante del «lobby español» en Estados Unidos, también visita España. En enero de 1950, Dean Acheson declara que está dispuesto a defender ante las Naciones Unidas el regreso a España de los embajadores retirados en 1946. En una carta enviada a Tom Connally, presidente del Comité Senatorial de Relaciones Exteriores, Acheson expone:

Estados Unidos ha cuestionado durante largo tiempo la sabiduría y la eficacia de las acciones recomendadas por la resolución de 1946 ... Retrospectivamente, está claro que tal acción no sólo fracasó en su objetivo, sino que sirvió para fortalecer la posición del Régimen actual ... En ningún sentido significa nuestro voto la aprobación al Régimen de España.⁷

Desde un punto de vista militar, España es imprescindible para la defensa occidental, y así se lo hace saber a la Casa Blanca, el 8 de mayo de 1950, el almirante Connelly en una comunicación secreta:

El Estado Mayor Conjunto recomienda que, con respecto a España, Estados Unidos presione para la aceptación por parte del Reino Unido y Francia de los objetivos de la política de EE.UU. También recomienda vehementemente que el Departamento de Estado lleve a cabo acciones sin demora para asegurar a EE.UU. y a sus aliados accesibilidad militar y cooperación con España, bien bilateralmente o bien a través de la aceptación por parte de esa nación como firmante del tratado del Atlántico Norte o del tratado de la Unión Occidental. El Estado Mayor Conjunto cree firmemente que debe encontrarse alguna forma para solucionar las objeciones políticas del Reino Unido y Francia a la mejora de las relaciones con España, en particular, dado que la mayoría de las naciones europeas afectadas están de acuerdo en la importancia de los puntos de vista de seguridad y estratégicos de España.⁸

La cosa está clara. El conflicto de Corea, iniciado en 1950, da lugar a un nuevo planteamiento estratégico por parte de Estados Unidos. Ante una Unión Soviética ya dotada de armamento nuclear, la estrategia de respuesta se centra en la única arma capaz de alcanzar los centros de la URSS considerados vitales: los superbombarderos atómicos de largo alcance. Para asegurar ese alcance se hace ineludible la estructuración de una red de bases sobre la que organizar el Strategic Air Command (Mando Aéreo Estratégico), elemento esencial del poderío nuclear estadounidense. El centro neurálgico en Europa de esa estructura militar se va a situar a muy pocos kilómetros de la capital de España.

«La Junta de Jefes Militares está convencida de que, ante los bien conocidos objetivos del Kremlin y las crecientes capacidades militares de la URSS, la falta de colaboración militar entre los países firmantes de la OTAN y España nos afecta de una manera adversa, no sólo en lo que respecta a la seguridad en Europa, sino también a la seguridad en los Estados Unidos», se señala en un memorándum secreto, de fecha 29 de enero de 1951, dirigido al secretariado ejecutivo del Consejo de Seguridad Nacional. Además, se afirma que, ante la posibilidad «bastante probable» de que la situación mundial vaya empeorando, la Junta de Jefes Militares cree «que ha llegado el momento de que los Estados Unidos le den más peso a las consideraciones militares en lo que respecta a España. Se trata de utilizar España para la defensa común no sólo de la península Ibérica, pero no sería realista hacerlo sin contar con la información que nos debe proporcionar el propio Ejército español». España les interesa enormemente y consideran que algo tendrán que ofrecer a cambio de su cooperación.

En un documento anterior, de fecha 15 de enero de 1951, también dirigido al Consejo de Seguridad, se señala:

En el caso de un ataque soviético a Europa Occidental, el gobierno español, que ha sido aguijoneado por las naciones occidentales durante años, es perfectamente capaz de ponerse en una situación de neutralidad. Cuanto más se tarde en empezar esta cooperación con España, más estamos alimentando ese sentimiento de neutralidad o, al menos, animando a que los españoles lleguen a poner un precio exorbitante a su cooperación.

Reanudadas las relaciones diplomáticas entre el régimen franquista y Estados Unidos, Truman comienza a estudiar el tema español y, a finales de enero de 1951, el embajador estadounidense en España, Stanton Griffis, recibe información al respecto. Entre sus instrucciones está la recomendación de proponer a Franco un nuevo Tratado de Amistad, Comercio y Navegación con España.⁹ José Félix de Lequerica, embajador español en Washington, ya ha obte-

nido, a finales de 1950, la aprobación de una ayuda de 62,5 millones de dólares, con lo que España se convierte en el único país europeo que recibe ayuda norteamericana a través de la ECA (Economic Cooperation Administration) —creada para distribuir las asignaciones del Plan Marshall—, sin haberla pedido oficialmente y sin mediar aún acuerdo bilateral alguno.

Durante su primera entrevista oficial, el embajador Griffis se interesa por el problema de la libertad religiosa en España, una de las obsesiones de Truman, y pasa luego a plantear el deseo de su Gobierno de establecer bases en nuestro suelo. Ante la claridad de la propuesta, Franco manifiesta su desinterés por la recién creada OTAN, pero asegura que estaría satisfecho de suscribir un acuerdo bilateral con Estados Unidos. En el horizonte se vislumbran ya las instalaciones militares de Rota, Morón, Torrejón y Zaragoza. La creación de la red de bases norteamericanas en España se concebirá, exclusivamente, en función del dispositivo bélico de Estados Unidos en Europa.

En junio llega el almirante Sherman, jefe de Operaciones Navales estadounidenses, para entrevistarse con Franco e iniciar de manera oficial las negociaciones en torno a las bases. La primera entrevista entre el dictador y Sherman tiene lugar el 16 de junio de 1951, y en ella están presentes también el embajador Griffis y el marqués de Prats.

Sherman resume para Franco una versión suavizada de los problemas militares con los que se pueden llegar a enfrentar los dos nuevos aliados en el caso de que se produzcan hostilidades, y comenta brevemente el problema del despliegue de fuerzas aéreas y navales en apoyo de la defensa de Europa Occidental. Luego le anuncia, con prudencia, las necesidades estadounidenses:

Señalé entonces las medidas que parecen necesarias llevar a cabo en la situación actual. Éstas incluyen privilegios de tránsito y de operatividad aérea en España, en el Marruecos español y en Canarias. También señalé nuestra necesidad de fondear en las aguas territoriales españolas en las mismas áreas, así como en Baleares, e indiqué nuestra

concepción de las operaciones antisubmarinas y de las operaciones de portaaviones en el Mediterráneo.¹⁰

Los aliados de Estados Unidos no tardan en manifestarse en contra de estas conversaciones. Los primeros que lo hacen son los británicos, que se encuentran cada vez más desplazados. El 25 de julio, y ante la Cámara de los Comunes, el secretario de Exteriores británico, Herbert Morrison, afirma haber expresado a las autoridades de Washington «nuestra convicción de que las ventajas estratégicas que se deriven de la asociación de España a la defensa occidental se verán superadas por el perjuicio político que tal asociación puede acarrear a la comunidad occidental de naciones». En el mismo sentido, Francia objeta el desequilibrio de poder en el Mediterráneo y el norte de África que tal alianza puede producir. En el fondo, queda claro que lo que más se teme, tanto por parte británica como francesa, es una retirada estratégica de las líneas de defensa norteamericanas desde el Rhin hasta los Pirineos, simultánea a una «degradación moral» de la Alianza Atlántica.

Para disipar estos temores, el secretario de Estado norteamericano, Acheson, tiene que formular una declaración en torno a los siguientes principios: la OTAN es la piedra capital de la defensa de Occidente, los aliados atlánticos seguirán contando con una «nítida prioridad» en la ayuda estadounidense y Europa Occidental, en ningún supuesto estratégico, se verá abandonada, para su liberación posterior, a favor de una posición de defensa detrás de los Pirineos. El almirante Sherman fallece en Nápoles repentinamente, pero las negociaciones están encarriladas ya por una senda segura y, a finales de agosto, llega a España una nueva misión militar, encabezada por el general de división norteamericano James Spry. Él se encarga de realizar los exámenes oportunos para determinar la posible ubicación de las bases. Desde el comienzo de los contactos, el Pentágono ya ha hecho explícito su interés por contar con una base en las inmediaciones de Cádiz. En otoño llega a España otra misión, ésta económica, bajo la dirección del profesor Sidney Suffrin, para estudiar la situación económica de España y evaluar cuál debe ser el al-

cance de la ayuda norteamericana, de acuerdo con las necesidades del régimen.

Según publica el *New York Times* del día 31 de agosto, las contrapartidas reclamadas por Franco son las siguientes: un préstamo o subvención para ayuda militar y económica que se añadirá a los 400 millones de dólares pedidos inicialmente; una garantía de que no habrá «interferencia» de Estados Unidos en los asuntos internos españoles, y un acuerdo por el cual no se requerirá que las tropas españolas sirvan fuera de España. Además, en caso de guerra, cualquier ejército occidental que se retire a España quedará de inmediato bajo mando estadounidense o español.

Mientras tanto, la marcha de las negociaciones produce ciertos movimientos de oposición interna en ambas partes. En Estados Unidos, los liberales no cesan de exponer la contradicción que significa negociar con un ex aliado del Eje, apenas seis o siete años después del final de la Segunda Guerra Mundial. El *New York Times* va más lejos en su editorial del 30 de agosto de 1951:

Esto [las negociaciones] constituye el mayor fraude de la política exterior norteamericana para con los deseos de nuestros principales aliados, e implica un problema que durante quince años ha dividido a la opinión pública norteamericana como ningún otro lo ha hecho en nuestra historia. ¿Son mayores las ventajas militares prácticas de un acuerdo con España que las desventajas políticas y militares? Habiendo afrontado la mayor guerra de la historia para derrotar al fascismo, ¿es la nuestra una situación tan desesperada como para hacer de un régimen fascista uno de nuestros aliados? ... Uno de los nítidos hechos con los que los americanos han de encararse es que, si seguimos adelante con estas negociaciones, estaremos ayudando a perpetuar a Franco en el poder mientras viva y le interese permanecer como dictador de España. Esa será nuestra responsabilidad ante la historia.

En enero de 1952, el Pentágono se excusa insistiendo en el interés militar de las bases, pero afirmando que se trata de una decisión política más que militar. Y un mes después, el presidente Truman declara que no siente ningún afecto por el régimen español.¹¹ Inclu-

so llega a decir: «I hate Spain» («Odio a España»). Esto provoca una nota de protesta por parte de la embajada española en Washington. Pero Franco no se inmuta, necesita el acuerdo, sabe lo que vale la península Ibérica y se siente absolutamente seguro del terreno que pisa.

A finales de febrero viaja a España el secretario de Estado para Asuntos Europeos, George W. Perkins, el funcionario norteamericano de más alto rango que visita, hasta ese momento, la España de Franco. Durante su estancia, Perkins asegura al Gobierno español que Estados Unidos está decidido a iniciar su política de ayuda. Finalmente, el secretario de Estado, Acheson, manifiesta que las negociaciones específicas sobre las bases se iniciarán con la llegada del nuevo embajador estadounidense, MacVeagh. Éste llega el 21 de marzo de 1952, acompañado por un equipo de asesores militares bajo la dirección del general de división Kissner, de las Fuerzas Aéreas, y de asesores económicos encabezados por George Train, de la Mutual Security Agency.

En España, las voces discordantes no tienen cauces para manifestarse en contra de los acuerdos. La oposición antifranquista sigue siendo objeto de una represión feroz y la propia estructura del régimen impide que adquiera relevancia el rechazo de los ultras nacionalistas y tradicionalistas,¹² para quienes la pérdida de Cuba y Filipinas aún está muy presente. El búnker católico, por su parte, se muestra reacio a aceptar las relaciones con los protestantes heréticos. Pero estas actitudes no inciden en absoluto en el desarrollo de las conversaciones con los norteamericanos. De todos modos, Franco procura que el Concordato con la Santa Sede se firme antes de que concluyan las negociaciones con los norteamericanos.

La falta de entusiasmo del presidente Truman, muy despreciativo con España, retrasa las negociaciones, en las que Franco está aún más interesado que los estrategas militares norteamericanos. El proceso se agiliza con la llegada de un antiguo militar a la Casa Blanca, Eisenhower, y de John Foster Dulles¹³ a la Secretaría de Estado, en enero de 1953. Su hermano, Allen Dulles, es el director de la CIA. El embajador norteamericano MacVeagh es sustituido por James

C. Dunn.¹⁴ Por parte española, Alberto Martín Artajo encabezaba las negociaciones, con el asesoramiento del general Jorge Vigón y del ministro de Comercio, Manuel Arburúa. Finalmente, el 26 de septiembre se firman en Madrid los tres acuerdos entre España y Estados Unidos. «¿Podríamos con nuestros propios medios, sin colaboración exterior, asegurar a nuestra nación contra la agresión comunista?», dice Franco en las Cortes. Y remacha: «Al fin he ganado la guerra».¹⁵

Los norteamericanos imponen unas condiciones leoninas, porque saben que la firma de los acuerdos otorga carta de naturaleza internacional a la dictadura de Franco, muy aislada hasta ese momento. Tres acuerdos del Ejecutivo norteamericano, que no precisan ser ratificados por las Cámaras representativas de Estados Unidos, convierten a España en una aliada subalterna de la primera potencia occidental y permiten al Gobierno de Eisenhower establecer una nueva plataforma anticomunista en una zona con enorme importancia estratégica. El acuerdo de defensa autoriza el establecimiento de bases aéreas y navales —y otras instalaciones militares complementarias— «de utilización conjunta», bajo el mando y la soberanía españoles.¹⁶ No se concreta el número de instalaciones ni las obligaciones mutuas en caso de guerra. Las negociaciones fijaban un máximo de ocho o nueve bases, pero Estados Unidos considera suficiente construir cuatro importantes, además de una serie de establecimientos especializados anexos. «Al margen de lo que esos acuerdos significaron como apoyo al régimen de Franco, las unidades empiezan a recibir ayuda norteamericana en material: casi siempre se trata de material de desecho, o casi, procedente de la Segunda Guerra Mundial y de la de Corea», señala Fernando Reinlein.¹⁷ «Además, habrá que pasar por la humillación de presentar periódicamente ese material a la inspección de técnicos estadounidenses.»

El acuerdo de ayuda económica engloba los préstamos recibidos por España en 1951 y 1952, durante las negociaciones, y la amplía a 226 millones de dólares hasta junio de 1954. España, según los términos del acuerdo, debe utilizar ese apoyo financiero para estabilizar la economía, equilibrar el presupuesto y promocionar la economía

de libre empresa. La discriminación norteamericana ante la débil posición internacional de Franco queda clara al retener hasta un 60 por ciento de la ayuda para los gastos norteamericanos en España, cuando similares acuerdos con otros países fijan la cantidad en un 10 por ciento.

Por último, el acuerdo de asistencia defensiva mutua estipula obligaciones por ambas partes, como préstamos de materiales y servicios requeridos para la mayor eficacia del pacto, intercambio de patentes y «promoción de la paz». Se establece el plazo de un año para poder denunciar los acuerdos. Además, el Gobierno de Franco tiene que mantener la estabilidad de la peseta y cooperar con Estados Unidos en el control del comercio «con las naciones que amenazan la paz». Y aún queda un punto fundamental: España debe «aceptar todo el personal estadounidense como miembro de la Embajada». La CIA ya puede colarse, con toda facilidad, por unas puertas abiertas de par en par.

Colonizados por la CIA

Creo, desde luego, que hay interferencia de ese organismo en la política interna de los países europeos; pero es difícil concretar sus actividades, sobre todo, si salen, como se dice, de la embajada americana en Madrid. Esta actuación hecha en beneficio de Estados Unidos no consigue su propósito. Opino que todas las actividades que en el mundo occidental se han llevado a cabo contra nosotros han sido llevadas a cabo por organismos que recibían fondos de la CIA, pero más que nada con el propósito de implantar en España un sistema político al estilo americano el día que yo falte.¹

El número de espías norteamericanos que actúan en España, ya bastante elevado en tiempos de la antigua OSS, se incrementa de forma notable tras la creación de la CIA, en 1947. Y muy especialmente tras la firma de los acuerdos bilaterales entre Franco y Eisenhower. Los miembros de la Agencia se mueven por el territorio español con absoluta libertad. El régimen considera normales sus actividades. Más adelante, durante las Administraciones de Kennedy y Johnson, Estados Unidos comenzará a jugar claramente con dos barajas: apo-yo abierto al Caudillo y oculto a la oposición moderada. Franco es consciente de esa situación, pero se siente seguro y prefiere aparentar que ignora las actividades de los agentes de la CIA, para no tener el más mínimo roce con sus protectores del otro lado del Atlántico.

Los militares norteamericanos empiezan a captar adeptos en las filas del Ejército español, cada vez más colonizado, y los hombres de la CIA financian, sin ningún recato, a los propios servicios de infor-

mación de Franco, para tenerlos completamente bajo sus órdenes. Los espías norteamericanos se apropian de un organismo clave, Contrainteligencia, cuya sede está en la madrileña calle de Menéndez Pelayo, y aprovechan la novedosa tecnología que poseen para imponer su presencia en todas las operaciones que llevan a cabo sus subordinados colegas españoles. Pero esta prepotente actitud de los enviados del Imperio irá generando un malestar creciente entre algunos miembros de los servicios de inteligencia españoles, que, más adelante, acabarán neutralizando y destapando varias operaciones encubiertas de la CIA.

La presencia de Franco al frente del Estado español les supone a los norteamericanos una sólida garantía de cara a sus propios intereses estratégicos en Europa. El dictador lo sabe y le está profundamente agradecido a su padrino Eisenhower. Ambos tienen el mismo enemigo: el comunismo ateo. Es muy consciente de que, en plena Guerra Fría y con semejante respaldo, ya no le va a mover nadie de El Pardo. Los norteamericanos saben cómo entenderse con él y tienen la gran habilidad de mandarle siempre interlocutores militares: el almirante Sherman, el almirante Connelly, más tarde el general Walters... Sólo quieren utilizar España como base de sus tropas y de sus servicios de información. Y el Caudillo es condescendiente con ellos. Personalmente, se considera pagado con creces por sus socios. Son los tiempos de la leche en polvo y el queso amarillo.

En mayo de 1967, Franco le dice a su primo Salgado-Araujo:²

Los americanos operan por medios indirectos, pero, en realidad, lo que persiguen constantemente es la seguridad de su gran nación, atacando a derechas e izquierdas, según lo consideren más oportuno para dicho fin. Aunque, en nuestro caso, se equivocan, porque favoreciendo el desorden y la subversión, sólo favorecen a Rusia. El gobierno está bien informado de esas actividades que sigue de cerca. La CIA, según mis informes, dice ser una agencia para la seguridad del gobierno de los Estados Unidos y creo que actúa de acuerdo con él y la Administración norteamericana.

El régimen franquista no es una democracia, ni siquiera lo puede aparentar, y esto le excluye de la Alianza Atlántica. Pero, por encima de cualquier formalismo político o diplomático, la «amenaza comunista» y los imperativos de la Guerra Fría convierten a España en un sólido aliado de Estados Unidos. Si Franco define su feudo como «la reserva espiritual de Occidente», el Pentágono considera este país como su imprescindible reserva estratégica. Washington ha roto el hielo con la visita del presidente Dwight Eisenhower a Madrid en 1959, y los norteamericanos usan a su antojo las bases de Torrejón, Rota, Morón y Zaragoza. El diseño bélico planificado por el Departamento de Defensa, ante la eventualidad de una invasión «roja» en Europa, convierte a los Pirineos en su última y más sólida barrera. El Estado Mayor norteamericano ve en la península Ibérica el mejor cobijo para un masivo repliegue táctico de la OTAN y también como una eficaz cabeza de puente para iniciar el contraataque. «La Guerra Fría no era una guerra real pero lo parecía», afirma Juan Alberto Perote, hoy coronel de Infantería en la reserva.

En marzo de 1968, el joven teniente Perote se lanza en paracaídas sobre suelo alemán, durante una de sus primeras maniobras en las COES (Comandos de Operaciones Especiales), donde estará siete años ejerciendo de instructor y oficial. «Aquel supuesto táctico partía de la hipótesis de que las tropas del Pacto de Varsovia habían invadido media Europa y, con ella, toda la República Federal de Alemania. Nuestra patrulla, compuesta por once hombres, se consideraba infiltrada en la retaguardia enemiga y, desde esa perspectiva, cualquier fuerza de policía, militar o civil, era enemiga. Pero ¿qué demonios hacía en territorio de la OTAN un teniente del Ejército de Franco? ¿Qué hacía yo integrado en una operación comando de los boinas verdes norteamericanos?»³

Recuerda que cada año aparecía por Jaca un centenar de *green berets* norteamericanos para participar en una nueva Operación Sarrio. Ése era el nombre asignado a las maniobras que realizaban, de forma conjunta, tropas de élite españolas y norteamericanas. «Para los yanquis, los Pirineos eran la antesala de una guerra real en la que

acabaría cayendo como mosquitos», relata Perote. «Porque desde allí, ellos partían para Vietnam, donde sus *teams* operativos, unos comandos de no más de catorce hombres, al mando de un teniente o un capitán, eran infiltrados en helicóptero tras las líneas del Vietcong.»

Asegura que, en aquellos tiempos, siempre creyó que las Operaciones Sarrio eran sólo un intercambio de experiencias profesionales entre guerrilleros de dos ejércitos amigos, aunque su operación comando en Alemania le dejó más que pensativo. «Un observador norteamericano nos acompañó en todo momento como árbitro. Entonces no lo sabíamos, pero su cometido primordial era elaborar un amplio informe personal sobre cada uno de los componentes de la misión. Años después supe que mi ficha había sido remitida a los archivos de la CIA y a los de la NSA, el espionaje militar norteamericano para asuntos internacionales. Sin ni siquiera imaginarlo, habían tomado nota de mí como elemento potencial para “la causa”, que no era otra que el “problema comunista” en Europa.»

El Ejército español se convierte en una plácida piscina donde los agentes de los servicios de información norteamericanos pescan a su antojo piezas perfectamente seleccionadas. «A los oficiales españoles nos hicieron creer que éramos los centinelas de Occidente. Siendo nuestro Ejército lo que era», señala Arturo Vinuesa, coronel de Estado Mayor en la reserva:⁴ «Los cursos en Estados Unidos servían para pulsar la opinión personal y la orientación política de los alumnos. Te nombraban un tutor militar, que era un mando; además, otro tutor que era un alumno norteamericano, un compañero tuyo que te ayudaba y con quien normalmente tomabas confianza, y, por fin, un tutor civil, que solía ser una mujer. Los tres te hacían siempre las mismas preguntas, sobre el ejército español y nuestra situación política. A finales de los setenta estaban especialmente interesados en saber qué ocurriría si Felipe González llegaba al Gobierno: ¿renunciará al marxismo?, ¿permitirá que España entre en la OTAN? A través del criterio de cien o doscientos oficiales, conseguían un espectro más o menos fiable de cuál era el estado del ejército y una visión orientativa de algunos aspectos de la situación política

y social. La mayoría de los militares españoles eran muy proamericanos. En primer lugar, por cuestiones profesionales y tecnológicas».

Algunas de las técnicas de captación empleadas por los militares de Estados Unidos son elementales pero muy eficaces. Por ejemplo, el caso del campechano general norteamericano que se acerca a un comandante o un capitán español pronosticándole una larga y fructífera carrera profesional. Y a continuación, le pide que siga manteniendo contactos con él. En otras ocasiones, se va más lejos: «Cuando se cae en la primera tentación y se coge dinero, ya te tienen trincado», prosigue Vinuesa. «Eligen a los que son “vulnerables” por ambición profesional, por el sexo o por asuntos económicos. Había gente que tenía trampas para cazar elefantes. Aquí no se nos pagaba bien a los militares. Buscaban al que se había comprado una casa y estaba ahogado con la hipoteca... Ellos controlaban todo eso. Como, además, no te sentías traidor...»

Se suele empezar por las «colaboraciones» más llevaderas, pero luego vienen las cloacas. «Como filmar las relaciones homosexuales de la hija de un personaje político», señala Vinuesa. «Con lo que suponía una cosa como esa en los años sesenta o setenta. O un pagaré sin cumplir, las propias relaciones homosexuales del personaje... Muchas veces provocadas por un cebo. Esas son prácticas normales en los servicios secretos. Mecanismos para doblegar la voluntad de alguien a quien se quiere manejar.»

Por otra parte, las bases de «utilización conjunta» se convierten en reductos donde los norteamericanos hacen lo que quieren sin que nadie les fiscalice. «Yo visité la base de Morón con motivo de un curso de cooperación aeroterrestre», relata el general Fernández Monzón.⁵ «Y un día que salí a pasear por el interior de las instalaciones, con un compañero, vi cuatro gigantescos B-52, cercados con vallas de *restricted area*. Le dijimos al jefe de la base, un coronel español, que nos gustaría mucho observar los aparatos de cerca, y él nos contestó: “Toma, y a mí, pero no permiten que nadie se acerque”. Aquí, los norteamericanos han hecho siempre lo que han querido; sólo se ha sabido lo de la bomba de Palomares.»

En 1970, cuando se produce la entrega a España del oleoducto Rota-Zaragoza, que hasta entonces había estado controlado por los estadounidenses, Fernández Monzón tiene el rango de capitán. Está previsto que, a partir de ese momento, la conducción se utilice no sólo para cubrir las necesidades de las Fuerzas Armadas, sino también, a través de Campsa, para usos civiles. «Se pretendía definir el oleoducto como “instalación petrolera civil”», recuerda el hoy general en la reserva.

«Pero ellos insistieron en que figurara en los acuerdos, expresamente, como una instalación militar española. Al final, hubo que registrarla así, aceptar lo que querían los norteamericanos, porque, de ese modo, al no ser civil, su ejército siempre tiene derecho a utilizarla. Además, impusieron unas condiciones onerosas en el funcionamiento del oleoducto. Por ejemplo, en caso de emergencia, hay que detener inmediatamente todo el bombeo de productos españoles, gasolina y cualquier crudo, y tienen prioridad el queroseno y los productos de sus fuerzas armadas.»

En 1953, tras la firma de los acuerdos de cooperación, empiezan a viajar a Estados Unidos, para realizar los correspondientes cursos de formación, los oficiales del Ejército del Aire que van a pilotar aviones T-33 y F-86. Una ocasión inmejorable para que los instructores hagan proselitismo. «Los cursos duraban un año y, durante ese tiempo, los instructores intentaban captar a quienes más les interesaban», explica el capitán José Ignacio Domínguez, antiguo miembro de la UMD (Unión Militar Demócrata).⁶

«Cada vez que se traían nuevos aviones había cursos de ese tipo. Para el F-104 y, sobre todo, para el F-5. Lo tenían todo controlado. Por ejemplo, el profesor de inglés de la Academia del Aire era un capitán de las Fuerzas Aéreas norteamericanas que siempre nos estaba sondeando. Decían que las bases eran conjuntas, pero en realidad eran sólo suyas. Recuerdo que, cuando estuve destinado en Morón, de teniente, un día iba a salir de la base y no me dejaron los norteamericanos. El capitán del cuartel, un español, no pintaba nada allí, era un cero a la izquierda.»

LA CONTRAINTELIGENCIA DEL TÍO SAM

Durante los años sesenta, la influencia de la CIA en los servicios de información del Ejército español es absoluta. Hasta tal punto que el pluriempleo a dos bandas de nuestros oficiales está considerado como algo normal: la mitad de la jornada se trabaja para casa y las horas extras de la tarde se dedican a los encargos de los socios. Los salarios de los militares son relativamente modestos y a nadie le parece mal que los miembros de los servicios de información sumen así un sobresueldo.⁷

Durante la segunda mitad de los sesenta, Manuel Fernández Monzón está destinado en Contrainteligencia. El número clave de este servicio es 042 y su sede ocupa el número 49 de la calle de Menéndez Pelayo, bajo el paraguas de una supuesta «Comisión de estudios». Esta sección pertenece al departamento de información clandestina, el 04, que engloba espionaje y contraespionaje. La sección destinada a espionaje, el 041, está ubicada en la calle de Vitrubio. El edificio ocupado por Contrainteligencia junto al Retiro es tan discreto que llama la atención. «No había ni una antena de televisión en el tejado, ni en la azotea, y todos los coches que paraban en la puerta eran de color negro, cuando entonces en Madrid sólo iban pintados de negro los taxis, pero con una línea roja», recuerda Fernández Monzón. «Allí trabajábamos hasta las tres de la tarde. El horario normal del Ejército entonces. La tarea extra de las tardes nos la pagaba la CIA. Tampoco hacíamos mucho, pero a ellos les interesaba tenernos como colaboradores. Cada mes aparecía el señor Lee con el dinero en un maletín y nos pagaba abiertamente. Ya en aquella época estaban conectados todos los servicios de inteligencia de Europa Occidental, mucho antes de que existiera la Unión Europea. Eso no es nuevo de ahora. Teníamos contacto con el servicio alemán, inglés, francés...»

Precisamente la colaboración con los servicios norteamericanos y británicos le lleva a Fernández Monzón hasta la URSS. En 1966 entra en el servicio de Contrainteligencia y le destinan al Estado

Mayor. Posteriormente es seleccionado para recibir adiestramiento especial en el castillo de Wildenrath, en Escocia, con el fin de participar en una red que saca a disidentes y a sus familiares de la URSS. Bajo las órdenes del coronel McKenan, llega a participar en cinco operaciones. Gracias al origen germano de una de sus abuelas, su educación ha sido bilingüe y habla perfectamente alemán. Durante la quinta incursión en suelo soviético, haciéndose pasar por ciudadano de la RDA, en compañía de dos agentes germanooccidentales, es detenido nada más llegar al puerto de Leningrado. «Estuvimos dos años allí, hasta que nos pusieron en libertad, gracias a las gestiones de la Cruz Roja», recuerda. «Un barco italiano nos llevó hasta Génova y allí nos soltaron. Aquí ya me habían hecho hasta un funeral y misas gregorianas. Incluso habían salido esquelas en los periódicos. Al año de desaparecer, como no tenían noticias mías, me dieron por muerto.»

Durante años, el área de Contrainteligencia del Ejército español continúa siendo un reducto controlado y financiado por la CIA. El coronel Perote forma parte de ese servicio durante la segunda mitad de los setenta. Aún recuerda su sorpresa al descubrir que aquello estaba completamente tutelado por los norteamericanos.

«Oficialmente dependíamos del CESID, pero en realidad, nuestros patrones eran los jefes de Estación de la CIA. Ellos eran los que pagaban la sede de Menéndez Pelayo y también nuestras gratificaciones, en calidad de fondos reservados. Ese dinero no salía de los presupuestos. Yo cobraba un plus de los norteamericanos y, al principio, ni siquiera sabía que me lo daban ellos. Nos entregaban un sobre a fin de mes. Eso estaba institucionalizado en el servicio, se veía como algo normal. Y el que paga manda. Semejante dependencia fue siempre escandalosa, y la colonización de nuestros servicios no se quedaba sólo ahí. Así que cuando llegué al CESID, como responsable de la AOME, me empecé a quitárnosla de encima.»

Ronald Edward Estes, jefe de estación de la CIA en Madrid a finales de los setenta y durante los primeros ochenta, visita todas las semanas el inmueble de Menéndez Pelayo ocupado por la sección

de Contrainteligencia del Alto Estado Mayor del Ejército español, un departamento exclusivamente militar. «Los delegados de la CIA, y también los del Mossad israelí, entraban por allí cuando querían, como si estuvieran en su casa», señala Perote.

«Con lo que supone eso, que los delegados de dos servicios de información extranjeros se muevan así en la sede de Contrainteligencia, que está precisamente para controlar sus actividades aquí. Éramos un apéndice de ellos. Después, cuando llegué al CESID, conseguí que el delegado de la CIA viniera a nuestra sede con unos horarios marcados. Era un intercambio, ya no hacían lo que querían ni aparecían cuando les daba la gana.»

Las actividades de Contrainteligencia están dirigidas, fundamentalmente, contra el Pacto de Varsovia, considerado el principal enemigo del régimen y del patrón norteamericano. Pero Cuba, por ejemplo, no entra en los planes de los servicios de información españoles en ese momento. Es otro mundo. Sin embargo, se acaba convirtiendo en un objetivo prioritario para Contrainteligencia, porque les interesa a los agentes de la CIA que actúan en Madrid. «En un determinado momento, nos planteamos el control del consulado cubano en Barcelona», explica Perote. «Ellos nos habían incitado a hacer esas escuchas. Estábamos a su servicio. ¿Y qué nos importaba China a finales de los setenta? ¿Qué problemas teníamos con sus diplomáticos? Pues hicimos la Operación Naranja para controlarlos. Los norteamericanos nos trasladaban sus problemas, trabajábamos hacia sus objetivos: seguimientos, controles, escuchas... Sin saber por qué ni para qué.»

En algunas ocasiones, los hombres de los servicios de información españoles reciben ofertas mucho más explícitas de la CIA para ponerse a su total servicio. Con Manuel Fernández Monzón llegan a hacer un intento de reclutamiento que no prospera. «Después de que se publicara por primera vez en la prensa una lista con los nombres de algunos miembros de la CIA en Madrid, cuando querían verte, te citaban fuera de España», relata.

«A mí me citan en Burdeos, en un hotel, y cuando subo a la habitación convenida, me encuentro con cinco tíos de la CIA con el

polígrafo preparado. Es lo que utilizan para hacer la prueba a la gente que quieren contratar, así intentan asegurarse de que no les mienten. Me propusieron ir a Latinoamérica, pero les dije que no. Era el año 1984. Y ahí quedó la cosa. Un mes después, me llaman del banco diciéndome que se ha recibido una transferencia a mi favor de un millón de pesetas, que era un dinero en aquella época. Pregunté quién la había hecho y me dijeron que estaba enviada a nombre de Michael Jordan, la estrella mundial del baloncesto, que entonces estaba empezando a ser famoso. Después, ya no volví a tener noticias de ellos.»

Para intentar suavizar la evidencia de la colonización que sufren los agentes españoles, desde Estados Unidos se realiza una permanente labor de adoctrinamiento a los responsables de los servicios, para «convencerles» de cuáles son los enemigos comunes. Además, se ofertan constantemente cursos especializados en Fort Bragg, Houston, West Point... Cuando se crea la unidad española de helicópteros, a mediados de los sesenta, también todos los pilotos de los nuevos aparatos tienen que ir a Estados Unidos para formarse.

En ese momento se está dando un cambio generacional en las Fuerzas Armadas españolas y los jóvenes oficiales ambicionan sentirse buenos profesionales, bien formados, al nivel de los de otros ejércitos. Y están encantados con las ofertas que llegan de Estados Unidos, piensan que su futuro profesional puede mejorar sensiblemente. Los instructores norteamericanos se encargan de fomentar ese sentimiento. A los altos mandos españoles que han hecho la guerra ya no les importa ninguna reconversión, sólo perpetuarse en el poder, pero el hecho es que se está empezando a entrar en la era moderna de los ejércitos y los jóvenes oficiales se quieren cualificar. Es muy fácil ponerles un cebo. «Estábamos locos por poder salir al extranjero», confiesa el coronel Perote. «Entonces el que viajaba fuera de España era una *rara avis*. Que hay un curso de carros de combate en Estados Unidos, pues todo el mundo quería ir. Salir y conocer otras cosas. Cuando yo fui a Alemania, veinte años después del final de la

guerra, aún había ruinas por todas partes y aquello me sorprendió mucho.»

Otro de los elementos clave que los norteamericanos utilizan para tener controlados a los servicios españoles es su apabullante supremacía tecnológica. Los primeros micrófonos que se empiezan a instalar aquí para realizar escuchas llegan de manos de la CIA y el Mossad. Como el «canario» es de ellos, uno de sus hombres tiene que formar parte, «necesariamente», del equipo que va a instalarlo. De ese modo saben dónde está y a quién se lo ha colocado. «Cuando me incorporé a la AOME, el panorama era desolador. Los micrófonos nos los prestaban los norteamericanos, y eso acarreaba nuestro total control operativo e informativo», explica el coronel Perote. «Con la excusa de que la CIA abre una ficha por cada “canario” que posee y en ella especifica su historial de uso, cada vez que nos dejaban uno, llegaba un agente norteamericano, desde el cuartel general de la Agencia en la República Federal de Alemania, para participar en su colocación. De ahí a saber lo que grabábamos sólo había un paso.»

Pero la colonización del CESID no sólo es tecnológica, sino también formativa. Los cursos de preparación técnica los siguen dando especialistas norteamericanos. Y continúa habiendo una gran dependencia económica. «Por ser de la familia, pero no hermanos, les llamábamos “primos” en nuestro argot», bromea Perote. «Pero siempre pensé que los únicos primos éramos nosotros.» Como jefe de la AOME, inicia en 1981 una paulatina fase de descolonización de su departamento que culmina, definitivamente, en 1984. «Antes de romper, y no precisamente de un modo idílico, tuvimos que desarrollar nuestra propia tecnología. En nuestros talleres de la calle de Cardenal Herrera Oria, de Madrid, se montó el primer “canario” hecho en casa. Ya estábamos en condiciones de pararles los pies a los yanquis.»

A principios de los ochenta hay un número muy importante de agentes de la CIA en España. El jefe de estación, Ronald Edward Estes, está en contacto permanente con el embajador Terence Todman, hombre de filiación política republicana y muy allegado al presidente Ronald Reagan. El nombre de Todman aparecerá en la

trastienda del golpe de Estado del 23-F. Durante sus años al frente de la embajada de la calle de Serrano se dedica, con todo descaro, a la intriga y la injerencia en asuntos internos de España. Con su sucesor, Thomas Enders, el panorama no variará. Los norteamericanos continúan considerando los servicios de información españoles como un apéndice de los suyos. «La relación de dependencia del CESID, la agencia de inteligencia estratégica de un Estado que se supone soberano, con relación a la CIA estadounidense, era casi tan vergonzosa como indescifrable», asegura el coronel Arturo Vinuesa. «Los contactos entre algunos miembros del CESID y de la CIA en España eran, en algunos casos, tan frecuentes y fluidos que habría sido interesante investigar hasta qué punto eran mantenidos en exclusivo provecho de los intereses nacionales.» Prosigue: «Los agentes de la CIA, además de otras coberturas oficiales, disfrutaban de la tutela nominal de la multinacional norteamericana Interpublic S.A., cuya cabecera estaba ubicada en Ginebra y desde la que, de forma discreta, intervenía la CIA, desde Langley, en la distribución y asignación de directrices a sus miembros ... El entreguismo a los servicios yanquis era total y vergonzoso. Y nuestras relaciones con ellos siguieron en gran medida por ese camino. Varios años después, hacia 1990, cuando tratamos de informatizar nuestro servicio, nos quisieron imponer su sistema BICES. Eso suponía estar en sus manos, completamente controlados. Algún insensato me decía: «Le podemos poner nuestro propio módem». ¡Qué tontería!, cuando ellos estaban a años luz de nosotros en tecnología. Yo estuve temporalmente al mando de la División de Inteligencia y advertí que si cedíamos a la OTAN la conexión a nuestro sistema, por ahí se nos iba a ir toda la información».

OPERACIÓN GINO

El malestar creciente de un sector de los servicios de información españoles por la descarada forma de actuar de los agentes de la CIA en España se concreta en la llamada Operación Mister, un tímido in-

tento de controlar los pasos de los norteamericanos. Este operativo se mantiene más o menos latente a partir de 1973, tras el atentado contra Carrero, y da su primer fruto conocido en 1981. Con ocasión del golpe militar del 23-F trasciende por primera vez la existencia de la Operación Mister. Más o menos a la misma hora que Tejero irrumpe en el Congreso de los Diputados, varios agentes del CESID se encuentran de servicio siguiendo al número dos de la CIA en Madrid, Vicent M. Shields. Les ha llegado el soplo de que este ciudadano, desde su domicilio particular —un piso de alquiler situado en el edificio que hace chaflán entre la calle de Carlos III y la plaza de Oriente, frente al Palacio Real—, puede obtener fotografías o detectar conversaciones del rey Juan Carlos en la presentación de credenciales de los nuevos embajadores, o en alguna sesión de la Junta de Defensa Nacional. Al entrar en la casa se descubre que tiene una columna *rilk to rilke* de magnetófonos grandes y un gran catallejo. Un instrumental que no parece demasiado sofisticado para cumplir semejante misión, con la plaza de Oriente por medio y teniendo en cuenta el ruido del tráfico en esa zona. Pero no cabe duda de que algo hay detrás de todo ese tinglado. Como es habitual, el agente norteamericano se niega a dar ningún tipo de explicaciones y Narciso Carreras —director interino del CESID— temeroso de irritar o molestar al amigo yanqui, prefiere parar la investigación, negar la existencia de la Operación Mister y dejar a sus hombres desarbolados.⁸

Un par de años después, con la llegada del PSOE al Gobierno, tras las elecciones de octubre de 1982, la Estación de Operaciones de la Agencia inicia una acción destinada a conocer mejor los mecanismos de decisión del nuevo poder español. Ciertas reticencias observadas por los norteamericanos en la Presidencia de Gobierno, a la hora de solicitar o conseguir información por los métodos acostumbrados hasta ese momento, aconsejan esa nueva estrategia. Y se realizan aproximaciones a «zonas y objetivos que no son de su incumbencia», según fuentes de los servicios de información españoles. En repetidas ocasiones, las autoridades norteamericanas en España son advertidas de que los agentes de la CIA no deben continuar con esas

actividades, pero los avisos no dan ningún resultado. Las operaciones irregulares prosiguen. Los agentes norteamericanos que actúan bajo cobertura diplomática no se resignan a obtener las informaciones que precisan solicitándoselas directamente a las autoridades españolas.

La prepotencia de los norteamericanos y el hábito de trabajar en España sin ningún tipo de cortapisas genera una inercia en las actividades de los hombres de la estación de la CIA en Madrid que va a tener consecuencias imprevistas para ellos. En algunos ámbitos de los servicios de información españoles se considera «intolerable» esta situación, que desemboca, en agosto de 1984, en la expulsión de la plana mayor de la CIA, tras un serio incidente. El Gobierno español comunica oficialmente a la Administración norteamericana la adopción de esta medida y la salida de España de los funcionarios se realiza bajo el acuerdo de mantenerla en el más riguroso secreto. La embajada califica estos movimientos de personal como «traslados normales».

Todo se desencadena unos meses antes, en febrero de 1984, cuando un grupo de la policía judicial de la comisaría madrileña de Chamartín detiene, con las manos en la masa, a un norteamericano que se hace llamar Gino Rossi. El agente de la CIA es sorprendido cuando opera con un maletín de escuchas telefónicas en la habitación 805 del hotel Eurobuilding de la capital. Trasladado a la comisaría en calidad de detenido, se niega a prestar declaración ante la policía española, a la que dice no reconocer autoridad alguna sobre él. Y remite cualquier pregunta al único interlocutor que reconoce como válido: Richard Kinsman, en esas fechas primer secretario de la embajada norteamericana y, en realidad, jefe de la estación de la CIA en Madrid desde julio de 1982.

El jefe superior de Policía de Madrid, Antonio Garrido, ordena que no se le tome declaración a Rossi ni se instruya ninguna diligencia. Y el agente de la CIA es entregado a la embajada norteamericana, para que sea custodiado allí, sin que llegue a trascender quién era el ocupante de una segunda habitación del mismo hotel en la que son hallados otros dos maletines con sofisticados equipos de es-

cucha. Una vez más, un hombre de Kinsman participaba en una operación encubierta. El historial profesional de este jefe de estación ofrece un retrato robot de los métodos de descarada injerencia del espionaje de Estados Unidos en asuntos de los países satélites de la superpotencia norteamericana.

El discreto primer secretario de la embajada de la calle de Serrano es, en realidad, un funcionario de la CIA de primer orden, con casi veinticinco años de trabajo sucio en Sudamérica y el Caribe, en donde ya ha puesto en juego toda la gama de recursos que después intenta aplicar también durante su destino en España. Tras pasar por Colombia y Venezuela, aparece como jefe de estación en Perú, en agosto de 1977, y en Jamaica, en octubre de 1979. En este país participa en una dura maniobra de acoso contra el Gobierno del socialdemócrata Michael Manley, elegido primer ministro del país en 1972, como candidato del Partido Nacional del Pueblo. Por primera vez desde su independencia, durante el mandato de Manley, Jamaica dejaba de favorecer ciegamente los intereses norteamericanos, intentando poner coto a la avidez de las multinacionales en relación con el azúcar y la bauxita. La proximidad entre Cuba y Jamaica alerta a Washington y Kinsman se pone manos a la obra. En medio de las acciones de comandos de extrema derecha y de un primer intento de golpe de Estado fallido, Kinsman sufre un supuesto atentado en el que los gobernantes jamaicanos no creen. En un intento de provocar un serio incidente diplomático, su chalet es tiroteado de madrugada. Casualmente, esa noche no están ni él ni su familia en casa. La vieja treta que los norteamericanos ya utilizaron en Cuba, en 1898, con el hundimiento del *Maine*.

Al llegar a Madrid, el 10 de julio de 1982, Kinsman comienza a trabajar con John L. La Mazza, primer secretario y agregado laboral de la embajada. Intentan crear una fuerza sindical amarilla con la que contrarrestar la expansión de UGT y CC.OO. La Mazza saldrá de España unos días antes que su jefe, en julio de 1984. En el mismo período deja Madrid también el ex primer secretario Harry E. Cole. Otro destacado elemento de la CIA en Madrid bajo las órdenes de

Kinsman es su segundo, Terry R. Ward, un oficial de cincuenta y cinco años con altas responsabilidades en las acciones operativas. Su capacidad de maniobra es tal que llega a ser considerado en algunos momentos como el auténtico jefe de la CIA en España. Como resultado de la Operación Gino, se ven obligados a abandonar España forzosamente veinte funcionarios, entre secretarios, consejeros y agregados militares.⁹ A Kinsman le sustituirá al frente de la estación de la CIA Dean J. Almy, un oficial de operaciones que conoce muy bien Madrid, después de haber trabajado en la capital durante la primera mitad de los años setenta.

El origen de la Operación Gino, que culmina con las expulsiones de los hombres de la estación de la CIA en Madrid, está en la Agrupación Operativa de Medios Especiales del CESID, dirigida por Juan Alberto Perote. Después de haber pasado por los departamentos de Inteligencia Exterior y Contrainteligencia, Perote se hace cargo de la AOME en 1981. Llega a este organismo para sustituir al comandante José Luis Cortina, encarcelado por su implicación en el golpe de Estado del 23-F. Muchos de los hombres del servicio también han estado relacionados con la trama involucionista y Perote decide renovar el equipo y formar uno nuevo con hombres de su total confianza.

Uno de los agentes que reclama es Jesús R., con quien ha trabajado en una etapa anterior y a quien considera «muy buen elemento». Durante los primeros años de la Transición, Jesús R. ha estado destinado en la Presidencia de Gobierno, formando parte del equipo de seguridad de Adolfo Suárez. En esa época, el político abulense mantiene una excelente relación con los norteamericanos y goza de toda su confianza. Los contactos con la embajada son fluidos y constantes. En ese contexto, Jesús R. también coincide frecuentemente con sus colegas de la estación de la CIA, en numerosos actos a los que acude acompañando al presidente de Gobierno. Sus visitas a la embajada son habituales. Cuando Suárez dimite, su equipo de seguridad se disuelve y Jesús R., en expectativa de destino, acude a la llamada del jefe de la AOME (Agrupación Operativa de Medios Especiales).

Una vez integrado en su nuevo centro de trabajo, el agente del CESID recibe la visita de uno de los funcionarios de la embajada con quien ha tenido bastante relación, Gino Rossi, que le ofrece colaborar con la CIA. Inmediatamente, Jesús R. informa a su jefe del asunto. «Me dice que los yanquis le han tirado los tejos y yo le contesto que se deje querer, a ver adónde vamos», recuerda Perote. Y la historia comienza a rodar. «Desde un punto de vista profesional, era muy interesante ver cómo manipulaban a mi hombre. Le daban datos sobre ETA, ya sabes, el clásico cambalache. Que si había venido un experto en explosivos, que si había bajado un camión con dinamita. Tenían una información sorprendentemente buena sobre lo que pasaba en el Norte. Así intentaban sujetar a Jesús para que colaborase con ellos.» La operación que ha puesto en marcha la CIA tiene como objetivo colocar micrófonos al vicepresidente de Gobierno, Alfonso Guerra, para tener controladas sus conversaciones y su vida privada.

El intercambio va subiendo de nivel y Perote considera que la madeja puede llegar a enredarse mucho, así que decide informar a su superior, el general Emilio Alonso Manglano, director general del CESID. «En realidad, una operación como esa le correspondía a Contrainteligencia y, lógicamente, yo se lo tenía que haber comentado al jefe de ese servicio, pero si lo ponía en conocimiento de ellos, se habría acabado la operación. Los norteamericanos tenían destinados allí a sus más viejos y fieles amigos, eran los que mandaban. Yo me podía cubrir un poco diciendo que el topo era mío, pero el asunto era complicado. Cuando le informo a Manglano, me dice: “No comentes esto con nadie”. Fíjate si sabía cómo estaba la cosa.»

El general Alonso Manglano da su visto bueno a la Operación Gino. Al estar la CIA enfrente, hay que actuar con mucho cuidado, sólo con agentes de la AOME de absoluta confianza. Cuando se llega a un determinado punto, Perote decide tirar de la manta y pone al propio Manglano y al Gobierno contra las cuerdas, obligándoles a tomar una difícil decisión. «En otra época no se me habría ocurrido

denunciar el asunto, pero lo que pretendían era muy grave», explica el antiguo jefe de la AOME. En ese momento, el jefe de Contrainteligencia es un coronel de Aviación, Francisco Ferrer, conocido con el nombre clave de Paco «Mesa». Cuando se descubre el pastel, Manglano y él llaman a Perote a capítulo, para intentar resolver el problema. «Les enseñé las pruebas que tenía y, ante la evidencia, me hacen ver que conviene tapar el asunto, pero yo no trago. Yo ya me había convertido en el principal enemigo.»

Entonces, el jefe de Contrainteligencia, en su propia casa, ofrece una cena a los jefes de la CIA en Madrid para darles explicaciones de lo que está sucediendo y buscar alguna fórmula para salir del lío. «Les dice: “Hay un cabrón al que no controlo y es el que está liando todo”», relata Perote. «Aquello fue el mayor disparate del mundo. Que el jefe de Contrainteligencia invite a cenar a su casa a la CIA es la leche.»

Por fin, Manglano se ve obligado a remitir una carta de reproche a su homólogo en Washington, William J. Casey, diciéndole que tiene que retirar a toda la delegación de la CIA que actúa en Madrid, y éste le contesta con las pertinentes excusas. El asunto se lleva con mucha discreción y la prensa se hace escaso eco de él. Aparece una pequeña nota en los periódicos, sin informar exactamente de lo que ha sucedido. Esas escuetas referencias informativas, que no ponen el dedo en la llaga, le vienen incluso bien a Manglano, casado con una ciudadana norteamericana, para quitarse un poco de encima el sambenito de pro yanqui, sin enturbiar las relaciones privilegiadas que mantiene con Washington. A pesar de este incidente, la CIA no deja de enviarle una limusina con escoltas cada vez que se presenta en Estados Unidos de vacaciones.

Veintidós años después, el coronel Perote reflexiona sobre aquellos acontecimientos:

Yo en esa época era muy ingenuo políticamente, no tenía demasiados criterios de ese tipo, pero por una cuestión profesional, objetiva, me parecía mal que un servicio extranjero le pusiera un «canario» al vicepresidente del Gobierno español. Querían colocárselo en casa

de su novia, y a mí me parecía una putada. No porque le tuviera la menor simpatía a Guerra. Y desde luego, él no me lo agradecerá nunca. Todo se hizo completamente al margen de la estructura orgánica. De espaldas a Contrainteligencia. Cuando un departamento entero tan importante como ése estaba en manos de los norteamericanos, no teníamos ninguna otra posibilidad.

«Gladio», la espada del Imperio

«En febrero de 1969 me incorporé a la Scuola d'Infanteria de Cesano, cerca de Roma, para realizar su famoso curso de «ardimento». La palabra *ardito* significa atrevido, y en aquel contexto definía al militar dispuesto a todo. Me convertí en el primer militar español admitido en tan selecto club y en el único alumno que no pertenecía a la OTAN. La CIA me consideraba miembro durmiente de la red *stay behind* (permanecer detrás), una estructura armada y secreta de la Alianza destinada a organizar actos partisanos y a la captación de nuevos adeptos en el caso de que Europa Occidental fuera ocupada por el Pacto de Varsovia. Desde entonces, lucí en mi guerrera el distintivo de aquel curso y, ahora que lo pienso, es una espada de gladiador: un gladio.» Así relata el coronel Juan Alberto Perote¹ su paso por Italia para participar en un programa especial de adiestramiento castrense que formaba parte de las actividades desarrolladas por una compleja estructura política, policial y militar con infinidad de ramificaciones, dirigida desde Langley.

La CIA crea la red «Gladio» hace cincuenta años, para impedir que, en los países de la Europa Occidental, la izquierda pueda llegar al poder. Esta organización clandestina, íntimamente conectada con la OTAN, tiene en España, a través del SECED, y más tarde del CESID, una significativa actividad. De forma especial durante los años de la Transición. La ultraderecha italiana, controlada por la CIA y los servicios secretos del país trasalpino, actúa intensamente durante los años setenta y ochenta en nuestro país.

Los crímenes del Batallón Vasco Español y después de los GAL, la matanza de Atocha y el golpe de Estado del 23-F, entre otros acontecimientos, tienen algún tipo de relación con «Gladio». El descubrimiento de esta red desvela la identidad de varios de los oscuros instigadores de los llamados «años del plomo» en Italia y de muchos asesinatos, masacres, cuartelazos y golpes de Estado en la Europa de la Guerra Fría.

El 10 de octubre de 1991, el Tribunal Civil y Penal de Venecia hace pública la sentencia del procedimiento penal 1/89 contra los jefes de los servicios secretos italianos Fulvio Martini y Paolo Incerilli. En la sentencia del magistrado Felice Casson se señala: «La organización Gladio tuvo su origen en 1956 en un acuerdo entre el servicio secreto militar italiano (SIFAR) y el estadounidense (CIA)». Efectivamente, a partir de ese momento los servicios de inteligencia de ambos países se coordinan para emprender operaciones subversivas contra la estabilidad democrática, a fin de que el proyecto comunista italiano jamás llegue a ganar unas elecciones generales. Con ese fin, crean una banda armada respaldada clandestinamente por algunas instancias estatales, al margen de cualquier control de los poderes judicial y legislativo, desencadenan la «guerra sucia» y fomentan la tensión terrorista, para condicionar el curso político del país.

Pero todo viene desde mucho más atrás: «El adiestramiento en pro de la osadía fue incorporado a los planes formativos del Ejército italiano en tiempos de Benito Mussolini, por lo que su connotación fascista generaba el malestar y la protesta del principal partido de la oposición, el PCI (Partido Comunista Italiano)», continúa Perote relatando su experiencia en Cesano.

Fueron ochenta días duros en los que vi morir a dos compañeros por caída libre desde unas torretas que formaban parte de la «palestra», un circuito de ejercicios de riesgo que rayaba en lo irracional. La palestra hizo que varios colegas italianos optaran por retirarse. A estas alturas de mi vida, creo que aquello, más que un plan de entrenamiento y aprendizaje, era un método de selección y catalogación. A mi juicio, el Ejército italiano buscaba entre su gente a aquellos capaces de asumir la

obediencia ciega. Nuestra preparación para infiltrarnos en la retaguardia comunista era definida como «Ejercicios de patrulla de largo alcance». Ése y sólo ése era el *stay behind* para el que me instruyeron. Puedo decir, sin embargo, que muchos de mis colegas italianos acabaron siendo operativos en el noroeste de su país, un territorio que ellos consideraban «zona roja». Desde la posguerra, el Estado Mayor italiano venía operando allí a través de Osoppo, una división partisana desaparecida o modificada cuando, en 1956, se creó la red Gladio.²

Las investigaciones del juez italiano Felice Casson sobre el atentado de Peteano de Sagredo, cometido en el norte de Italia el 31 de mayo de 1972, en el que mueren tres carabinieri, conducen al descubrimiento de un «ejército duplicado» y clandestino, una especie de OTAN paralela, creado a mediados de los cincuenta, con una estructura controlada por los servicios de inteligencia norteamericanos. «Gladio», el nombre con el que se conoce la rama italiana de esta red secreta, se acaba empleando para denominar a toda la organización. Pero en Bélgica, originariamente, adopta el nombre de «Red Retaguardia», y en Grecia, el de «Vellón», o «Piel de oveja».

Durante la dictadura franquista, en España la red «Gladio» está coordinada desde el SECED. El 7 de noviembre de 1988, el escuarrizado y turbio político italiano Giulio Andreotti admite ante el pleno del Legislativo italiano que «Gladio» siempre tuvo el apoyo financiero y político de los gobiernos norteamericano, italiano, español, británico y francés.³ La conmoción provocada por el descubrimiento de la red aumenta tras las declaraciones del entonces ministro de Defensa belga, Guy Coeme. Para él, «Gladio es una organización secreta, enraizada en los servicios de información militares, que ha actuado coordinadamente en toda Europa».

En Italia, el magistrado veneciano Felice Casson es quien empieza a desvelar parte de la cadena de sucesos sangrientos del período de la «estrategia de la tensión». Como golpes de Estado fallidos, logias masónicas secretas dedicadas al tráfico de armas y a las «presiones al Estado», y muchas muertes aún sin explicar. Las declaraciones de André Moyon, funcionario de los servicios secretos belgas, a los medios

de comunicación vienen a confirmar la participación del espionaje español en la red «Gladío» a partir de la década de los sesenta. «Los servicios españoles han jugado un papel de faro en el reclutamiento de agentes y en el suministro de información y material para la acción de los servicios paralelos», afirma.⁴ «Según mis informaciones, en el interior de «Gladío» existieron disidencias. Hubo una fracción que superó a «Gladío» en importancia y actividad. Se trata de la red CATENA (cadena en italiano), que multiplicó en Europa las acciones anticomunistas de todo tipo.» En 1980, la red CATENA presta apoyo a varios ultraderechistas implicados en tres asesinatos cometidos en Madrid, para que abandonen España antes de ser detenidos.⁵

En un informe titulado «La CIA conspira en España», de enero de 1984, del que se publican algunos extractos en la prensa española,⁶ se da a conocer la información descubierta en Atenas por un colectivo del PASOK (Movimiento Socialista Panhelénico) griego sobre los «Planes opcionales para España» y sobre la Operación Transición. En él se señala que una de las primeras sorpresas del equipo de expertos que elabora el documento fue «descubrir que la actuación de la CIA se canaliza por dos vías, una institucional, a partir de las gestiones directas de la embajada norteamericana en Atenas, y otra paralela, ilegal, clandestina. La primera está orientada hacia la Administración, el Ejército, los Servicios de Información, la prensa y los grupos financieros. Y, antes del golpe de los coroneles de 1967, hacia los partidos políticos y los sindicatos». En el informe se señala que la mayoría de las actuaciones de los servicios de información norteamericanos en los países del Mediterráneo están coordinadas desde la estación de la CIA en Italia y una de sus principales bases es la embajada estadounidense de Madrid.

Según el ex coronel italiano Alberto Bolo, durante los años setenta, la red «Gladío» dispone de un campo de entrenamiento militar en Maspalomas, localidad situada a 70 kilómetros de Las Palmas de Gran Canaria. Bolo, que forma parte de la red controlada por la CIA hasta 1976, declara al programa de TVE *Informe Semanal*, en noviembre de 1990, que cuando él se dirigía a Maspalomas, hacía escala en Barcelona, donde le recogían militares españoles en un vehículo

del Ejército. También afirma que asistían a los cursos de instrucción de la base situada en Canarias alrededor de quinientos individuos, algunos españoles y casi todos los demás europeos.⁷ En el programa televisivo explica, además, que los «gladios» no estaban seleccionados por su capacidad física o sus conocimientos militares. Eran personas que sabían varios idiomas y su labor debía ser más informativa que operativa. A raíz de estas declaraciones de Bolo, el secretario general de la OTAN, Manfred Woerner, declara en Budapest que «Gladío» es un «secreto oficial». Al mismo tiempo, el Gobierno de Bélgica ordena disolver la red y estudiar sus implicaciones en atentados de la extrema derecha cometidos durante la década de los ochenta.

LA ESPADA, LA OTAN Y EL VATICANO

Tienen que pasar diecisiete años y terminar la Guerra Fría para que, después de las luchas y los trabajos incansables de grupos pacifistas y defensores de los derechos humanos, e incluso de la propia Magistratura italiana, finalmente la OTAN reconozca, de forma oficial, su responsabilidad en el derribo del avión comercial DC-9 Itavia el 27 de junio de 1980. Este aparato sufre el ataque de varios cazas de la Alianza, sobre el cielo de la isla de Ustica, al norte de la isla de Sicilia, y se hunde en aguas meridionales del mar Tirreno con 81 personas a bordo.

A principios de 1997, un oficial de la OTAN ofrece, por fin, las pertinentes aclaraciones en relación con este caso ante el juez instructor Rosario Priore, en Roma, y deja al descubierto decenas de falsificaciones llevadas a cabo por militares italianos y centros de radar para ocultar el ataque. Durante esas mismas fechas de 1980 también habían sido abatidos por aviones de la OTAN varios aparatos libios, intentando provocar un conflicto bélico con el régimen de Gaddafi. Un error militar hizo que fuera derribado también el avión comercial. Pero la OTAN lo máximo que llega a reconocer oficialmente es que «el 27 de junio de 1980 había un portaaviones de la Alianza en el Tirreno meridional».

En Italia, la Alianza presta cobertura directa a la red «Gladio» y sus tentáculos intervienen, de forma muy activa, en la llamada «estrategia de la tensión». La gravedad de los hechos provocados por «Gladio» y sus implicaciones políticas al más alto nivel son también recogidos en la sentencia del Tribunal de Venecia del 10 de octubre de 1991 y reconocidos ante los medios de comunicación por el entonces presidente de la República italiana, Francesco Cossiga. La sentencia dice más adelante: «No hay duda de que la creación y la actividad de Gladio tuvieron relevancia política y comportaron “cargas financieras” para el Estado italiano, además de “modificaciones”, por no decir violaciones de las leyes ordinarias, como aquellas en materia de introducción y transporte de armas y explosivos». Es consciente de todo esto el abogado del Estado que, en fecha 7 de enero de 1991, requiere la opinión del presidente del Consejo de Ministros sobre el complejo clandestino denominado «Stay Behind» (*restare indietro*, «quedar detrás»). La respuesta que recoge la sentencia termina así: «El acuerdo del 28 de noviembre de 1956, alcanzado entre los servicios de información italianos y estadounidenses para la creación de la organización clandestina, no es un tratado internacional sino que forma parte de la ejecución y actuación del tratado OTAN aprobado por la ley n.º 465/49».

En el proceso de «estrategia de la tensión» desarrollado en Italia durante varias décadas aparece implicada una larga lista, todavía incompleta, de nombres de políticos, democristianos y socialdemócratas. Desde el citado ex presidente de la República Francesco Cossiga hasta Giulio Andreotti, además de militares y altos miembros de los servicios secretos. Varios de ellos llegan a ser procesados por actividades terroristas, como los generales De Lorenzo y Miceli. Además, se evidencian conexiones directas de la red con el Vaticano y la Mafia. Michael Sindona, presidente de la Banca Privada, considerado próximo a los ambientes de la Mafia italoamericana, es quien pone a las autoridades sobre la pista de la conexión vaticana, al acusar al arzobispo Marcinkus, presidente del Instituto para las Obras de la Religión, la banca vaticana, y a Roberto Calvi, presidente del Banco Ambrosiano y miembro de la logia masónica P-2, de haberse invo-

lucrado con él en diversas operaciones consideradas de alto riesgo. A través de varias sociedades interpuestas, Calvi y el «banquero de Dios» operan juntos y destinan dinero a operaciones ocultas, pagando sobornos, moviendo dinero negro procedente de la evasión fiscal o lavando dinero de la Mafia y otras organizaciones criminales. Con la muerte de Pablo VI y la elección de Juan Pablo I, en 1979, la suerte de Marcinkus parece agotarse. Pero, en realidad, ocurre lo contrario; Juan Pablo I muere repentinamente (en todas las teorías sobre su supuesto asesinato aparece Marcinkus) y le sucede Juan Pablo II, un viejo amigo del «banquero de Dios», que no olvida sus aportaciones durante los años setenta al sindicato polaco Solidaridad.

Durante veinte años, Italia padece un terrorismo en gran escala dirigido por la CIA y los mandos de la OTAN. Los propios acusados en los procesos contra la red «Gladio» lo han explicado: «Gladio» sirve para evitar que el Partido Comunista llegue al poder en unas elecciones. Lo reconocen también el general Vito Micelli, ex jefe de los servicios secretos italianos, o el propio William Colby, ex director de la CIA.

La actividad de la red «Gladio» deja un aterrador reguero de muerte. El primer hito de esta historia se da en julio de 1964, cuando se produce un intento de golpe de Estado del general Giovanni de Lorenzo, jefe del SIFAR, con el visto bueno de los norteamericanos, contra la incorporación a la coalición de Gobierno del Partido Socialista Italiano. Cinco años después, el 7 de diciembre de 1969, se hace público en la prensa británica un «informe sobre la situación italiana», redactado por un agente del régimen de los coroneles griegos, que habla de una organización ligada a los servicios del coronel Papadopoulos, entonces jefe del Gobierno griego y agente de la CIA. El documento relaciona a los servicios de la dictadura griega con elementos de la extrema derecha y militares italianos, que tienen planeado realizar atentados en Italia para desestabilizar al Gobierno. Cinco días más tarde explota una bomba en el Banco de Agricultura de piazza Fontana, en Milán, que causa 17 muertos y 90 heridos. La policía detiene a un anarquista, Pinelli, al que se quiere responsabilizar del atentado. El sospechoso vuela desde un piso de la comisaría durante el tercer día de los interrogatorios. Diez años más

tarde son condenados por los hechos dos fascistas y un miembro de los servicios secretos italianos.

En diciembre de 1970 hay un intento de golpe de Estado, encabezado por Valerio Borghese, que se refugia en España tras el fracaso de su plan. Tres años después se descubre un nuevo proyecto fascista de golpe de Estado, y en mayo de 1974 explota una bomba en Brescia, durante una manifestación sindical, que causa 8 muertos y un centenar de heridos. Tres meses más tarde, el 4 de agosto, explota una bomba en el tren *Italicus*, que causa 12 muertos y 45 heridos. La estrategia de la tensión auspiciada por la CIA continúa y en agosto de 1980 explota una nueva bomba en la sala de espera de segunda clase de la estación ferroviaria de Bolonia, que provoca 85 muertos y centenares de heridos. En diciembre de 1984, otro artefacto, colocado en el tren 904 Nápoles-Milán, explota cuando el convoy atraviesa el túnel de los Apeninos y provoca 16 muertos y un centenar de heridos.

Nueve años antes, en diciembre de 1975, William Colby, jefe saliente de la CIA, había prestado declaración ante la Comisión Church del Congreso norteamericano, durante una comparecencia relacionada con las actividades de su servicio de inteligencia en algunos países europeos. La Comisión investigaba los métodos sucios de actuación de la Agencia y tenía especial interés en conocer lo ocurrido a partir de 1972 en Italia, donde la CIA «ayudaba» económicamente a los partidos políticos de derecha y estaba implicada en numerosas actividades criminales. George Bush, el primero de los dos presidentes de Estados Unidos con el mismo nombre, presente en la sala donde declaraba Colby, comentó: «No se pueden excluir otros acontecimientos semejantes cuando eso fuese requerido por exigencias de la seguridad de Estados Unidos».

«GLADIO» EN ESPAÑA

Durante los últimos años de la dictadura y a lo largo de toda la Transición, España se convierte en refugio de ultraderechistas de

diversos países. El núcleo más importante lo constituyen los fascistas italianos, que aquí disfrutaban de protección policial y capacidad operativa para organizar con tranquilidad sus atentados. Cómodamente asentados en Madrid, trabajan para la Policía española y no cesan de cometer acciones criminales en su país de origen.

Tras fugarse de su país, los neofascistas italianos llegan primero a Barcelona y después a Madrid. Los primeros que les apoyan son los falangistas Alberto Royuela y Luis Antonio García Rodríguez, y otros miembros de la Guardia de Franco. Gracias a éstos, la Ciudad Condal se convierte en la puerta de entrada para los terroristas evadidos de Italia, el primer puerto en el que recalcan antes de trasladarse definitivamente a Madrid. La trayectoria de todos ellos es muy similar. Por ejemplo, Giuseppe Calzona pertenece, desde su juventud, a los grupos ultraderechistas italianos. Abandona su país cuando la justicia del país trasalpino le condena a diecisiete años de cárcel y viene a refugiarse a España. En 1973 llega a Barcelona, donde se pone en contacto con otros compatriotas suyos miembros de la Internacional Negra, como Stefano della Chiaie, Cicuttini y Carnasi. Tras conseguir un pasaporte falso, a nombre de Mario Letti, se traslada a Madrid y alquila un piso en la calle de Valmayor, donde se establece el cuartel general de la Mafia ultra italiana en España. Como cobertura de sus actividades, Calzona y otros fascistas italianos abren la pizzería El Appuntamento, en la calle de Marqués de Leganés, 6, junto a la Gran Vía, a la que comienzan a acudir con frecuencia también otros destacados miembros del fascismo internacional, como Giancarlo Rognoni, Salvatore Francia, Elio Massagrande y Jean-Pierre Cherid. Varios de ellos participan en los hechos de Montejurra, en 1976.⁸

La colaboración del principal cabecilla del grupo, Stefano della Chiaie, con los servicios de información dirigidos por el teniente coronel San Martín y con el comisario general de Información Roberto Conesa queda acreditada por numerosas informaciones judiciales. Las investigaciones del juez italiano Pier Luigi Vigna desvelan el poder de la trama italiana ultra en la España de los años setenta: «Los servicios secretos españoles utilizaron a exponentes radicales y violentos de los grupos italianos en las provocaciones ultras

de los primeros años de la Transición. Policías de la entonces Brigada Político-Social de Madrid frecuentaban la pizzería El Appuntamento, donde se reunían los italianos, buscando mercenarios para llevar a cabo provocaciones y atentados ultras».

Mario Ricci, Pier Luigi Concutelli, Mario Tuti, Elio Massagrande, Carlo Cicuttini y muchos otros se convierten en confidentes y colaboradores de los servicios de seguridad españoles. Comienzan a intensificar sus acciones en los tiempos en que Manuel Fraga es ministro de la Gobernación. Participan en los sucesos de Montejurra, en el atentado de *El Paps*, en la matanza de Atocha y en otros muchos hechos sangrientos. Su intervención en la guerra sucia contra ETA es muy importante y la colaboración de algunos de ellos con la Policía española se prolonga hasta mediados de los ochenta, en la época de los atentados de los GAL. Lo mismo que la de antiguos miembros de la OAS, como Jean-Pierre Cherid, que muere el 19 de marzo de 1984, en Biarritz, al explotarle el artefacto que manipula para atentar contra un refugiado vasco. La familia del mercenario llega a reclamar una pensión al Ministerio del Interior, y la solicitud se hace por medio de un conocido policía en excedencia: José Antonio González Pacheco, «Billy El Niño».

Otro capítulo especialmente turbio de la Transición española es la matanza de los abogados laboristas de la calle de Atocha. En esa ocasión, como en tantas otras, se da carpetazo al asunto sin descubrir quién hay detrás de los autores materiales del atentado, con capacidad real para auspiciar tan terrible atentado. También queda sin aclarar cuál es el origen de las armas empleadas y si algún ultra italiano participa en los hechos. Los abogados supervivientes sólo recuerdan haber visto a dos asesinos, los españoles García Juliá y Fernández Cerrá, y se acredita que en el descansillo les esperaba Fernando Lerdo de Tejada, pero es posible que fuera del despacho hubiera alguien más. Declaraciones del ultraderechista italiano arrepentido Calore llevan, en 1982, a la detención del militante de Avanguardia Nazionale (el cabecilla era Della Chiaie, que estuvo en Montejurra y en numerosos episodios de la Transición), cuyas confesiones arrojan luz sobre la implicación de los italianos en las tramas negras de la Tran-

sición española. Uno de los elementos clave es Carlo Cicuttini Filippucci, peligroso ultraderechista que continúa viviendo en España y estuvo casado con la hija del general Fontanals Armengol, un militar vinculado durante años a los servicios de información.

Las pruebas periciales de balística, realizadas por expertos policiales, no son concluyentes para determinar el origen de los proyectiles utilizados en la matanza de Atocha. Los abogados supervivientes hablan de que Fernández Cerrá llevaba un «pistolón», que disparaba con gran rapidez, lo que encaja con la teoría de que el arma utilizada era un subfusil Ingram Marietta que había pertenecido a la Policía española y que formaba parte de un lote que fue desviado por los servicios de información de Carrero hacia la ultraderecha italiana. Con una de las mariettas de esa partida asesinó el ultra Pier Luigi Concutelli al juez italiano Vittorio Occorsio el 10 de julio de 1976.

El inspector de policía Juan José Medina sostiene que «las pruebas periciales que practicó la policía científica sobre las armas de Atocha se hizo sólo con las municiones, con las balas obtenidas, nunca con las armas, pero en cierto momento el informe dice que la cadencia de disparo no puede pertenecer a una pistola normal, sino que debía ser un arma ametralladora y de las características de la Ingram Marietta, puesto que la munición era también de 9 milímetros Parabellum». Continúa el inspector Medina:

Tuvimos poca colaboración y nos resultó muy difícil hilvanar la investigación, pero los ultras italianos de la época aparecieron en todos los hechos de aquellas mismas características que se produjeron en España. Además, nosotros tuvimos constatación oficial, por un funcionario de policía, de su conexión con lo de Atocha. Pero la verdad es que no lo sabremos con exactitud, al menos yo. Nosotros fuimos apartados de una forma brusca y violenta, no sólo de esa investigación concreta sino también de algunas otras. Casi todas ellas relacionadas con el mismo entorno. De pronto parece ser que en el Ministerio del Interior se despertó una especie de conciencia de no acosar a nadie. Se nos debería haber avisado antes de hasta dónde se querían llevar las investigaciones. Yo ya tenía previsto un viaje a Italia para entrevistarme con el juez Vigna, que llevaba la investigación de la muerte del juez Occor-

sio. Aquellos eran unos años muy difíciles de la lucha contra ETA y el gobierno socialista trataba de no hacer lo mismo que había hecho el gobierno anterior, pero quizá se veía obligado por el mismo sistema a continuar determinadas acciones y lo que menos le interesaba en ese momento, posiblemente, era destapar una trama más amplia en la cual hubiera implicado algún otro funcionario o alguna otra instancia.⁹

Es el año 1983, con el PSOE ya en el poder y José Barrionuevo y Rafael Vera en el Ministerio del Interior. Bajo las órdenes del subcomisario Mariano Baniandrés, jefe de la entonces llamada Brigada Antigolpe, el inspector Medina sigue la «pista de las mariettas». Ambos son cesados antes de que puedan concluir su investigación, pero llegan a reconstruir el itinerario de las tres mariettas. Eran subfusiles Ingram, modelo M-19, de 9 milímetros Parabellum, pertenecientes al Servicio Central de Documentación de la Presidencia del Gobierno, entonces dirigido por el coronel Andrés Cassinello Pérez. Las mariettas han sido compradas por la Policía española a la fábrica Military Armament Corporation, de Atlanta (Estados Unidos). El inspector Medina es destituido justo cuando va a viajar a Roma para mostrarle a Concutelli fotos de varios miembros del SECED, con la intención de que el ultraderechista reconozca a la persona que le ha dado el arma. Los jueces Pier Luigi Vigna, de Florencia, y Alberto Macchia, de Roma, dedicados durante años a investigar la subversión fascista italiana y sus conexiones con el extranjero, declararon al diario *Il Messaggero* que, a partir de las declaraciones de un terrorista italiano arrepentido, que está colaborando con la justicia, han llegado a la conclusión de que un neofascista italiano ha participado en el ametrallamiento al grupo de abogados de la calle de Atocha el 24 de enero de 1977. Y recuerdan que las autoridades españolas nunca han respondido a los magistrados italianos cuando éstos han preguntado «cómo se explica que el jefe militar de Ordine Nuovo, Pier Luigi Concutelli, tuviera en su poder, al ser detenido en Roma, la metralleta Ingram M-10, conocida como marietta, el mismo tipo de arma que sirvió para asesinar a los abogados españoles».

CASSINELLO

Uno de los hombres de los servicios de inteligencia españoles más vinculados a la CIA y también más implicados en la lucha contra ETA, en todas sus vertientes, es el teniente general Andrés Cassinello Pérez. Cerebro del llamado «GAL verde», llega a ser procesado por algunas acciones criminales de este grupo parapolicial, como los asesinatos de Ramón «Kattu» Oñaederra, Vicente «Peru» Perurena, Ángel «Stein» Gurmindio y Christian Olazcoaga, y por el asesinato frustrado de Claude Olazcoaga. Su nombre aparece, además, relacionado con escuchas a políticos y con temas tan oscuros como el «síndrome tóxico», la red «Gladío» o la matanza de Atocha. Sucesivamente ocupa los puestos de director del SECED, subdelegado de la Lucha Contraterrorista en el País Vasco y jefe del Estado Mayor de la Guardia Civil.

Cassinello constituye un ejemplo diáfano de oficial español de inteligencia formado en Estados Unidos. Su inicial carrera en los servicios secretos del franquismo arranca en el Centro de Guerra Especial de Fort Bragg, en Carolina del Norte. Esta academia forma parte de la Escuela de Ayuda Militar John F. Kennedy y es uno de los lugares clásicos de formación de militares latinoamericanos implicados en golpes de Estado. Según se define en sus estatutos, el centro está dedicado a la enseñanza de la «doctrina de guerra psicológica y no convencional». Cassinello se diploma en los cursos de *Counterinsurgency and Special Warfare Staff Officer* y *Counterinsurgency Operations*. Alumno aplicado, allí toma contacto con oficiales de países de la OTAN y de ejércitos sudamericanos y asiáticos.

Cuando regresa a España, Cassinello publica las enseñanzas recibidas en Estados Unidos. En ocasiones, párrafos enteros calcados de los manuales que le han suministrado. Con todo ello elabora el libro titulado *Operaciones de guerrillas y contraguerrillas*,¹⁰ una obra que no tiene desperdicio, en la que se habla de «los rojos españoles» y se dedican capítulos íntegros a la «Sintomatología de la subversión comunista». El programa de actuación que propone está divi-

dido en varias fases e incluye las «acciones a desarrollar por los órganos de investigación e información y por el propio gobierno en cada una de las fases».

Este recetario de la represión lo publica, en 1966, la empresa editora Compañía Bibliográfica Española S.A., cuyo consejo de administración preside entonces el general de división José Lacalle Larraga. Andrés Cassinello es una pieza clave en la estructura de los servicios de información españoles a partir de los años setenta. Desde su fundación, en marzo de 1972, se integra en el servicio de información de Luis Carrero Blanco. Antes había formado parte de su organismo precursor, la OCN (Organización Contrasubversiva Nacional). Abandona momentáneamente el SECED por discrepancias con su jefe, el teniente coronel San Martín, y después regresa bajo el mando del comandante Juan Valverde. Con Adolfo Suárez como presidente del Gobierno llega a ser el último director de este servicio, desde 1976 hasta noviembre de 1977, cuando se reestructuran los servicios de información españoles y se crea el CESID. A lo largo de toda esa etapa, no exenta de altibajos, Cassinello tiene aún la oportunidad de exponer en otro libro las doctrinas norteamericanas sobre contrainsurgencia. Así lo hace en *Subversión y reversión en la España actual*,¹¹ todo un manual contra los brotes democráticos que empiezan a florecer un año después de la muerte del dictador. En esta ocasión, Cassinello se oculta tras el imperial seudónimo de Carlos I Yuste para firmar el libro.

De todos los militares formados en Estados Unidos, Andrés Cassinello resulta, por la importancia de los puestos que llega a ocupar, uno de los alumnos de los que más orgullosos se pueden sentir sus maestros de Fort Bragg, el centro que el ex agente de la CIA Victor Marchetti define, en su obra *La CIA y el culto al espionaje*, como el lugar donde se realiza «la enseñanza de técnicas paramilitares a nivel de perfeccionamiento». Antes de llegar a la jefatura del Estado Mayor de la Guardia Civil, Cassinello es el director del servicio de información de este cuerpo policial militarizado.

El propio Cassinello es quien dibuja los bocetos del sello distintivo de los GAL y uno de los principales impulsores de la «guerra

sucia» contra ETA en el País Vasco y el sur de Francia. Sin embargo, se acobarda y no está dispuesto a asumir la responsabilidad que le corresponde cuando su fiel subordinado Rodríguez Galindo es condenado por los secuestros, torturas y asesinatos de Lasa y Zabala. En octubre de 1986 publica un artículo en *ABC*, titulado «A la señoría que corresponda», en el que, tras criticar a políticos, jueces, empresas periodísticas y profesionales de la información, concluye: «De verdad, señoría, les he llamado gilipollas y les he mandado a tomar todos los vientos. Le juro que me he quedado corto». Dos semanas después es nombrado comandante general de Ceuta. Y culmina su carrera llegando hasta el punto más alto del escalafón: el 22 de abril, el Gobierno de Felipe González le asciende a teniente general y le nombra capitán general de la Región Pirenaica Occidental, que incluye parte de Castilla y León, Navarra y... el País Vasco.

«Este militar, aunque ultraderechista hasta la médula (otros dicen que demócrata), siempre ha sabido nadar entre dos aguas y aferrarse con uñas y dientes al poder de turno para subir los largos y difíciles peldaños del escalafón», escribe el coronel Martínez Inglés.¹² «Con muy buenos amigos circunstanciales entre los políticos que trataban de abrirse camino en la difícil situación de la política de la época (los socialistas de Suresnes entre ellos), con abundantes dossiers comprometedores para muchos de ellos.»

La Operación Delgado y el Tarzán de Palomares

O geral sem medo, assassinado, nao é segredo quem matou Humberto Delgado.

Canción popular portuguesa

El día 24 de febrero de 1965 se descubren dos cadáveres en la finca Los Almerines, situada en el término municipal de Olivenza, pequeña localidad extremeña que los portugueses consideran, desde hace varios siglos, parte de su territorio nacional.¹ Los cuerpos presentan heridas de bala y pronto se averigua que son los del general portugués Humberto Delgado y su secretaria, la brasileña Arajaryr Moreira de Campos. El militar ha acudido al lugar donde ha sido asesinado para contactar con el supuesto enlace de un movimiento revolucionario de oposición a la dictadura de Salazar. En realidad, la falsa cita era una encerrona criminal urdida por la CIA y la policía política portuguesa, la PIDE (Policia Internacional e de Defesa do Estado). Siete años antes, en su mensaje de fin de año, el dictador Oliveira Salazar había advertido a Delgado: «Sabemos todo lo que está ocurriendo. Nosotros os haremos callar, seremos duros e implacables hasta la crueldad».

Humberto Delgado se convierte en uno de los principales enemigos del régimen portugués en 1958, cuando se presenta a las elecciones a la presidencia del país como alternativa de la oposición, frente al candidato oficial, el almirante Américo Thomas. El poder controla los escrutinios y no hay ninguna posibilidad de transparencia en el proceso, pero Delgado pelea hasta el final y no cede a las fuertes presiones que el dictador ejerce sobre él. Popularmente se le empieza a conocer como el «General sin miedo».

Desde 1932, fecha en que es nombrado presidente del Consejo, António de Oliveira Salazar es el dictador absoluto de Portugal. Sin embargo, le gusta tener por «encima» de él a un presidente títere de la República —en todos los casos, un militar de alta graduación— para comprometer al Ejército en el control del país. El general Oscar Fragoso Carmona se presta a ese juego y cada siete años es reelegido, hasta 1951, fecha de su muerte. En 1948 se celebran las primeras elecciones presidenciales en las que un candidato de la oposición, en este caso, el general Norton de Matos, se opone a Carmona, pero decide retirarse pocos días antes de la celebración de los comicios. En 1951 es elegido el general Higinio Craveiro Lopes, nuevo candidato salazarista, que sustituye a Carmona. El representante de la oposición, agrupada en el Movimiento de Unidad Democrática, el profesor Rui Luis Gomes —ilustre matemático—, es rechazado como candidato por el Consejo de Estado. Sometido a un juicio político, finalmente se le deporta a la colonia penitenciaria de Santa Cruz de Bispo, en Oporto. Y el candidato que le tiene que sustituir, el almirante Quintao Morales, desiste de presentarse a las elecciones.

En 1958 se convocan nuevos comicios. Como candidato de la oposición se presenta esta vez el general Humberto Delgado, un hombre que antes ha apoyado decididamente al régimen portugués y, poco a poco, se ha ido distanciando de él. Delgado tomó parte activa en el movimiento del «28 de mayo», que más tarde iba a instaurar la dictadura de Salazar, y desde 1941 hasta 1943 representó al Ejército del Aire portugués en los acuerdos secretos con Estados Unidos que llevaron a la instalación de bases norteamericanas en las islas Azores. Considerado el general más brillante del Ejército portugués, Delgado es enviado por el propio Salazar a Washington, donde, paradójicamente, va a cambiar de ideas. Regresa a Portugal distanciando del dictador y defendiendo planteamientos democráticos para su país. Tras las elecciones de 1958 tiene que pedir asilo político en Brasil. Desde allí coordina, en 1961, el plan del general Enrique Galvao, que se apodera del trasatlántico *Santa María*, en una acción de propaganda política que tiene durante varios días a todo el mundo pendiente de la resolución del incidente. El secuestro, en el que participan

españoles, concluye sin que haya víctimas. El fin de esta acción es alertar a la opinión pública sobre la situación de la península Ibérica, sometida a las dictaduras de Oliveira Salazar y Franco. Delgado se empieza a convertir en un personaje demasiado peligroso.

Los viajes del «General sin miedo» a Europa son cada vez más frecuentes, para mantener contactos con los dispersos grupos de la oposición antisalazarista. La principal base de actuaciones de Delgado en el Viejo Continente es Italia. En la embajada de Estados Unidos en Roma está destinado, como agregado militar, el coronel Vernon Walters, que mantiene contacto, a través de la red «Gladio», con ultraderechistas italianos, franceses, españoles y portugueses. Mário de Carvalho es uno de ellos. Este agente de la PIDE intenta estrechar lazos con Humberto Delgado haciéndose pasar por miembro del Frente Interior portugués. En ese momento, están instaladas en las colonias portuguesas, singularmente en Angola, grandes empresas norteamericanas, entre ellas General Mining, Bethlehem Steel o General Electric. Y ya trabaja para la CIA un personaje como Holden Roberto, quien, tras la independencia de Angola, después del 25 de abril, combatirá al MPLA socialista (Movimiento Popular de Liberación de Angola) con su grupo armado UNITA (Unión Nacional para la Independencia Total de Angola), financiado por Estados Unidos y Sudáfrica.

Desde Roma, Vernon Walters envía un informe a Langley en el cual señala que Humberto Delgado no es controlable. Dirige la Agencia McCone y sus dos hombres de confianza son William Egan Colby y Richard Helms. Ambos llegarán a directores de la CIA. Y Walters a director adjunto bajo las órdenes de Helms. Éste, en 1962, se encuentra al frente del Departamento de Operaciones Secretas. En septiembre de ese año se crea, dentro de ese departamento, la sección de Tareas Especiales y su primer jefe es William Harvey. Una de las primeras operaciones que se hace bajo su mando es provocar el accidente del avión personal de Enrico Mattei, directivo de la Sociedad Nacional de Hidrocarburos de Italia. Los detalles del atentado se acuerdan con el general De Lorenzo, jefe de los servicios secretos italianos.

Con el visto bueno de Langley, tras el informe de Walters, se comienza a preparar una acción contra Delgado. El segundo secre-

tario de la embajada de Estados Unidos en Portugal, Glenwood Mathews, se encarga de coordinarse con la PIDE.

Mientras tanto, en Italia aparece en escena André Resfelder, un ingeniero y geólogo francés, *pied-noir*, que ha participado, en abril de 1961, en el «putch de los generales» que intentaba parar el proceso de independencia de Argelia. De Gaulle aplasta la sublevación y Resfelder huye a Italia, donde conecta con la organización neofascista «Ordine Nuovo», a través de la cual conoce a Licio Gelli, futuro dirigente de la logia masónica P-2 y agente de la CIA desde poco después de 1947.² Gelli es quien pone en contacto a Resfelder con Walters. La OAS se encarga, a partir de ese momento, de hacer los seguimientos de Humberto Delgado, en coordinación con la PIDE.

El mayor Fernando Eduardo da Silva Pais, director general de la PIDE, encarga a sus hombres Agostinho Barbieri Cardoso y Álvaro Pereira de Carvalho que secuestren a Humberto Delgado. Barbieri Cardoso es quien mantiene los contactos con la OAS. Se encargará de la operación el comando de Jean-Jacques Sussini. Tras salir forzosamente de Argelia en 1962, muchos miembros de la OAS se refugian en Portugal y pasan a servir a la PIDE. Intervienen en el hostigamiento de los militantes antisalazaristas y anticolonialistas portugueses exiliados en Francia. La policía gala conoce esas actividades de Barbieri Cardoso y, en el verano de 1963, tiene que asegurar la protección del escritor y militante antifascista portugués Castro Soromenho, que entonces reside en París.³

Los miembros del comando Sussini están reclamados en Francia, pero pueden actuar con completa libertad en Italia y, sobre todo, en España. Tras un frustrado intento de secuestro de Delgado en París, Carvalho decide que la operación se debe desarrollar en el país trasalpino. El 25 de septiembre de 1964 escribe una carta al general, que se encuentra en Argel, como miembro del Frente Interior. Le pide una reunión en Roma. Delgado desconfía de él y le cita en París. El encuentro se celebra el día 29 de diciembre, en el hotel Caumartin, y allí Carvalho le habla a Delgado del supuesto movimiento revolucionario que él debe encabezar. La siguiente cita será

en España, cerca de la frontera con Portugal, en Olivenza. Un lugar muy simbólico: el «Gibraltar» portugués.⁴

Delgado y Arajaryr desembarcan en Algeciras sin ninguna dificultad. Desde allí se trasladan a Sevilla, y al día siguiente les recoge en la capital andaluza un taxista a quien han encargado llevarles hasta Badajoz.

En el lugar de la cita, en medio del campo, en la linde entre Olivenza y Villanueva del Fresno, Casimiro Monteiro dispara tres balazos contra el pecho de Humberto Delgado y después le da el tiro de gracia. Agostinho Tienza estrangula a Arajaryr Moreira. Los asesinatos se producen el día 13 de febrero, pero los cuerpos no aparecen hasta once días después. Desde el primer momento, el régimen portugués, en colaboración con el ministro de Información y Turismo español, Manuel Fraga Iribarne, lanza cortinas de humo sobre la desaparición de Delgado, a pesar de que la policía franquista sabe perfectamente que Humberto Delgado y Arajaryr han pernoctado la noche del 12 al 13 de febrero en Badajoz. Desde Lisboa, la agencia oficial ANI difunde continuas notas intoxicadoras, como que el general «podría encontrarse detenido en una prisión española». Por fin, el día 24 de abril aparecen los cadáveres y, poco después, son identificados. Entonces, el Gobierno de Salazar comienza a sostener la tesis de que el general ha sido asesinado por los comunistas o por los miembros del Frente Patriótico de Liberación Nacional.

La policía española tiene la certeza de que los enemigos políticos del general dentro de la oposición portuguesa no tienen nada que ver en el asunto. Argel está plagado de agentes y confidentes dedicados a controlar a los refugiados políticos antifranquistas y se sabe que los portugueses del Frente Patriótico de Liberación Nacional no han intervenido en el atentado contra Delgado. Están tan perplejos por su desaparición como el resto de la opinión pública internacional.

En España, los encargados de investigar los asesinatos, por encargo de la familia Delgado, son los abogados españoles Mariano Robles Romero-Robledo y Jaime Cortezo Velásquez-Duro. Desde el primer momento, tienen la seguridad de que la PIDE está detrás de lo ocurrido, pero el Gobierno portugués se niega a entregar a los

culpables y a prestar la más mínima colaboración. Por tanto, en España no se celebra ningún juicio sobre el caso.

Después del 25 de abril, la Justicia portuguesa llega a la conclusión de que los responsables directos de las muertes de Delgado y Arajaryr Moreira son los miembros de la PIDE Casimiro Teles Jordao Monteiro —autor material de los disparos—, Antonio Rosa Casaco y Álvaro Pereira de Carvalho. También se condena como implicados en el atentado a Fernando da Silva Pais, director de la PIDE, y a Agostinho Barbieri Cardoso, subdirector.

No era la primera vez que Rosa Casaco participaba en una operación contra Delgado. Antes había formado parte del comando que, en enero de 1961, fue expulsado de Brasil porque las autoridades del país sospecharon que querían atentar contra la vida del general. Tras los asesinatos de Olivenza, Rosa Casaco continúa residiendo con toda normalidad en Lisboa, hasta la Revolución de los Claveles. El día siguiente de la caída de Marcelo Caetano —heredero y sucesor de Salazar—, cruza la frontera hacia España y se refugia en Madrid, protegido por el coronel Eduardo Blanco, director general de Seguridad, y por el comisario jefe de la Brigada Político-Social, Vicente Reguengo. En octubre de 1975, poco antes de la muerte de Franco, se traslada a Brasil, pero pronto vuelve a España, donde vive con toda tranquilidad hasta que es detenido, en abril de 1998,⁵ con ochenta y dos años ya, y puesto a disposición de la Justicia de Portugal, donde había sido condenado a ocho años de prisión.

Tras los asesinatos de Olivenza, el ministro de Información y Turismo español, Manuel Fraga Iribarne, en ningún momento deja de sostener, a través de la agencia oficial EFE (dirigida entonces por su amigo Carlos Mendo), que «no hubo intervención de la PIDE en los sucesos de Badajoz».

INTOXICADOR INCOMBUSTIBLE

A las 10.20 del 16 de enero de 1966, un B-52 de las Fuerzas Aéreas de Estados Unidos, proveniente de la base de Seymour Johnson

(Carolina del Norte, Estados Unidos), colisiona con un avión norteamericano KC135, que ha despegado de la base norteamericana de Morón de la Frontera, mientras ambos aparatos realizan una maniobra para repostar combustible en vuelo. En la bodega de la nave se alojan cuatro bombas termonucleares, de 70 kilotones y 7 metros de longitud cada una. Los norteamericanos no ofrecen ninguna explicación sobre cuál era el cometido de su bombardero, que participaba en unas maniobras por el Mediterráneo. Los acuerdos bilaterales de cooperación España-Estados Unidos prohíben a los aviones norteamericanos sobrevolar territorio español con material nuclear, pero nadie en el Gobierno levanta la voz frente a tan poderoso aliado.

Los cuatro miembros de la tripulación del KC135 mueren en el acto, lo mismo que tres de los siete tripulantes del B-52. Los otros cuatro consiguen salvarse saltando en paracaídas. Dos de las bombas chocan directamente contra el suelo, y su carga convencional explosiona liberando su contenido radiactivo, compuesto principalmente por plutonio y americio. Crean una nube radiactiva que se esparce sobre unas 226 hectáreas de terreno, debido al viento reinante. Esta área incluye la población de Palomares, una tranquila pedanía del término municipal de Cuevas del Almanzora (Almería). A finales de los sesenta, Palomares ni siquiera aparece en los mapas militares de la época, pero allí se va a producir el accidente nuclear más importante ocurrido en España, cuyas consecuencias sobre el medio ambiente de este rincón del sudeste peninsular están aún por determinar cuatro décadas después. Las otras dos bombas caen con el paracaídas abierto y no explotan. Una es encontrada, presuntamente intacta, en el lecho de un río seco, y la otra se sumerge en el mar.

En su línea de actuación habitual, el ministro de Información y Turismo español, Manuel Fraga Iribarne, suministra a la prensa un escueto comunicado en el que se señala que un avión de Estados Unidos ha sufrido un accidente que no ha provocado víctimas civiles. El texto no hace la menor mención a las armas nucleares que llevaba el aparato siniestrado. Pero los habitantes de la zona empiezan a sospechar que algo grave ha ocurrido cuando los militares norteamericanos

americanos ponen en acción un operativo al que denominan «Broken Arrow» (Flecha Rota), cuyo principal objetivo es localizar los proyectiles perdidos y, después, descontaminar la zona. Un grupo de búsqueda marina, integrado por 20 barcos, 2 000 marinos y 125 hombres rana se concentra frente a las costas de Palomares, pero su trabajo resulta infructuoso. Se tardan casi sesenta días en localizar la bomba caída, que aparece a cinco millas de la costa. Finalmente, es el pescador de Águilas, Francisco Simó Orts, quien la encuentra, el 15 de marzo. Desde entonces, sus paisanos le conocerán como Paco «el de la Bomba».

La imagen del incidente que ha quedado para la historia es la de Fraga y el embajador estadounidense en España, Angier Biddle Duke, bañándose en las aguas mediterráneas de Palomares el 7 de marzo de 1966. El chapuzón tiene como objetivo demostrar que la zona no está contaminada.⁶ Y según el embajador norteamericano, alguna cosa más: «El viaje, en realidad, ha servido para llamar la atención a los turistas de lo que ofrece la costa almeriense en su calidad de lugar de veraneo»,⁷ declara Biddle Duke, tan campante, al diario *Ya*.

Uno de los hilos conductores fundamentales de toda la larga trayectoria política de Fraga es su permanente servidumbre a los intereses de Estados Unidos. Las estrechas relaciones que siempre ha mantenido con los norteamericanos comienzan a fraguarse antes de la firma de los acuerdos de 1953. Las actuaciones del falangista de Villalba responden fielmente a los dictados de la política de Washington. Manuel Fraga inicia su carrera profesional al mismo tiempo que los aliados consiguen la capitulación de las tropas del Eje: en 1945 obtiene el número uno de su promoción en las oposiciones al Cuerpo de Letrado de las Cortes. Dos años más tarde, se presenta a un nuevo concurso público, el de ingreso en la Escuela Diplomática, y, por supuesto, consigue su plaza. Como secretario de embajada de tercera clase, es destinado al Instituto de Cultura Hispánica, un organismo concebido exclusivamente con fines propagandísticos. Allí dirige el seminario de Estudios Hispanoamericanos Contemporáneos, a la vez que se encarga de la recién creada Oficina de Cooperación e Intercambio con Estados Unidos. En su calidad de director de los

cursos de verano en España, conecta con estudiantes y profesores universitarios norteamericanos y estrecha lazos con algunos de ellos. Es el primer contacto personal de Fraga con quienes, pocos años después, se van a convertir oficialmente en nuestros aliados.

Durante el acto de inauguración del curso académico 1949-1950 en el CEU (Centro de Estudios Universitarios), Fraga pronuncia la conferencia titulada «Raza y racismo en Norteamérica».⁸ La tesis central desarrollada a lo largo de sus cien páginas constituye una crítica al racismo ejercido contra las minorías en Norteamérica. Pero se refiere sólo a las de origen europeo, que son perfectamente asimilables por el sistema. A comienzos de 1951 es destinado a la Secretaría General del Instituto de Cultura Hispánica, por decisión del ministro de Asuntos Exteriores Alberto Martín Artajo. Ese mismo año publica *La reforma del Congreso de los Estados Unidos*. La temática de sus investigaciones empieza a quedar notoriamente contaminada de proamericanismo. En España se está perfilando un cambio de Gobierno, condicionado por el fin del cerco internacional contra el régimen de Franco. Es la crisis del 18 de julio de 1951. Dos días antes se iniciaban conversaciones «oficiales» con el Gobierno de Washington. Fraga se sitúa de forma abierta entre quienes abogan por romper con los políticos del régimen que pugnan por un retorno «puro» a los ideales falangistas. José Félix de Lequerica es nombrado embajador español en Washington, el primero de la Guerra Fría.

En 1952, Fraga continúa avanzando por el mismo carril y publica *La política exterior de Estados Unidos*.⁹ Y ese año realiza un viaje de dos meses de duración por Latinoamérica, ofreciendo sesudas conferencias sobre la política exterior... norteamericana. Durante la gira, entabla amistad con el gobernador brasileño Carlos de la Cerda, vinculado a la WALC (World Anti-Communist League). La Cerda prologa las ediciones brasileñas de las obras de Fraga. De regreso a Madrid, es nombrado secretario general del Consejo Nacional de Educación, cargo que simultanea con el de secretario de la Comisión Española de la Unión Latina. Pronto llegará a secretario general de esta entidad. La Unión Latina es una organización auspi-

ciada por Estados Unidos, que aglutina a España, Italia y los países latinoamericanos. Los fondos que maneja esta entidad son de origen desconocido.

Paralelamente, sigue ascendiendo en el escalafón franquista y, en julio de 1962, es nombrado ministro de Información y Turismo. Hay que adecuar la imagen del régimen a los nuevos tiempos, marcados por la alianza con Estados Unidos. Una de sus primeras actividades en el cargo es la creación de una especie de servicio de información compuesto por exiliados anticomunistas de los países del Este, que analizan, desde la sexta planta de las dependencias del Ministerio, toda la información sobre España que aparece en la prensa de los países integrados en el Pacto de Varsovia. La propia estructura del Ministerio, con sus delegaciones provinciales y también con terminales en el extranjero, le permite que llegue a diario a su mesa una ingente cantidad de informes. Para clasificar y analizar la prensa, Fraga cuenta con un pequeño ejército de funcionarios y colaboradores. A partir de los datos que obtiene por ese conducto, monta sus estrategias de propaganda. Es el caso de la Operación Castro Delgado.

Antiguo militante comunista y uno de los fundadores del Quinto Regimiento, al comienzo de la Guerra Civil, Enrique Castro Delgado escribe un libro, después de su estancia en la URSS, titulado *Mi fe se perdió en Moscú*. Una obra netamente antisoviética. Se afina en Nueva York y es manejado como un pelele por la CIA. Fraga ve la utilidad de publicar ese título en España y envía a Estados Unidos, con la misión de traer a Castro de vuelta, a un hombre de su absoluta confianza, Gabriel Elorriaga.¹⁰ Y se instala al autor en un hotelito de la sierra madrileña, para que recomponga su obra, de acuerdo con los criterios que su mentor en el Ministerio de Información y Turismo considera oportunos. Desde una perspectiva anticomunista, el libro es aceptable de acuerdo con la mentalidad norteamericana de la época, pero las afirmaciones de Castro presentándose como luchador antifascista no son precisamente las más adecuadas para que sean publicadas en la España de Franco.

Mientras tanto, Fraga continúa viajando a Estados Unidos, cada vez con mayor frecuencia. Ofrece conferencias en las universidades

de Georgetown y Florida, entre otras, y en el Press and Union League Club de Nueva York. A lo largo de una sola gira, según sus biógrafos,¹¹ recorre 11 000 kilómetros por toda Norteamérica. Es nombrado ciudadano de honor en las ciudades de Dallas y Chicago. «En Estados Unidos se le llamó el “delfín de Franco”, no tanto como sucesor físico, sino por su significación política. Creían que Fraga iba a ser el eje en torno al cual evolucionaría el régimen franquista», escribe Carlos Sentís en su libro *Perfil humano de Fraga*.

Uno de sus viajes clave a Estados Unidos es el que realiza con motivo de la inauguración del Pabellón de España en la Feria Mundial de Nueva York. Los servicios de información norteamericanos le alertan de lo que está ocurriendo con Matesa y le suministran los primeros datos sobre el asunto.¹² Pero el reajuste ministerial de octubre de 1969 le deja fuera del Gobierno y se ve obligado a pergeñar otra estrategia política para intentar llegar a la presidencia del Ejecutivo. Intenta labrarse un perfil aperturista y se postula como candidato para encabezar la transición del franquismo a la Monarquía.

Contribuye a vender esa imagen liberal en Estados Unidos la revista *Visión*. Esta publicación norteamericana figura en una relación de medios de comunicación financiados por la CIA.¹³ También Robert Moss, uno de los jefes de redacción de *The Economist*, le hace a Fraga la campaña de promoción democrática desde las páginas de su diario. Moss es conocido por sus vinculaciones con la Agencia, tras hacer de portavoz oficioso de este organismo de inteligencia a través de sus reportajes sobre el Chile de la Unidad Popular. Robert Moss vende a Fraga como el Karamanlis español.¹⁴

En septiembre de 1973, cuando ya sólo quedan dos años para que se produzca la desaparición biológica del dictador, Fraga es nombrado embajador en el Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda del Norte. Regresará a España un día antes de la muerte de Franco. Desde la capital británica, se convierte en un importante eje de la interminable ronda de contactos que comienzan a producirse para preparar la Transición que se aproxima. En su residencia londinense recibe, entre otros, al socialista Mário Soares, muy vinculado a la CIA¹⁵ y recién nombrado ministro de Asuntos Exteriores de Portu-

gal, tras la Revolución de los Claveles. También mantiene entrevistas con Darío Valcárcel y otros miembros de la nueva editorial PRISA, constituida para lanzar el diario *El País*, que finalmente aparecerá tras la muerte de Franco, en 1976, cuando Fraga ya es ministro de nuevo, esta vez de la Gobernación, en el primer gabinete de la Monarquía. Las fotos del político gallego paseando por Londres con Juan Luis Cebrián acreditan los contactos.¹⁶ Sin embargo, Fraga no apuesta inicialmente por Cebrián para que sea el primer director del diario, sino por su amigo Carlos Mendo, muy bien relacionado con los norteamericanos.

Una de las alternativas previstas para realizar la salida controlada del régimen tras la muerte de Franco es la llamada Operación Fraga, que se sustenta en una sociedad denominada GODSA (Gabinete de Orientación y Documentación, Sociedad Anónima), constituida para intentar llevar a Fraga hasta la presidencia de Gobierno. Con ella se intenta aglutinar a numerosas personalidades políticas de la época con el propósito de organizar un gran movimiento encabezado por el político gallego, que rentabilice la imagen liberal que se ha creado de él, durante su período de embajador en Londres, y controle el proceso de cambio político desde la dictadura hasta una democracia controlada, en la órbita norteamericana. La desastrosa gestión como ministro de la Gobernación de Fraga en el primer gabinete de la Monarquía le dejará fuera de los puestos de cabeza en la carrera por el poder y se convertirá en aglutinador de los neofranquistas. Pero incluso entonces seguirá contando con el apoyo inestimable del embajador norteamericano en España, Wells Stabler.

Fraga funda GODSA en los albores de la Transición política, cuando todavía ocupa el cargo de presidente de Gobierno Carlos Arias Navarro. El objetivo de esta sociedad es aglutinar a un selecto grupo de políticos, juristas e intelectuales, con la socialdemocracia como límite por la izquierda. De acuerdo con las tesis de la CIA, Fraga manifiesta: «Mi punto de vista era que había que llegar a conseguir un partido socialista fuerte, socialdemocrático, y un partido comunista débil. Yo pensé que un partido comunista que arrancara en aquel momento, con la fuerza que tenía en Comisiones Obreras,

podía ser muy peligroso para la marcha general de las cosas económicas, políticas y sociales del país». ¹⁷

Entre los integrantes de GODSA destaca un reducido elenco de militares vinculados a los servicios de inteligencia del Alto Estado Mayor y al SECED: el golpista del 23-F José Luis Cortina, Juan Ortuño, Florentino Ruiz Platero y Javier Calderón, que llegará a teniente general y director del CESID, en 1996, con Fraga como presidente del PP y José María Aznar recién instalado en La Moncloa. Bajo la cobertura de «Gabinete de Estudios», Fraga convierte GODSA en «una especie de agencia de inteligencia, a su exclusivo servicio, cuyo principal objetivo era preparar la creación de su próximo partido político, Reforma Democrática, con el que pretendía disputar el poder a otros competidores», señala Arturo Vinuesa.

La propia existencia de aquella organización civil de Inteligencia dejaba claro que las actividades políticas entre los militares, que estaban prohibidas desde las más altas instancias del Gobierno, lo estaban sólo para los que, con o sin ocultas ambiciones de poder, lo intentaron hacia la izquierda del espectro político. Pero no para los que lo hacían bajo el anagrama de GODSA, en la derecha de Manuel Fraga Iribarne, lo que hacía presuponer una connivencia entre parte de la cúpula militar y la ideología de este político. ¹⁸

El coronel San Martín, primer jefe del SECED, es otro de los militares golpistas que interviene en el 23-F con quien Fraga mantiene permanentes y estrechas relaciones. Después de su forzada salida del organismo de inteligencia creado por Carrero, en 1974, tras la muerte del almirante, el entonces teniente coronel pasa un tiempo destinado en el Sahara, hasta que Manuel Fraga, ya al frente del Ministerio de la Gobernación, lo recupera para la vida política nombrándole director general de Tráfico. El general Bastos, que intentó investigar la trama del 23-F dentro de los servicios de información, cuando estaba destinado en el CESID como comandante, asegura al periodista Francisco Medina: «Yo tenía informes de que, por ejemplo, San Martín habló varias veces con Fraga. Tuvieron conversaciones con él». Y en sus memorias inéditas, Juan García Carrés

escribe: «Cortina le comunicó a Tejero que, una vez ocupado el Congreso, algunos diputados se levantarían desde sus escaños para apoyar la propuesta que sería expuesta por la persona que se dirigiría a todos explicándoles el motivo de la acción militar».¹⁹

Un dato significativo es que el político gallego aparece en la hoja que el general Armada lleva en su bolsillo, la tarde del 23 de febrero de 1981, cuando entra en el Congreso tomado por Tejero. En ese papel está la lista con los nombres que el general golpista tiene previsto proponer para formar un Gobierno santificado por los norteamericanos. A Manuel Fraga le correspondería nada menos que la cartera de Defensa.²⁰

No hay mal que por bien no venga

«Es virtud del hombre político la de convertir los males en bienes. No en vano, reza el adagio popular que «no hay mal que por bien no venga».»¹ Este sorprendente fragmento del discurso de fin de año pronunciado por Franco en 1973, poco después de la muerte de su fiel presidente de Gobierno Luis Carrero Blanco, continúa siendo objeto de mil cábalas más de treinta años después de aquellos acontecimientos.

Hoy nadie duda que el atentado que acabó con la vida del militar santanderino fue obra de ETA, pero es más difícil encontrar a alguien que sostenga que sólo la organización vasca estuvo implicada en la voladura de Carrero. Las discrepancias surgen a la hora de intentar determinar quiénes apoyaron aquella acción. Lo que sí está claro es que la verdadera historia y todas las ramificaciones del sumario 142/73, correspondiente al asesinato de Luis Carrero Blanco, se han intentado ocultar, simplificando las conclusiones de la investigación sobre el atentado reivindicado por la organización armada vasca.

Una de las hijas del almirante, Carmen Carrero Pichot, cree que a los autores del atentado se les dejó actuar: «Después de asesinado mi padre, esa noche, las carreteras estuvieron sin vigilancia. Amigos míos salieron de Sevilla para Madrid y nadie les paró. Pilar Careaga, que era alcaldesa de Bilbao entonces, llegó a Bilbao sin que nadie la parara. Las fronteras estaban abiertas... Bueno, yo no sé... A mí me parece extraño y rarísimo».²

De la misma opinión es el general Manuel Fernández Monzón, que formó parte del Servicio Central de Presidencia de Gobierno creado por orden del propio Carrero:

Los mismos etarras, en la Operación Ogro, dicen que estuvieron seis meses vigilando la puerta principal de la iglesia de San Francisco de Borja, en la calle de Serrano, desde la parada de autobús de la acera de enfrente, que está prácticamente en la puerta de la embajada norteamericana. Eso, con la vigilancia enorme que hay allí, resulta pintoresco. Tanto como que los norteamericanos no se enteraran, con detectores de todas clases, de que se estaba perforando un túnel a 80 metros de allí, en la calle de Claudio Coello. Y un tercer dato: Carrero muere a las 9.30 del día 20 de diciembre y el día anterior había estado seis horas reunido con Kissinger. Nadie sabe de qué hablaron, porque la reunión se prolongó y no le dio tiempo a despachar con nadie después. Que los norteamericanos propiciaran aquel asesinato, o que lo permitieran, o que lo sabían... Esas casualidades las dejo ahí.³

Según el periodista Manuel Cerdán, que ha investigado a fondo el atentado contra Carrero,⁴ en la fase de preparación del atentado, hay varios días durante los cuales coinciden en Madrid más de treinta miembros de ETA, «que se mueven por la capital impunemente, sin que las Fuerzas de Seguridad detecten su presencia. Alquilan pisos y coches, sustraen vehículos, hacen reformas en las viviendas, compran locales, van y vienen en tren y automóvil, hacen prácticas de tiro en los alrededores de la capital y hasta se permiten el lujo de vigilar de cerca al sucesor de Franco».

El mismo 21 de diciembre de 1973, el diario *Ya* señala: «La víspera del atentado, dos jóvenes colocaron descaradamente, en 50 metros de fachada, unos cables que conectaban el explosivo con el detonador». El mismo día que Kissinger está en Madrid, y lo hacen a menos de 100 metros, en línea recta, de la embajada norteamericana. El coronel José Ignacio San Martín, primer jefe del SECED y hombre de confianza del almirante, también tiene sus dudas de que sólo ETA estuviera detrás del atentado. Considera que, en 1973, la organización todavía no tenía gran preparación técnica, pero que el

atentado tuvo éxito más por negligencias de los servicios de seguridad que por extrañas complicidades: «Es rigurosamente cierto que el entonces director general de la Guardia Civil, teniente general Inieta, días antes del asesinato, me informó sobre la intención de ETA de secuestrar al almirante y a su esposa».⁵ San Martín, al contrario que otros de sus antiguos colegas, se muestra categórico a la hora de rechazar la participación de los servicios de inteligencia estadounidenses en el atentado:

A la CIA, como a la Administración norteamericana, no le gustaba el Régimen, pero también era consciente de que ese régimen era una garantía de la presencia estadounidense en España. Un atentado de esa naturaleza podría traducirse en un golpe para el propio régimen y preludio, por lo tanto, de no pocas incógnitas.

Desde luego, si se tiene en cuenta el resultado final de la transición del franquismo a la Monarquía, no parece que los norteamericanos salieran precisamente muy damnificados con la desaparición de Carrero.

En 2003, cuando se cumplen treinta años de la muerte del almirante, los redactores del programa de TV3 *30 minuts* consiguen ponerse en contacto con un portavoz de la CIA, que declina la invitación de dar su opinión sobre las circunstancias del atentado. «La CIA no tiene nada que ver en eso», replica. Y tampoco ninguno de los miembros de la Agencia destinados en Madrid durante aquellos años quiere participar en el programa o accede a ser entrevistado. Por otra parte, todos los documentos desclasificados de la CIA y del Departamento de Estado que tienen que ver con el asunto no aportan ninguna luz: la mayor parte de los párrafos están tachados.

EL ATENTADO

El 20 de diciembre de 1973, el almirante Luis Carrero Blanco se convierte en la segunda víctima mortal de ETA a consecuencia de un atentado. Antes, en 1968, la organización vasca había asesinado

al comisario Melitón Manzanas, destacado miembro de la siniestra Brigada Político-Social franquista. Antes de decidirse por acabar con la vida del almirante, ETA pretendía secuestrarlo para negociar su libertad a cambio de la excarcelación de varios presos políticos. Pero el 9 de junio de 1973⁶ es nombrado presidente de Gobierno y la posibilidad de seguir adelante con el secuestro se complica, al reforzarse su escolta. Sin embargo, continúa realizando todos los días la misma ruta con idénticos horarios.

Vive en la calle de Hermanos Bécquer, a 50 metros de la embajada norteamericana y todos los días va a oír misa y a comulgar a la iglesia de San Francisco de Borja, situada frente a la legación diplomática. Nada más terminar, sube a su vehículo oficial, que circula por la calle de Serrano, hasta girar a la izquierda por la de Juan Bravo. Después, vuelve a girar a la izquierda y enfila la calle de Claudio Coello. Cuando llega a la altura del número 104, se produce una enorme explosión. El Dodge Dart negro en el que viaja el presidente de Gobierno es lanzado a más de 20 metros de altura y cae en una terraza interior de la residencia del provincial de los Jesuitas, que ocupa, por la parte posterior, la manzana en la que está la iglesia de San Francisco de Borja. Los tres ocupantes del vehículo resultan muertos, Carrero, su chófer y uno de sus escoltas.⁷

En la calle queda abandonado un coche Morris, aparcado en doble fila y cargado de explosivos, que tenía la misión de obligar al vehículo de Carrero a circular justo sobre el lugar donde se ha instalado la carga de dinamita bajo el pavimento. Por un problema técnico, el Morris no explota. Lo retira la grúa y va a parar a un depósito municipal, sin que nadie descubra los explosivos que contiene. Los miembros del comando advierten de esta circunstancia durante una rueda de prensa que ofrecen cuando ya están a salvo en Francia. En la acción participan directamente cuatro miembros de ETA, integrantes del Comando Txiquía, que recibe este nombre en memoria del jefe de operaciones de ETA militar, Eustaquio Mendizábal, alias «Txiquía», muerto en un enfrentamiento con la policía el 19 de abril de 1973, en la localidad de Algorta, situada a pocos kilómetros de Bilbao. Durante todo un año, los cuatro miembros del comando

han trabajado haciendo un túnel bajo el pavimento que tiene la entrada por un sótano del número 104 de la calle de Claudio Coello. Queda clara la autoría de ETA, pero comienzan las especulaciones sobre quién más hay en la trastienda de este magnicidio.

La víspera del día del atentado contra Carrero, el secretario de Estado norteamericano Henry Kissinger había mantenido una larga conversación con él. Ambos pactaron previamente que su contenido lo mantendrían en secreto, incluso entre los altos cargos de sus respectivas Administraciones. «Aparte de Kissinger y don Alfonso de Borbón, Adolfo Suárez fue uno de los últimos visitantes del almirante. Concretamente le visitó el 17 de diciembre. El 18 no recibió a nadie y, en cambio, la jornada del 19 fue intensa en reuniones, despachos y visitas», escribe el coronel San Martín.⁸

El mismo día 20 de diciembre, Kissinger comunica lo sucedido al presidente Nixon, en el memorándum secreto 6720. En él escribe:

La muerte del presidente Carrero Blanco esta mañana elimina la mitad de la doble sucesión que Franco había organizado para sustituirle. Carrero iba a continuar como jefe del Gobierno y el príncipe Juan Carlos, que había sido designado heredero en 1969, iba a convertirse en jefe del Estado después de la muerte o incapacidad de Franco.

Y añade:

Si el incidente de hoy diera como resultado una actividad terrorista generalizada, Franco podría inclinarse por mirar hacia los militares en busca del siguiente Primer Ministro. En estas circunstancias, el general Díez Alegría, el actual jefe del Estado Mayor, sería un candidato posible. Él es el favorito entre los militares y cuenta además con una apariencia paneuropea. No obstante, también tiene fama de ser partidario de una apertura gradual hacia una sociedad más libre después de la partida de Franco, un factor que le convierte en demasiado moderado a los ojos de Franco.⁹

La estación de la CIA, por su parte, transmite el día 21 un informe a la central de Langley. El documento lleva el número 00305/73

y está encabezado con la leyenda «Top secret umbra». En él se afirma que existe «confusión» en torno a la sucesión. En el folio décimo se señala que hay establecida una amplia operación de seguridad sobre la ciudad y que los servicios de información van a proceder a la detención y al interrogatorio de «los extremistas conocidos de cualquier ideología». ¹⁰

«La CIA sabía que iban a matar a Carrero», ¹¹ manifiesta en 1984 Luis de la Torre Arredondo, que fue designado «juez especial con jurisdicción en toda España» para investigar el atentado. El magistrado se convierte en una de las voces discordantes en el proceso e introduce nuevos elementos que hacen dudar de que el caso esté resuelto únicamente con la reivindicación del atentado por parte de ETA. Durante la instrucción del sumario, el propio juez cuestiona la actuación del capitán general de Madrid, Tomás García Rebull; el fiscal del Tribunal Supremo, Fernando Herrero Tejedor; el ministro de Justicia, Francisco Ruiz Jarabo, y el jefe superior de policía de Madrid, Federico Quintero Morente. Según De la Torre, todos ellos contribuyen a echar tierra sobre el asunto.

«Nadie tiene la menor noticia del sumario abierto con ocasión del asesinato del almirante», escribe el coronel San Martín. ¹² «Fuentes familiares de Carrero, es decir, partes que podrían haberse personado ante el juez instructor, desconocen qué ha sido de dicho sumario. No hubo demasiado interés en profundizar en la investigación, para no remover los fallos que «todos tuvimos» en aquella ocasión.» Nunca llegará a verse la fase pública del juicio oral. El sumario deambula por las jurisdicciones ordinaria y militar hasta 1977, fecha en la que los implicados en el atentado son amnistiados. En 2003, el sumario por la muerte de Carrero Blanco deja de ser secreto.

Ahora se sabe que dos de los principales militantes de ETA implicados en el atentado, José Ignacio Pérez Beotegui «Wilson» y José Miguel Beñarán «Argala», ¹³ son los que se reúnen, en 1972, con el informador que les pone tras la pista de Carrero. Según consta en el sumario, la cita tiene lugar en la cafetería del hotel Mindanao. Ninguno de los dos tiene idea de quién es el hombre que les suministra los datos. Antes no sabían que Carrero iba todos los días a misa, muy

cerca de su casa, siempre a la misma iglesia. El desconocido es quien les señala la ruta y los horarios del «Ogro». Wilson hace esta declaración a la policía tras ser detenido en Barcelona, en 1975, a consecuencia del chivatazo de un infiltrado, Miguel Legarza «El Lobo». En la misma redada cae el militante de ETA Juan Paredes Manot, «Txiqui», que será fusilado el 27 de septiembre de ese mismo año.

Los ejecutores materiales del atentado reconocen que no saben cómo ha llegado a ETA la información precisa sobre los pasos del almirante: «Nosotros nos limitamos a comprobar lo que nos pidieron, pero la vía no la conocemos. Ahora, lo que sí es verdad es que en Madrid, como en otras ciudades de España, hay informadores, hay un servicio de información y lo mismo que llegó lo de Carrero Blanco puede llegar cualquier informe político».¹⁴

Luis de la Torre Arredondo, instructor del sumario, manifiesta en 1984: «A mí me emplearon de pantalla para ver si con el cuento de poner a un juez solvente al frente de la investigación, por la vía de la jurisdicción ordinaria, los franceses nos concedían la extradición de los autores del atentado. Cuando vieron que el truco no les funcionaba, quisieron que yo les pasara el paquete a los militares y, claro, me negué. Y entonces ocurrió de todo».

El magistrado trabaja durante un año y veintidós días en la investigación del atentado contra Carrero Blanco. Pero la apertura del sumario correspondiente no tiene como meta, en ese caso, la celebración de ningún juicio. Ni siquiera se llegará a saber, al final de la instrucción, toda la verdad sobre el asunto. Cinco tomos, declaraciones de 162 personas, entre técnicos y testigos, y un total de 2 654 páginas, constituyen el volumen visible de la investigación oficial del magnicidio. Sin embargo, mientras se va haciendo el acopio de ese material, hay una turbulenta mar de fondo en algunas instancias oficiales, bajo el aparente monolitismo que presenta el sistema.

En 1973, Luis de la Torre Arredondo presidía la Sección Cuarta de lo Criminal de la Audiencia Provincial de Madrid. El atentado coincide con un viaje suyo a Barcelona. Cuando vuelve a Madrid, es requerido urgentemente por el presidente de la Audiencia Territorial, Acisclo Fernández Carriedo, un magistrado que había sido di-

rector general de Justicia y capitán honorífico del Cuerpo Jurídico Militar. «Me dijo con tono de guasa que me sentara, porque lo iba a necesitar y, con una burlona sonrisilla, me tendió un papel», recordaba De la Torre. «Era la comunicación en la que la Sala de Gobierno, a propuesta del Presidente del Tribunal Supremo —que a su vez, actuaba a requerimiento del Ministro de Justicia—, había acordado nombrarme juez especial en el sumario de Carrero Blanco.»

Según De la Torre Arredondo, el Gobierno tiene un enorme interés en que el proceso lo lleve la jurisdicción ordinaria y no la militar, por eso buscan a un juez al que no puede imputársele «ninguna arbitrariedad ni un pasado oscuro». Ése es el deseo del entonces ministro de Justicia, Francisco Ruiz Jarabo, consejero del Reino, procurador en Cortes y consejero nacional del Movimiento. Un hombre leal al franquismo hasta la médula. Cuando era presidente del Tribunal Supremo, impidió a los padres de Enrique Ruano que pudieran ver el cadáver de su hijo. Ruiz es amigo del juez De la Torre Arredondo desde que estudiaron las primeras letras en el Colegio León XIII. Este último tiene ya setenta años cuando cae en sus manos la investigación del atentado contra Carrero. «Se podía haber elegido entre casi medio centenar de magistrados, pero me nombraron para instruir el caso sin darme la más mínima opción a negarme», declara.¹⁵ Herrero Tejedor designó para el caso al fiscal José Raya, que más tarde, en 1975, será secretario general técnico del Ministerio de Justicia.

Inmediatamente, el juez cuenta con protección policial y comienza a trabajar, primero, en un despacho del Juzgado n.º 8, y, más tarde, se le traslada a otra dependencia del mismo edificio, situado en el sótano lleno de humedad. Las primeras pesquisas le llevan hasta el entonces jefe superior de Policía de Madrid, Federico Quintero Morente, un militar de la línea franquista dura, muy vinculado a los servicios de información norteamericanos que, años después, también aparecerá alrededor del golpe del 23-F. «A mí me llegaron rumores de que el atentado contra Carrero había sido organizado por otros y que los de ETA habían actuado como mano material de ellos, de la CIA», señala De la Torre.

Era una cosa bastante delicada y, claro, lo que hice fue investigar cerca de Quintero, que se puso muy nervioso y mostró grandes reticencias: «Yo tengo relaciones... y eso lo sabría», me dijo. Dentro del mayor secreto, quise conocer la opinión de algunos militares. Yo tenía relación con Manuel Gutiérrez Mellado desde hacía cuarenta años o más. Era compañero de mi cuñado Felipe Laplaza, que era general de Artillería, y veraneábamos juntos en Suances. Gutiérrez Mellado había estado en misiones de altos vuelos dentro del espionaje, de las que nunca hablaba. Le planteé la posible complicidad de la CIA y me dijo: «El rumor también me ha llegado a mí; ahora, te puedo asegurar que yo no sé nada. Chico, hay aquí tantos que querían quitarse de en medio a Carrero...».

La viuda del presidente, María del Carmen Pichot, se muestra en todo momento reticente ante el modo de llevar las investigaciones. Tiempo después dirá: «Me llamó la atención que no se tomaran medidas en las carreteras, ni en las fronteras, ni en los aeropuertos». A la pregunta de por qué lo mataron, señala: «Acaso molestaba a alguien. ETA fue la mano ejecutora». Uno de los muchos enigmas de esta historia se refiere a un informe confidencial sobre el atentado y su investigación que remite el fiscal del Tribunal Supremo, Fernando Herrero Tejedor, a Francisco Franco. No ha quedado rastro de él. En algún momento se ha llegado a dudar de su existencia. El 16 de septiembre de 1974, en el discurso de apertura del año judicial 1974-1975, Herrero Tejedor manifiesta que no se descarta la participación de organizaciones distintas a ETA en el asesinato de Carrero Blanco. Supuestamente, el informe enviado a Franco apunta esta posibilidad y roza terreno escabroso.

Pronto se da carpetazo al asunto, sin indagar en ninguna otra dirección que no sea ETA, ni profundizar en las zonas oscuras del asunto. Ya ha pasado casi un año desde la muerte de Franco y el Gobierno presidido por Arias Navarro tiene otras preocupaciones en mente. El caso Carrero molesta. El fiscal Raya hace un escrito pidiendo el traslado del sumario a la jurisdicción militar, y allí se remata el caso, sin investigar más, dando por hecho la autoría exclusi-

va de ETA. No hay que olvidar que, en 1973, la organización armada vasca está dando los primeros pasos y algunos de sus miembros aún mantienen contactos con veteranos miembros del PNV, una organización muy vinculada a los servicios de información norteamericanos durante toda la Guerra Fría.

«Antón Irala, que era el hombre de los «Servicios» vascos más cercano al interior, tuvo relación con la ETA de los comienzos», escribe Xabier Arzalluz.¹⁶

Le oí contar a él mismo cómo fueron una vez Txillardegí¹⁷ y otros dirigentes de la organización recién fundada a San Juan de Luz para hablar con él. Pretendían que los representara en el exterior. Él les dijo que, tal como estaban organizados, no tardarían en sufrir los golpes de la Policía. Porque por entonces funcionaban igual que el partido, con unas normas de clandestinidad muy frágiles. Pronto tendrían un buen número de exiliados y ya no necesitarían que nadie ajeno les representara en el exterior. Y continuó diciéndome Irala: «Yo entonces me tuve que ir a Filipinas, de negocios».

«El negocio de Irala era la CIA, con la que se había relacionado con conocimiento y bendición de Aguirre desde que había estado en la delegación nuestra en Nueva York», prosigue Arzalluz. «Iba a Filipinas para coordinar el trabajo de la red vasca de allí contra la guerrilla comunista, sobre todo en la isla de Negros, donde había bastantes hacendados vascos. Y me dijo: “Cuando regresé a Euskadi, lo de ETA era ya otra cosa. Nada que ver con lo de antes. Estaba organizada de un modo realmente serio”.»

A lo largo de los seis meses y medio que preside el Gobierno, Carrero se identifica plenamente con la política seguida por el ministro de Asuntos Exteriores, Laureano López Rodó. Los cuatro ejes de esa política exterior son las relaciones prioritarias con Estados Unidos y el Vaticano, además de los temas de Gibraltar y el Mercado Común. Carrero considera que hay que ser «más exigentes con Estados Unidos, más tenaces con la Comunidad Económica Europea y pragmáticos con el tema de la Roca». ¹⁸ Años después, coin-

ciendo con la discusión previa a la entrada de España en la OTAN, una noticia de la agencia TASS acusa a la CIA de haber colaborado con ETA para la eliminación de Carrero Blanco, «porque se oponía a la entrada de España en el organismo de defensa atlántico». ¹⁹

Carrero Blanco solía reflejar su pensamiento político en artículos de prensa firmados con los seudónimos de Juan de la Cosa, Juan Español o Ginés de Buitrago. Pero prefería verter su estado de ánimo en las comunicaciones secretas habitualmente utilizadas por algunos cargos de la Administración franquista. A través de algunas de ellas se ha sabido de su desilusión ante los pactos de Madrid de 1953, por los que se establecieron las bases norteamericanas en España. Sus discrepancias residen en las escasas contrapartidas militares y económicas que España recibe, sintetizadas en su frase: «Los americanos han resuelto sus problemas, pero nosotros no». ²⁰ Carrero no se limita a dejar constancia de esa desilusión en comunicaciones secretas, en una conferencia reservada que pronuncia el 7 de mayo de 1962 en la Escuela de Guerra Naval, subraya que la ayuda recibida por los ejércitos españoles como compensación por los acuerdos no llega al mínimo imprescindible. Por esa razón, a principios de 1958 se manifiesta a favor de una modificación sustancial de los convenios, algo que nunca llegará a producirse. ²¹

Durante la guerra del Yom Kippur o del Ramadán, en 1973, Carrero se opone a que los norteamericanos utilicen sus bases en España para apoyar a Israel. Como Franco, el almirante tiene claro que con los árabes y los países latinoamericanos no quiere ningún conflicto. El régimen se beneficia de su neutralidad en esta guerra: mientras los precios del petróleo se disparan en el mercado internacional, en España se mantienen. El vicepresidente de Irak, Sadam Hussein visita nuestro país, se entrevista con Franco y le ofrece crudo en condiciones privilegiadas.

«Los analistas norteamericanos consideraban a Carrero un gris reaccionario amargado, más franquista que Franco. Los informes de Inteligencia que escribían sobre él, su entorno y su actitud política no dibujan a Carrero sólo como un personaje antiamericano, ultracatólico, feroz antimasón, anclado en el pasado, sino que lo pintaban

más bien como un estorbo para el desarrollo de los intereses norteamericanos en España y para la modernización de nuestro país», escribe Eduardo Martín de Pozuelo.²² Una de las características negativas que llaman especialmente la atención de los norteamericanos es su condición de «católico devoto y practicante», que explica su oposición a «otorgar libertad religiosa a los que no son católicos» y su rechazo a los «líderes de la Iglesia liberal que desean una separación definida entre la Iglesia y el régimen de Franco».

En el «Telegrama confidencial» 700, enviado a principios de enero de 1971 desde la embajada norteamericana en Madrid al secretario de Estado William Pierce Rogers, se señala que: «El mejor resultado que puede surgir de esta situación sería que Carrero Blanco desaparezca de escena (con posible sustitución por el general Díez Alegría o Castañón)». El vicepresidente Gerald Ford será el encargado de representar al Gobierno de Estados Unidos en el entierro del almirante Carrero Blanco.

LA AMENAZA DE JOSÉ LUIS CORTINA

Durante una de las sesiones del juicio contra los militares golpistas implicados en el 23-F sucede un hecho inquietante. Desde primeras horas de la mañana, el comandante José Luis Cortina, uno de los cerebros coordinadores del golpe, en su calidad de jefe de la AOME, es sometido a un duro interrogatorio por el fiscal, que le acorrala con sus preguntas sin dejarle escapatoria. Cortina, cada vez más nervioso, no encuentra ningún resquicio por donde escabullirse, pero de repente, suena la campana salvadora: es la hora de comer y se hace un pequeño receso.

Cortina sale disparado hacia el teléfono y marca un número con ansiedad. Un miembro de los servicios de información controla la conversación. En determinado momento, indignado, el comandante procesado le dice a su interlocutor: «Como siga este tío así, saco a relucir lo de Carrero». «Y a partir de ese momento, la cosa cambia por completo», explica un antiguo oficial de inteligencia. «Cuando

se reanuda la sesión, el tono de las preguntas es muy distinto, como si hubieran cambiado al fiscal, que sigue siendo el mismo. Sólo les falta hablar del tiempo. Esto se comprueba perfectamente en las actas del Consejo de Guerra. Y la conversación telefónica de Cortina está certificada.» Al final del juicio, el presidente del Consejo Supremo de Justicia Militar que preside el Consejo de Guerra, el teniente general Federico Gómez de Salazar, manda hacer una serie de copias de las actas, pero después hay una contraorden y decide no distribuirlas a ninguna de las partes. Otra irregularidad cometida por razón de Estado. Pero alguien habilidoso consigue hacerse con una de esas copias, la única que falta, y en ella se puede comprobar perfectamente la evolución del interrogatorio de Cortina. Cuando se produjo el atentado contra Carrero, José Luis Cortina estaba destinado en los servicios de inteligencia del Alto Estado Mayor. Su secreto debía de tener mucho peso: la sentencia del Consejo de Guerra le absolvió de todos los cargos.

Una península sin dictaduras

El 25 de abril de 1974, la Revolución de los Claveles en Portugal hace saltar todas las alarmas de la CIA y convierte a la península Ibérica en centro de atención especial de los servicios de inteligencia norteamericanos. Al mismo tiempo, la dictadura militar de Grecia se derrumba; la salud de Franco se está debilitando y el futuro de España también resulta incierto; asimismo, en Italia los comunistas se encuentran más cerca que nunca de participar en un Gobierno nacional. El desarrollo incontrolado de la revolución portuguesa puede acarrear la pérdida de la base norteamericana de Lajes, en las Azores. Y esa instalación es vital para la Fuerzas Aéreas de Estados Unidos: durante la reciente guerra del Yom Kippur, en 1973, ningún otro país de la OTAN, salvo Portugal, ha permitido repostar a los aviones norteamericanos que se dirigían hacia Israel.

«Yo no podía imaginarme a Ford, Kissinger y sus aliados europeos, observando tranquilamente cómo se desarrollaba la revolución en Portugal», escribe Philip Agee en su libro *Acoso y fuga: con la CIA en los talones*.¹ «Este país era miembro fundador de la OTAN, prueba de que, después de la Segunda Guerra Mundial, Washington había estado dispuesta a abrazar a cualquiera con tal de que fuese anticomunista.»

En agosto de 1974, el teniente general Vernon Walters, director adjunto de la CIA, visita Portugal para calibrar la situación. Y pocas semanas más tarde se produce la «marcha de la mayoría silenciosa» del general Spínola y el fallido contragolpe encabezado por este general el 28 de septiembre. António de Spínola es un hombre ligado

a la CIA, abiertamente anticomunista, que estuvo en España, durante la guerra civil, con las columnas portuguesas que apoyaron a Franco.

Algunos de los sucesos que se empiezan a producir en Lisboa para desestabilizar al Gobierno de la Revolución son repetición de acontecimientos ya conocidos: en Brasil, diez años antes, Walters ocupaba el cargo de agregado militar de la embajada de Estados Unidos en Río de Janeiro, y su papel fue clave para ayudar a que se fraguara el golpe de Estado contra el régimen constitucional encabezado por el presidente Goulart. Entre las operaciones más eficaces destinadas a provocar el levantamiento militar, destacaron las grandes marchas callejeras realizadas contra el Gobierno, muy parecidas a la de Spínola en Portugal.

La CIA envía a Lisboa, como embajador, a uno de sus hombres fuertes, Frank Carlucci, con la misión de emplearse a fondo hasta que se consiga neutralizar el proceso sociopolítico desencadenado el 25 de abril, a partir de que sonaran por la radio los primeros compases de «Grândola, vila morena».² Para que no haya dudas sobre la implicación directa de la Agencia en los asuntos internos de Portugal, Carlucci será posteriormente ascendido a director de operaciones encubiertas de la CIA, cargo que ocupará con Ford y Carter. Carlucci mantiene una relación muy directa con el futuro secretario de Defensa Caspar Weinberger y con Donald Rumsfeld, en ese momento jefe de gabinete de Gerald Ford. A finales de 1975, la CIA consigue provocar la caída del Gobierno izquierdista de Vasco Gonçalves y asciende al poder uno de los hombres controlados por Estados Unidos, Mário Soares.³

LA ANEXIÓN DEL SAHARA

Mientras tanto, en España continúa la incertidumbre política. La salud de Franco se deteriora rápidamente y su desaparición física parece inminente. Aprovechando la delicada situación que vive el régimen en esas horas, el omnipresente Walters aparece también para

echarle una mano a su viejo amigo Hassan II. No en vano, el periodista Bob Woodward ha descrito a Vernon Walters como el representante del monarca alauí en la CIA.

Desde los tiempos del desembarco norteamericano en sus costas, durante la Segunda Guerra Mundial, Marruecos ha sido considerado un aliado primordial por Estados Unidos. Las alteraciones provocadas por la influencia de la revolución portuguesa, que pone en peligro la base de las Azores, convierten en un lugar geoestratégico especialmente sensible toda esa zona del Atlántico tan próxima al estrecho de Gibraltar. Además, investigaciones realizadas durante los primeros años setenta demuestran que se puede obtener uranio a través del ácido fosfórico procedente del fosfato. Y el Sahara Occidental es el principal productor del mundo de este mineral.⁴ Tampoco hay que desdeñar, de cara al futuro, la importancia de sus reservas petrolíferas.

En esas circunstancias, el director adjunto de la CIA comienza a maniobrar en favor de Marruecos, para que Hassan II se apodere de lo que, hasta ese momento, ha sido el Sahara español. Y empieza a gestarse la «Marcha Verde». *Le Monde Diplomatique*, en su edición en lengua inglesa, ha publicado recientemente un informe,⁵ sustentado en documentos desclasificados de los archivos de Estados Unidos, en el que se llega a la conclusión de que la apropiación del Sahara por parte de Marruecos, en 1975, tiene éxito gracias a la intervención de Estados Unidos a su favor. En uno de estos documentos, enviado por el director de la CIA, William E. Colby, a Kissinger, se indica que hay que intentar a toda costa «controlar la reacción contraria a Marruecos que van a provocar en La Haya sus reivindicaciones sobre el Sahara Occidental». Y añade: «Es posible que Hassan II haya llegado a la conclusión de que una intervención armada española contra su invasión del Sahara provoque una mediación internacional favorable a sus intereses». Está claro que todos consideran a los integrantes de la «Marcha Verde» exclusivamente carne de cañón. El informe de *Le Monde* cita otro documento desclasificado en el que Kissinger, después de reunirse con el presidente Gerald Ford y con el consejero para Asuntos Europeos, Arthur

Hartman, señala: «Hay que llevar el tema a la ONU, pero con la garantía de que el Sahara pase a Marruecos».

Mientras el secretario general de la ONU, Kurt Waldheim, recorre los países implicados en el proceso de autodeterminación del Sahara, Marruecos, a sus espaldas, urde, junto a Estados Unidos, una estrategia para apropiarse del territorio. El eje de la actuación sobre el terreno consiste en lanzar una masiva marcha civil marroquí que se introduzca en territorio saharauí. Paralelamente, las presiones políticas ejercidas por Estados Unidos deben hacer desistir a las tropas españolas de utilizar la fuerza para defender sus posiciones.

La «marcha» la diseñan agentes de los servicios de inteligencia norteamericanos en un gabinete de estudios estratégicos situado en Londres y financiado por Kuwait. El secretario de Estado norteamericano, Henry Kissinger, es quien da el visto bueno a la operación. Hassan II encarga a su secretario de Defensa, el coronel Achakbar, la supervisión de los trabajos. El monarca marroquí asume, imperturbable, que en caso de que se desate la violencia, pueden producirse hasta treinta mil bajas entre sus súbditos embarcados en la «marcha».

El 21 de agosto de 1975, Kissinger se halla en Jerusalén cuando recibe la confirmación de que el proyecto está listo. Casi dos meses antes de que la Corte de La Haya se pronuncie, el secretario de Estado norteamericano cierra la entrega del Sahara a Marruecos con un telegrama remitido a Rabat desde la embajada de Estados Unidos en Beirut. «Laissa podrá andar perfectamente dentro de dos meses. Él la ayudará en todo», dice el texto.⁶ «Laissa» es el nombre en clave de la «Marcha Blanca» que se ha estado preparando y que dos meses después lanzará Hassan II con el nombre de «Marcha Verde». «Él» es Estados Unidos.

El 2 de noviembre, con Franco consumiéndose ya de forma irreversible, Marruecos amenaza con una invasión pacífica del Sahara Occidental, un territorio al que se le ha adjudicado, hace años, la condición de provincia española de pleno derecho. El príncipe Juan Carlos, en funciones de jefe de Estado, realiza una visita relámpago a El Aaiun para hablar con los mandos militares españoles y les comunica la decisión de abandonar el territorio. Enfrente está Hassan II, a

quien él considera un «hermano mayor» y con quien va a mantener una estrecha relación hasta su muerte.

Vernon Walters reconoce, en su libro *Misiones discretas*⁷ que ayudó al príncipe Juan Carlos y a Hassan II a negociar la retirada de las tropas españolas del Sahara y la posterior anexión de la ex «provincia» española.

Los norteamericanos incrementan el suministro de armas y municiones a Marruecos desde que comienzan a producirse las primeras tensiones en la zona.⁸ Además, para no aparecer como claros impulsores de una guerra de anexión, utilizan un mecanismo complementario para apoyar bélicamente a Hassan II: la transferencia de armas a través de países amigos, como Jordania, que envía a Marruecos 26 aviones F-54, en mayo de 1976, y 16 morteros de 155 mm en octubre. Más adelante, con la Administración Reagan, esa ayuda se incrementa notablemente. El secretario de Defensa, Caspar Weinberger, autoriza el envío de armamento «sin límite» para acabar con la «rebelión» en el Sahara y treinta instructores norteamericanos comienzan a entrenar a los pilotos marroquíes en tácticas antimisil. En octubre de 1981, Vernon Walters visita Rabat para reafirmar a Hassan II el apoyo de Estados Unidos a su política de anexión.

Durante el Consejo de Ministros del 17 de octubre de 1975, el Gobierno de Arias Navarro decide abandonar el Sahara. Ante el inminente fallecimiento de Franco, elude sus compromisos internacionales de apoyo a la autodeterminación del Sahara y cede ante las pretensiones de Marruecos, que goza del apoyo total del Imperio en este conflicto. En esas circunstancias, la debilidad del régimen de Franco, cuyos pupilos ya están centrados en cómo dirigir la Transición, propicia la rápida firma de un tratado en Madrid con Marruecos y Mauritania, en noviembre de 1975. Al mismo tiempo que el príncipe visita a las tropas acantonadas en el desierto saharauí, su agente Manuel de Prado y Colón de Carvajal se entrevista con el secretario de Estado Henry Kissinger. «A la incapacidad del dictador habría que unir las informaciones que indican que el príncipe Juan Carlos habría negociado con la CIA la retirada española», escribe Antonio Díaz Fernández.⁹

El Tratado de Madrid supone la cesión de la administración del Sahara a Marruecos y Mauritania, con un vago compromiso para que las nuevas potencias administradoras del territorio procedan más tarde a su descolonización. A principios de 1976, cuando las tropas españolas abandonan el Sahara, se inicia una guerra de resistencia del Frente Polisario, apoyado por Argelia, que impide una dominación estable marroquí y provoca la retirada de Mauritania en 1979. La mayor parte de los militares españoles que sirvieron en el Sahara consideraron su definitivo abandono en manos de Marruecos una traición al pueblo saharaui, que treinta años después todavía no es dueño de su propio territorio.

HEREDERO A TÍTULO DE REY

El primer contacto directo con el poder del Estado lo disfruta Juan Carlos en 1974. El 19 de julio es nombrado jefe de Estado interino, cuando la enfermedad de Franco, una tromboflebitis en la pierna derecha, provoca su ingreso hospitalario y muy malos augurios. Los norteamericanos aprovechan la ocasión para dar el visto bueno al heredero y el día siguiente, 20 de julio, se firma la prórroga del Tratado de Amistad y Cooperación entre España y Estados Unidos, presidido por un desacreditado Richard Nixon, que está a punto de sucumbir como consecuencia del escándalo Watergate.

Después de protagonizar este acontecimiento, y salvo la presidencia de un par de Consejos de Ministros, la actividad del príncipe al servicio del Estado es bastante escasa: la mayor parte de los 43 días que Juan Carlos de Borbón ejerce interinamente el cargo los pasa de vacaciones en Mallorca. El Caudillo se recupera y aguanta casi un año y medio más. Cuando Juan Carlos alcanza por fin la jefatura del Estado, el primer viaje oficial que realiza le lleva hasta Estados Unidos.

El 3 de junio de 1976, el rey pronuncia un discurso en el Congreso, en una sesión que reúne a los componentes del Senado y de la Cámara de Representantes conjuntamente. Y recibe su bendi-

ción. Juan Carlos de Borbón es el primer jefe de Estado español que visita oficialmente Estados Unidos. Sin embargo, ésa no es la primera vez que el heredero de Franco visita ese país, ni tampoco es Gerald Ford el primer presidente con el que se entrevista.

Juan Carlos está asistido en ese viaje por algunos de los políticos que han actuado como consejeros suyos en anteriores ocasiones: José María de Areilza, ministro de Asuntos Exteriores en ese momento, era embajador ante Eisenhower en 1958, cuando el príncipe llegó a Washington por primera vez;¹⁰ Antonio Garrigues y Díaz Cañabate, que es titular de Justicia en el primer Gobierno de la Monarquía, estaba al frente de la embajada española en Washington en 1962, y tuvo que mediar para que el príncipe fuera recibido entonces por el presidente Kennedy, y Gregorio López Bravo, que está al frente de la comisión preparatoria de la reforma constitucional, era ministro de Asuntos Exteriores cuando Juan Carlos se entrevistó con Nixon, en 1971.

Las distintas Administraciones, republicanas y demócratas, que se han sucedido en Estados Unidos desde finales de los cincuenta han coincidido en depositar su confianza en Juan Carlos de Borbón como garante de las privilegiadas relaciones que Estados Unidos mantiene con España desde 1953. Y el rey ha hecho todo lo posible para no defraudar esa confianza. Hasta hoy. «Quizá una de las situaciones más críticas entre el Rey y Felipe González se derivó de las declaraciones de don Juan Carlos a Jim Hoagland, del *Washington Post*, de las que se deducía que el Jefe de Estado discrepaba de cómo llevaba el Gobierno las negociaciones con Estados Unidos para el desmantelamiento de las bases norteamericanas en España», escribe Manuel Soriano.¹¹

Alguien pudo recordar que el Rey mandaba mensajes a su Presidente a través de la prensa estadounidense, como lo hizo con Carlos Arias Navarro por medio de *Newsweek*. En las dos ocasiones fue en víspera de un viaje real a Estados Unidos. En el primer caso, a don Juan Carlos le interesaba dejar claro, antes de llegar, que España sería una democracia, y en el segundo, que se alineaba sin reservas en el dispositivo de defensa de Washington.

LA CIA, AL QUITE

Durante los meses anteriores a la muerte de Franco se incrementa, de forma notable, la presencia de agentes de los servicios de inteligencia norteamericanos en España. En noviembre de 1974, el semanario *Cambio 16* publica un artículo titulado «Que viene la CIA». ¹² En él se señala que aquí se ha producido un desembarco acelerado de miembros de la Agencia tras el 25 de abril: «Se calcula que han llegado más de 200 agentes de la CIA a la península en los últimos meses».

La cifra resulta muy difícil de comprobar, pero diplomáticos españoles confirman que, desde mayo, se ha triplicado, respecto a años anteriores, el número de visados oficiales solicitados por el Gobierno norteamericano. En esas mismas fechas, Daniel Schorr, veterano corresponsal de la cadena de televisión CBS, confirma en Washington, en un programa sobre la CIA, que Portugal, Italia, España y Grecia están entre las prioridades de la Agencia. El propio director de la CIA, William Colby, y el omnipresente Vernon Walters visitan España esos días. Walters ya ha estado en Lisboa poco antes, del 9 al 12 de agosto, para comprobar sobre el terreno la situación. Según el *Washington Post*, durante su estancia en nuestro país, estos dos máximos responsables de la Agencia se entrevistan con varios altos funcionarios españoles. Kissinger, por su parte, ha viajado a España tres veces en sólo seis meses.

Según el citado artículo de *Cambio 16*, dentro de la última remesa de la CIA desembarcan en Madrid Daniel Simcox, con la cobertura de consejero de Asuntos Políticos, y César Beltrán, como agregado, «dos tipos curtidos que han tenido multitud de destinos latinoamericanos». La publicación también denuncia que en el Centro Colón de la capital funcionan oficinas paralelas de la CIA conectadas con la estación de la embajada. Y señala como miembro de la Agencia al director del Centro Cultural de Estados Unidos, Miró Morville. Según el listín del Departamento de Estado, un especialista en radio que ha vivido en Monterrey, México.

¿Y qué hace un especialista de estas características dirigiendo un centro cultural en Madrid? Antiguos trabajadores del Centro Cultural, posteriormente rebautizado como Asociación Cultural Hispanoamericana, recuerdan, más de treinta años después, que cuando apareció aquel artículo en el que se señalaba a Morville como hombre de la CIA, éste reunió a todos los profesores del centro para darles una explicación. «Dijo que quien aparecía citado en el artículo no era él, que aquello era falso, con una risa muy nerviosa», explica uno de los profesores. «Fue una negación fatalmente hecha. Si yo antes tenía alguna duda sobre el asunto, después de eso ya no me quedó ninguna. ¿Y cuál era la misión de Morville allí? Pues sacar información, nada más. Dirigía una asociación cultural y no tenía el más mínimo interés por la cultura. Era un tipo turbio.» A Morville le sucede al frente del centro John Treacy, un director que, al parecer, sí tiene ciertas inquietudes culturales y cuya gestión es algo más transparente. Como Morville, antes de llegar a España ha pasado por Colombia y otros países latinoamericanos.

La Asociación Cultural Hispanoamericana, con sede en la calle de San Bernardo, 107, llega a tener inscritos tres mil alumnos, prácticamente todos ellos españoles. El profesorado es norteamericano. La principal actividad que se desarrolla allí son las clases de inglés, pero también se imparten algunas asignaturas complementarias, todas ellas encaminadas a explicar, de forma convincente y atractiva, cómo es la cultura estadounidense. La finalidad del programa es fichar a españoles afines al Imperio. «Había un control exhaustivo del personal del centro por parte del FBI», señala un antiguo profesor. «Allí se intentaba captar a alumnos con posibilidades de tener influencia en la época que se avecinaba. Se prestaba especial atención a los que habían estudiado en el Colegio del Pilar, por ejemplo, también a algunos del Opus no muy fanáticos y a socialistas no marxistas.» Los profesores norteamericanos de idiomas han dado mucho juego. La propia Susan Lord, mujer de Emilio Alonso Manglano, director general del CESID, impartía clases de inglés en la base de Torrejón.

La CIA siempre ha tenido especial interés por penetrar en el mundo de la educación y la cultura, pero en España ese ámbito no

es el que mejor se ha prestado a sus actividades. Se puede destacar a un veterano de la Agencia en Madrid, Edward Kresler, norteamericano de origen húngaro, propietario de dos galerías de arte, en las calles de Serrano y Hermosilla, durante los años setenta y ochenta. Kresler también llega a ser «director del Patronato del Hospital Angloamericano y una de las pocas personas galardonadas en este país con la Encomienda de Isabel la Católica», según *Cambio 16*.¹³

La formación de profesores afines al *American Way of Life* ha estado entre los objetivos de los norteamericanos. En un memorándum confidencial sobre España, del 7 de marzo de 1970, dirigido al presidente de Estados Unidos y desclasificado recientemente, se señala:

Está efectuándose una reforma educativa que se espera sea aprobada por el Parlamento español el próximo mes de abril. Los aspectos del plan para la formación del profesorado nos capacitarían a nosotros para influenciar la modelación de la educación de la juventud española en los próximos años, a través de la formación del profesorado. El Departamento de Estado se está gastando ahora alrededor de 180.000 dólares en intercambios académicos con España. Los programas que ya existen se podrían expandir para ofrecer más formación adicional en los Estados Unidos para profesores, administradores y asociados. Esta ayuda debería ser precedida por una revisión de los fondos necesarios para invertir en la reforma educativa de España. Creemos que entre uno y cinco millones de dólares al año nos darían espacio para jugar un papel eficaz en las reformas.

Clarito y sin literatura, como les gusta a ellos, para que se entienda bien.

LA CIA POR BULERÍAS

Uno de los profesores que trabajan bajo la dirección de Miró Morville en el Centro Cultural de Estados Unidos es Tom Sorensen, un singular personaje con una vena artística muy marcada. Durante el día imparte clases de inglés en el centro y por las noches toca la

guitarra flamenca, con el nombre artístico de Tomás de Utrera. Además, también hace sus pinitos con el saxofón y, de vez en cuando, se le puede ver en el Whisky Jazz de la calle de Diego de León. «La bohemia de su vida nocturna contrastaba con las actividades que desarrollaba en el Centro y con el nivel de vida que llevaba: sus dos hijas estudiaban en el Colegio Americano, el más caro y exclusivo de Madrid», señala un antiguo compañero de Sorensen. «A veces nos invitaba a acompañarle por las noches al Patio Andalúz, de la calle de Arlabán, y a otros garitos cercanos a la Plaza de Santa Ana. Esa era su zona cuando iba de flamenco.» Retirado de las clases de inglés, Sorensen, en su vertiente de Tomás de Utrera, llega a realizar giras por todo el mundo.

Durante los últimos años sesenta y la década de los setenta hay una importante corriente dentro del flamenco cercana a la izquierda comunista y todo tiene que estar controlado. El pintor y poeta Francisco Moreno Galván, militante del PCE, renueva las letras tradicionales del arte jondo dotándolas de claro contenido social. Y cantaores como José Menese, Paco Moyano, Manuel de Paula o Manuel Gerena, y posteriormente El Cabrero, van por esa senda. «Se ve desde la alta mar, / en Cáii, caray, ¡qué letrero! / Se ve desde la alta mar. / Escrito “fuera la muerte / de Rota y de Gibraltar”», canta Paco Moyano por aires gaditanos.

Otro personaje singular dentro de este peculiar universo es la norteamericana Moreen Silver, fotógrafa de prensa muy bien relacionada con la embajada de la calle de Serrano. Dirige la agencia Silver Press y, al mismo tiempo, con el nombre artístico de María la Marrurra, graba un disco, en 1971, secundada nada menos que por la guitarra del gran Melchor de Marchena. Aparece en el programa de TVE *Rito y geografía del cante*, e incluso consigue cierto reconocimiento artístico de figuras de la talla de Antonio Mairena. Un caso insólito, la única norteamericana que ha llegado a hacer el cante con fundamento. Y mientras continúa templándose con la soleá de Fernanda de Utrera, participa en tertulias radiofónicas defendiendo a George Bush.

Isidoro y Mister PESCE

Sólo seis meses después de la Revolución de los Claveles, el 14 de octubre de 1974, se celebra en la ciudad de Suresnes, cercana a París, el XIII Congreso del PSOE, que va a llevar a un tal «Isidoro» hasta la cúpula de la organización. Desde el 14 de julio pasado, Franco sufre una complicada flebitis y se ha llegado a temer por su vida. La situación que se está creando en la península Ibérica resulta muy preocupante para los norteamericanos, se les ha ido de las manos el asunto portugués y van a impedir, a toda costa, que la historia se repita en España.

Felipe González es el joven abogado sevillano, casi desconocido incluso para algunos de sus compañeros, que se enmascara tras el nombre de guerra de «Isidoro». Consigue suceder como secretario general del partido al veterano militante socialista Rodolfo Llopi, ¹ que no reconoce las resoluciones adoptadas en Suresnes. El congreso ha sido convocado por un grupo de jóvenes militantes desgajados de lo que, en adelante, se conocerá como PSOE (Histórico). En realidad, Nicolás Redondo era la figura menos discutida para acceder a la Secretaría General, pero el sindicalista vasco se niega a presentarse a la elección, a pesar de ser propuesto mayoritariamente para ocupar el cargo que está en liza.

González y otros miembros de la nueva dirección del partido han conseguido llegar a Francia gracias al apoyo prestado por el propio Servicio Central de Presidencia de Gobierno. Los oficiales del organismo de inteligencia creado por el almirante Carrero Blanco son los encargados de proporcionarles los pasaportes. «En un restau-

rante de la calle madrileña de Santa Engracia,² hablamos con González, en presencia de Enrique Múgica, para garantizarle su viaje a Suresnes», señala el entonces capitán del SECED Manuel Fernández Monzón.³ «Otros compañeros se entrevistaron con Nicolás Redondo, y él entendió enseguida que debía ceder el puesto a un secretario general más joven y con otras características. Cuando Felipe González volvió de Francia, después de haber sido elegido, un comisario de Sevilla le detuvo, creyendo que había dado un pelotazo. Se llevó una bronca tremenda y tuvo que soltarle enseguida, claro.»

Otros dos miembros relevantes del SECED, Andrés Cassinello y José Faura, mantienen una larga entrevista con Felipe González y con Alfonso Guerra, inmediatamente después de que el clan sevillano se haga con los mandos del PSOE.

«Entre 1964 y 1975 estuve precisamente en la información del mundo universitario, muy estrechamente relacionado con la política entonces clandestina. Y lo que viví fue que, a partir de cierto momento, la dictadura propició el resurgir del PSOE, para ahogar al PCE», declara el comisario Manuel Ballesteros a la periodista Pilar Urbano.⁴ «A los socialistas no se les detenía, a los comunistas, sí. Estando yo en la Brigada Social, esa era una indicación de los mandos. Más aún: la policía no sólo miraba para otro lado, haciendo la vista gorda, sino que a veces ayudaba a pasar la valija con la propaganda y los documentos internos del partido que los de Rodolfo Llopis (el PSOE del exterior) enviaban de allá para acá.»

A finales de los setenta, con Adolfo Suárez como primer ministro, Ballesteros aparece detrás de algunas acciones criminales de guerra sucia contra ETA protagonizadas por el Batallón Vasco Español. Posteriormente, el Gobierno de Felipe González le recupera para nombrarle nada menos que jefe del MULC (Mando Unificado de Lucha Contraterrorista), durante la época de actuación de los GAL.

Meses antes de la celebración del Congreso de Suresnes —que se financia con fondos provenientes del Partido Socialdemócrata de Willy Brandt—, el comandante Miguel Paredes, del SECED, y el

inspector Emi Mateos, destinado en la Jefatura Superior de Policía de Bilbao, ya han empezado a trabajar en lo que llaman Operación Primavera: una serie de contactos con algunos miembros del PSOE del interior, para ver cuáles son sus planteamientos políticos. Especialmente con Nicolás Redondo y Enrique Múgica. «En el SECED nos propusimos empezar a reunirnos con ellos —recuerda el entonces comandante Paredes—, para ver hasta dónde llegaba su izquierdismo, su ímpetu revolucionario, su afán izquierdista... y tratar de acercarlos hacia posiciones más templadas, menos radicales, más en la línea de la moderación pragmática que les recomendaba Willy Brandt.»⁵

Los encuentros entre los agentes del SECED y los socialistas continúan, y a ellos se incorporan algunos militantes más. «Después de cada encuentro redactábamos un informe para el Servicio», continúa Paredes su relato. «Nuestra impresión entonces era que el líder ideológico, el que pensaba más largo, más rápido y con más calado era Pablo Castellano. El mayor peso moral lo tenía Nicolás Redondo. Felipe González nos pareció un conversador ágil, brillante, con “charme”... Pero, de pronto, sacó un largo Cohiba, lo encendió con parsimonia y se lo fumó como un sibarita. A mí ese pequeño detalle me chocó, me extrañó. Era un trazo burgués que no encajaba con sus calzones vaqueros, ni con su camisa barata de cuadros, ni con su izquierdismo... En mi informe oficial no mencioné esa bobada del habano ni lo que me sugirió. Pero en mi agenda privada de notas sí que escribí: “Felipe González, el sevillano, parece apasionado pero es frío. Hay en él algo falso, engañoso. No me ha parecido un hombre de ideales, sino de ambiciones”...»

Y prosigue el antiguo agente del SECED: «El Ministerio de la Gobernación tenía entonces la facultad de conceder o denegar el pasaporte a un ciudadano. Ellos lo habían pedido muchas veces y siempre les habían dicho que no. Me dieron una lista en la que figuraban los nombres de Enrique Múgica, Eduardo López Albizu, Nicolás Redondo, Ramón Rubial, Alfonso Guerra, Pablo Castellano, Felipe González y otros dos militantes asturianos. El Gobierno lo dudó mucho, le dieron mil vueltas, que sí, que no... Al final se

aceptó bajo la condición de que, al volver a España, devolvieran enseguida esos pasaportes. Y lo hicieron. Tardaron mucho pero los devolvieron. Aunque no todos: Felipe González se lo quedó. A Múgica, por el retraso, le hicimos pagar una «multa» especial: invitarnos a comer a base de bien. Y lo hizo. En la *Panière Fleurie de Rentería*.⁶

Los delegados que asisten al Congreso de Suresnes representan, oficialmente, a tres mil militantes del interior, pero, en realidad, esa cifra hay que rebajarla a menos de la mitad. Durante los últimos años del franquismo, el PSOE es poco más que una sigla. El mayor peso de la resistencia contra el régimen lo han llevado los comunistas. En definitiva, lo que se produce en 1974 es una refundación del partido creado por Pablo Iglesias, con el modelo portugués como telón de fondo. En el país vecino no existía ni siquiera un partido socialista histórico y hubo que inventar uno. Su primer secretario general, Mário Soares, tenía contacto con la CIA desde los años sesenta. «Exiliado, en 1973 recibiría ayuda para fundar bajo el patrocinio del Gobierno de Bonn un «partido socialista portugués»», escribe Joan Garcés en su excelente libro *Soberanos e intervenidos*.⁷ «Derrocada la dictadura en 1974 por el MFA (Movimento das Forças Armadas), Soares regresaba a Portugal, donde pronto pediría y recibiría ayuda clandestina directa del Gobierno de Estados Unidos y sus aliados europeos (RFA, Reino Unido y Francia), e indirecta a través de empresas y fundaciones alemanas y de otros países.»

La escasa incidencia del PSOE en la realidad política española de los primeros años setenta la reconoce el propio Francisco Bustelo, uno de los militantes elegidos como miembros de la Comisión Ejecutiva del partido en Suresnes. Sin embargo, todo cambia a partir de ese congreso:

Las embajadas en Madrid empezaron a recibir entonces instrucciones de que se pusieran en contacto con nosotros. Acompañé a González a visitar a algunos embajadores, entre ellos el estadounidense, y tuve que entrevistarme con otros funcionarios norteamericanos

de menor categoría. A los norteamericanos les causó buena impresión. Durante los años siguientes me solía llamar el consejero político de esa embajada, persona muy enterada de lo que sucedía en España, para que comiésemos juntos.⁸

En la dirección surgida de Suresnes hay tres grupos fundamentales: los vascos, con Redondo, López Albizu, Múgica y Benegas; los andaluces, con González, Guerra y Galeote, y los madrileños, con Castellano y Bustelo. «Los vascos, o mejor dicho, Redondo, que era su peso pesado, decidían, por tanto», señala Francisco Bustelo. «Si apoyaban a los andaluces, como hicieron en Suresnes, González tenía el poder asegurado. Redondo sabrá por qué lo hizo.» Felipe González controla el partido a partir de ese momento e, inmediatamente, pasa a convertirse en un personaje público de primer orden, con un papel estelar en la gran maniobra de actualización controlada del régimen franquista. Joan Garcés escribe:

Una campaña subsiguiente introduciría ante la opinión pública nombres hasta entonces desconocidos que, a poco andar (1975-1976), aislaron y marginaron a los militares de la Unión Militar Democrática y, en general, a quienes eran reacios a que en España entraran la CEE y la OTAN sin condiciones.⁹

Los servicios secretos norteamericanos y la socialdemocracia alemana se turnan celosamente en la dirección de la Transición española, con dos objetivos: impedir una revolución tras la muerte de Franco y aniquilar a la izquierda comunista. Este fino trabajo de construir un partido «de izquierdas», para impedir precisamente que la izquierda se haga con el poder en España, es obra de la CIA, en colaboración con la Internacional Socialista. El primer diseño de esta larga operación se remonta hasta la década de los sesenta, cuando el régimen empezaba ya a ceder, inevitablemente, bajo la presión de las luchas obreras y las reivindicaciones populares. El crecimiento espectacular del PCE y la desaparición de los sindicatos y partidos anteriores a la Guerra Civil, especialmente la UGT y el PSOE, hacen

temer una supremacía comunista en la salida del franquismo. Los cerebros de la Transición comienzan a marcarse objetivos muy concretos.

En 1962, el PSOE y la UGT sólo cuentan con unos centenares de militantes en toda España, mientras que en el extranjero, un grupo de viejos socialistas, con Rodolfo Llopis al frente, intentan aparentar una presencia en escena que no va mucho más allá de la asistencia a «contubernios» como el de Munich. Convencidos de que este PSOE no logrará tener la suficiente implantación para competir con ventaja, frente a los comunistas españoles, al final del franquismo, los servicios de información norteamericanos y alemanes se ponen manos a la obra para construir un nuevo partido, más vistoso en lo externo y manejable en lo interno.

CONFIDENTES ESPONTÁNEOS

Algunos socialistas no esperan a que la CIA llame a su puerta y son ellos mismos los que ofrecen espontáneamente sus servicios a los norteamericanos. Es el caso de Carlos Zayas Mariátegui, desde la ASU (Agrupación Socialista Universitaria), quien, según documenta Joan Garcés, «aparece informando asiduamente a la Embajada sobre personas de sensibilidad socialista susceptibles de sumarse a combatir al Partido Comunista si recibieran los apoyos materiales que buscaban. Zayas señalaba, entre otros, a Joan Raventós Carner en Barcelona, a José Federico de Carvajal y a Mariano Rubio, al tiempo que desvelaba como principal agente del Partido Comunista en Madrid a Federico Sánchez».

Zayas será diputado del PSOE por Huesca en 1977; Raventós, embajador en Francia, después de haber participado en la famosa comida de Lérida en la que el general Armada les cuenta a Enrique Múgica y a él sus planes golpistas; José Federico de Carvajal llegará a presidente del Senado y Mariano Rubio, a gobernador del Banco de España, cargo del que dimite tras ser condenado por sus prácticas delictivas. Federico Sánchez (alias de Jorge Semprún), convertido al

anticomunismo, será ministro de Cultura con Felipe González entre 1988 y 1991.

Una de las claves de las operaciones secretas de la CIA para controlar los medios socialistas españoles en el exilio es la introducción en estos círculos de un antiguo dirigente del POUM, Julián Gorkin. A principios de los sesenta, Gorkin es uno de los personajes que impulsa el llamado «Congreso por la Libertad Cultural» y aparece al frente de distintas publicaciones financiadas por la CIA, como las revistas *Cuadernos*, editada en París; *Examen*, en México, y *Encounter*, en Gran Bretaña, dentro de un amplio esquema propagandístico de matiz netamente anticomunista diseñado desde Langley. Más tarde, dirige también la revista *Visión*, en la que defiende los puntos de vista de las sucesivas Administraciones norteamericanas en relación con Latinoamérica. El 13 de mayo de 1967, la propia Asamblea General del «Congreso por la Libertad Cultural» reconoce los estrechos vínculos financieros y políticos de este organismo con la CIA. Según Frances Stonor Saunders, el principal impulsor del congreso es el agente de la CIA Michael Josselson.¹⁰

Julián Gorkin aparece, además, al frente del llamado «Centro de Documentación y Estudios», que tiene su sede en París. Ocupa el cargo de vicepresidente, mientras Salvador de Madariaga ostenta, a título honorario, la presidencia. Las líneas generales del *Boletín Informativo* del centro están caracterizadas por las directrices de acción política clandestina de la CIA en ese momento: se intenta potenciar a la inexistente ASO (Alianza Sindical Obrera) y a la oposición monárquica y socialdemócrata. Gorkin entra pomposamente en el PSOE en el año 1973, en plena campaña interna de renovación del partido, que terminará con la sustitución de Llopió por Felipe González. Incluso ofrece una conferencia, el 22 de diciembre de ese año, en los locales de la UGT en París, bajo el título «Motivos de mi afiliación al Partido Socialista Obrero Español». En varios artículos del *Boletín Informativo* de Gorkin ya pueden verse los argumentos esenciales que serán utilizados por Felipe González y Alfonso Guerra en Suresnes. El primer número de ese boletín explica «la necesidad de una izquierda radical que compita, en el campo de la clase obrera,

con el Partido Comunista de España, para restarle base y movilidad social». ¹¹

Los intentos de los norteamericanos de conseguir que los socialistas acepten la Monarquía y la continuidad del franquismo renovado son múltiples y se realizan a través de las más diversas y curiosas fórmulas, algunas de las cuales resultan un completo fracaso, como el intento de creación de la ASO, que no pasa de ser una entelequia. Todos estos trajines no le pasan desapercibidos al propio Franco. Escribe Salgado Araujo: ¹²

Hablamos después de las actividades de la CIA en el mundo occidental y, en especial, en relación con España. La prensa internacional, digo al Caudillo, comenta las actividades de ese organismo. Su obsesión es conseguir que nuestro Estado tolere primero y legalice después la acción de dos partidos, uno de carácter socialista y otro democrático, que deberán tener su expresión en dualidad similar en el campo universitario y sindical. Para conseguirlo no vacilarán en financiar sistemáticamente a grupos de activistas (que han creado la ASO y la FUDE). Por ahora no se proponen como objetivo derribar el Estado, sino importunarlo, preocuparlo, no dejarlo en paz para que se arranque al Partido el compromiso de una coexistencia entre lo legal y lo ilegal, con aspiraciones de suceder al Régimen una vez desaparezcan. Estas objeciones, según la información que doy al Caudillo, las expone la CIA con toda tranquilidad, a la luz del día, financiando las huelgas de Asturias o los tumultos de Madrid y Barcelona. La CIA cree que con esas actividades cumple el deber de prever el futuro, pues, de lo contrario, al régimen débil sucedería el caos y a éste, el comunismo.

En el intento de creación de la ASO participa un personaje extraño: Josefina Arillaga, vinculada ya en ese momento a la Fundación Friedrich Ebert, del Partido Socialdemócrata alemán, y considerada, en los propios medios socialistas, como «buena amiga» del entonces jefe del Sindicato Vertical franquista, el falangista José Solís Ruiz. Arillaga, representante oficiosa en Madrid de Rodolfo Llopis durante varios años, hasta 1973, mantiene estrecho contacto con José Federico de Carvajal, un personaje muy bien relacionado

con los norteamericanos, que llegará a presidente del Senado con el PSOE.

La fase final del asalto al viejo y poco implantado Partido Socialista Obrero Español tiene lugar a partir de 1970, en una batalla en la que se combinan nombres como el de Willy Brandt, en ese momento secretario general del SPD; Max Diamant, asesor del Sindicato del Metal alemán; Enrique Múgica, y Hans Mattholfer, destacado sindicalista alemán que edita la revista *Express Español* en Alemania. El hombre de Hans Mattholfer en la UGT, Carlos Pardo, tiene también un interesante historial: en 1970 es detenido en Madrid por la Brigada Criminal, acusado de diversos delitos comunes, y se descubre que antes ya ha sido expulsado de Paraguay por estafa. Mattholfer tiene entonces que viajar personalmente a España y entrevistarse con el entonces director general de Seguridad, Carlos Arias Navarro, que pone en libertad a Pardo sin que se le incoe ningún procedimiento judicial. En una carta dirigida a un militante socialista madrileño, Rodolfo Llopis escribe: «Por si no lo sabes, Mattholfer protege y ayuda económicamente a los escisionistas del PSOE. Y ha encontrado en Pardo un lacayo a su medida». Otro personaje turbio que actúa en ese entorno es Manuel Simón, dirigente de las Juventudes Socialistas de Toulouse, que más adelante será nombrado responsable de Relaciones Internacionales de UGT. Simón, que tendrá un papel clave en el defenestramiento de Llopis, es expulsado de Portugal tras la revolución del 25 de abril, acusado de ser agente de la CIA.¹³

DÓLARES «FUNDACIONALES»

Una mujer clave en el complejo entramado financiero del renovado PSOE es Carmen García Bloise, que mantiene estrechos vínculos con los socialdemócratas germanos. Parte de los fondos que van llegando al partido se comienzan a canalizar a través de la recién creada Fundación Pablo Iglesias, sucursal de la alemana Friedrich Ebert, pero los cauces de financiación son diversos. Por ejemplo, en 1979

se desvelará que la UGT ha recibido 200 millones de pesetas de los sindicatos amarillos de Estados Unidos para intentar ganar las elecciones sindicales.

El ex agente de la CIA Philip Agee declara a la revista *Zona Cero*, en marzo de 1987:¹⁴ «Dentro del “Programa Democracia”, elaborado por la Agencia, se cuida con especial atención a las fundaciones de los partidos políticos alemanes, principalmente a la Friedrich Ebert Stiftung, del Partido Socialdemócrata, y la Konrad Adenauer Stiftung, de los democristianos. Estas fundaciones habían sido establecidas por los partidos alemanes en los años cincuenta y se utilizaron para canalizar el dinero de la CIA hacia esas organizaciones, como parte de las operaciones de «construcción de la democracia», tras la Segunda Guerra Mundial. Después, en los sesenta, las fundaciones alemanas empezaron a apoyar a los partidos hermanos y a otras organizaciones en el exterior y crearon nuevos canales para el dinero de la CIA. Hacia 1980, las fundaciones alemanas tienen programas en funcionamiento en unos sesenta países y están gastando cerca de 150 millones de dólares. Operan en un secreto casi total». «Las operaciones de la Friedrich Ebert Stiftung (Fundación), del SPD, fascinan a los norteamericanos, especialmente sus programas de formación y las subvenciones que hicieron llegar a los socialdemócratas de Grecia, España y Portugal, poco antes de que cayeran las dictaduras en esos países e inmediatamente después», continúa Agee. «En Portugal, por ejemplo, cuando el régimen de Salazar, que había durado cincuenta años, fue derrocado en 1974, el Partido Socialista completo apenas habría bastado para una partida de póker y se localizaba en París, sin seguidores en Portugal. Pero con más de 10 millones de dólares de la Ebert Stiftung, y algunas otras remesas de la CIA, el Partido Socialista Portugués creció rápidamente y en poco tiempo se convirtió en el partido gobernante.»

Las fundaciones políticas germanooccidentales proporcionan el modelo que el «Programa Democracia» acaba adoptando para resolver uno de los principales dilemas de la política exterior norteamericana: cómo «ayudar» a los partidos e instituciones «democráticos y pluralistas» en países gobernados por dictadores que son

aliados y clientes de Estados Unidos. «Resultaba a menudo muy obvio que la única oposición real a las dictaduras la representaban los comunistas y otros revolucionarios, las únicas fuerzas políticas organizadas, capaces y dispuestas a tomar el poder en un eventual colapso de las dictaduras», señala Agee. «La experiencia de la intervención germanooccidental en Portugal y en otros países resultaba llamativa para los norteamericanos e intentaron repetirla, estableciendo un sistema de instituciones privadas de apoyo a los «amigos en el exterior». El apoyo de Estados Unidos a las dictaduras podría continuar mientras los «amigos» se preparaban para la «transición del autoritarismo a la democracia». Así, los norteamericanos podrían buscar de antemano el control de todas las fuerzas políticas y neutralizar todo lo que se sitúa a la izquierda de los socialdemócratas.»

El presidente Ronald Reagan es uno de los más entusiastas defensores del «Programa Democracia». En junio de 1982, ante el Parlamento británico, describe sus objetivos: «Este nuevo programa construirá una infraestructura de libertad y democracia que dejará al marxismo-leninismo en el estercolero de la Historia». También alaba los «abiertos» programas germanooccidentales, que, en realidad, están envueltos en el mayor de los secretos y se les ocultan incluso a los propios miembros del SPD.

¿Cómo se utiliza el dinero de la CIA en estos programas? Cada uno de los principales destinatarios ha descrito previamente sus necesidades y tiene que actuar de acuerdo con las líneas centrales diseñadas en el programa correspondiente, que se resume en una consigna: «Contribuir al desarrollo de acciones políticas en el extranjero para enfrentar el “desafío ideológico global soviético”». Las actividades proyectadas cubren todo el espectro de objetivos de las organizaciones «democráticas» en el exterior: gobiernos, partidos políticos, sociedades profesionales, medios de información, universidades, cooperativas, sindicatos, asociaciones de empleados, cámaras de comercio e industria, iglesias, organizaciones de mujeres y estudiantes... En suma, todos los blancos tradicionales de la CIA. Otro propósito establecido es el de promover la «disidencia» en los

países socialistas, siguiendo el ejemplo del apoyo de la CIA a Solidaridad, en Polonia.

El ejemplo de la Friedrich Ebert Stiftung también es seguido como modelo en Centroamérica y el Caribe durante los años setenta y ochenta. Constantine Menges, «oficial nacional de la CIA para América», es quien teoriza la receta de Estados Unidos para esta región. Menges señala dos niveles de actividades gubernamentales y privadas «provechosas», mediante las cuales Estados Unidos «puede socorrer a las fuerzas democráticas y debilitar aquellas que quieren polarizar el hemisferio en regímenes comunistas y regímenes autoritarios». ¹⁵

Dentro del primer nivel se entra en juego mediante medios «discretos», como información, comunicación y programas de intercambio cultural, para formar sistemáticamente «grupos democráticos». El segundo nivel de acción está previsto para concentrar la atención en países «de especial interés», con los que hay que intentar «colaborar» a través de organismos semiautónomos, siguiendo el ejemplo de la Friedrich Ebert Stiftung y la Konrad Adenauer Stiftung germanooccidentales, manteniendo «una relación de total independencia con nuestra representación diplomática oficial».

«GOODBYE» MARXISMO

El 17 de mayo de 1979, durante la celebración del XXVIII Congreso del PSOE, Felipe González impone que desaparezca el término «marxismo» de los estatutos del partido. Los militares norteamericanos que tanto preguntaban por este asunto a los oficiales españoles, durante los cursos de formación realizados en Estados Unidos, ya pueden quedarse completamente tranquilos. Justo de la Cueva, miembro de la comisión mixta de reunificación del PSOE madrileño (proviene del sector histórico), desalentado, deja la militancia en ese momento y declara: «El PSOE va donde diga la CIA a través de Willy Brandt. Hasta en el propio Bundestag alemán se acaba de denunciar que la Fundación Friedrich Ebert del SPD recibe dinero di-

rectamente de la CIA». ¹⁶ Los jóvenes que dieron el golpe de Estado dentro del PSOE en Suresnes, comandados por González, van cumpliendo al pie de la letra el guión que les han preparado. El poder está cada vez más cerca.

El papel que el PSOE tiene que interpretar en la Transición está escrito desde bastante antes de la muerte de Franco, pero se termina de pulir en 1974. El giro a la izquierda de la Revolución de los Claveles coincide con los primeros pasos en público de la Junta Democrática, constituida por iniciativa de Antonio García Trevijano y auspiciada por el PCE. Desde el principio, Felipe González hace todo lo posible para hundir este organismo unitario que reclama amnistía total, la formación de un Gobierno provisional y la celebración de una consulta para elegir la forma de Estado: Monarquía o República. «Cuando se produce la hegemonía del Partido Comunista Portugués en el proceso político que se vive en el país vecino, el secretario de Estado norteamericano, Henry Kissinger, se alarma aún más y viaja a Alemania para entrevistarse primero con el canciller Helmut Schmidt, y después con Willy Brandt, ¹⁷ que continúa teniendo una enorme influencia en la Internacional Socialista. Les insiste en que apoyen decididamente al PSOE», señala García Trevijano. ¹⁸

Por eso Felipe González no entra en la Junta, porque se siente respaldado por una potencia superior, por los alemanes y los norteamericanos. Una vez que está seguro de ese apoyo, se traslada a Madrid, donde tiene una entrevista con el Rey y con altos mandos del Ejército, y ahí establecen la estrategia de que hay que ir gradualmente hacia las libertades en España para evitar una radicalización de la situación. Felipe González es el más interesado en mantener a los comunistas en la ilegalidad. A mí me advierte de esta operación nada menos que Claude Chaisson, que luego sería ministro de Exteriores con Mitterrand y entonces era comisario en Bruselas del Mercado Común. Teníamos mucha amistad. Él era miembro del Partido Socialista Francés y estaba bien informado de todo esto. Ahí fue cuando cedimos y constituimos la Platajunta, a sabiendas de que se estaba haciendo para que entrara en ella el PSOE, que sería el traidor. Pero más traidor sería si

estaba fuera. Y me di cuenta de que Santiago Carrillo, que era muy listo para olfatear por dónde venían los aires políticos, quería seguir completamente la política del PSOE.

En octubre de 1982, Felipe González consigue su objetivo y gana las elecciones por mayoría absoluta. Un año después, José Mario Armero le dedica un elogioso artículo en el que repasa, de forma muy elocuente, los logros del Gobierno del PSOE. Armero era abogado en España de las más importantes multinacionales norteamericanas y un hombre con muchos contactos en el Departamento de Estado. También intervino, como mediador, en las conversaciones que condujeron a la legalización del PCE, después de negociar con Santiago Carrillo la aceptación de la Monarquía. El 20 de octubre de 1983 escribe:

La realidad demuestra que hoy en España gobierna un partido socialdemócrata, europeo, occidentalista, pronorteamericano y decididamente atlantista. En un año de gobierno, los hombres del PSOE han cumplido un papel realmente singular: la casi destrucción de la izquierda tradicional española, en buena parte marxista y revolucionaria, que seguía una tradición muy distinta a los nuevos derroteros que han tomado los jóvenes dirigentes socialistas. Realmente nada tienen que ver con Pablo Iglesias, ni con Francisco Largo Caballero, ni siquiera con Rodolfo Llopi. Y han conseguido sustituir lo que siempre se ha considerado como izquierda por una socialdemocracia, que es un amplio fenómeno donde cabe la libre empresa, la propiedad privada, los europeos, los norteamericanos y la OTAN.

Y efectivamente, del «OTAN, de entrada, no» se pasa al «Así, sí», y enseguida, al ingreso en la Alianza «en interés de España».¹⁹

OTAN, DE CABEZA, SÍ

El programa aprobado en el XXVII Congreso del PSOE, celebrado en diciembre de 1976, cuando la «reforma política» está ya en mar-

cha, propugna «la liquidación de todas las bases extranjeras en nuestro suelo», y añade que «no cabe aceptar ningún tratado de alianza o relación militar que no cuente con la aprobación expresa del pueblo español». El programa preconiza, igualmente, la «independencia frente a los bloques militares» y la adopción progresiva de «una política de neutralidad activa». Durante algún tiempo, los representantes del PSOE han llegado incluso a postular un tipo de defensa neutralista, análoga a la de Suecia, Suiza o Yugoslavia. En la declaración de diciembre de 1976 se subraya que «el ingreso en la OTAN conllevaría el riesgo de vernos implicados en una guerra de efectos destructivos incalculables si uno de los países miembros entra en guerra». También se llama la atención sobre el aumento de los gastos militares que se derivaría de la presencia española en la Alianza Atlántica.²⁰

Pero con el paso de los años, y en la medida que el PSOE se va configurando como una «alternativa gubernamental», los dirigentes del partido van puliendo las aristas más cortantes de su política. Hay que alejarse rápidamente del «OTAN, de entrada, no» y olvidar que votaron en contra del ingreso en la Alianza, enfrentados con el Gobierno de Calvo Sotelo, quien consiguió sacar adelante su propuesta en las Cortes. La radicalidad inicial del discurso de Felipe González resulta delirante si se observa el desarrollo posterior de su política internacional. Comienzan a aparecer frecuentemente a su lado mentores como Bettino Craxi, Carlos Andrés Pérez, e incluso el portugués Mário Soares. Los dos políticos europeos son atlantistas practicantes y el venezolano mantiene muy estrechos vínculos con Estados Unidos. La ruptura con el marxismo de 1979 es un guiño a Washington y Bruselas para que le permitan, de momento, mantener el rechazo a la OTAN como algo aún necesario para ganar las elecciones. Cuando González llega al Gobierno, sus propósitos reales se conocen enseguida.

Pero sólo un mes antes de las elecciones generales de octubre de 1982, González todavía declara a *Interviú*:²¹ «Yo creo que nosotros tendríamos que plantearnos seriamente el tema de la OTAN, sobre todo porque para España no hay ningún interés defensivo real e

inmediato en la integración en el Pacto Atlántico, y lo veo desde el punto estrictamente nacional. Uno puede comprender que Alemania esté en la OTAN y le cuesta creer que un país que no tiene problemas de defensa en la misma dirección que Alemania esté en la OTAN y esté, además, integrado sin ninguna contrapartida, como han hecho los protagonistas españoles».

Durante la dictadura franquista, el Gobierno de Estados Unidos presiona para que España se incorpore a la OTAN, pero tropieza con la oposición de los socios europeos, como consecuencia de la naturaleza autocrática del régimen. Y también cuando Calvo Sotelo hace aprobar la entrada de España en la OTAN, varios gobiernos socialistas europeos ofrecen a Felipe González, con especial interés, el veto a la adhesión, lo que habría producido el rechazo de España, al ser precisa la unanimidad de los socios. El secretario general del PSOE declina estos ofrecimientos, que habrían trascendido, lógicamente, de forma que se le consideraría el inspirador de esa maniobra. Se niega, pues, consciente de que ello le ocasionaría el rechazo de la mayoría del Ejército. Y del rey. «Cuando González nombra ministro de Asuntos Exteriores a Morán, y a Narcís Serra para la cartera de Defensa, tiene ya comprometido con la Corona la permanencia en la estructura de la OTAN», señala Pablo Castellano.²²

La actitud de González en relación con la Alianza se hace explícita durante su primer viaje a Alemania, el 3 de mayo de 1983. El presidente de Gobierno socialista, sin contar con su ministro de Asuntos Exteriores, Fernando Morán, que no está informado del viraje derechista que se ha dado, y rompiendo incluso con sus benefactores socialdemócratas alemanes, presentes en el acto, afirma públicamente en Bonn su «consideración y solidaridad» con la estrategia de Reagan, Margaret Thatcher y la derecha cristianodemócrata alemana de instalar en el teatro bélico europeo 572 misiles Pershing y Cruise.

Por fin, en 1986, González convoca y celebra un referéndum sobre la permanencia de España en la OTAN, después de innumerables manifestaciones populares contra la Alianza. Pero no apoya la

salida de esa estructura militar: reclama el voto a favor de la permanencia en ella. Ha mentido en la campaña electoral que le llevó al Gobierno, incumple el programa del PSOE, trampea las resoluciones del congreso de su partido y engaña a los ciudadanos. «Cuando Felipe González se lanza a la aventura del referéndum de la OTAN, y ante los sondeos que arrojaban un resultado favorable al «No», el consejero político de la embajada estadounidense en Madrid me llamó para hablar de lo que ocurriría en el PSOE si González perdía la consulta», relata Francisco Bustelo.²³ «Me preguntó que, en el caso de que pasaran a dirigir otras personas el PSOE y, por lo tanto, a ocupar, aunque fuera provisionalmente el Gobierno, cuál sería la política exterior, en particular respecto a Estados Unidos.»

González y los suyos movilizan a los medios de comunicación, a intelectuales orgánicos y a adjuntos al poder de las más variadas especies para apoyar la permanencia en la OTAN. Con la idea de conseguir una atractiva imagen pública de la campaña, intenta atraer a su terreno también a personajes del mundo de la cultura y el espectáculo. Fernando Fernán Gómez relataba en cierta ocasión su visita a La Bodeguilla de La Moncloa, invitado por González, junto con otros profesionales del cine y la cultura, durante las fechas previas a la celebración de la consulta. En un determinado momento de la reunión, González les dijo: «He cambiado de opinión porque, cuando llegué a la Moncloa, Suárez me enseñó la «caja de los truenos» y había muchos misiles soviéticos apuntando a España». Manuel Gutiérrez Aragón le llamó cínico.

Los servicios de inteligencia norteamericanos siguen muy de cerca toda la campaña a favor del «Sí» y despliegan, en apoyo del Gobierno socialista, su compleja red de influencias. El propio Julio Feo, en ese momento secretario del presidente González, ilustra muy gráficamente la preocupación de la CIA, en 1986, con motivo de la consulta en las urnas: «En la embajada americana en Madrid cundía el nerviosismo. Enders se apresuró a solicitar una entrevista con el presidente, que lo recibió el 7 de febrero. Por su parte, «Sam», el jefe de estación de la CIA, que había sustituido a «Walter», incrementó

sus llamadas y visitas, en las que me solicitaba información sobre la marcha del referéndum». ²⁴

«El referéndum fue un modelo antológico de pucherazo, pero a muy pocos políticos les interesaba cuestionar el resultado, conscientes de que la victoria del “No” habría repercutido no sólo en la adhesión europea, sino hasta en nuestro propio devenir político», escribe Pablo Castellano, veterano militante socialista que hizo campaña contra la OTAN. «González echaba un pulso a la ciudadanía tras haber ganado todos los pulsos a su partido y salía otra vez vencedor y exultante de las urnas. Sin embargo, a partir de ese momento sería rehén de las políticas más derechistas que le exigían los que, ayudándole descaradamente a ganar el referéndum, le permitían gobernar en el estricto marco de actuación pactado para la ordenada alternancia de los partidos del sistema, no para abrir la puerta a imprevisibles sorpresas de un auténtico e incondicionado sistema de partidos. El Pentágono tomó nota de quiénes eran de verdad sus amigos. A buenas horas se le iba a escapar a la privilegiada mente conocedora de todos los entresijos del 23-F, del GAL y de Filesa un referéndum así.»

Pablo Castellano continúa: «El Estado español, de la mano de un Gobierno socialista, revalidó y reforzó su condición de socio del Imperio. El esfuerzo del PSOE en este terreno ha sido tan valorado que uno de los más destacados paladines en la defensa del “OTAN, de entrada no”, Javier Solana, en premio a su ejemplar rectificación, ha acabado siendo secretario general de la Alianza y, más tarde, encargado de las cuestiones de defensa europea. Siempre, en todo caso, embajador de los intereses castrenses estadounidenses ... Más que caerse del caballo camino de Damasco, se subió tranquilamente al carro de combate o a la superfortaleza volante, medios más seguros y rápidos en la carrera».

Después de ser uno de los dirigentes del PSOE que participa en mayor número de actos públicos en contra de la integración de España en la OTAN, Javier Solana se convierte, en 1995, en secretario general de la Alianza. Un buen ejemplo individual que sintetiza la

trayectoria de su partido. Permanece en el cargo cuatro años y durante su mandato se producen los bombardeos norteamericanos sobre Yugoslavia, en marzo de 1999. A finales de ese año cesa en su cargo de máximo dirigente de la OTAN y toma posesión de un puesto recién creado: alto responsable de la Política Exterior y de Seguridad Común. Ya tenemos Mister PESC.²⁵

Cómo detectar a un espía

En 1979, la estación de la CIA en Madrid sufre un inesperado descalabro. Los nombres de gran parte de sus agentes salen a la luz gracias a un informe elaborado por *Cover Action*,¹ publicación editada en Washington que incluye entre los miembros de su equipo de redactores a los antiguos funcionarios de la Agencia Philip Agee, James Wilcott y Elsie Wilcott.

La embajada de Estados Unidos en Madrid, situada en la calle de Serrano, 75, alberga un numeroso equipo de diplomáticos, ayudantes, empleados y otros funcionarios del Departamento de Estado. Entre ellos se enmascaran otros ciudadanos norteamericanos cuyas funciones tienen poco que ver con las legítimas actividades de los miembros del Cuerpo Diplomático. Todas las publicaciones oficiales, tanto del Gobierno norteamericano como del español, los catalogan como empleados del Departamento de Estado, con sus correspondientes cargos diplomáticos o con la categoría de agregados militares. Son, sin embargo, miembros de la CIA y de la NSA (National Security Agency) encargados del «trabajo sucio» en España.

Su máximo responsable es Néstor D. Sánchez, jefe de la estación de la CIA en Madrid, que coordina sus operaciones desde la oficina 705 de la embajada norteamericana. Se hace pasar por primer secretario y cónsul. «En España, como en cualquier otro lugar del mundo donde la CIA planta sus operadores clandestinos, los métodos de encubrimiento son bastante típicos. “Encubrimiento” indica las diversas ficciones que se crean para ocultar la identidad real de los espías a los ciudadanos, a las autoridades locales e incluso a la mayor

parte de los funcionarios norteamericanos», señala el informe de *Cover Action*.

La mayor parte de las «coberturas» son diplomáticas o militares, por muchas razones. Sobre todo porque semejante tapadera da a los espías acceso a políticos locales, líderes de la oposición, dirigentes sindicales, cívicos, eclesiásticos o juveniles, y también a potenciales agentes españoles que quizá no mantendrían sus primeros contactos con los miembros de la CIA si conocieran la verdadera misión que éstos desarrollan. Además, la inmunidad diplomática les resulta a menudo esencial para su trabajo: cuando un funcionario es descubierto realizando actividades de espionaje, penadas por las leyes del país que le hospeda, el incidente se suele saldar sólo con la expulsión del espía. Finalmente, los agentes de la CIA y la NSA deben tener rápido acceso a los centros de telecomunicaciones que, por lo general, se encuentran en las embajadas norteamericanas.

Las coberturas diplomáticas y militares para el personal de la CIA en España se otorgan sólo a agentes con una larga trayectoria en el servicio y cuya «eficacia» ha sido ya acreditada en otros países. La necesidad de que puedan mantener en secreto sus actividades y acceder, con facilidad y completa libertad, a todos los servicios administrativos de apoyo que los norteamericanos tienen en España, hace que la mayoría de los agentes de la CIA con base en Madrid se encuentren acreditados en la embajada norteamericana. El ex agente de la CIA Philip Agee lo explica con claridad:²

Aunque los funcionarios de operaciones clandestinas pueden encontrar mejor cobertura en una empresa multinacional norteamericana o en algún sitio fuera de la embajada, la CIA prefiere mantener sus centros de operaciones en las embajadas, donde puede proteger con seguridad sus extensos archivos y sus comunicaciones secretas.

La publicación *Cover Action*, de la que Agee fue fundador, proporciona las claves para detectar a los espías camuflados entre el personal diplomático: «¿Cómo es posible que, sin estar relacionados con la CIA y sin tener acceso a sus secretos, podamos analizar la estación

de Madrid y descubrir a esa gente?», se preguntan los redactores del informe. Y responden:

Se requiere una combinación de datos de conocimiento público con otras informaciones más concretas sobre los movimientos y el historial de los personajes investigados. Esos datos, confrontados y analizados, teniendo en cuenta las prioridades económicas, políticas y estratégicas de Estados Unidos en un país concreto, pueden ofrecer un dibujo razonablemente claro de cuántos agentes están incluidos en la estación de la CIA y quiénes son, e incluso tener cierta idea de lo que pretenden hacer.

En 1979, el nombre de Néstor D. Sánchez aparece en el centro del entramado de la CIA en Madrid. Se tiene esa certeza después de analizar las listas de diplomáticos de la embajada norteamericana, publicadas por el propio Gobierno español, y también numerosas ediciones atrasadas del boletín oficial en el que figuran todos los integrantes del servicio exterior norteamericano. Además de otras publicaciones del Gobierno de Estados Unidos y diversos escritos sobre las actividades de la CIA en Latinoamérica y Europa Occidental. Al finalizar ese trabajo, los investigadores de *Cover Action* llegan a conclusiones muy precisas y las pulen aún más tras expurgar el registro de biografías elaborado por el propio Departamento de Estado norteamericano, que proporciona el perfil oficial de la mayor parte de los empleados del departamento. Por razones obvias, el registro debe incluir tanto a los espías como a los legítimos diplomáticos.

Durante el verano de 1976, el jefe de estación de la CIA en Madrid, Robert D. Gahagen, tiene que ser sustituido después de que la revista *Cambio 16* revele su identidad. Gahagen había venido a Madrid, como jefe de estación, el 5 de noviembre de 1975. Entonces era ya un veterano de la división Hemisferio Occidental, con bastantes años de servicio en Guayaquil (Ecuador), Montevideo (Uruguay), Sao Paulo y Río de Janeiro (Brasil). Según *Cambio 16*, durante los meses que permanece aquí, «llega a entrevistarse, directamente o a través de personas interpuestas, con toda la oposición,

incluido el PCE, y canaliza millones de dólares hacia partidos políticos españoles». ³ Robert D. Gahagen ha sido militar, y a sus cincuenta y cuatro años se ha convertido en jefe del llamado Office of Political Liaison, tapadera de la CIA que ocupa las oficinas 709 a 713 de la séptima planta de la embajada norteamericana en Madrid. Experto en operaciones clandestinas, se encuentra destinado en Brasil en 1964, como su jefe Vernon Walters, cuando se produce el golpe de Estado contra el presidente Goulart. Gahagen había ascendido allí al cargo de subjefe de estación. La Iglesia brasileña, con el respaldo de Pablo VI, le acusa de participar en la práctica de torturas contra los detenidos políticos.

Bajo sus órdenes operaba en Madrid William A. K. Jones, que también tiene que abandonar España a raíz del citado artículo de *Cambio 16*. Antes de llegar como «agregado» a Madrid, Jones había estado destinado en el consulado norteamericano de Barcelona. En su historial figura el cargo de asesor de Seguridad Pública en Saigón, durante los años 1959 y 1960. Allí es responsable de la preparación de una fuerza policial conocida por practicar sistemáticamente la tortura, por sus «jaulas tigres» y sus «aldeas estratégicas». Al ser descubierta la misión que desarrollan en Madrid, tienen que volver a Estados Unidos varios agentes más, además de Gahagen y Jones. Entre ellos, Francis S. W. Sherry III, de cuarenta y ocho años. Otro veterano de Saigón, donde ha estado destinado desde 1953 hasta 1960. Después actúa en México, donde ejerce de responsable de operaciones anticubanas, desde 1966 hasta que viene a España.

Néstor D. Sánchez llega a Madrid en agosto de 1976, en sustitución de Gahagen. Desde la marcha de éste hasta que Sánchez se hace cargo del mando de la CIA en España, es otro veterano agente, Dean J. Almy Jr., acreditado en la capital como diplomático desde septiembre de 1973, quien actúa como jefe de estación en funciones. Almy abandona España a finales de 1977 y su siguiente destino es Kingston (Jamaica), donde se hace cargo de la estación de la CIA. Volverá a Madrid a mediados de los ochenta, para reforzar las actividades de la Agencia durante el período anterior al referéndum de la OTAN.

La llegada de Sánchez a Madrid es la culminación de una larga carrera de servicios clandestinos dentro del cuerpo operativo de la CIA. Nacido en 1927 en Nuevo México, ingresa en el Ejército de Estados Unidos a los dieciocho años y, tras dos de servicio, pasa a estudiar en el Instituto Militar de Nuevo México, donde se gradúa en 1950. Un año más tarde completa su formación en la Universidad de Georgetown, de Washington D. C. De regreso a las filas del Ejército, sirve dos años como teniente, hasta que, en 1953, se incorpora a la estructura de la CIA.

Después de dos años de entrenamiento en la central de Langley (Virginia), Sánchez asume su primer trabajo en el extranjero, como «oficial de operaciones», en el consulado general norteamericano de Casablanca (Marruecos), en marzo de 1955. Su cobertura allí es de «vicecónsul» y «funcionario económico». Después de cinco años en Casablanca, vuelve a la central para recibir nuevo adiestramiento. En febrero de 1965 se le envía a la embajada norteamericana en Caracas, esta vez como agregado político. Y en agosto de 1967 pasa a la embajada de Guatemala, donde tiene cobertura de primer secretario y funcionario supervisor político. Eso indica que, probablemente, ya es jefe o subjefe de estación. Y en julio de 1972 le destinan dos años a Bogotá, esta vez como primer secretario, cónsul y funcionario político. Tras este servicio regresa a Langley, como paso previo a su aterrizaje en Madrid.

Cover Action consigue localizar al menos nueve «agentes de casos y operaciones» que trabajan con Sánchez bajo la cobertura de la embajada de Estados Unidos en Madrid. Se llega a reconstruir el historial de algunos de ellos consultando la base de registros biográficos y la lista del servicio exterior del Gobierno norteamericano. Bajo presiones de la CIA el Departamento de Estado dejará de publicar estos listados poco después. Resulta muy «instructivo» examinar el pasado de los hombres de la CIA para intentar averiguar cuáles son las actividades a las que se dedican en España. «Debe saberse que el objetivo principal de estos individuos es reclutar agentes, convencer a españoles y personas de otras nacionalidades que viven o trabajan en España —mediante dinero, amenazas, sexo, alcohol y drogas— de

que espíen para ellos, que traicionen a sus propios países y, cuando sea necesario, que acepten participar en los “trabajos sucios” (provocación, desórdenes, desinformación, sabotaje...), en cualquier cosa que los amos de la CIA consideren necesario para proteger los “intereses norteamericanos”», señalan los redactores de *Cover Action*.

Cuando se estudian las actividades de un agente de la CIA, es importante saber en qué países ha trabajado y cuándo. Un estudio de los acontecimientos producidos en esos países durante el tiempo que determinado agente estuvo destinado allí puede contribuir a desvelar las especialidades de ese espía. Y en conjunto, los historiales de todos los agentes ilustran sobre las actividades más siniestras de los norteamericanos en todo el planeta. Uno de los más veteranos miembros de la CIA que operan bajo el mando de Sánchez es Dean P. Hanson. Nacido en 1928 en California, a los dieciocho años se incorpora al cuerpo de marines, donde permanece dos años. Obtiene su graduación universitaria en las universidades de Oregón y California del Sur y entra en la CIA poco después de cumplir los veintiocho años, tras cinco de entrenamiento. En octubre de 1961, bajo la cobertura diplomática de consejero del Departamento de Seguridad Pública (OPS), Hanson participa en el programa de entrenamiento de la policía de Phnom Penh (Camboya), mientras se recrudece la guerra de Vietnam.

Los proyectos de la OPS forman parte de los planes de actuación de la Agencia Internacional de Desarrollo (AID) —el programa de ayuda extranjera de Estados Unidos—, y están bajo control directo de la CIA durante sus quince años de existencia, hasta que el Congreso de Estados Unidos decide acabar con ellos, en 1975, cuando se hace público que están comprometidos en cursos de entrenamiento sobre torturas y terrorismo, bajo la apelación de «Programas de Seguridad Pública». Muchos funcionarios del OPS, como Hanson, pertenecen a la CIA y no a la AID.

Dean P. Hanson es todavía un hombre de «seguridad pública» cuando se traslada a Saigón, en 1963, con la categoría de «analista de programas» de la AID. Después continuará con esa misma actividad en Laos, de 1964 a 1966. Tras volver dos años a Langley, cambia de

escenario y viaja a Latinoamérica. Primero, al consulado norteamericano de Cochabamba (Bolivia), como diplomático. Se encuentra destinado allí cuando es asesinado el Che Guevara, en octubre de 1967. En 1972 retorna a Langley. Se desconoce su paradero desde 1974 hasta que aterriza en Madrid con su esposa, Ernestine Lupton, en julio de 1977. Viene para sustituir a otro veterano de la CIA, Francis S. Sherry III. La experiencia de Hanson en Indochina y Bolivia, durante unos años en los que se desarrollan intensos programas contrarrevolucionarios patrocinados por Estados Unidos, hacen de él uno de los mayores expertos en técnicas paramilitares que integran la estación de la CIA en Madrid durante los años de la Transición.

Otro veterano «agente de casos» destinado en Madrid es Thomas P. Keogh, de cuarenta y cuatro años. Ingresa en la CIA en 1967, después de estudiar en Georgetown y pasar cuatro años en las Fuerzas Aéreas norteamericanas. En abril de 1968 es enviado, bajo cobertura diplomática de «funcionario político», a la embajada de Estados Unidos en Montevideo. Allí permanece otros cuatro años y, a continuación, es destinado durante dos a México. En otoño de 1975 llega a Madrid junto a su mujer, María Sierra. Oficialmente, como miembro del llamado «destacamento» de las Fuerzas Aéreas.

Igual que su colega Hanson, Thomas P. Keogh está muy versado en «antiterrorismo». Como agente de la CIA en Uruguay, entre 1968 y 1972, se ve envuelto en la brutal represión desatada contra el movimiento guerrillero Tupamaros y toda la oposición de izquierda de este país del Cono Sur. La dureza de ese período está ejemplificada por las prácticas de un funcionario de la AID, Dan Mitrione, con quien Keogh comparte destino. Según diversos testimonios jurados, hechos públicos tras el fin de la dictadura, a finales de los setenta, Mitrione no sólo enseña técnicas de tortura a los policías uruguayos, sino que hace demostraciones, con detenidos vivos, de algunos novedosos instrumentos de tortura proporcionados por la «ayuda» norteamericana al desarrollo económico. En la década de los ochenta llegará a España otro especialista de la CIA en programas de tortura, también compañero de Mitrione en Montevideo, el jefe de estación Leonard D. Therry.

El oficial de operaciones de la CIA Dan Mitrione, experto en tortura y contrainsurgencia, operaba bajo la cobertura de «técnico agrícola». A finales de los setenta, la República de Uruguay sufría una dictadura sanguinaria encubierta aún bajo fórmulas de democracia parlamentaria. Su minucioso y terrible aparato represivo estaba engrasado directamente por Estados Unidos. Mitrione fue secuestrado en 1970 por el Movimiento de Liberación Nacional Tupamaros y asesinado. Aquella acción desencadenó una operación de exterminio contra la guerrilla urbana uruguaya. Uno de los responsables de la ejecución de Mitrione fue el español Antonio Mas, que será liberado en 1985, tras pasar quince años en prisión.

Mientras Néstor D. Sánchez, Dean P. Hanson y Thomas P. Keogh desarrollan sus acciones encubiertas en Madrid, a finales de los setenta, se exhibe en la capital y en otras ciudades españolas la película *Estado de sitio*, de Costa Gavras. En ella el director de origen griego reconstruye el terrible clima represivo que se vivió en Montevideo en 1970, durante el secuestro de Mitrione, que en la pantalla está encarnado por un magnífico Yves Montand.

Otros agentes de la CIA que actúan en Madrid durante los años 1977, 1978 y 1979, descubiertos por los investigadores de *Cover Action*, son Jay K. Gruner, John Frederick Webb, Robert K. Simpson, Jenaro García, J. Perry Smith, Richard G. Raham y Richard Morendo. Todos ellos aterrizan en Madrid con un largo historial profesional a sus espaldas, desarrollado, sobre todo, en distintos países latinoamericanos durante los años sesenta y setenta, época de sangrientas dictaduras apoyadas por Estados Unidos en su «patio trasero».

OPERACIÓN MARY

España, considerada coto privado por la CIA, es permanente escenario de enfrentamientos operativos entre los hombres de la Agencia y los agentes de otros servicios de inteligencia extranjeros. Durante décadas, desde los tiempos de la Guerra Fría, uno de los objetivos preferentes de Langley aquí es el control de las actividades

del espionaje soviético en nuestro suelo. Y más tarde, a partir de los años sesenta, tras la entrada triunfal de Fidel Castro en La Habana, las tareas de infiltración en el entorno cubano se convierten en una obsesión para los hombres de la Agencia. Pero en algún caso les sale el tiro por la culata.

El más notable éxito cosechado en España por la CIA, en combinación con el contraespionaje español y europeo, es la llamada Operación Mary. A través de ella se desmantela un plan soviético de penetración en la estructura militar occidental.

Es el año 1968. La CIA ha detectado la existencia de una red integrada por oficiales «traidores» de los ejércitos europeos aliados de Estados Unidos y se lo comunica a los servicios de información de sus aliados. El plan de infiltración está organizado por la policía del Ministerio del Interior (MVD) soviética, que más tarde, hasta la desaparición de la URSS, será conocida como KGB (Komitet Gosudárstvennoi Bezopásnosti).

Los agentes de la URSS han conseguido captar a oficiales «traidores» o «vulnerables» de las Fuerzas Aéreas francesas, italianas, españolas... Su intención es establecer una serie de «reclamos» tecnológicos para que, llegado el caso, los proyectiles dirigidos desde el bloque del Este a centros militares neurálgicos puedan encontrar fácilmente sus objetivos. Por parte española, la operación encaminada a desmantelar esta red la dirige el general Luis Martos Lalane, perteneciente al Arma de Ingenieros y diplomado en Estado Mayor, que se encuentra al frente de la Tercera Sección del Alto Estado Mayor. El elemento clave en esta historia es un oficial del Ejército del Aire. «Para reclutar a los traidores a su propio país, normalmente, los servicios de inteligencia buscan gente con vulnerabilidades», explica el general Manuel Fernández Monzón, que participó en la Operación Mary. «Los agentes soviéticos “tocaron” a un teniente español que tenía una vida complicadísima, con líos de faldas, problemas con el alcohol... Y como suele ocurrir en estos casos, estaba ahogado económicamente. En fin, un desastre.»⁴

Cuando recibe la oferta soviética, el teniente se lo comunica a su superior, el coronel Alonso, y éste, entonces jefe del Ala 21 de Caza,

lo pone en conocimiento del servicio de Contrainteligencia. «Nosotros llamamos entonces a este hombre y le planteamos si quiere seguir adelante con la historia como agente doble», continúa el relato Fernández Monzón. «Él era un tío muy echado para adelante y dice que sí. Se le garantiza la protección de su mujer y unas condiciones económicas determinadas para él y su familia. Se le premia de forma doble, pagándole aquí un sobresueldo y permitiéndole que se quede con lo que le dan los soviéticos.»

Al principio, sus contactos del Este le piden al teniente cosas insólitas, que no parecen cometidos de un espía de cierta categoría, como que les consiga las guías de teléfono y algunos mapas. Esto forma parte del aspecto sainetero del espionaje, que también existe. Lo cierto es que, en esa época, los soviéticos están muy controlados en España y tienen poca capacidad de maniobra. También le encargan algún trabajo más especializado, como hacer copias de las escalillas del Ejército. «Y cumple tan bien sus tareas que, a los pocos meses, le proponen ir a hacer un curso a Rusia», continúa Fernández Monzón. «Le decimos que esas son palabras mayores, porque no sabemos la información que ellos tienen de usted y lo mismo se juega la vida si acepta el viaje.» Pero decide ir y vuelve nada menos que de subjefe de la red mediterránea.

En un determinado momento, la CIA decide que es el momento de dismantelar todo aquello, tiran de la manta y se desmonta la red. Caen dos comandantes italianos, tres oficiales franceses y otros dos españoles, en Zaragoza. El asunto no trasciende fuera del ámbito de los servicios de inteligencia. Esas cosas se silencian siempre. Y los soviéticos no llegan a tener la certeza de quién ha sido el agente doble que les ha hundido la operación.

Al final, la historia tiene su anécdota: «Al teniente se le concede la Cruz del Mérito Aeronáutico, por los servicios prestados, pero alguien, olvidando la imprescindible reserva que requieren estas cosas, comete la increíble torpeza de enviar una nota al *Boletín Oficial*, comunicando que se ha concedido esa condecoración. Y eso se publica. Con el nombre del personaje y todo», explica Fernández Monzón. «Al final, hubo que improvisar enseguida

un montaje evasivo, para evitar que el oficial del Ejército del Aire sufriera posibles represalias, y esconderle a él y a toda su familia.»

LA CIA RECLUTA EN ESPAÑA

Pero la Operación Mary es un caso bastante excepcional. Quienes más gente captan en España para su servicio son los hombres de la CIA. A lo largo de varias décadas, Estados Unidos, a través de la Agencia, ha reclutado en nuestro país a centenares de elementos para que actúen a su servicio en otras partes del mundo. Militares, periodistas, hombres de negocios, diplomáticos... Durante los años ochenta, la CIA tiene bastantes hombres en España cuyo trabajo está encaminado a desestabilizar regímenes centroamericanos.

La captación de agentes de la CIA en nuestro suelo, para participar en acciones encubiertas, se dirige contra los países hispanoparlantes de manera frontal. A partir de 1979, de modo especial contra la débil Nicaragua sandinista y, como siempre desde principios de los sesenta, contra Cuba. En 1988 llega a la ONU un dossier enviado por el Gobierno de la isla caribeña en el que se detallan numerosas actividades de la CIA contra terceros países. Toda esa información no llega a debatirse en la Asamblea, a consecuencia del veto impuesto por Vernon Walters, ex director adjunto de la Agencia y, en ese momento, embajador de su país ante la ONU. La mayor parte de los datos contenidos en el dossier hacen mención a las repetidas actuaciones ilegales, atentados y agresiones de los agentes norteamericanos contra Nicaragua, Argelia y Libia. Pero, sobre todo, contra Cuba. España aparece citada como uno de los lugares ideales para el reclutamiento de los agentes que actúan contra estos países.

El 5 de febrero de 1985, en Santiago de Cuba, Fidel Castro ya le había dicho al jefe de la Oficina de Asuntos Cubanos del Departamento de Estado norteamericano, Kenneth Skoug: «Sabemos que la CIA tiene gente en España tratando de promover desertiones entre los nuestros». Desde mucho tiempo atrás, los servicios de infor-

mación cubanos no han parado de trabajar, con el objetivo de desactivar esos intentos de infiltración en sus filas por parte de los norteamericanos. En el informe del Gobierno cubano elevado a la Secretaría General de la ONU en 1988 se dan toda clase de pruebas documentales sobre «preparación de condiciones para atentar contra la vida del comandante en jefe Fidel Castro, agresiones a embajadas y consulados y campañas diseñadas y financiadas por la Administración norteamericana». Junto a estos expedientes aparecen demostraciones fotográficas, periciales y documentales, así como los testimonios de los reclutados, muchos de ellos en España. Pero, en realidad, varios de estos individuos son agentes dobles al servicio del Gobierno cubano, que han conseguido infiltrarse en la CIA después de pasar las correspondientes pruebas del polígrafo, más conocido como el «detector de mentiras».

Uno de los casos que mejor muestran cómo se desarrollan las actividades de captación de agentes por la CIA en nuestro país es el del capitán de la Marina Mercante cubana Juan Luis Acosta Guzmán, un miembro de los servicios de información de La Habana, el G-2, que permanece trece años infiltrado en la Agencia actuando como agente doble. Los norteamericanos lo rebautizan con el nombre en clave de «Ángel», quien desde su destino en la flota atunera cubana, informa puntualmente a su jefe de la Agencia, unas veces con radiotransmisor y otras a través de sus contactos en España. «Fui reclutado por la CIA en 1974, en el hotel Rompeolas de Las Palmas (Canarias), después de un proceso de acercamiento de cinco años, desde 1969 a 1974», declara en 1988 este doble agente.⁵ «Entonces viajó hasta allí, desde Madrid, el subjefe de la Estación de la CIA en España, Albert Allen Morris, para darme, personalmente, el ingreso en las filas de la Agencia.»

Acosta Guzmán llega a tener acumulados en su cuenta corriente bancaria en Estados Unidos cerca de 100 000 dólares que nunca podrá retirar. Logra pasar tres veces el detector de mentiras —dos de ellas en España— sin ser descubierto. En lo que más le insisten los oficiales de la CIA en ese momento es en la información relacionada con Nicaragua. Y Juan Luis Acosta Guzmán, el agente «Ángel»,

aprovecha sus frecuentes travesías a este pequeño país centroamericano para ir «alimentando» la relación. «En un momento dado, ya con la euforia y la confianza de varias informaciones que yo les había dado y ellos habían verificado, y con una botella de ron por medio, el oficial de la CIA Héctor Reyes me dijo que el plan para acabar con la revolución sandinista en Nicaragua era bombardear el país y atacar por las fronteras con Honduras y Costa Rica utilizando blindados, al tiempo que desde el Pacífico y el Atlántico los barcos de guerra hacían fuego contra las costas. Mientras otras embarcaciones se encargaban de patrullar en las costas de Cuba, para evitar que nuestro país acudiese en ayuda de Nicaragua», declaraba Acosta a la revista *Interviú*.⁶

Juan Luis Acosta Guzmán, «Ángel» para la CIA y «Mateo» para la seguridad cubana, no es el único agente cubano reclutado en España. Los norteamericanos también contactan aquí con su esposa, que igualmente consigue infiltrarse en la CIA y se pone bajo las órdenes del oficial norteamericano Rudy Herrera. Teresa Martínez Trencó, «Mayte» para la CIA, oficialmente trabajadora de Navegación Mambisa, permanece más de veinte años infiltrada en la Agencia como miembro de los servicios de información cubanos. Realiza sus contactos en distintos puertos europeos, pero sobre todo en algunos españoles, principalmente en Canarias, Cádiz, Barcelona y Tarragona. En Cuba, su contacto con los norteamericanos es el oficial de la CIA Duanne Thomas Evans. Según Mayte, «Thomas enlazaba muchas veces con nosotros en España y, en una ocasión, introdujo en Madrid un recipiente encubierto con los libros de códigos (PADS), para transmitir con códigos secretos desde el RS-804, a través del satélite FLTSAT COM, hasta la sede de la central de la Agencia en la localidad virginiana de Langley», declara Mayte en el informe presentado por el Gobierno cubano en la ONU.

El servicio cubano consigue infiltrar en la CIA, también desde España, a la agente cubana Dulce María Santisteban Loureiro, convertida en «Regina» para los norteamericanos, y al sobrecargo de Cubana de Aviación Ignacio Rodríguez-Mena Castrillón, que se

convierte en el agente «Julio». Además, son reclutados aquí, con la colaboración de los servicios de información españoles, el ingeniero Orlando Argudín y el economista Raúl Fernández Salgado.

Otro capítulo de esta conjura secreta contra Cuba y Nicaragua, utilizando el trampolín español, es el reclutamiento en nuestro país como agente de la CIA del italiano Mauro Casagrandi. Este diplomático, graduado en derecho, representa a las firmas Alfa Romeo e Hispano Olivetti en Cuba, donde reside desde mediados de los sesenta hasta finales de los ochenta. Después de muchos contactos previos, le capta la CIA para pasar información política, dadas sus permanentes relaciones con el Consejo de Estado y la cúpula gubernamental del país caribeño. Gracias a sus continuos viajes fuera de la isla, puede conectar fácilmente con sus oficiales de enlace, pertenecientes a la Agencia. La mayor parte de sus contactos los hace en el hotel Palace de Madrid, unas veces con Richard Para y otras con Edward John Bush Jr., ambos integrantes de la estación de la CIA en Madrid y destinados en la embajada norteamericana con cobertura diplomática. Desde la legación de la calle de Serrano también se dedica a reclutar agentes en España para realizar operaciones encubiertas contra Cuba y Nicaragua el oficial de operaciones de la CIA Norman M. Descoteaux, un experto en inteligencia militar que actúa bajo la cobertura de «primer secretario».

Los servicios de inteligencia cubanos siempre han trabajado intensamente para desvelar las conexiones entre los militantes anticastristas y la CIA en España. En 1980 ya habían descubierto la vinculación a la Agencia de Fernando Bernal, alias «Bichi», miembro del Centro Cubano de Madrid y empleado en el grupo Chubb Alarms Ltd. de Londres. Según el G-2, Bernal trabajó con Rolando Cubela, ex comandante del Ejército cubano reclutado en España por la CIA para participar en un frustrado atentado contra Fidel Castro. En un artículo de *Cambio 16*⁷ se señala que la inteligencia cubana también relaciona con los preparativos de otro atentado contra Castro a Félix Granados García, director de la empresa Ascona, cuyas oficinas comerciales están ubicadas en la madrileña calle de Valverde. Además, en el semanario se afirma que en los hoteles Eurobuilding,

Meliá Castilla y Castellana, la CIA tiene contratadas habitualmente varias habitaciones donde sus hombres mantienen contactos con los agentes cubanos anticastristas.

Otras piezas del entramado anticastrista montado por la CIA en Madrid durante los años setenta y ochenta lo constituyen la empresa Salisport, situada en la madrileña calle de López de Hoyos y, sobre todo, el Centro Cubano, de la calle de Claudio Coello, 42. Su presidente es el doctor Enrique Trueba. Miembros de los servicios de información españoles detectan encuentros en ese local entre agentes norteamericanos de la CIA, como Herman Wesley Odom, y elementos del exilio cubano y nicaragüense.

Un destacado elemento de esta red es Alberto César Augusto Rodríguez Gallego, profesor de las escuelas de idiomas Berlitz en España a principios de los ochenta. En 1985 llega a dirigir la academia Berlitz Madrid de esa cadena. Nacido en La Habana en 1922, Rodríguez estudia derecho en Estados Unidos, y allí ingresa en la CIA. En el historial de este personaje hay un hito fundamental: su conexión indirecta con el asesinato del presidente norteamericano John Fitzgerald Kennedy. Es sabido que el FBI y los servicios de inteligencia estadounidenses actuaron para impedir a toda costa el esclarecimiento de las auténticas circunstancias en las que se produjo el magnicidio, que fue provocado por los disparos de varios tiradores de élite. Como cortina de humo, se intentó involucrar a Cuba en esa muerte. Los elementos habían sido cuidadosamente elaborados y el posterior informe de la Comisión Warren sobre el asesinato de Kennedy señalaría a Lee Harvey Oswald como «el único asesino». Después, el presidente Lyndon B. Johnson, en sus memorias tituladas *The Vantage Point*, pretendió confirmar que el asesinato de su antiguo superior fue fruto, exclusivamente, de una operación diseñada y ejecutada por el régimen de Fidel Castro.

Para apuntalar esa versión, Oswald había visitado el consulado de Cuba en México el 27 de septiembre de 1963. Justo cincuenta y seis días antes del asesinato de Kennedy. Y dos semanas después de esa visita le fue negada su solicitud de visado para viajar a La Haba-

na, como escala hacia la Unión Soviética. El Gobierno cubano le había identificado como agente de la CIA, reclutado en 1957 para infiltrarlo en la Unión Soviética.

Pero lo que conecta al «profesor de idiomas» Rodríguez Gallego con el caso Kennedy es la existencia, desde 1961 hasta 1972, de un centro de vigilancia fotográfica situado enfrente del consulado de Cuba en México, cuya misión es «fichar» a todas las personas que entran en él. El director de ese centro fotográfico de la CIA es, por supuesto, Alberto Rodríguez Gallego. Cuando la Comisión Warren pide las fotos de Oswald entrando y saliendo del consulado, la CIA entrega las correspondientes a un hombre de gruesísimo cuello, completamente diferente a Oswald. Y se desata el escándalo. Nunca se llega a saber si aquello fue un error, un intento de ganar tiempo o una maniobra para sembrar confusión. Lo cierto es que jamás aparecieron las fotos de Oswald. Rodríguez Gallego, director de ese centro de vigilancia fotográfica de la CIA, deja México para recalar en Madrid, en 1972, en un despacho situado en el edificio Cuzco, en la calle de Sor Ángela de la Cruz. Él sabrá dónde fue a parar el retrato de Oswald.

23-F, «una cuestión interna»

José Luis Cortina, destacado miembro de los servicios de información españoles, es quien coordina y dirige los movimientos de los militares que intervienen en el golpe del 23-F. Pocos días antes de que Tejero asalte el Congreso de los Diputados, el comandante Cortina, integrante del CESID, visita a dos importantes ciudadanos extranjeros acreditados en Madrid como diplomáticos: el embajador norteamericano, Terence Todman, y el nuncio del Vaticano, monseñor Antonio Innocenti. El golpe de Estado cuenta con el visto bueno del Imperio y con la bendición papal.

El propio Tejero afirmará, durante el juicio seguido contra él y los demás militares golpistas, que Cortina le aseguró que la operación tenía el apoyo de los norteamericanos. Y Juan García Carrés, el único civil procesado por participar en la operación, ratifica, en sus memorias inéditas,¹ el testimonio del teniente coronel de la Guardia Civil: «Tejero me comentó que se había entrevistado con el general Armada en casa de los padres de Cortina y que juntos ultimaron los detalles de la ocupación del Congreso. El comandante Cortina le dijo que había hecho gestiones de índole internacional, que Estados Unidos había dado su conformidad y que en España se aplicaría la doctrina Estrada, que es la de no inmiscuirse en las cuestiones internas de otros estados, que nuestra operación tenía la bendición del secretario de Estado norteamericano, Mr. Haig».

Poco después de los sucesos de febrero de 1981, el entonces comandante Juan Alberto Perote es destinado al CESID para sustituir,

al frente de la AOME, al encarcelado José Luis Cortina. En su nuevo puesto descubre algunas pruebas que acreditan los encuentros de su antecesor con el embajador y el nuncio, a pesar de que, desde el primer momento, encuentra serias dificultades en «la casa» para investigar la trama del 23-F.

Una de las principales pistas borradas era un informe «Delta Sur» en el que se evaluaba la actitud de cada mando del CESID respecto a un cambio de régimen. Sin embargo, según pude averiguar por confidencias de mis nuevos subordinados, el material más importante eran unos edictos y decretos que debían difundirse cuando hubiese triunfado el golpe. Al parecer, éstos reservaban al hermano de Cortina el cargo de jefe de seguridad del Palacio de la Moncloa. Los textos en cuestión habían sido borrados de una máquina Composer, un prehistórico ordenador IBM que, poco antes del golpe, se adquirió por un millón de pesetas para facilitar y modernizar los trabajos del taller de documentación de la AOME. De haber recuperado a tiempo aquella memoria informática, habría podido elaborar una detallada radiografía de un iceberg golpista que nunca afloró.²

En el juicio por el 23-F, el comandante José Luis Cortina será absuelto por falta de pruebas, a pesar de que todos los implicados le sitúan en el centro de los acontecimientos. Un informe reservado, elaborado por el CESID en mayo de 1981, cita también sus entrevistas con los diplomáticos norteamericano e italiano: «Se conocen contactos del comandante Cortina con el nuncio de Su Santidad y con el embajador de Estados Unidos, Mr. Todman, en fechas previas al 23-F, según manifestó el capitán Gómez Iglesias». Este capitán era el responsable de los grupos operativos de la AOME y de una nueva unidad creada por Cortina para dar cobertura al golpe, denominada SEA (Sección Especial de Agentes). Durante la tarde del 23-F, Gómez Iglesias coordina con Antonio Tejero la llegada de los autobuses al Congreso. Será condenado a seis años por colaborar con los golpistas.

Otro antiguo miembro de los servicios de inteligencia españoles insiste en que los encuentros existieron: «El responsable de la antena

de la CIA en Madrid, Estes, nos comentó que Cortina adelantó al embajador lo que iba a suceder en la tarde del 23-F, pero muchos de los documentos internos del CESID sobre estas investigaciones desaparecieron o fueron destruidos».

Gracias a algunos de sus nuevos subordinados, que antes han servido a las órdenes de Cortina, Perote descubre que éste había ordenado vigilar las reuniones conspirativas que se celebraron en distintos lugares de Madrid. Le aseguran que incluso se fotografió a todos los que participaron en dichos encuentros, pero ese material también ha desaparecido. Además, uno de sus agentes insiste en que, cuarenta y ocho horas antes del asalto al Congreso, Cortina mantuvo sendos encuentros con Todman y el nuncio. «El hombre que condujo a Cortina hasta ellos acabó convirtiéndose en uno de mis más estrechos colaboradores en el servicio», afirma Perote,³ que aún hoy sigue sin querer dar el nombre de su informador. Jesús Palacios, en su libro *23-F: El golpe del CESID*, asegura que ese hombre es Antonio Navarro, un guardia civil conocido por el sobrenombre de «Bwana», debido a los años que pasó en Guinea. Había sido el conductor de confianza de Cortina y permaneció en el servicio como chófer de Perote.

BAJO EL PARAGUAS DE LA CIA

En 1981, los informes de la situación real de las unidades militares españolas están en manos del jefe de la estación de la CIA en Madrid, el experto en golpes de Estado Ronald E. Estes. Muchos de los miembros de la División de Inteligencia del Cuartel General del Ejército son hombres cercanos a los servicios de información norteamericanos. A través de ellos, Estes conoce perfectamente el ambiente que se vive en las distintas unidades del Ejército. Su red tiene enlaces en los Estados Mayores de las distintas Armas, en la Junta de Jefes de Estado Mayor y en la Casa Militar del rey. Además de las secciones de infiltración en organizaciones sindicales, partidos políticos, grandes empresarios, CEOE, banca y embajadas.⁴

La CIA tiene información de primera mano. Ronald E. Estes, hombre de gran experiencia, se mueve por Madrid con absoluta libertad de maniobra. Mantiene contactos con personas clave de la Administración española y relaciones muy estrechas con algunos responsables del CESID. Además, el departamento de Contrainteligencia del Ejército es como su casa. Y paga el alquiler. Entre sus subordinados, cuenta con la estrecha colaboración de Albert Sasseville, experto en asuntos militares de la estación de la CIA en Madrid.⁵ Su única misión en España consiste en entrevistarse con altos mandos del Ejército español y expertos en temas de Defensa de los principales partidos, para convencerlos de lo idóneo que sería para el país la integración plena y urgente en la OTAN.

Lo más preocupante de todo es que la Agencia Central de Inteligencia tenía noticias, desde enero pasado, de que en España se preparaba «algo gordo» y que no informó de ello a las autoridades locales, tal vez porque la estación Madrid de la CIA no le dio mucha importancia al tema o porque pensaron que los servicios secretos españoles estaban al corriente de la situación en los cuarteles —publica ingenuamente *Cambio 16*, en un reportaje titulado «Reagan se lavó las manos»—:⁶ Las informaciones sobre el fallido golpe de Estado habrían llegado a conocimiento de la CIA a través de los militares norteamericanos que hay en España, plenamente introducidos en los ejércitos nacionales desde el Tratado de Cooperación y Amistad por el que se establecieron en España cuatro bases militares y otras instalaciones de carácter bélico para la defensa conjunta hispanonorteamericana.

Según el semanario, durante los días anteriores al golpe, estos militares estadounidenses informan del plan que se está gestando a los servicios de inteligencia de Estados Unidos en Madrid, que dan muestras de una gran actividad e imparten instrucciones para reforzar la vigilancia de las principales instalaciones militares norteamericanas en España. Incluso recomiendan a los hijos de algunos funcionarios estadounidenses radicados en Madrid que procuren no regresar a sus casas demasiado tarde durante los días anteriores al 23 de febrero y que no salgan de ellas en esa fecha. La embajada norteamericana

americana en España tiene un conocimiento muy preciso de la ideología y de los anhelos golpistas de un importante sector de los militares españoles.

RONALD EDWARD ESTES, EL JEFE

El hombre clave de la red tejida por la CIA en el Ejército es Ronald Edward Estes, acreditado en Madrid como primer secretario de la embajada norteamericana. Llega a España el 24 de julio de 1979 y tiene una larga experiencia en actividades encubiertas. Louis Wolf, redactor de la revista *Cover Action*, le sigue la pista desde hace tiempo. Según sus investigaciones, Estes ingresa en la Agencia en 1957, con veintiséis años, y durante los cinco siguientes forma parte de un amplio y complejo programa de entrenamiento especial. Un período inusualmente largo de instrucción, que sólo sigue un pequeño y muy selecto grupo de agentes. Su primer destino es Chipre. Llega a la capital de la isla, Nicosia, con una cobertura diplomática de muy baja categoría: «especialista en comunicaciones». Más tarde vuelve a Langley para continuar su adiestramiento. «Si se analiza la biografía de Estes, se ve claramente que, desde que llega a Chipre, en 1962, hasta que regresa a Langley, a mediados de 1964, asciende con mucha rapidez en el escalafón de la agencia», señala Wolf.⁷ «Eso sugiere que, especialmente durante ese período, se evalúa con atención el trabajo que realiza y sus jefes llegan a la conclusión de que tiene condiciones para asumir enseguida misiones de mayor responsabilidad. Pero no creo que durante su estancia en Chipre actuara de forma exclusiva en el campo de las comunicaciones; esa sería sólo una de sus tareas. Aunque, no cabe duda de que el conocimiento a fondo de los sistemas de comunicaciones le resultará muy útil, más adelante, cuando sea destinado a Madrid.»

En 1965 es enviado a Checoslovaquia, y allí actúa durante dos años, con la cobertura de agregado comercial y económico, realizando actividades de espionaje encaminadas a desestabilizar al régimen comunista de ese país, durante el período previo a la «Primavera

de Praga». Después, regresa otra vez a Langley para recibir nuevos cursos de adiestramiento, y permanece en la sede central de la Agencia varios años. Obviamente, la dirección de la CIA tiene previsto destinarle a cumplir encargos que requieren una gran cualificación. A finales de la década de los sesenta ya ha encontrado nuevo destino: Líbano. Desde la estación de la CIA en Beirut potencia y financia a las milicias ultraderechistas de la Falange Libanesa, con el objetivo de debilitar y dividir al Movimiento de Liberación Palestino. Su misión en el Líbano es muy significativa, teniendo en cuenta los sucesos que se están produciendo en ese momento en Oriente Medio —la guerra del Yom Kippur—, donde las actividades militares y paramilitares de Israel, con el respaldo de Estados Unidos, aumentan drásticamente. La Falange que Estes financia y adiestra tendrá un trágico protagonismo varios años después, con las matanzas de Sabra y Chatila.⁸

Ya entonces, Estes es un funcionario de la CIA de elevado rango. Su cobertura en Beirut es la de «segundo secretario de la embajada norteamericana y experto en asuntos comerciales». A principios de 1974 aterriza en Grecia, donde enseguida se va a derrumbar la dictadura de los coroneles, instaurada tras el golpe de Estado de 1967. Obviamente, Estes ha sido instruido especialmente para actuar en el área del Mediterráneo. En esta ocasión, su cobertura es militar, no diplomática. Tiene cuarenta y tres años y ocupa el cargo de subjefe de estación en el escalafón de la CIA. Permanece en el país heleno durante dos años, organizando clandestinamente unidades paramilitares que son armadas, financiadas y controladas por la Agencia. El 23 de noviembre de 1975, un comando de la Organización Revolucionaria 17 de Noviembre asesina al jefe directo de Estes, Richard Welch, máximo responsable de la CIA en Atenas.

La eficacia acreditada por Estes durante sus destinos en Praga, Beirut y Atenas le catapulta hacia una nueva zona de operaciones, España. En esta ocasión, ya como jefe de estación. Sustituye en Madrid a Néstor Sánchez, otro experto en complots, que ha hecho su rodaje en Latinoamérica antes de llegar a la séptima planta de la embajada

de la calle de Serrano. En la sede central de Langley se considera a Estes uno de los mejores hombres de la Agencia, con más preparación que Sánchez para dirigir operaciones encubiertas «delicadas», y en Madrid se necesita a un «agente punta», un experto en golpes de Estado. Ronald Edward Estes es un peso pesado de la CIA.

Dentro de la estructura operativa de la Agencia, la figura del jefe de estación (*chief of station*, o COS) resulta clave. Casi siempre, el funcionario que ocupa este puesto se instala en los locales de la embajada norteamericana. Desde allí, intenta ir ampliando la infraestructura del espionaje norteamericano en el país donde actúa y sacar el mayor rendimiento de ella. La infiltración de la CIA en el seno de los partidos políticos, las asociaciones ciudadanas, los grupos estudiantiles, sindicatos, medios de comunicación, fuerzas armadas y distintos organismos gubernamentales puede describirse como una vasta tela de araña en cuyo centro se encuentra el jefe de estación. El COS forma parte del *country team* (equipo del país), dirigido nominalmente por el embajador y formado por los principales funcionarios del Servicio Exterior de la embajada asignados al país en cuestión. Su misión consiste en desarrollar y aplicar, «de forma concreta», las directrices «vagas» dadas por Washington. Al COS le corresponde la vertiente clandestina de esas directrices.

La CIA ha desarrollado también un complejo sistema de agencias de información dedicadas a intoxicar a la opinión pública desde los medios de comunicación. Una de estas agencias es la Heritage Foundation, localizada en Washington, que a finales de los ochenta se ha convertido en un reducto de los agentes de la CIA relevados de sus puestos a consecuencia de las campañas de limpieza llevadas a cabo por la Administración de Jimmy Carter, al principio de su mandato, en una cruzada para librar a la Agencia de los elementos más incontrolados. Tras la llegada de Ronald Reagan a la Casa Blanca, estos funcionarios vuelven a contar con el respaldo expreso del Gobierno de Estados Unidos.

El director de la Heritage Foundation es Robert Moss. Anteriormente, entre 1970 y 1973, ha trabajado en Chile como corresponsal de *The Economist* y, según la revista *Cover Action*,⁹ fue el

agente encargado de controlar la «desinformación» en el convulso país andino durante ese período, que culminó con el cruento golpe militar de Pinochet contra Salvador Allende. Un informe respaldado por varios senadores norteamericanos le señala también como agente de la CIA encargado de «misiones sucias» de la organización. En cuanto a su conexión con España, el periodista José Luis Morales¹⁰ destaca su «íntima amistad con Luis María Ansón, presidente de la Agencia EFE, miembro de la Comisión Trilateral, apologista de algunos golpistas y monárquico de pro de toda la vida».

En 1981, tras el triunfo de Ronald Reagan en las elecciones presidenciales, el embajador norteamericano en Madrid continúa siendo Terence Todman, otro experto norteamericano en apoyar a dictaduras militares. Nacido en las islas Vírgenes hace cincuenta y cuatro años, se ha educado en Puerto Rico y habla perfectamente español. Su continuidad al frente de la sede diplomática, a pesar del cambio de Administración, no resulta fruto de ninguna casualidad. Con Reagan se va a sentir aún más cómodo que con Carter. La revista *Cambio 16*¹¹ le señala directamente como agente de la CIA. Todman ha sido embajador en el Chad y, más tarde, en Costa Rica, antes de llegar a España. El ex presidente Jimmy Carter le nombra después secretario de Estado para Asuntos Interamericanos y, desde ese cargo, realiza manifestaciones públicas alabando las dictaduras de Jorge Videla en Argentina y Augusto Pinochet en Chile. Y las apoya política y económicamente. Más tarde, es designado embajador plenipotenciario. Llega a Madrid en septiembre de 1978, un año antes que Ronald E. Estes.

Diego Carcedo le dibuja así:¹²

El embajador Terence Todman es un hombre con vocación de virrey, defensor indisimulado de los regímenes políticos autoritarios, anticomunista e incluso antisocialista feroz y diplomático con escasa capacidad de discreción. Con frecuencia se permitía hacer críticas y juicios de valor en público que no encajaban con el comportamiento al que, por su cargo de embajador, estaba obligado.

Continuará con sus intrigas incluso después del 23-F, hasta tal punto que el ministro de Defensa, Alberto Oliart, tendrá que llamarle la atención por sus reuniones con altos mandos militares españoles sin conocimiento del Ministerio.

EL «INFORME QUINTERO»

Uno de los militares españoles más vinculado a los norteamericanos es el coronel Federico Quintero Morente, que también interviene, desde la sombra, en la conspiración que desemboca en el golpe de Estado del 23-F. La mayor parte de su carrera la ha desarrollado en los servicios de información y es un franquista recalcitrante, educado en la lucha anticomunista permanente y en las ideas antidemocráticas. Experto en combatir la «subversión», ha viajado numerosas veces a Norteamérica para realizar cursos especiales de contrainsurgencia. También ha sido jefe superior de Policía de Madrid, con el terrible coronel Eduardo Blanco como director general de Seguridad, durante una época en la que este organismo estaba tomado por militares del ala más dura y represiva del régimen.

Quintero está destinado en la embajada de España en Turquía, como agregado militar, cuando se produce el golpe militar encabezado por el general Kenan Evren, el 12 de septiembre de 1980. A Quintero se le atribuye la redacción de un informe sobre el «golpe de Estado a la turca», que es distribuido entre militares españoles durante los meses previos al 23-F, a partir de diciembre de 1980. Antes, en 1978, ya habían consultado con él los golpistas Tejero e Ynestrillas cuando estaban planificando su frustrada Operación Galaxia. El 23-F, casualmente, Quintero no se encuentra en su destino de Ankara, sino en Madrid, «por razones de salud».

El «Informe Quintero» sobre el golpe militar en Turquía cobra toda su actualidad con la intentona de Tejero y Milans. Ese documento, que es ampliamente difundido entre los generales, jefes y oficiales del Ejército español, se redacta siguiendo las indicaciones de John H. Kenny, jefe de la estación de Ankara de la CIA, especia-

lista en la preparación de grupos armados de extrema derecha y experto en análisis militares. El propio Kenny es quien determina y sugiere a Quintero la distribución en los medios castrenses españoles del citado informe. Ayuda a facilitar su difusión en Madrid el agente de la CIA James M. Warrick, quien, durante los años de la Transición, se ha encargado de distribuir fondos del Banco Interamericano de Desarrollo entre grupos ultraderechistas y colectivos militares golpistas. Warrick se entrevista en España con varios generales y con los miembros de la estación de la Agencia en Madrid. Poco después de su marcha, el general de la Guardia Civil Manuel Prieto López contribuye decididamente a dar a conocer el informe entre los integrantes del Ejército español.

«Gracias a la colaboración del general Prieto, pocos días después, circulaba fotocopiado por los cuarteles españoles, donde era objeto de comentarios y discusiones», escribe Diego Carcedo.¹³ «En numerosas unidades, el “golpe a la turca” se convirtió en tema de discusión entre oficiales y jefes, que expresaban en voz alta observaciones y cálculos sobre las posibilidades de promover algo parecido en España.» En un párrafo del informe, calcado del original elaborado por los golpistas turcos, se sustituye el nombre de Kemal Atatürk, considerado el fundador de la moderna Turquía, por el de Franco, y el problema «kurdo» se convierte en la cuestión «vasca». El documento es fotocopiado, ampliado y colocado en los tableros de órdenes de algunas salas de oficiales. El original dice:

Las Fuerzas Armadas se consideran depositarias y fieles cumplidoras del testamento nacional-político del fundador Atatürk y están atentas a la evolución de los acontecimientos en la nación, especialmente cuando creen detectar actividades que amenazan a la unidad territorial (problema kurdo), insultos y ultrajes a la bandera e Himno Nacional o intentos de desacreditar y difamar la figura del primer jefe del Ejército turco, Atatürk, así como cuando se trata de manipular los sentimientos religiosos de la población en beneficio de una política partidista dado que ello está totalmente prohibido por la actual Constitución.

EL PRECEDENTE DE TURQUÍA

En un estudio sobre la «Importancia del Mediterráneo y del llamado Flanco Sur de la OTAN», Louis Wolf, redactor de la revista *Cover Action*, afirma que resulta evidente la participación directa de la CIA en el golpe militar turco de 1980, fruto del prioritario interés norteamericano por tener bajo control a su aliado más oriental de la OTAN:

Los apologetas estadounidenses de la represión en Turquía utilizan a fondo la palabra clave «estabilidad» para justificar todo el asunto. El hecho de que cientos de turcos, tal vez miles, hayan sido encarcelados, torturados y, muchos de ellos, asesinados, según las propias informaciones de la prensa, demuestra que la clase de estabilidad que ofrecen al pueblo turco se basa exclusivamente en la represión y en un régimen dictatorial. Como ha ocurrido en tantas otras ocasiones en muchos países del Tercer Mundo, los Estados Unidos se están identificando de nuevo con la represión. Resulta evidente que Turquía es uno de los países esenciales en esta región y que, desde el punto de vista de los intereses estratégicos norteamericanos, posee un número importante de bases e instalaciones militares y de espionaje electrónico que hay que preservar. Sabemos también que, desde la caída del Sha en Irán, Turquía desempeña un papel muy importante en la tarea de controlar la situación en la zona.

Como en el caso de España, la situación geográfica de Turquía le otorga un papel muy relevante en la estrategia de la Guerra Fría. Los norteamericanos han seguido siempre, con permanente atención, los avatares de esa democracia formal con permanentes rasgos totalitarios y que, a pesar de las bendiciones occidentales, nunca ha conseguido consolidarse. Antes de que se llegue a producir el más mínimo peligro de desestabilización, la CIA interviene.

La situación arranca desde el final de la Segunda Guerra Mundial. En 1945, y de manera definitiva en 1947, con el comienzo de la Guerra Fría, los militares norteamericanos diseñan y ejecutan el

Plan Pincher para garantizar, fundamentalmente, el control del petróleo de Oriente Medio y las comunicaciones entre Europa y Asia, pero también para utilizar la zona como enclave estratégico decisivo ante un posible ataque de la Unión Soviética. Según ese plan, el Ejército de la URSS, dada su superioridad en hombres, ocuparía la mayor parte de Europa Occidental, excepto la península escandinava, España y el sur de Italia. El golfo Pérsico es la zona que hace más vulnerable a la Unión Soviética: desde allí, los bombarderos norteamericanos, todavía capaces de transportar sólo un limitado número de bombas atómicas, podrían destruir las regiones petroleras del Cáucaso, privar a la URSS de regiones básicas en cereales y minerales y, además, alcanzar el propio corazón del país.¹⁴

En 1979, el desmoronamiento en Irán del régimen del Sha —que había alcanzado el poder tras el golpe de Mossadegh, apoyado por la CIA—, y su sustitución por el régimen islámico que encabeza Jomeini, trastocan las coordenadas políticas y militares norteamericanas en la zona. Estados Unidos comienza a reforzar militarmente a las monarquías del golfo y a Irak, amplía el despliegue de tropas en la base británica de la isla de Diego García y establece acuerdos con Kenia, Somalia y Pakistán. Toda el área mediterránea, desde Turquía hasta España, e incluso más hacia el oeste, hasta las Azores, pasa a ser espacio prioritario de comunicación aérea y de intervención de la VI Flota. Se amplía la ayuda militar a Egipto, Sudán, Túnez y Marruecos, incluyendo en algunos casos el estacionamiento de tropas. España y las bases aquí instaladas, situadas a mitad de camino entre Estados Unidos e Irán, adquieren también una mayor importancia estratégica. A este panorama se une, en 1979, el establecimiento de un régimen comunista en Afganistán, la Revolución sandinista en Nicaragua y el avance de las guerrillas en El Salvador. El presidente Carter endurece brutalmente su política exterior, pero pierde las elecciones. La victoria de Ronald Reagan, en noviembre de 1980, refuerza el vuelco de la política exterior norteamericana y lo hace aún más ultraconservador.¹⁵

El golpe militar del 12 de septiembre de 1980 en Turquía es anunciado por la propia Administración norteamericana. Según el

periódico británico *Daily Telegraph*, «un portavoz del Departamento de Estado dijo que un alto oficial militar turco había telefonado al jefe del organismo de ayuda norteamericana en Ankara, a las 2.45 hora local, para comunicar que el general Evren anunciaría la toma del poder a las 4.00 a.m.». El Gobierno norteamericano y sus aliados de la OTAN reaccionan con mucha calma ante la noticia del golpe.

El general Kenan Evren encabeza un pronunciamiento inicialmente incruento, que no encuentra especial resistencia. El golpe derriba al Gobierno constitucional del veterano Süleyman Demirel para reemplazarlo por otro de las Fuerzas Armadas. La operación les resulta bastante fácil a los hombres de la Agencia y a sus aliados golpistas: el pueblo turco vuelve a vivir bajo la dictadura y la opinión pública internacional permanece mayoritariamente impasible. Los norteamericanos sólo ven Turquía como un bastión de la defensa europea contra el avance del comunismo y los militares les garantizan mejor que nadie que todo permanezca bajo control.

Desde el final del mandato de Carter, una serie de acontecimientos sacuden la cuenca del Mediterráneo: en septiembre de 1980, el golpe militar en Turquía, sin objeciones de la OTAN; en enero de 1981 se pone en marcha una campaña de rearme en Marruecos, que se mantendrá, pese a su participación en un fallido golpe de Estado en Mauritania dos meses después; el 23-F en España y serios rumores de golpe en Portugal, ligados a los acontecimientos españoles; algo similar ocurre en Italia, donde se descubre una trama golpista en torno a la logia masónica P-2, en la que está implicada la red «Gladio»; también se realizan provocativas maniobras navales de la VI Flota norteamericana en el golfo de Sirte, en aguas territoriales de Libia, durante las cuales varios aparatos estadounidenses derriban dos aviones de este país. En este clima de tensión, se produce también el derribo de una nave comercial italiana sobre Ustica por fuerzas de la OTAN.

El nuevo secretario de Estado norteamericano del primer Gobierno Reagan, el general Alexander Haig, ha sido comandante en jefe de la OTAN desde 1974 hasta 1979. Y en España, la última renovación del alquiler de las bases se ha producido en enero de 1976,

dos meses después de la muerte de Franco. En el marco de la nueva situación que se está creando en el Mediterráneo, Estados Unidos aprieta a España en 1980 para que ingrese en la Alianza Atlántica. Adolfo Suárez no lo tiene claro y las presiones se van endureciendo paulatinamente. Un rápido viaje —al parecer, forzado— del presidente de Gobierno español a Washington ese año tiene relación con esas presiones estadounidenses. Lo cierto es que siete días después de la toma de posesión de Reagan, Adolfo Suárez dimite sin dar una explicación clara de las razones de su renuncia. Su sucesor en el cargo, Leopoldo Calvo Sotelo, escribe: «En cuanto a la Alianza, apuntaba en Suárez un cierto antiamericanismo. Corregir y precisar ese rumbo fue uno de mis primeros propósitos como Presidente de Gobierno».¹⁶

La operación golpista que ha triunfado en Turquía se convierte en un nítido modelo para Milans, Tejero y los demás militares ultras. Saben que los norteamericanos han estado detrás del general Kenan Evren y que no aguantan a Adolfo Suárez. El secretario de Estado, Alexander Haig, mira con ojos críticos la evolución política de España y el embajador Todman y el jefe de la estación de la CIA, Ronald Edward Estes, son sus brazos ejecutores. Los norteamericanos consideran que Suárez ha perdido el rumbo y está patrocinando una ambigua política exterior que no les beneficia. Han visto con desagrado sus viajes a Cuba y Argelia. Los consideran veleidades tercermundistas. Además, el presidente de Gobierno español es un hombre de la época de Carter y la elección de un nuevo emperador siempre genera cambios. En esa misma época mueren, en extraños accidentes aéreos, el primer ministro portugués, Francisco Sa Carneiro (4 de diciembre de 1980) y el general panameño Omar Torrijos (31 de julio de 1981). Al final, Suárez dimite, aunque con ese gesto no puede parar la inercia del golpe.

En sus *Confesiones*,¹⁷ Juan Alberto Perote relata así la dimisión de Suárez:

Joaquín Garrigues Walker, estrechamente relacionado con el gobierno de UCD, sostenía que el presidente Suárez había tomado su

decisión de dimitir tras acudir al Palacio de la Zarzuela, donde el Rey le recibió en compañía de dos generales. En un momento determinado, Don Juan Carlos se ausentó y los dos militares pusieron sus pistolas sobre la mesa exigiéndole su dimisión.

La CIA conoce muy bien el ambiente que impera en los cuarteles, tiene información precisa de las conspiraciones que están en marcha. Puede contribuir decisivamente al éxito del golpe que la operación se desarrolle con la participación del rey y en nombre de la Constitución y la democracia. Turquía es el ejemplo a imitar. Con un Gobierno militar fuerte en cada extremo del Mediterráneo, Reagan podrá dormir tranquilo en su nueva residencia de Washington. Gracias a la llegada de este nuevo presidente a la Casa Blanca, la CIA encuentra más facilidades para «defender» los intereses norteamericanos en el exterior. En más de una ocasión Reagan ha dicho que Estados Unidos irá a proteger esos intereses «allí donde estén en peligro, sea en países comunistas o no».

La victoria del candidato republicano en las elecciones presidenciales es sentida como propia por los militares españoles golpistas. Fernando Reinlein relata una ilustrativa anécdota:¹⁸

La noche del 8 de noviembre, las radios dieron como vencedor a Reagan en la carrera presidencial. Varias unidades de la División Acorazada estaban esa noche de maniobras en la zona de Chinchilla, provincia de Albacete. Hacía mucho frío y la mayoría de la oficialidad se encontraba en una amplia tienda de lona, donde estaba instalado el bar.

El capitán Rafael Tejero entraba a buscar un whisky cuando escuchó una algarabía dentro de la gran tienda de campaña. Estaban brindando por la victoria de Reagan. Entre los oficiales se encontraban el coronel San Martín, el comandante Pardo Zancada y los capitanes Tamarit y Álvaro Ballarín.

—¡Pues ni que hubiera ganado Fraga! —exclamó Tejero.

—Tú no entiendes nada —le respondieron algunos, que siguieron con sus manifestaciones de alegría.

Durante todo el año 1980 han sido constantes los rumores sobre reuniones subversivas, conspiraciones y proyectos de golpes de Estado. La situación se le escapa de las manos a Adolfo Suárez.

El manifiesto enfrentamiento entre éste y los mandos del Ejército no ha escapado a la vigilancia de la CIA, ni tampoco el odio que algunos de ellos sienten hacia el general Gutiérrez Mellado, vicepresidente del Gobierno.

Terence Todman es consciente de que Suárez atraviesa una situación crítica y hace saber a una serie de generales, entre los que está Armada, su interés por mantener una entrevista con cada uno de ellos. A partir de entonces esos contactos se intensifican.

Según el coronel Arturo Vinuesa:¹⁹

El 14 de febrero, el embajador Todman se reúne, en una finca situada en las cercanías de Logroño, con el general Armada, con quien estudiará el desarrollo de los posibles acontecimientos futuros. Contemplan los distintos aspectos del probable relevo del Gobierno y hacen especial hincapié sobre la necesidad de garantizar los intereses norteamericanos en España. Además, según el embajador, valoran «el coeficiente de estabilidad política que supone para España tener como aliado a Estados Unidos».

Dadas las circunstancias, Todman ordena el control de la red de comunicaciones españolas, especialmente las de las autoridades, los mandos militares y las unidades dependientes de estos últimos, para lo que solicita a Washington el envío de un avión AWACS a la capital portuguesa.²⁰ A principios de 1981, todos los elementos que, de una u otra forma, están decididos a intervenir en el golpe de Estado se encuentran dispuestos para asumir su papel. El embajador soviético, Yuri Dubinin, avisa al Gobierno de que se ha producido una reunión de generales. Y el rey, que está de cacería en Cuenca, se ve obligado a volver a Madrid en helicóptero. Juan José Rosón, ministro de Interior, regresa también precipitadamente a la capital. El golpe avanza.

Fernando Jáuregui y Pilar Cernuda relatan cómo se realizan los preparativos para utilizar la Sala de Conferencias de la embajada

norteamericana, especialmente protegida contra las escuchas, durante la tarde del 23 de febrero. La preparación la lleva a cabo el jefe de mantenimiento de la legación diplomática, un español llamado Rogelio Fernández Vaquerizo.²¹

LA VI FLOTA SE SITÚA

Sincronizada con el Estado Mayor de las fuerzas americanas acantonadas en territorio español, la estación de la CIA en Madrid advierte de la inminencia del golpe de Estado. La 16.^a Fuerza Aérea de Estados Unidos pone en acción todos sus dispositivos cuatro días antes del 23 de febrero. A primera hora de la mañana del día que va a entrar Tejero en el Congreso, el Strategic Air Command, sistema de control aéreo norteamericano, a través de la estación central de Torrejón de Ardoz, anula el Control de Emisiones Radioeléctricas español (CONEMRAD) y se mantiene a la espera de los acontecimientos. Sus pilotos permanecen en alerta y las tropas norteamericanas de Torrejón, Rota, Morón y Zaragoza, preparadas para cualquier emergencia. Frente a las costas de Valencia permanece un contingente significativo de la VI Flota, en misión de «vigilancia mediterránea». Las razones de esas maniobras no serán explicadas nunca. Estes y Todman esperan ir recibiendo las órdenes de sus superiores según se vayan desarrollando los acontecimientos. Sus contactos con la Casa Blanca y el Pentágono se simultanean.

A las 4.30 de la tarde, hora de Washington, se produce la primera reacción del Gobierno norteamericano tras el asalto de Tejero al Congreso de los Diputados. En Madrid son las 22.30 horas y aún está todo por decidir. Alexander Haig, secretario de Estado y antiguo máximo dirigente de la OTAN, se ve obligado a responder a las preguntas de los periodistas sobre el golpe de Estado en España. Se encuentra en Washington, en compañía del ministro de Asuntos Exteriores francés, Jean-François Poncet, que realiza una visita oficial a Estados Unidos y con quien acaba de mantener una larga entrevista. Mientras el político francés condena sin paliativos la inten-

tona golpista, Haig declara: «Estamos siguiendo el desarrollo de los acontecimientos y parece que es una cuestión interna». Lo que ya le había adelantado Cortina a Tejero.

Cambio 16, en el reportaje citado anteriormente, publica:

Poco clara debió de ser la actitud de los Estados Unidos cuando el ex presidente del Gobierno español, Adolfo Suárez, que 48 horas después del golpe de Estado emprendía un largo viaje privado por Estados Unidos y Panamá, anulaba una entrevista concertada por la embajada norteamericana en Madrid con el secretario de Estado norteamericano, Alexander Haig. La entrevista, cuidadosamente preparada por el embajador de Washington en Madrid, Terence Todman, desde hacía una semana, tuvo que ser anulada ante la oposición rotunda de Adolfo Suárez a mantener ningún contacto con Haig. El argumento manejado por el ex presidente Suárez fue que el comportamiento del general norteamericano no había sido muy claro durante la dramática noche del 23 de febrero y que su primera reacción tras conocer el asalto al Congreso no se correspondía con la amistad entre dos aliados políticos y militares.²²

El semanario añade:

Lo que sí parece cierto es que la actitud indiferente y poco resolutiva que los Estados Unidos demostraron en los primeros momentos de la intentona militar pudo estar influenciada por la postura adoptada por el embajador extraordinario y plenipotenciario USA en Madrid, Terence Todman, quien, por su comportamiento confuso y poco claro ha perdido la confianza de las autoridades españolas.

La desarbolada situación que vive Suárez, tras su propia dimisión y el intento de golpe, queda resumida en esta frase, pronunciada durante su viaje a Estados Unidos: «A mí no me presiona nadie, y menos los norteamericanos». Poco después, el Parlamento español aprueba el ingreso de España en la OTAN. Eso sí, con el voto en contra del PSOE, que aún proclama su «OTAN, de entrada, no». Hasta que llegue al Gobierno.

El lado oscuro de la «colza»

«Es un bichito tan pequeño que, si se cae desde esta mesa, se rompe las patas.»¹

El día 1 de mayo de 1981 hace su aparición oficial una enfermedad, calificada de «nueva y desconocida», que se inicia en la periferia de Madrid y se extiende luego en dirección norte y noroeste. Posteriormente también se registran casos aislados de la misma patología en el sur y el este de la península. La enfermedad es bautizada inicialmente como «neumonía atípica», más tarde recibe el nombre de «síndrome tóxico» y, por fin, queda para la historia, de momento, como «síndrome del aceite de colza». Esta variedad de aceite es la que va a cargar con el sambenito del envenenamiento masivo.

Pero veinticinco años después del origen de aquella epidemia, que ha provocado alrededor de mil doscientos muertos y más de treinta mil enfermos, sigue habiendo polémicas sobre cuál fue la causa del desastre. Eso sí, ha quedado claro que no fue el aceite de colza el que lo provocó. La Oficina para Europa de la Organización Mundial de la Salud emitió un informe en el que reconocía no haber podido reproducir la enfermedad en el laboratorio a partir de las muestras del aceite supuestamente tóxico. Pero desde el principio, la tesis de la «colza» no se sostenía. Los datos más fiables apuntaban en una dirección muy distinta.

El propio general Andrés Cassinello, en ese momento máximo responsable de los servicios de información de la Guardia Civil y persona de confianza de La Moncloa, prohíbe expresamente realizar pesquisas sobre el asunto.² Pero los hombres del CESID sí se ponen

manos a la obra, y durante cerca de un año un equipo al mando de dos oficiales desmenuza el caso. Su resultado, contenido en un informe de siete folios elevado al director general del centro, el general Emilio Alonso Manglano, es preocupante: las tesis del aceite no tienen ningún fundamento. Al contrario, existen datos que apuntan hacia un ensayo de guerra química como detonante de la epidemia. Pero este informe nunca llega a ver la luz pública, ni siquiera en el juicio. La cuestión es: ¿por qué ese empeño en culpabilizar al aceite de colza?, ¿qué impide indagar en otras direcciones y cierra las puertas a investigaciones que apuntan hacia resultados mucho más convincentes? Una vez más, la razón de Estado.

Durante el año 1981 se producen en España cuatro acontecimientos de primera magnitud. El 29 de enero, Adolfo Suárez, presidente del Gobierno, presenta su dimisión. Justifica enigmáticamente esta decisión, ante las cámaras de TVE, afirmando que actúa de esa forma para evitar que, una vez más, «la democracia en España sea un breve capítulo de su historia». Un mes más tarde, el 23 de febrero, tiene lugar la intentona golpista encabezada por Milans del Bosch y Tejero con el visto bueno de la embajada norteamericana. Después, el 1 de mayo, se registra el primer fallecimiento provocado por el síndrome tóxico. Y en cuarto lugar, durante el mes de agosto siguiente, el Consejo de Ministros, presidido por Leopoldo Calvo Sotelo, que ha sucedido a Suárez al frente del Gobierno, acuerda el ingreso de España en la OTAN. Todos estos acontecimientos están relacionados entre sí.

La enfermedad «nueva y desconocida», calificada inicialmente como «neumonía atípica», toma carta de naturaleza en mayo, pero sus síntomas característicos ya han aparecido anteriormente con mayor amplitud, por lo que la Organización Mundial de la Salud no tiene más remedio que reconocer la «posibilidad» de que se hayan dado algunos casos previos³ en el mes de abril. Más adelante, las investigaciones de los doctores Francisco Javier Martínez Ruiz y María Jesús Clavera permitirán demostrar que en enero⁴ y febrero se han producido algunos ingresos hospitalarios, con cuadros clínicos similares a los del «síndrome», de personas provenientes de la zona

de Torrejón de Ardoz. Pero las autoridades sanitarias hacen todo lo posible para evitar que se puedan vincular el brote de principios de año con el de mayo.

Se descubre, además, que en la base militar de utilización conjunta de Torrejón se ha desatado una onda epidémica dentro de la zona norteamericana. Testigos presenciales afirman que han llegado aviones hospitales para evacuar a los enfermos a Estados Unidos y a la base alemana de Wiesbaden. Durante los meses siguientes hay un gran movimiento de personal, de modo que la dotación de la base queda renovada prácticamente por completo. Además, también hay militares españoles destinados en la base de Torrejón que han sido hospitalizados. Pero cuando el Tribunal que juzga a los aceiteros pide sus historiales clínicos, el Ejército se niega a entregarlos, a pesar de que se constata la existencia de unas «encuestas» en Torrejón de Ardoz, la Clínica Sears y el Hospital del Aire. El diario *El País*⁵ publica que han sido ingresados, por «neumonía atípica», 105 enfermos en el Hospital del Aire, otros 7 en el Hospital Militar del Generalísimo y 19 en el Hospital Militar Gómez Ulla.

La sospecha de que la base⁶ es el origen de la epidemia llega a convocar ante sus puertas varias manifestaciones convocadas por los vecinos de los alrededores, y el alcalde de Torrejón de Ardoz presenta su dimisión.⁷ La Unión Soviética también apunta a la instalación militar norteamericana como epicentro de un accidente con armamento biológico. La agencia oficial de noticias TASS afirma que «el foco está en Torrejón»,⁸ después de sostener que «las bases del Pentágono, en numerosos casos, constituyen focos de enfermedades endémicas». Además, la agencia soviética señala que «la prensa y la opinión pública tienen el deber de exigir que Estados Unidos demuestre si ha destruido sus reservas de armas bacteriológicas, de acuerdo con la convención internacional que firmó en 1972».

La errática campaña gubernamental de intoxicación informativa, que culmina con la atribución de todas las responsabilidades al aceite de colza, arranca con una explicación delirante. El origen de la enfermedad se le atribuye a un *Mycoplasma pneumoniae*,⁹ a una bacteria —el «bichito»— que viaja por el aire y se transmite por vía

respiratoria. Las autoridades hablan también, falsamente, de un «microplasma que se ha conseguido fotografiar en un laboratorio público». Sin embargo, en ese momento ya resulta científicamente insostenible la tesis de la transmisión de la enfermedad por vía aérea, teniendo en cuenta que el contagio se ha producido en grupos casi familiares, no en lugares masificados, y que se ha extendido por distintas áreas geográficas distantes entre sí. Además, los grupos humanos afectados no tenían ninguna relación entre sí.¹⁰

Parece evidente que se trata de crear una coartada para ocultar las causas reales de la epidemia. Empieza a generalizarse la impresión de que se está ocultando información deliberadamente, y el ministro de Sanidad, Jesús Sancho Rof, se ve obligado a efectuar el oportuno «desmentido oficial».¹¹ Muy pronto, la explicación gubernamental de «la bacteria» y su «transmisión por vía respiratoria» no se puede seguir manteniendo. El día 10 de mayo, el doctor Antonio Muro presencia la autopsia de una de las víctimas y aprecia una «hiperplasia en las placas de Pleyer» en el intestino delgado, que revela la reacción del organismo ante un tóxico, y llega a la conclusión de que la epidemia está causada por un elemento ingerido por vía digestiva.

Sin embargo, a pesar de la evidencia, las autoridades sanitarias aún rechazan esta explicación, «por ridícula», y mantienen la tesis del contagio por vía respiratoria.¹² Hay que ocultar a toda costa el origen de la enfermedad. Pero una vez establecido de forma incontrovertible que el aparato digestivo es la única vía posible de extensión de la patología, comienza la frenética búsqueda de un nuevo chivo expiatorio que cargue con las culpas. Se descubre la existencia en el mercado español de aceites comestibles de colza importados como excedentes de la producción comunitaria, con destino a la producción de acero, que han sido desviados para el consumo humano, y por ahí empieza a encaminarse la construcción de una nueva coartada. Acabarán criminalizados meros estafadores que estaban beneficiándose ilegalmente de unas tasas arancelarias bajas. A partir de ese momento, se insiste en que la anilina utilizada para desnaturalizar el aceite importado es la causante de la epidemia. Pero, en realidad, ni se han utilizado anilinas, ni el aceite está desnaturalizado. Además,

los síntomas de una intoxicación por anilinas son conocidos desde hace mucho tiempo y ninguno de ellos coincide con los que padecen los enfermos. Y dada la escasa concentración de anilina que se encuentra en los aceites al analizarlos, esta sustancia no puede ser la causante de la enfermedad.

El doctor Javier Martínez Ruiz, vocal de la Comisión de Investigación Epidemiológica, comienza a mantener una posición crítica con respecto a las tesis oficiales, lo mismo que la doctora María Jesús Clavera. Después de tabular por provincias y por días el registro de «nuevos casos», relacionándolos con los períodos de distribución y retirada del aceite del mercado, llegan a la conclusión de que la epidemia está desvinculada de la ingesta de aceite de colza. «Nosotros, en principio creíamos lo que se decía en todos los medios de comunicación», señala Martínez. «Pero a medida que, lentamente, íbamos avanzando en la investigación, todo, absolutamente todo, era contradictorio con la tesis oficial. Ahora, podemos dar fe de que, con toda seguridad, no ha podido ser el aceite.» Como respuesta a sus aportaciones científicas, se disuelve la Comisión, para evitar la presencia de ambos científicos en ella.

Sorprendentemente, la investigación epidemiológica se ha centralizado, desde el 11 de mayo, en el CDC (Center for Disease Control) de Atlanta,¹³ y está a cargo de tres funcionarios de la Administración norteamericana, los doctores Rigau, Heath y Kilbourne. Ellos son los responsables directos de los sesgos introducidos sistemáticamente en los estudios epidemiológicos que se desarrollan, en las encuestas y en los «casos /y controles». Como dice Rafael Pérez Escolar, que ha estudiado muy a fondo el caso del «síndrome tóxico»: «Es como si la autopsia del cadáver se le encomendara al asesino». Son notorias las vinculaciones del CDC con el Pentágono. Y es también conocida la implicación del centro en programas de desarrollo de armamento bacteriológico.

Los síntomas, comunes a todos los enfermos, hacen presumir la necesaria homogeneidad de la causa que ha provocado la patología. Sin embargo, los análisis de los aceites hallados en las casas de los enfermos ponen de manifiesto su absoluta heterogeneidad. Su compo-

sición es distinta (oliva, girasol, pepita de uva, colza...) y proceden de partidas comerciales también distintas, lo que impide atribuir la enfermedad a un solo aceite.

«A mí me encargaron la defensa de los aceiteros catalanes procesados, y lo primero que mis clientes me dijeron es que el mismo aceite al que acusaban de provocar la enfermedad lo habían vendido también en Cataluña, y por allí no había ni un solo caso de síndrome tóxico», señala el abogado Jesús Castrillo. «Entonces me traje a Madrid unas muestras y pedí la práctica de una prueba con cobayas, para que se determinase el tipo de lesiones que producía en estos animales. El resultado final fue que no se reproducían exactamente los síntomas de la enfermedad, pero sí se producían ciertas lesiones. Pedí ver el protocolo de la experimentación desarrollada y me encontré que las dosis que les habían dado a las cobayas, extrapoladas para un ser humano, era una cantidad enorme, algo así como cisternas y cisternas... ¿Cómo puede hacer eso el Instituto Nacional de Toxicología, dependiente del Ministerio de Justicia? El experimento lo dirigió el doctor Tena. Después se repitió, con dosis proporcionadas al peso de los animales y no hubo ninguna consecuencia. Aquello me hizo pensar por primera vez que detrás había instrucciones políticas.»

Todo indica que no se desconoce el origen de la enfermedad, sino que se trata de ocultar por todos los medios. Si el aceite es el causante de la epidemia, parece inevitable que los demás parientes de las víctimas sufran también los efectos de la toxicidad. Sin embargo, la mitad de todos los enfermos del síndrome tóxico son un caso único en su grupo familiar. Algo insólito, porque el paciente, al resultar afectado y dada la agresividad aguda del tóxico, es trasladado de inmediato al hospital, alejándolo así del factor que presuntamente le ha atacado. Mientras tanto, sus familiares continúan consumiendo el aceite, sin que nadie más resulte afectado, al menos otros cuarenta días. Hasta que el 10 de junio se dice públicamente que esa es la causa de la enfermedad. Y el grupo familiar es, genéticamente, el más homogéneo. La versión oficial no tiene ningún sentido.

Paralelamente, el doctor Antonio Muro, como director del Hospital del Rey, continúa sus investigaciones por otros cauces.

Con mayor rigor científico y notable éxito. Consigue coger el pulso a la enfermedad de tal manera que es capaz de predecir dónde van a aparecer nuevos enfermos.¹⁴ Pero en sus predicciones no hay nada mágico, ha descubierto que el síndrome está relacionado con la venta de hortalizas en un mercadillo ambulante que se instala en distintos pueblos del entorno de Madrid. Los lunes en un sitio, los martes en otro... Si la latencia de la enfermedad es de veinticuatro horas, porque el tóxico actúa de forma muy aguda, basta saber dónde estaba el mercadillo para determinar en qué zona pueden aparecer nuevos pacientes. Muro llega a la conclusión de que la enfermedad la provoca la ingesta previa de ensalada, así que el elemento tóxico tiene que estar en los componentes de ese plato: lechuga, cebolla, tomate... Va siguiendo distintas tesis de investigación y descarta el aceite. Se analizan los distintos aceites que consumían los pacientes y no tienen nada extraño en común. Además, ni siquiera el aceite de colza es el más presente en las casas de los enfermos.

La certeza de sus conclusiones también le cuesta el puesto al doctor Muro. Sería lógico que la sanidad pública española, angustiada por la presión de tantos enfermos, le hubiera tenido en consideración; sin embargo, se prescinde de él de forma caciquil. A alguien le asusta que sea capaz de descubrir lo que hay detrás del síndrome tóxico. El día 15 de junio es destituido, sin ninguna explicación, de su cargo como director del Hospital del Rey y relegado a un sótano del Centro de Alimentación Animal de Majadahonda, en el que carece incluso de teléfono. Desde allí prosigue su avance en la investigación,¹⁵ utilizando el método tradicional de las encuestas epidemiológicas. Habla con los familiares de cada enfermo y les pregunta de dónde venían las hortalizas que se ponían en las ensaladas. Cuando dos amas de casa señalan la misma tienda, acude a ella y pregunta al propietario quién le suministra los productos. Si varias tiendas señalan a un mismo mayorista, acude a él para saber de dónde recibe sus productos. Así sucesivamente, hasta que reconstruye los conductos de venta mayorista conectados con los enfermos del síndrome tóxico.

Y es curioso, todos esos mayoristas, sin excepción, están relacionados con un suministro de tomates procedentes de Almería. Hay

que tener en cuenta que el primer enfermo aparece el 1 de mayo, cuando es primavera en la península. Por tanto, tiene que ser tomate temprano, y en 1981, sólo puede tener origen en Canarias, Almería, Granada o Valencia. Bastaría que los tomates consumidos por los enfermos procedieran unos de Canarias, otros de Valencia..., para que la tesis del tomate se abandonara, pero hay un fenómeno de convergencia hacia Almería y, más concretamente, hacia Roquetas de Mar. En esta localidad costera hay varias alhóndigas donde se subastan tomates, pero la pista seguida por el doctor Muro lleva a una exclusivamente: Agrupamar.

Jesús Castrillo señala:

A través de los papeles de depósito de entrega para la venta, se podría haber determinado perfectamente qué agricultor, qué plantación, era responsable de la distribución de los tomates tóxicos. Nos facilitaron algunos de esos papeles a través del juzgado pero, a continuación, ¡qué casualidad! Agrupamar se liquidó. Con lo cual llegamos sólo hasta los nombres de los seis agricultores que trabajaban con esa sociedad. Uno de ellos es quien comercializó los tomates tóxicos. Pero ahí se termina todo, el juzgado no mostró ningún interés por continuar la investigación.

Cuando el PSOE llega al Gobierno, tras su victoria electoral en octubre de 1982, hereda el problema y continúa actuando dentro de la línea marcada por sus antecesores. «¿Qué más da que estuviese UCD o el PSOE en el Gobierno?», opina Jesús Castrillo. «Estamos apuntando que el origen de la enfermedad puede afectar a los intereses políticos de la potencia que está al frente del imperio, que se juega el ingreso de España en la OTAN.»

En la sentencia del juicio contra los aceiteros se reconoce que no ha podido acreditarse la existencia de una «relación de causalidad», lo que realmente se apunta es una «relación de probabilidad», algo jurídicamente muy endeble. Lo cierto es que jamás se llega a demostrar que el aceite de colza es el causante de la enfermedad. «El tipo de lesión que sufren los enfermos hace sospechar, con toda

probabilidad, en un organofosforado. Atacaba los pulmones y la piel. Después va a pareciendo una neuropatía retardada. Casi era cantado el asunto, pero había que evitar que la investigación se acercase a la realidad», añade Castrillo.

Las quejas y las protestas de la mayoría de los afectados se anegan en miles de millones de pesetas invertidos como indemnizaciones. Para cobrar ese dinero público es imprescindible ser enfermo «de la colza». A quienes manifiestan que nunca han comprado ese tipo de aceite, se les «convence» de que habrán contraído la enfermedad comiendo una magdalena, un churro o un aperitivo en un bar. Se emplea un argumento insoslayable: usted tiene que padecer «neumonía atípica», y como consecuencia del consumo de aceite de colza. Si no cumple este requisito, no tiene derecho a indemnización. Las ayudas son sólo para los enfermos del «síndrome tóxico». Y al frente de ese gran carrusel de millones se pone, como presidenta del Plan Nacional del Síndrome Tóxico, nada menos que a Carmen Salanueva. Esta funcionaria será juzgada y encarcelada años después por sus estafas al erario público cuando ejerce de directora del *Boletín Oficial del Estado*. Y eso es calderilla, comparado con el dinero que se movió a cuenta del «síndrome tóxico».

Pero también hay muchos enfermos que nunca han consumido aceite de colza y que se siguen negando a aceptar que la enfermedad que padecen tiene ese origen, aunque con esa actitud se juegan su inclusión como «enfermo reconocido» y las sustanciales ayudas e indemnizaciones vinculadas a esa condición de víctima del «síndrome del aceite tóxico». Así llega a calificarse la patología durante la investigación oficial, para imposibilitar la apertura de otra vía más racional en busca de la etiología de la enfermedad. El Plan Nacional llega a invertir más de 300 millones de pesetas en intentar demostrar que el aceite es el causante de la epidemia. Y no lo consigue.

Es significativa la actitud de la doctora Susana Sanz, directora de la Comisión de Investigación Epidemiológica, al regresar a España tras entrevistarse con el doctor Eath en el CDC de Atlanta. Vuelve muy alterada y renuncia a sus iniciales propósitos de investigación, proponiendo a los vocales de la comisión, entre ellos los doctores

Martínez y Clavera, «hacer todos las maletas y marcharnos». Sugiere utilizar como disculpa la ausencia del ordenador que han solicitado. Y más tarde, al contemplar la actitud receptiva del doctor Martínez ante la investigación desarrollada por el doctor Muro, le dice: «¿No te das cuenta, Javier, que hay un pacto general entre todos los partidos políticos para dejar el tema del síndrome tóxico tal y como está? Tú no sabes lo que hay detrás de todo esto, yo tengo información que tú no tienes».

Rafael Pérez Escolar, que dedica un documentado y contundente capítulo de sus memorias¹⁶ al «síndrome tóxico», relata una ilustrativa anécdota:

Pedro Sabando, consejero de Sanidad cuando Joaquín Leguina presidía la Comunidad de Madrid, mantenía una estrecha amistad con el doctor Muro y, cuando éste se encontraba a punto de fallecer, el consejero socialista le hizo una visita. El moribundo, obsesionado por el «síndrome tóxico» y sus trágicas consecuencias, le reprochó la actitud fraudulenta del Gobierno al atribuir la epidemia al aceite de colza. Y el socialista le dijo con sinceridad: «Déjalo, Antonio, no le des más vueltas, este asunto es la CIA y el KGB juntos».

Dos años después de la aparición de la epidemia, el doctor Fernando Montoro, subdirector general de Establecimientos y Asistencia Farmacéutica, en una carta que dirige a Ciriaco de Vicente, a quien el PSOE ha encomendado el seguimiento de la epidemia, manifiesta que «en las reuniones de la Comisión Científica de los viernes en el Ministerio de Sanidad puede afirmarse que, a nivel científico, hoy se duda de que el aceite sea la causa del síndrome». Y apunta al empleo de un nematocida en tomates como posible causa de la enfermedad, con lo que se hace eco de los resultados obtenidos por el doctor Muro en su investigación.¹⁷ Más tarde, reconoce personalmente que ha sufrido presiones para dejar de indagar sobre «el auténtico origen del síndrome tóxico». «Un alto cargo del Ministerio me dijo que ese era un asunto que estaba muy por encima de nosotros», afirma Montoro.¹⁸

«La certeza de que los compuestos organofosforados son también agentes agresivos de «guerra química»¹⁹ y la más que sospechosa actitud desarrollada por todos los grupos políticos, amparando la postura oficial y desentendiéndose del problema que afecta a tan importante número de víctimas, implica la intervención de un poder tan grande e irresistible como para ser capaz de imponer y sostener un unánime pacto de silencio en todos», afirma Jesús Castrillo. «En definitiva, sólo la implicación de los intereses de una superpotencia justificaría el despliegue de medios políticos efectuados para ocultar las causas reales de tan grave enfermedad.»

Todo parece indicar que el síndrome tóxico se desarrolla en dos ondas epidémicas diferenciadas. La primera de ellas se produce a principios o mediados de enero de 1981. Coincide con una enfermedad no determinada que se desarrolla en pleno invierno en la zona norteamericana de la base de Torrejón y que afecta también a algunos militares españoles. Es probable que esta primera onda epidémica sea consecuencia de algún escape provocado accidentalmente con armamento bacteriológico, cuya presencia en la base es contraria a la legalidad internacional y contraviene el tratado bilateral que permitió su creación. Un serio inconveniente en tiempos del «OTAN, de entrada, no».

Jesús Castrillo concluye:

Con la segunda onda, mediante tomates tóxicos tratados con productos organofosforados, se trataba de inducir una epidemia más amplia, más extendida, cuyos signos y síntomas no sólo abarcasen los de la primera, sino que los agravasen, de forma que al derramarse la enfermedad no sólo en Torrejón de Ardoz, sino por una gran parte del territorio nacional, Torrejón fuese sólo un árbol más, y sin importancia cualitativa, en la atormentada geografía de la enfermedad. Toda la mentira generada en torno a la investigación era precisamente para ocultar el origen de esa segunda onda epidémica generada intencionadamente, envenenando unas partidas de tomates en Roquetas de Mar.

La razón de Estado y el pacto de silencio entre los grandes partidos impidió que se aclarara quién estaba en realidad detrás de

aquel envenenamiento masivo, que pudo ser provocado por la mano negra de los servicios de inteligencia norteamericanos. Veinticinco años después, sigue vigente la llamada de atención que hizo el Working Group de la Organización Mundial de la Salud: «Mientras siga sin descubrirse la causa precisa que la provocó, no puede tenerse la seguridad de que este tipo de enfermedad no vuelva a repetirse».

Comisionistas y trilaterales

La presentación de una delegación española en la reunión que la Comisión Trilateral celebra en Tokio el 19 de abril de 1979 se ofrece a los medios de comunicación como un acontecimiento histórico a partir del cual se intensificará la presencia de nuestro país en los centros y áreas de decisión mundial. Pero la realidad y el significado de la entrada de España en la Comisión Trilateral es muy distinta: la política que van a continuar llevando los distintos gobiernos de UCD y, posteriormente, los del PSOE y el PP, transcurrirá por las líneas trazadas desde Estados Unidos para los países dependientes del Imperio. El magnate David Rockefeller, presidente del Chase Manhattan Bank y principal impulsor de la Comisión, afirma que la entrada de España en la Trilateral viene dada por nuestra «influencia económica en Europa».

Desde su fundación, en 1973, como departamento adjunto del Chase Manhattan Bank, la Comisión Trilateral actúa con la intención de convertirse en el principal centro de investigaciones y decisiones del capitalismo mundial. Con tres puntos de apoyo: Estados Unidos, Europa Occidental y Japón. Pero, a la hora de la verdad, la idea de una Europa fuerte en lo económico y en lo político no resulta nada atrayente para los norteamericanos. Desde el principio se da una estrecha conexión entre los hombres de la Trilateral en España y los intereses económicos y políticos de los Estados.

Entre los trece personajes que integran la primera hornada de «trilaterales» españoles¹ aparecen Claudio Boada (presidente de Ford España), Jaime Carvajal y Urquijo (consejero de Standart Eléctri-

ca), Antonio Garrigues Walker (vicepresidente de IBM, vocal de Ford España...), Alfonso Osorio (presidente de inversiones ESSO, vicepresidente de PETROMED) y José Vilá Marsans (vicepresidente de Bebidas Americanas, Pepsi y Mirinda). En la plantilla, también tienen un espacio básico los medios de comunicación, representados por Luis María Ansón, en ese momento presidente de la agencia oficial EFE.² Y no faltan los grandes padrinos de la CEOE: Carlos Ferrer Salat, José Luis Cerón Ayuso y José Antonio Segurado. Ansón y Carvajal son, además, los hombres del rey en la Trilateral. Carvajal es amigo de Juan Carlos I desde la infancia y fue senador por designación real en 1977. Por su parte, Ansón ha pertenecido al consejo privado del padre del monarca.

El personaje clave durante la fase inicial de los contactos del empresariado español con los promotores de la Comisión es Antonio Garrigues Walker, un hombre muy ligado a los Rockefeller. Como su hermano Joaquín, que ha trabajado en Nueva York para el Chase Manhattan Bank y en ese momento es ministro de Obras Públicas en el Gobierno de Adolfo Suárez. Joaquín Garrigues está casado con la hija del ex embajador español en Estados Unidos José María de Areilza. Otro de los hermanos Garrigues se casa con una sobrina de Nelson Rockefeller. Todo un clan para la Trilateral. Antonio Garrigues Walker declara en ese momento que «el empresariado español, aunque yo no lo represente ni hable en nombre de él, es partidario de la entrada de España en la OTAN».

La Comisión Trilateral, fundada en julio de 1973, tiene como primer presidente a Zbigniew Brzezinski. Posteriormente, este político norteamericano de origen polaco será consejero de Seguridad del presidente Carter. La Comisión nace con el propósito formal de analizar los principales problemas con los que se enfrentan Estados Unidos, Japón y Europa Occidental. Está considerada una especie de Gobierno mundial en la sombra. Según el propio Brzezinski, su ideólogo, es «el conjunto de potencias financieras e intelectuales mayor que el mundo haya conocido nunca». Dadas las perspectivas inquietantes que presenta la década de los setenta para el capitalismo internacional, los dirigentes de los países más desarrollados ven la ne-

cesidad de promover una mayor cooperación entre políticos, académicos, empresarios y banqueros, que facilite el logro de opciones comunes que tiendan a conseguir una reestructuración del orden internacional y aseguren la estabilidad de sus intereses. Los mayores productores mundiales de petróleo, acero y automóviles, los propietarios de las más influyentes cadenas de radiotelevisión y los principales grupos financieros del planeta están en manos de miembros activos de la organización recién creada. Con el transcurso del tiempo y las sucesivas incorporaciones, irá en aumento la concentración de grandes firmas en el seno de la Comisión.

El carácter ocultista con el que nace la Comisión desaparece cuando Jimmy Carter llega a ocupar la presidencia de Estados Unidos. Su Gobierno está formado por un equipo casi monocolor de trilaterales. «El mundo se preguntó en qué consistía aquella “mafia”. Para entonces, la Comisión ya llevaba tres años de rodaje interno que le habían servido para engrasar todas sus piezas, hasta conseguir una maquinaria de gran perfección», escribe Joaquín Estefanía.³ Ramsey Clark, antiguo secretario de Justicia norteamericano, sintetiza el ascenso directo del capital transnacional al poder en Estados Unidos: «Desde el segundo período presidencial de Ulysses Grant, es decir, cuando el mayor número de miembros del Gabinete estaban conectados con la compañía de Ferrocarriles de Pennsylvania, nunca se había visto un gobierno más estrechamente vinculado a las corporaciones industriales como el de Jimmy Carter».⁴

La estrategia de la Comisión, encaminada a favorecer la expansión de las grandes corporaciones, tiene que chocar, inevitablemente, con las fronteras políticas locales, que resultan demasiado estrechas y limitadas. «Ha llegado el momento de levantar el asedio al que están sometidas las empresas multinacionales, para permitirseles continuar su inacabada tarea de desarrollo de la economía mundial», afirma David Rockefeller. El estudio titulado «Sobre la democracia parlamentaria», patrocinado por la Comisión Trilateral, constituye un elocuente manifiesto a favor de la plutocracia: «Cada sociedad democrática ha tenido una población marginada, de mayor o menor tamaño, que no ha participado activamente en la política. De por sí,

esta marginalidad de parte de un grupo es intrínsecamente antide-mocrática, pero ha sido también uno de los factores que ha permitido a la democracia funcionar eficazmente». El asunto lo dejan muy claro: «El funcionamiento eficaz de un sistema democrático exige, por lo general, cierta apatía y falta de participación de algunos individuos y grupos». Una cita con las urnas de vez en cuando y ya están listos.

Para comprender el origen de la estrategia de la Trilateral hay que recordar que la actitud proteccionista y prepotente de Estados Unidos suscita resentimientos en Europa y que, por consiguiente, hay que cambiar de táctica: sustituir la presencia directa por otro tipo de implantación más discreta, pero también dominante. De esta «presencia» se encargan los servicios secretos, las compañías transnacionales y sus aliados europeos, militares, políticos y financieros.

El más directo antecedente de la Comisión Trilateral es la formación, en 1952, de un comité encargado de crear «un organismo internacional en el que estadounidenses y europeos puedan reunirse con el fin de mejorar las relaciones entre los dos continentes». Forman parte de ese comité, entre otros, William Donovan, ex director de la OSS (antecesora directa de la CIA), el banquero portugués Nogueira, el hermano del dictador español Nicolás Franco, el industrial holandés Martens, antiguo coronel de la Wehrmacht, y su compatriota Joseph Luns, que llegará a secretario general de la OTAN a principios de los ochenta. La presencia del hermano de Franco en esa reunión puede contribuir a explicar sus estrechas relaciones primero con Gran Bretaña y después con Estados Unidos. Nicolás Franco es, durante muchos años, embajador de España en Lisboa, una plaza «clásica» del Intelligence Service británico, desde la que los espías británicos proyectan su red hacia América, el Mediterráneo y África.

Los antecedentes de la Comisión Trilateral hay que buscarlos en el llamado Club de Bilderberg, centro de reunión de grandes financieros mundiales, políticos conservadores y socialdemócratas, ejecutivos de grandes empresas multinacionales y altos cargos de los servicios de inteligencia occidentales.

La reunión a la que asiste Nicolás Franco es uno de los hitos previos a la fundación del Club. Esta entidad, concebida para el «estudio y la planificación del mundo desarrollado», nace, de hecho, en el curso de una reunión celebrada los días 29, 30 y 31 de mayo de 1954 en el hotel Bilderberg de la ciudad holandesa de Osterberch, bajo la hospitalidad del príncipe Bernardo, esposo de la reina Juliana.

A partir de 1955 hay una constante presencia española en las reuniones del Club. Manuel Fraga está presente en varias; en una, acompañado por Leopoldo Calvo Sotelo. Los nombres se repiten. Fraga asiste también al encuentro que se celebra en febrero de 1977, pocos meses antes de las primeras elecciones generales de la Transición.

En el verano del setenta y cinco, cuando ya parece inminente la muerte de Franco, se celebra una reunión del Club de Bilderberg muy importante para el futuro político de España. Tiene lugar en el hotel Son Viola, de Palma de Mallorca, y están presentes un total de 128 personas, presididas por Alexander Haig, comandante en jefe de las fuerzas aliadas en Europa. También acuden Joseph Luns, secretario general de la OTAN y Nelson Rockefeller, vicepresidente de Estados Unidos, que tendrá que volver tres meses después a España, para dar el pésame al rey Juan Carlos por la muerte de Franco. Los temas sometidos a debate son: «Uniformidad del armamento», «Ampliación del Mercado de las Armas uniformadas» y «La situación de la Península Ibérica». ⁵ Sobre España se produce un acuerdo sustancial: «Es indispensable contar en este país con un tipo de hombres nuevos, capaces de garantizar la sustitución del franquismo sin traumas».

En junio de 1978, se celebra en la ciudad inglesa de Brighton una reunión a puerta cerrada, que algunos observadores relacionan con el Club de Bilderberg. Aparecen como organizadores del encuentro el Instituto para el Estudio del Conflicto, una entidad semifantasma relacionada directamente con la CIA, que poco antes ha organizado un seminario sobre «España y la OTAN»; el Instituto para la Investigación de las Relaciones Internacionales, y la organi-

zación Airus for Freedom and Interprise, plataforma de propaganda de los grupos conservadores en Europa en su lucha contra las nacionalizaciones. El corresponsal del diario *El País* en Londres, Ángel Santa Cruz, escribe que se trata de una reunión del Club de Bilderberg destinada a crear «una organización mundial destinada a luchar contra el comunismo» y a promover la «libertad y la libre empresa». ⁶ A la conferencia asisten representantes de poderosas compañías multinacionales británicas y norteamericanas (entre ellas, la Standart Telephones, del grupo ITT; la azucarera Tate and Lyle, y el National Westminster Bank), junto con prominentes militares retirados, hombres de negocios y publicistas influyentes de Europa, América y países asiáticos como Tailandia, Corea del Sur o Filipinas.

Un político muy vinculado a la Trilateral, y directamente a los norteamericanos, es José Pedro Pérez Llorca, ministro de Asuntos Exteriores de UCD con los presidentes Suárez y Calvo Sotelo. Pérez Llorca ha compartido una especie de bufete-consulting con Luis Solana, otro futuro «trilateral» ligado a las multinacionales y al Banco de Urquijo. Solana llegará a presidente de la Telefónica, entidad fundamental para la consolidación de las inversiones de ITT en España. Él será el gran impulsor de la política de privatización de esta empresa pública. Junto con Enrique Múgica, Luis Solana es el «experto» en asuntos militares del PSOE. El nombre de ambos aparece, en 1982, en un organigrama elaborado por la Brigada Antigolpe de la policía, que investiga las conexiones de la trama que hay tras el intento de golpe de Estado del 23-F. En ese documento, a los dos se les atribuye una relación con algunos golpistas y con la CIA. ⁷

El 26 de noviembre de 1979 la sección europea de la Comisión Trilateral se reúne en el hotel Ritz de Madrid y Enrique Múgica representa al PSOE en el acto de apertura. Bajo el título «Múgica entusiasmó a los trilaterales», el periódico *Cinco Días* (28 de noviembre de 1979) publica:

Múgica respondió brillantemente a todas las cuestiones planteadas por los trilaterales europeos, interesadísimos por la evolución del socialismo español. Los puntos sobresalientes de su intervención se refi-

rieron, en primer lugar, al Rey Juan Carlos («Si don Juan Carlos no existiera, habría que inventarlo») y a la unión de la izquierda española («los conceptos del socialismo y la libertad son muy distintos en socialistas que en comunistas»). Quedó claro que no se produciría ningún tipo de frente de izquierdas.⁸

La lista de trilaterales se va ampliando y renovando hasta hoy. La incorporación de Jesús de Polanco al Club tiene un visible efecto colateral: el incisivo periodista Joaquín Estefanía no llega a escribir el perfil del magnate santanderino de la comunicación, para añadirlo a las «biografías críticas» de los trece primeros españoles que formaron parte de la Comisión, incluidas en su imprescindible trabajo sobre la Trilateral.⁹ Polanco le llama previamente para ofrecerle la dirección de las páginas de economía de *El País*, y el antiguo militante del PTE (Partido del Trabajo de España) maoísta le pide enseguida a su editor, Ramón Akal, que no reedite el libro, convertido ya en un molesto testimonio. No hace falta matar al mensajero, como se hacía antiguamente; resulta más democrático contratarlo. Joaquín Estefanía Moreira llegará a director de *El País*.

En 1994, entre otras incorporaciones de postín destacan, por ejemplo, las de Abel Matutes, futuro ministro de Asuntos Exteriores de Aznar, y la del socialista Manuel Marín, miembro de la Comisión de las Comunidades Europeas y actual presidente del Parlamento español. En la misma tacada entra Julio Feo, consejero personal de Felipe González y amigo de varios jefes de estación de la CIA. El experto en cuestiones militares Luis Solana también es reclamado por la Comisión, y en la última hornada, además de los imprescindibles miembros de grandes consejos de administración, entra por la puerta grande nada menos que la candidata a la alcaldía de Madrid Trinidad Jiménez,¹⁰ que, además, ocupa el cargo de secretaria de Política Internacional del PSOE. Eso explica su agresividad, en primera línea, contra los jefes de Estado latinoamericanos que se salen de la órbita del Imperio.

LA INFORMACIÓN LIBRE DEL INCI

Dentro del entramado de sociedades y siglas controladas por los norteamericanos, destaca, durante los primeros años ochenta, el papel desarrollado por el INCI (Instituto de Cuestiones Internacionales).

La visita del secretario de Defensa norteamericano, Caspar Weinberger, a España, en marzo de 1983, poco después de la victoria del PSOE en las elecciones generales y cuando se empieza a perfilar la convocatoria de un referéndum sobre la permanencia de España en la OTAN, pone al descubierto los objetivos del INCI, una entidad en cuya cuenta bancaria figura, según consta en el acta de su asamblea del 20 de diciembre de 1982, una partida concedida por la USIA (United States International Communication Agency), la organización oficial norteamericana que encubre la «guerra sucia» exportada por Estados Unidos a través de los medios de comunicación. Según uno de sus documentos divulgativos, el INCI pretende ser «una asociación privada e independiente, que se consagra al estudio de los problemas de la paz, guerra, desarme, cambio social y económico en el sistema internacional, y relaciones políticas internacionales».

La visita de Weinberger evidencia la instrumentalización del INCI por parte del Departamento de Estado norteamericano. Hasta tal punto que para acceder a la cena-rueda de prensa del secretario de Estado en Madrid hay que pasar por el filtro de ese organismo, hasta entonces muy poco conocido. Pero aún más: a Weinberger sólo se le pueden hacer preguntas que hayan sido formuladas previamente por escrito y trasladadas primero al secretario del INCI, el periodista Antonio Sánchez-Gijón, «al objeto de ser contestadas de forma agrupada y sistematizada». Sánchez-Gijón es uno de los más decididos defensores de la integración de España en la Alianza Atlántica. Según él, nuestro país «no sólo debe entrar en la OTAN, sino también disponerse a prestar contribución, por medios políticos, y quizás también militares, a la protección de los intereses occidentales en Oriente Medio».¹¹

El INCI se legaliza como sociedad en 1978. En su acta constitucional se marcan tres objetivos: «Preparación de un seminario internacional sobre problemas comunes a Europa y África, la obtención de los primeros medios financieros, y la formación de una junta elegida bajo la presidencia de una prestigiosa figura de la vida social española». Encabeza la primera junta Antonio Garrigues y Díaz-Cañabate, un personaje muy cercano a los norteamericanos, que ha sido embajador en Washington y en el Vaticano. Uno de sus hijos, el trilateral Antonio Garrigues Walker, intervendrá, poco después, en la compra de 72 aviones de combate F-18, por parte del Ministerio de Defensa, a la empresa norteamericana McDonnell Douglas. Una operación controlada por un estrecho colaborador del rey, Eduardo Serra. Los primeros vicepresidentes del INCI son el abogado José Mario Armero, presidente de la agencia Europa Press, otro hombre muy vinculado a las empresas norteamericanas y, por fin, el socialista Enrique Múgica.

El INCI forma parte del laberinto de organismos creados por el Departamento de Estado norteamericano, la CIA y el Pentágono en todo el mundo para crear estados de opinión favorables o desfavorables a cualquier tema que afecte a los intereses vitales de Estados Unidos. La actividad del Instituto se orienta hacia la opinión pública, y lo hace a través de los medios de comunicación. En la línea de lo que declara, en 1983, el agregado de prensa de la embajada norteamericana en Madrid, Guy Farmer: «No queremos que la prensa se llene de progresistas y de radicales que estén en contra de la política exterior norteamericana. Todo lo contrario, queremos tener periodistas amigos en todos los medios españoles, y hemos de decir que los tenemos».

Farmer abandonará su cargo en Madrid, precisamente, con el fin de cumplir una «misión» informativa muy especial para el mundo libre: la coordinación de la cobertura de prensa de la invasión norteamericana de Granada,¹² en la que se prohíbe la presencia de periodistas independientes incluso de los propios medios de comunicación norteamericanos. Durante su estancia en Madrid, Farmer llega a escribir una carta al subdirector general de Cooperación Informativa, Fernando Puig de la Bellacasa, en la que afirma que el

Club Internacional de Prensa (situado en la madrileña calle de Pinar) se dedica a «divulgar unas ideas minoritarias y antidemocráticas que, en todos los casos, constituyen una crítica constante contra la política internacional tanto del Gobierno español como del de los Estados Unidos». ¹³

Durante la etapa anterior a la convocatoria del referéndum de la OTAN, el INCI organiza numerosos seminarios para sus asociados y para personas de «relevancia política» de la vida española, según señalan quienes los organizan. Colaboran en ellos desde el general Vernon Walters hasta los militares españoles Ángel Lobo y Miguel Cuartero, además de Antonio Sánchez Gijón, Terence Todman —el embajador norteamericano que interviene en el 23-F—, el general israelí Moshe Dayan, Leopoldo Calvo Sotelo o el general Cano Hevia.

Entre los miembros del INCI hay periodistas como José Navarro Ferré, Thomas Burns (corresponsal de la revista *Newsweek*), Rafael Ansón Oliart, Guillermo Medina, Manuel Blanco Tobío, José Ramón Alonso... Y militares como Ricardo Vallespín, el general Cuartero Larrea, Ángel Lobo García, Juan Yagüe, Bartolomé Beltrán y el ex ministro de Defensa Alberto Oliart, en cuya casa se gesta el documento que firman varias decenas de intelectuales y personajes del mundo de la cultura a favor del «Sí» en el referéndum. Además de Pedro Schwartz o Inocencio Arias, que hará carrera política en Exteriores con el PSOE y después con el PP de Aznar.

Cuando arrecia en los medios de comunicación, sobre todo en TVE, la campaña a favor de la permanencia de España en la OTAN, se hace público que en el acta de la Asamblea del Instituto celebrada en diciembre de 1982 figura, literalmente, que «un socio expresó su preocupación por el hecho de que, en la cuenta de ingresos del INCI, figurase una partida concedida por la United States International Communication Agency —USIA—, que es un organismo de un gobierno extranjero». Según hace constar el propio CESID, este asunto «subraya a las autoridades españolas la dependencia norteamericana del INCI». ¹⁴

En 1991, el INCI se fusiona con el Centro de Estudios de Política Exterior (CEPE) y surge el Instituto de Cuestiones Internacionales y Política Exterior (INCIPE), que continúa desarrollando una notable actividad. Los presidentes de esta entidad, desde su creación, son Antonio Garrigues y Díaz-Cañabate, José María de Areilza, Eduardo Serra, además de José Lladó y Fernández-Urrutia.

En el entorno de los norteamericanos hay nombres que se repiten hasta la saciedad. Uno de ellos es el de Eduardo Serra, que del INCI acabará saltando a otra entidad de la misma cuerda, el Instituto Elcano, presidido actualmente por el ex ministro de Defensa socialista Gustavo Suárez Pertierra, que sustituyó en el puesto precisamente a Serra, tras la victoria de José Luis Rodríguez Zapatero en las elecciones de marzo de 2004.

CONSEGUIDOR «ZARZUELERO»

La cercanía de Eduardo Serra al rey y a los norteamericanos le sitúa en una privilegiada encrucijada de caminos por la que transita todo tipo de operaciones políticas y, sobre todo, económicas. Lo que mejor ilustra la trayectoria política de Eduardo Serra es el hecho de que goza de cargos de relevancia, dentro del Ministerio de Defensa, con UCD, el PSOE y el PP. Abogado del Estado, entra a formar parte del equipo del Ministerio de Industria con Alberto Oliart, en 1977, y tras el golpe del 23-F, Calvo Sotelo lo incorpora a su Gobierno como secretario de Defensa, en un momento clave: se prepara el ingreso urgente de España en la OTAN. Con la llegada del PSOE al Gobierno, Felipe González y su vicepresidente Narcís Serra lo mantienen como subsecretario de Defensa, lo que no le impide afirmar públicamente: «No soy socialista ni por el forro». Antes del referéndum de 1986 sobre la permanencia de España en la Alianza Atlántica, Eduardo Serra propone «la creación de un lobby ibérico para recorrer los corredores del Pentágono, del Congreso y del Departamento de Estado, con armas «made in Spain» en la mano, con el fin de favorecer la penetración de la industria española de armamento en los mecanismos de decisión norteamericanos».¹⁵

Pablo Castellano también hace un jugoso apunte sobre la incorporación de Eduardo Serra al equipo de Gobierno socialista:

En materia de Asuntos Exteriores, Interior y Defensa, el jefe del Estado, siguiendo viejas tradiciones, despacha de forma especial y directamente con los correspondientes ministros. Y es pública y notoria su opinión, precedente al nombramiento de los mismos y hasta su propuesta, que explica la sorprendente y continuada presencia del «otro» Serra, Eduardo, en gobiernos de tan variado signo. El Rey no nombra ministros, pero algunos son más llamados por el Rey que otros.¹⁶

Considerado oficiosamente como uno de los principales representantes de la Administración de Estados Unidos en los círculos gubernamentales y empresariales españoles, Serra es, además, conocido como miembro del «clan zarzuelero» que gira en torno a Juan Carlos de Borbón. Es notorio su papel de intermediario en la compra de armas aprovechando sus cargos oficiales y su posterior e impúdica incorporación, como alto directivo, a las empresas a las que ha encargado previamente trabajos desde el Ministerio de Defensa.

Manuel Soriano, en su libro *La sombra del Rey*, señala que el teniente general Sabino Fernández Campo sostenía:

El Ejército debe someterse a las normas generales de la contratación administrativa. Pero en lo que afecta a la especialidad peculiar de los servicios militares, las excepciones habrían de aplicarse con la mayor facilidad, ampliándolas y detallándolas si fuera preciso, como desarrollo de los casos que la ley prevé.¹⁷

Y continúa diciendo:

Esas normas se fueron flexibilizando con el paso de los años por las exigencias que en el artículo ya se preveían y por la práctica del pago de comisiones que se generalizó en todos los países cuando se abordaba la compra de material militar. En España, el caso que provocó mayor escándalo fue la pugna entre McDonnell Douglas y Boeing para conseguir la adjudicación del programa FACA (Futuro Avión de Com-

bate y Ataque). Se lo llevó la primera compañía después de que la segunda se viera implicada en la denuncia de un pago de comisiones en cuya operación salió a relucir la princesa Torlonia, prima del Rey, y el abogado Francisco Jiménez Torres, que antes había sido presidente del INI.

En medio del enorme baile de millones que supone esta transacción bélica, aparece la figura de Eduardo Serra, responsable del Ministerio de Defensa en los grandes proyectos y negocios militares. Entre ellos, este polémico proyecto FACA que propicia la compra de 72 aviones F-18 a la empresa norteamericana McDonnell Douglas, con un coste de 300 000 millones de pesetas.

Un año después de su salida del Gobierno, en 1988, es nombrado presidente de Telettra-España, la empresa filial española de la multinacional que realiza las instalaciones de comunicaciones de la OTAN en toda España, con un coste de 350 000 millones de pesetas. En 1989 es nombrado vicepresidente y después presidente de Cubiertas y MZOV, la empresa que construye un refugio antinuclear en Toledo para el Ministerio de Defensa. Y a continuación, en 1993, accede a la presidencia de Peugeot-Talbot en España, y después a la de Airtel. A esa biografía hay que añadir la presidencia, desde 1987, de la Fundación de Ayuda a la Drogadicción, de la que es presidenta de honor la reina Sofía.

Y como guinda, en 1996, José María Aznar le nombra ministro de Defensa. Una de las principales misiones con las que llega a ese cargo es la de no desclasificar los papeles del CESID que implican al Gobierno socialista en la guerra sucia contra ETA desatada por los GAL en los años ochenta.

Jefes de estación

Con la discreta pero forzosa expulsión de la plana mayor de la CIA en Madrid, como consecuencia de la Operación Gino, queda en evidencia una de las facetas ocultas de la presencia norteamericana en España: las acciones encubiertas. En los medios de comunicación se llega a hablar de que la Agencia tiene destinados en nuestro país a mil quinientos agentes¹ con distintos vínculos «profesionales», cuya actividad abarca desde la dedicación total a la colaboración ocasional. Hasta su «regreso» a Estados Unidos, en 1984, Richard Kinsman ha sido el último jefe de operaciones que ha tenido en suelo español la CIA.

Kinsman llega a España, junto a su mujer, en julio de 1982, un año y medio antes de ser reexportado a su país. Para él, Madrid es el final de un largo peregrinar, la cima de su carrera, antes de culminar brillantemente una intensa trayectoria profesional. Tras este destino le espera un cómodo despacho en Washington o, mejor aún, en la sede central de Langley. Con cuarenta y ocho años, de complexión fuerte, más de 1,80 metros de estatura y una cara grande y redonda, N. Richard Kinsman es, durante ese tiempo, primer secretario de la embajada de Estados Unidos en Madrid. Puede pasar perfectamente por uno de tantos diplomáticos extranjeros acreditados en España. Sin embargo, se dedica a ejercer de director de orquesta de una amplia red de espionaje. Este atildado funcionario resulta ser el personaje bautizado como «Mr. K» por los servicios de inteligencia españoles: el máximo jefe de la Agencia Central de Inteligencia en nuestro país.

En Madrid, Kinsman reemplaza a Ronald E. Estes, demasiado quemado ya, tras años de intensa actividad. En el currículum del jefe

de estación saliente destaca su estrecho seguimiento del golpe de Estado del 23-F. Antes de venir aquí, Kinsman ha estado destinado en Kingston (Jamaica) donde ocupó el puesto recién dejado por Dean J. Almy, dos años más joven que él y un buen conocedor de la historia de España. Almy operó en Madrid durante cuatro años.

Kinsman tiene sobradas referencias de lo que va a encontrar en Madrid, un goloso destino. Los cauces de relación con las instituciones están bien engrasados. Le espera un trabajo que, por fin, supondrá el capítulo final de su servicio en el exterior. Durante su estancia en la capital española, no se deja ver mucho. Aparece en una de las corridas de toros de la feria de San Isidro de 1983, en Las Ventas. Y a su lado tiene, como buen anfitrión, a Rafael Vera, director general de la Seguridad del Estado. Al parecer, además de los habituales contactos orgánicos, Kinsman habla con Vera de los planes de educación de los policías españoles.

Después de su expulsión, a finales de 1984, fuentes oficiales de la embajada de Estados Unidos desmienten a *Interviú*² las «ocupaciones» relacionadas con la CIA que se le atribuyen a Kinsman. Robert David Plotkin, primer secretario y agregado de prensa de la embajada, señala al periodista Enrique Barrueco: «Kinsman existe». Al menos se tiene un punto de partida común.

Hay, efectivamente, una persona con ese nombre, se trata de un diplomático de la sección política que recientemente ha abandonado España dentro de la rotación normal del personal diplomático. No tiene nada que ver con las actividades que se le achacan. Durante su permanencia en España ha mantenido los contactos normales de su cargo. Actualmente está en Washington y su trabajo nunca ha estado relacionado, ni lo está, con actividad alguna al margen de su cargo diplomático.

Sin embargo, para fuentes relacionadas con los servicios de información españoles, la adscripción de Kinsman a la CIA está fuera de toda duda. Antes de que aterrizara en Madrid, Philip Agee y su equipo de *Cover Action* ya habían avisado de quién era el nuevo primer secretario que llegaba a la embajada de la calle de Serrano. Entre los supuestos mil quinientos hombres vinculados a la CIA que

hay en nuestro país en ese momento, según los cálculos de funcionarios españoles de los servicios de inteligencia, se encuadran colaboradores habituales y ocasionales, además de los elementos incrustados en las instituciones oficiales o privadas. Todos ellos forman un escuadrón en la sombra que la Agencia utiliza para tener un constante diagnóstico de cómo funcionan los puntos neurálgicos del país.

Dentro de este complejo entramado de espías y colaboradores, destacan veteranos agentes como John R. Thomas, que actúa con la cobertura diplomática de «tercer secretario y vicecónsul». Un elemento que ha mantenido estrechos contactos con los hombres del comisario Eduardo Blanco, director general de Seguridad durante los últimos años del franquismo. Thomas ha sido un eslabón fundamental de una red de tráfico de armas que ha tenido como destinataria a la extrema derecha durante los años 1976 y 1977. Un período en el que la actividad de los grupos ultras en la calle ocasiona numerosos muertos. En esa época, el tráfico de armas Bélgica-Madrid tiene uno de sus asientos en un local del paseo de Extremadura controlado por Thomas.

Sin la cómoda tapadera de la embajada, operan oficiales de la CIA como Joseph Said Cybulski, Norman L. Spinney, Martin I. Jonson o Charles M. Murphy. Y el experto en sabotajes Donald L. Kear, estrechamente vinculado a algunos miembros de la Agencia que trabajaron en la preparación del golpe de Estado de 1973 que derribó al presidente constitucional chileno Salvador Allende.

Otro elemento de la tela de araña que tiene su centro en la embajada es un periodista que firma en algunos medios de comunicación editados en Barcelona como Miguel Airol. Las letras de este seudónimo se corresponden con las de su apellido, pero colocadas al revés. Su verdadero nombre es Víctor Hugo Miguel Bruni Loria, nacido en Buenos Aires en 1930. También colaboró profesionalmente con Radio Nacional de España desde Roma. Allí trabajó en una empresa que formaba parte del entramado que forjó gran parte del terrorismo ultraderechista italiano de los años sesenta vinculado a la red «Gladio»: la agencia de prensa Oltremare, financiada por el SID (Servicio de Información de la Defensa). Este organismo italia-

no de contraespionaje apoyó, a través de algunos militares posteriormente involucrados en el golpe del príncipe Valerio Borghese, en 1970, una estrategia de desórdenes y atentados con el fin de provocar un giro derechista en el Gobierno italiano. También aparece citado en la prensa de Italia, como uno de los puntales de la CIA allí durante dieciocho años, entre 1955 y 1973, Evelio Verdura, que posteriormente llega a ser catedrático de derecho mercantil de la Universidad Complutense de Madrid y director general de Patrimonio Artístico, Archivos y Museos, durante seis meses, cuando el Ministerio de Cultura lo ocupa Pío Cabanillas, en 1978-1979. Además, ocupa el cargo de director honorario del Real Colegio de España en Bolonia.

Más difíciles de descubrir son los agentes de cobertura total, que resultan prácticamente invulnerables. Uno de ellos, cuya presencia pasa inadvertida inicialmente para los propios servicios de inteligencia españoles, es el representante en España del Continental Illinois National Bank and Trust Company of Chicago, Eric Jurgensen. Esta entidad no tiene sede propia en España durante los años setenta, utiliza parte de una planta que el Banco Atlántico le cede en la oficina que tiene esta entidad en el número 48 de la Gran Vía.

Jurgensen, mediador en la introducción de compañías como la Ford y la General Motors en nuestro país, cumple un eficaz papel como espía: se mueve en un ambiente empresarial de alto nivel que le hace difícilmente detectable. Incluso entabla contacto con algunos sindicalistas en la clandestinidad, para elaborar informes sobre la situación y las perspectivas del movimiento obrero. Cuando Jurgensen abandona España, el núcleo de su equipo continúa casi intacto. Las empresas multinacionales son un refugio cómodo para los espías norteamericanos.

TURISMO FOTOGRÁFICO

El 28 de enero de 1985 son detenidos en los alrededores del complejo del palacio de La Moncloa los «diplomáticos» norteamericanos

Denis McMahan y John F. Massey, cuando fotografían las antenas de comunicación de la sede presidencial, desde una distancia aproximada de 400 metros, justo desde el pie del museo de la Reconstrucción y Restauraciones Artísticas. Los guardias civiles adscritos al servicio de seguridad de La Moncloa empiezan a sospechar de los curiosos, por lo que rodean el lugar y sorprenden a los dos fotógrafos en plena tarea.

McMahan y Massey alegan entonces que son primos y que están tomando imágenes turísticas, al tiempo que hablan en inglés entre ellos. «Te dije que no deberíamos acercarnos por aquí», le comenta uno al otro, esperando que se le entienda y se note su afectada ingenuidad. «Si por toda esta zona hay lugares muy bonitos para fotografiar», continúa. No se sabe en qué manual de adiestramiento de la CIA se enseña este tipo de salidas para resolver situaciones comprometidas.

Los guardias civiles les conducen a las dependencias del complejo de La Moncloa destinadas a la vigilancia, después de confiscarles el material que llevan: una cámara fotográfica, un teleobjetivo y rollos de película tri-X-20 en blanco y negro.

Julio Feo, secretario del presidente de Gobierno de Felipe González, da su versión de este incidente en su libro de memorias:³

Sonó el teléfono, era Fernando Puell, segundo jefe de seguridad:

—Julio, hemos detenido a dos americanos que estaban haciendo fotos de Moncloa. Dicen que son de la embajada. Los tenemos en el cuerpo de guardia.

—Bueno, dime cómo se llaman y llamaré al embajador Enders para comprobarlo.

Enders me dijo que no le sonaban los nombres y que estaba seguro de que no eran de la embajada... Uno llevaba un carnet de la embajada USA en Madrid, el otro llevaba un carnet de personal de la base de Torrejón...

Se revela el carrete en el laboratorio anejo al despacho del propio Felipe González, siguiendo instrucciones de Julio Feo, y el resultado de las fotografías «turísticas» son varias vistas de las torres de

comunicaciones de La Moncloa realizadas desde el mismo ángulo. «Llamé a Manglano y envió a recoger el material fotográfico», continúa Julio Feo.

Cuando vieron el carrete, dijeron que era especial, de muy alta sensibilidad. El asunto ya quedó en manos de Exteriores, que, parece ser, pidió nuevas explicaciones, y del CESID, que hizo lo propio con sus colegas americanos. Al día siguiente, el jefe de estación de la CIA, que era nuevo y se llamaba «Ron», me llamó para asegurarme que él no tenía nada que ver con aquella estupidez. Los dos fotógrafos fueron expulsados.

En realidad, los hombres de la CIA sólo tenían que haber esperado unas semanas, en lugar de arriesgarse a ser descubiertos, y preguntarle a su presidente cómo era La Moncloa. Ronald Reagan visitará Madrid poco después y almorzará con Felipe González en La Bodeguilla.

Una vez informado el Ministerio de Asuntos Exteriores, la expulsión de los dos espías es un hecho automático. El propio presidente González se ve obligado a manifestar, el 16 de febrero, que los dos agentes norteamericanos han abandonado nuestro país «por desempeñar actividades que no se ajustaban a su estatus diplomático». Por primera vez, en España se reconoce, oficialmente, la existencia del juego sucio de la CIA organizado desde la sede diplomática norteamericana de la calle de Serrano.

Durante la etapa anterior al referéndum de la OTAN se intensifica enormemente la actividad de los hombres de la CIA. Para sus jefes es fundamental el envite que se está jugando. En 1985 el agente que dirige la estación de operaciones en Madrid es Leonard D. Therry, de cuarenta y siete años, que oculta su trabajo clandestino bajo la cobertura diplomática de «primer secretario» de la embajada de Estados Unidos. Él es la auténtica cabeza del espionaje norteamericano en España en ese momento.

Está considerado como un duro, uno de los hombres de la CIA más escorados hacia la derecha y favorables al intervencionismo de

Estados Unidos en otros países, defendiendo «el interés nacional definido en términos de poder». Leonard D. Therry es, según el registro del Ministerio de Asuntos Exteriores, uno de los 68 diplomáticos de la embajada de Estados Unidos en Madrid. Sin embargo, como jefe de la estación de operaciones, dirige lo que se ha denominado «el brazo clandestino de los Estados Unidos». A su pesar, quedará en la pequeña historia de la CIA en España como el responsable de una operación que, por primera vez, ocasiona la expulsión «pública» de uno de sus oficiales de operaciones, el segundo secretario Dennis E. McMahan, experto espía que ha actuado anteriormente en Moscú, y la del miembro de la Agencia Nacional de Seguridad John F. Massey, adscrito a la base aérea de Torrejón de Ardoz.

El episodio forma parte de un operativo diseñado para captar las comunicaciones entre las máximas autoridades del Estado, el Gobierno y los centros de decisión españoles. Pero la torpe actuación de los hombres de Therry no sólo provoca, en palabras del ministro de Asuntos Exteriores, Fernando Morán, «la sanción precisa de salida del territorio» de los dos agentes descubiertos, sino que origina en el seno de la embajada norteamericana una gran tensión entre los diplomáticos de carrera adscritos al Departamento de Estado y los espías del jefe de estación de la CIA.

Esta crisis interna entre los representantes de Estados Unidos en España forma parte de la vieja disputa en la que los diplomáticos profesionales acusan a los hombres de la CIA de tirar por tierra el auténtico trabajo de negociación que ellos realizan y enturbiar la relación entre los países «amigos» de Estados Unidos y la metrópoli. El almirante Stansfield Turner, director de la CIA durante la presidencia de Jimmy Carter, llegó a acusar a la «línea dura» de la Agencia «de hacer más daño a la propia «compañía» que en cualquier otra etapa de la historia». Esta tensión, sin embargo, no representa para Therry y la mayor parte de su equipo más que un pequeño problema asumido desde hace mucho tiempo.

Tradicionalmente, han convivido dos líneas dentro de la CIA: la de «información», que pretende dedicar todos los esfuerzos de la Agencia a hacer acopio de datos e informes para el Gobierno de Es-

tados Unidos, y la de «operaciones», decididamente proclive a la intervención directa en la política de todos los países de su ámbito de actuación, e incluso a provocar el derrocamiento de gobiernos considerados hostiles y la liquidación de regímenes políticos, llegado el caso. Los ejemplos son numerosos.

Durante el mandato de Reagan, el director de la CIA, William Casey, promueve, de forma sistemática, a todos los oficiales de la Agencia conocidos por ser partidarios de la «intervención». Es el caso de Leonard D. Therry. Nacido el 27 de junio de 1937, llega a Madrid en agosto de 1984, para sustituir a N. Richard Kinsman en la dirección de la estación de la CIA en Madrid. Su actividad como espía le ha llevado antes a Quito (Ecuador), donde permanece destinado desde 1969 hasta 1971, con la cobertura de «funcionario económico comercial» de la embajada. Después trabaja en Montevideo (Uruguay) y Tegucigalpa (Honduras). Y en 1978, ya como jefe de estación de operaciones, con la cobertura de «agregado» en la embajada norteamericana, llega a Madrid acompañado de su mujer, Bárbara, y se alojan en la habitación 512 del hotel Castellana.

Aterrizó en Uruguay cuando acababa de ser secuestrado y asesinado por los «tupamaros» su colega de la CIA Dan Mitrione. Therry participó de forma directa en el desarrollo de la operación de exterminio contra los integrantes de este movimiento guerrillero. Colaboró estrechamente con las fuerzas policiales y militares de un país que se ganó el sobrenombre de «cámara de tortura de América Latina», varios años antes de los golpes de Estado de Chile, en 1973, y Argentina, en 1976.

Los hombres de la CIA que intervinieron en aquellos acontecimientos son contemplados dentro de la propia organización como las «fuerzas de choque» de la casa. Una característica común en muchos de los agentes de la CIA que son destinados a España es que antes de venir, se han curtido en países latinoamericanos marcados por el signo de las dictaduras militares.

Como suele ser habitual en esa época, la estación de la CIA en Madrid cuenta con una media de quince agentes que operan de modo permanente con cobertura diplomática. Bajo la dirección de Therry,

se agrupan algunos de los que trabajaron con el anterior jefe, N. Richard Kinsman (expulsado a finales de 1984, como consecuencia de la Operación Gino), y los que se incorporaron a Madrid cuando él ya estaba destinado aquí. Al primer grupo pertenecen Dennis David Lamb, de cuarenta y ocho años; Herman Wesley Odom, de cuarenta y siete; Richard Para y Norman M. Descoteaux, de cuarenta y nueve; John W. Mertz y Edward John Bash Jr., y Paul Graham Nyhus. De todos ellos, el último es quien tiene mayor responsabilidad. Ostenta la jefatura adjunta de la CIA en España. Él controla materialmente la labor de cada uno de los demás. Todos los agentes tienen una larga experiencia en operaciones encubiertas. Sobre todo, cómo no, en países latinoamericanos. Descoteaux, por ejemplo, nacido el 15 de junio de 1936, ha estado destinado en Guayaquil, Buenos Aires y Kingston. Por su parte, Wesley Odom, nacido el 27 de febrero de 1944, ha pasado por Perú, Uruguay, Bolivia y Chile antes de llegar a España.

Cada uno de ellos está sometido a una fuerte presión por parte de su jefe inmediato. Deben constituir una red de agentes que les permita acumular información y, en su momento, influir en los sectores que sean de su interés. Cada operación que llevan a cabo se hace a través de un intermediario. Durante la etapa anterior al referéndum de la OTAN, los agentes de la CIA en Madrid tienen una misión primordial: el estudio minucioso de todo grupo que pueda suponer un riesgo para los intereses norteamericanos en España. Quieren, a toda costa, que España permanezca en la estructura de la OTAN. Ya en ese momento, la CIA también considera de vital importancia realizar un detallado análisis de las organizaciones islámicas en España.⁴ Además, a la ya vieja actitud de controlar cualquier elemento que pueda modificar la postura de España ante la OTAN, se une un nuevo factor: el proyecto Eureka, la iniciativa francesa para el desarrollo tecnológico europeo que el Gobierno de François Mitterrand ha lanzado como propuesta alternativa a la «Guerra de las Galaxias» patrocinada por Estados Unidos.⁵

Hasta ese momento, la llamada Iniciativa de Defensa Estratégica desarrollada por los norteamericanos era el único proyecto de ese tipo en el que los intereses de las multinacionales de la electrónica

tenían puestas sus apetencias en Europa. La actitud respondona de los franceses, ante la que España se mantiene entre dos aguas, supone una causa de preocupación para los planes económicos estadounidenses. Este asunto, junto al permanente sondeo y la vigilancia de los perfiles políticos y privados de los responsables de la política y la economía españolas, son los objetivos de las operaciones rutinarias a las que dedican sus esfuerzos los espías norteamericanos. Fuentes de la inteligencia española señalan que, en los últimos meses, coincidiendo con la expulsión de los dos «fotógrafos» de La Moncloa y, posteriormente, con la preocupación por aumentar la seguridad de las instalaciones norteamericanas, los agentes de la CIA se repliegan aparentemente, reduciendo incluso sus contactos, antes mucho más frecuentes, abiertos y periódicos, con miembros de los servicios de inteligencia españoles.

Aunque la visita de Ronald Reagan, a principios de 1985, supone una relativa normalización en las relaciones entre los hombres de la CIA y sus colegas españoles, en los días inmediatamente posteriores al viaje del presidente norteamericano esa tendencia al repliegue de los agentes norteamericanos se vuelve a poner de manifiesto. Es la hora de los espías con cobertura profunda. Ni el propio jefe de estación conoce la identidad de cada uno de ellos, sólo parte de las informaciones que esos agentes han enviado a sus contactos y les llegan analizadas y ampliadas desde el cuartel general de Langley o desde la República Federal de Alemania, adonde previamente han sido remitidos.

Esa restricción de la actividad pública de los hombres de la CIA es la antesala de una reorganización interna de la estación en Madrid que tendrá lugar tras las incorporaciones de nuevos funcionarios-espías durante el verano de 1985. El referéndum de la OTAN se acerca.

AGENTES, OFICIALES, ESPÍAS Y FUNCIONARIOS

Las fuerzas de la CIA en España están centralizadas en la séptima planta de la embajada de Estados Unidos en Madrid. Allí se encuen-

tra la sede de la denominada estación de operaciones, que está formada por un número variable de hombres y mujeres de la Agencia que oscila entre quince y veinte personas. Éstos mantienen contacto con la base del consulado norteamericano en Barcelona y las bases encubiertas en las instalaciones militares estadounidenses en nuestro país.

Los agentes que actúan desde la embajada con cobertura diplomática constituyen el núcleo de élite encargado de coordinar y organizar los trabajos habituales de la Agencia en España. Los agentes norteamericanos de la CIA intentan no participar directamente en la mayoría de estas operaciones. Su técnica de actuación se basa, generalmente, en la utilización de intermediarios. Como punto de partida, no se consideran ni agentes ni espías: son funcionarios de carrera que desempeñan el papel de oficiales de operaciones. Intentan que los «agentes» sean los individuos contratados por la CIA en cada país.⁶

En 1985, fuentes de la inteligencia española continúan estimando que la CIA puede disponer en España de alrededor de mil quinientos agentes y colaboradores. Un antiguo oficial de los servicios de inteligencia españoles señala: «A pesar de lo que pueda parecer, los agentes “activos” son los menos numerosos. La auténtica cantera que la CIA cuida y mimas, con atenciones que van desde pequeños obsequios, como regalos de empresa, a sumas periódicas ya establecidas, son los “durmientes”, que desempeñan su actividad diaria sin mayor preocupación. Sólo ante una necesidad concreta responden, según el cauce que tengan establecido. Y lo hacen con el mayor tacto posible, diciendo a cada persona lo que espera oír, poniendo de manifiesto los puntos que benefician a ambas partes, borrando continuamente cualquier suspicacia que pueda hacer al agente encontrarse incómodo en el cumplimiento de su tarea». La estación de Madrid controla toda una red cualificada, bien situada en sectores periodísticos, profesionales, políticos o militares. Vernon Walters, según él mismo proclama públicamente, tuvo, durante más de veinte años, «excelentes contactos en el Ejército español».

Un elemento fundamental son los «agentes con cobertura profunda». Se instalan en su punto de interés y no mantienen contacto

alguno con la estación de la CIA. Para preservar su seguridad, la Agencia envía, a la hora de mantener contactos con ellos, a funcionarios que trabajan en otros países, con billetes de ida y vuelta, y mantienen los intercambios o la recogida de información con la mayor discreción. Ni siquiera en la estación local se conoce la identidad de todos ellos. Son los más difíciles de descubrir. Dentro de este enorme complejo orgánico, los oficiales de operaciones son la élite cualificada. La mayor parte de ellos pertenece a la Dirección de Operaciones, una de las cuatro direcciones generales de la CIA, donde están centralizados los servicios clandestinos de acción y las operaciones encubiertas en todo el mundo. El jefe de operaciones en Madrid, como es el caso de Leonard D. Therry, está orgánicamente conectado con la rama de España de la organización, que pertenece a la División de Europa Occidental, integrada a su vez en la Jefatura de Divisiones de Área y conectada con la Jefatura de Acción Encubierta, todo ello englobado en la Dirección de Operaciones.

LOS «VALIJEROS» DE LA CIA

Las chapuzas de los norteamericanos en sus intentos de controlar al Gobierno continúan incluso después del referéndum de la OTAN. Esa obsesión de los responsables de la CIA por acumular incesantemente todo tipo de información y la absoluta impunidad que sienten les hace, a veces, actuar de forma disparatada, como principiantes. Algunos descalabros de los superagentes tienen cada vez más repercusión pública. A principios de 1988, el descubrimiento de un microemisor en el teléfono del director de Asuntos Consulares, Rafael Pastor Ridruejo, levanta una gran polémica sobre quién es el autor de las escuchas.

En un principio, las acusaciones tienen como objetivo a los servicios secretos españoles, el CESID. Pero miembros del Cuerpo Superior de Policía adscritos a este servicio descubren al verdadero autor del pinchazo: Kenneth Moskow, nada menos que el tercer

secretario de la embajada de Estados Unidos en Madrid y destacado oficial de la CIA. La operación, coordinada desde la séptima planta de la embajada, se ha realizado con la colaboración de tres inspectores de policía, dos capitanes y un comandante, todos ellos españoles, «que seguían las instrucciones del señor Kenneth Moskow, oficial de la CIA destinado en la Estación de Madrid y con cobertura diplomática», según se señala en un informe confidencial de los servicios de inteligencia españoles. Francisco Fernández Ordóñez, entonces ministro de Asuntos Exteriores, comunica personalmente la expulsión de Moskow al nuevo embajador norteamericano, Reginald Bartholomew, en el transcurso de una cena en el palacio de Santa Cruz, a mediados de abril. Una semana después, el espía norteamericano abandona España con destino a Nueva York.

El oficial de operaciones de la CIA Kenneth Moskow, nacido en Boston en 1960, es un viejo conocido de los miembros de los servicios de inteligencia españoles. Se refieren a él con el apelativo de «El Niño», debido a su rostro barbilampiño. Moskow llega a Madrid en 1984 y comienza a desarrollar sus acciones clandestinas en España bajo las órdenes del texano Richard Para. Desde el principio, lleva un ritmo de vida insólitamente alto: suele vivir en las suites de los grandes hoteles madrileños, cambiando con frecuencia de residencia. Sin embargo, oficialmente se aloja en un chalet de la plaza de Aunós, en la colonia de El Viso, alquilado a nombre de la supuesta puertorriqueña Margarita Isabel Caballer Caballer. En realidad, un nombre pantalla de los muchos que se utilizan en las operaciones encubiertas.

Moskow tiene un papel fundamental en el seguimiento de la campaña anti OTAN para la CIA. Según un informe del Ministerio del Interior, el agente norteamericano dirige operaciones técnicas de controles telefónicos a embajadas extranjeras en España y a partidos políticos de izquierda (PCE, MC, PCPE, LCR...). Además, sigue de cerca las actividades de la Comisión anti OTAN y los actos que se celebraban en el Ateneo de Madrid y en el Club Internacional de Prensa. Su vida social es muy activa, le gusta ejercer de superagente, según los más repetidos tópicos cinematográficos, y resulta muy fácil

encontrarle en recepciones oficiales, a las que acude frecuentemente conduciendo un «discreto» Ford Mustang rojo. El mismo informe del Ministerio del Interior señala que en su red de agentes están incluidos «miembros del exilio cubano, directores de hoteles, empresas de detectives privados, propietarios de restaurantes y socios del INCI que trabajan en medios de comunicación y en instituciones públicas». ⁷ Y además, varios inspectores y comisarios del Cuerpo Superior de Policía y algunos oficiales del Ejército. Su red se extiende a Barcelona, Marbella, Torremolinos, Málaga y Tarifa, lugares a los que viaja frecuentemente para coordinar las actividades de sus colaboradores. También, según el informe, «Moskow tiene estrechas relaciones con conocidos traficantes de armas que viven en la Costa del Sol y con otros personajes con antecedentes delictivos».

La expulsión de Kenneth Moskow es el resultado de las cada vez más tensas relaciones que mantienen los hombres de la estación de la CIA en Madrid con un minoritario sector de los servicios de inteligencia españoles. Sin embargo, la colonización continúa existiendo. En 1988, el máximo responsable del CESID, Emilio Alonso Manglano, durante una comparecencia en el Congreso de los Diputados, preguntado sobre las relaciones del espionaje español con la embajada norteamericana y la CIA, declara, evasivamente: «Se colabora buscando zonas de interés común». Y agrega que, sólo en 1987, «se han intercambiado diez mil documentos con otros países». La inmensa mayoría de ellos con Estados Unidos. ⁸

Uno de los agentes norteamericanos que provoca más rifirrafes con sus colegas españoles, por su actitud prepotente y chulesca, es Richard Para, responsable de las operaciones encubiertas de la CIA en España a mediados de los ochenta y jefe directo del después expulsado Moskow. Oriundo de Texas y de origen hispano, durante su destino en España opera bajo la cobertura de «tercer secretario» de la embajada y dedica su atención preferente a los asuntos militares. Su actitud pública se contradice con las normas de actuación más elementales que debe guardar un agente con su posición. Un oficial de los servicios de información españoles le califica como «el clásico vaquero zafio, maleducado y prepotente». Los miembros de la Bri-

gada de Relaciones Informativas de la Policía española llegaron a elaborar una queja contra él que se le presentó, por conducto diplomático, al anterior embajador, Thomas Enders.

El silencio oficial sobre la expulsión del espía norteamericano Kenneth Moskow contribuye a que los comandos operativos de la CIA en España sigan actuando con total impunidad. Esta red, compuesta por diplomáticos, empleados españoles de la embajada y agentes privados, está dirigida por «oficiales» de la Agencia. Sus «topos» han logrado infiltrarse en empresas comerciales e instituciones públicas, desde donde realizan la vigilancia, el seguimiento y el control de numerosas conversaciones. Todas estas actuaciones de espionaje se siguen coordinando desde la estación de la CIA en Madrid.

No obstante, la expulsión de Moskow genera tensiones. A primeras horas de la tarde del 7 de junio de 1988 llega al aeropuerto de Barajas el secretario de Estado norteamericano George Schultz. Y el embajador estadounidense en Madrid, Reginald Bartholomew, exige que se cachee a los periodistas. «En presencia de nuestros agentes de seguridad, porque no nos fiamos de ellos», llega a decir, refiriéndose a los policías encargados de la seguridad del aeropuerto. Esta actitud de Bartholomew provoca un fuerte enfrentamiento entre algunos de los responsables del Ministerio del Interior español y los miembros del servicio de seguridad norteamericano.

Un mes antes de la visita del secretario de Estado, la embajada norteamericana en Madrid recibía nuevos equipos ultrasofisticados de control y vigilancia, que habían entrado irregularmente por el aeropuerto de la base de Torrejón, y también a través de valijas diplomáticas recibidas en el aeropuerto de Barajas. Para estas tareas, la legación diplomática norteamericana dispone de los denominados «pases de valijeros», que autorizan la entrada por la rampa hasta el pie del avión recién aterrizado y permiten retirar toda la correspondencia oficial. Pero los «valijeros» estadounidenses recogen, además, mercancías e incluso pasajeros, que no pasan, como es obligatorio, los preceptivos controles aduaneros. Uno de los coordinadores de este trabajo es el norteamericano Alfonso Pérez —conocido como

«Al Pires»—, quien trabaja en la estación de la CIA y cuenta con muchas complicidades en el aeropuerto.

Sin embargo, el comportamiento de Bartholomew en Barajas no se debe a un excesivo celo por la seguridad de Schultz, según señalan integrantes de la Brigada de Relaciones Informativas del Ministerio del Interior. Estos agentes explican que el embajador norteamericano en España no perdona la expulsión del oficial de la CIA Kenneth Moskow. Pero, sobre todo, porque la expulsión de este espía viene a confirmar oficialmente las actuaciones ilegales de la Agencia Central de Inteligencia desde la estación de Madrid, y cuyo descubrimiento hace suponer que toda la estructura de sus operativos en España empieza a resentirse y hay que renovarla.

Las operaciones de información realizadas bajo la dirección de Kenneth Moskow para la estación de la CIA en Madrid están coordinadas desde la segunda planta de la embajada, donde se encuentra, en ese momento, la GSO (General Services Office), que estaba dirigida por el agente norteamericano expulsado. Cuando Moskow viene destinado a Madrid, su primer jefe, antes que Richard Para, es el oficial Alfred G. MacGuinnes, hasta que éste regresa al cuartel general de la CIA en Langley. Moskow incorpora a su red un nutrido grupo de colaboradores españoles. Durante los cuatro años que actúa en Madrid este oficial de la CIA, los programas operativos diseñados por el RSO (Regional Security Officer) tienen como ejecutor a un agente español, José Miguel Urresti Rodríguez.

Según el contrato de Urresti con la embajada norteamericana en Madrid, el tiempo de duración de su trabajo es indefinido y su labor está relacionada con las tareas de seguridad en la base de Torrejón de Ardoz. Sin embargo, la tarjeta de acreditación de Urresti, emitida por la embajada norteamericana y suscrita por el RSO, William M. Chamber, precisa que José Miguel Urresti Rodríguez «está autorizado para efectuar investigaciones oficiales de esta embajada para la protección del embajador y de otras personalidades que decida esta Oficina, y agradecerá toda la cooperación que se le pueda facilitar para el cometido de su misión». Fuentes de la Oficina de Información Diplomática española, por el contrario, afirman que «ningún

agente norteamericano o de cualquier otro país está autorizado a realizar investigaciones fuera de los límites de su embajada. Esas supuestas actividades son totalmente ilegales».

El agente de seguridad Urresti Rodríguez se da a conocer a principios de 1987, cuando aplica ilegalmente el «detector de mentiras» a más de una docena de empleados españoles que trabajan en la delegación diplomática norteamericana de la calle de Serrano. Los pases y permisos utilizados por los oficiales de la CIA y sus agentes españoles en el aeropuerto de Barajas son gestionados por el propio Urresti Rodríguez y por el también agente José Piquera Rovira, a partir de la solicitud de la estación de la CIA en Madrid y de la sección correspondiente del AFE (Air Forces Element). Ambos servicios están situados en la séptima planta del edificio de la embajada. Sin embargo, estos permisos se tramitan a través de GSO.

Uno de los hombres clave de estos servicios norteamericanos en la sede madrileña del Ministerio de Asuntos Exteriores es el funcionario del Cuerpo Superior de Policía Felipe Bragado de las Heras. En el escalafón policial, Bragado de las Heras figura con el número 9 800 del registro de personal, pero en el Fichero de Altos Cargos aparece como director de Chancillería, en el Servicio de Protocolo, Chancillería y Órdenes del Ministerio de Asuntos Exteriores.

Bragado de las Heras despacha varias veces a la semana con el agente de seguridad Urresti Rodríguez en la oficina que éste ocupa en la embajada. El policía Bragado tiene informado puntualmente al RSO de todo lo que capta en su destino de canciller en el Servicio de Protocolo. Bragado de las Heras gestiona también los pases y permisos protocolarios que entrega al «valijero» Manuel Bastida Centenera en la embajada norteamericana. Bastida los distribuye siguiendo las directrices del GSO canalizadas por el agente Urresti.

Una de las tareas ilegales realizadas por Bastida Centenera y por Urresti Rodríguez consiste en recoger pasaportes de visitantes que entran a España por la base de Torrejón de Ardoz y entregarlos en la chancillería de Asuntos Exteriores. Allí tramitan los visados que van a necesitar para desarrollar en nuestro país las actividades encubiertas que tienen programadas. Para conseguir la tramitación de esos do-

cumentos irregulares, la embajada norteamericana cuenta con la buena disposición de un alto funcionario policial destinado en la comisaría de pasaportes, que, más adelante, será trasladado al Servicio de Extranjería.

Las partidas de material ultramoderno que entran por Torrejón y Barajas son mayores cuando se tiene prevista la llegada a España de altos responsables de la Administración norteamericana. Llegan a nombre del embajador, pero fuera de la valija diplomática, y suele tratarse de sofisticado material de escuchas, transmisiones, recepción e interferencia. Toda esta tecnología es retirada por el «valijero» Manuel Bastida Centenera con la catalogación de «equipajes y material de trabajo». Las partidas vienen identificadas con las siglas «WHCA», que corresponden al departamento White House Communication Agency; o con las siglas «AFE», «PPM» o «T & CU», que corresponden al Air Force Element, Political Military y Transmissions and Communication Unit, respectivamente; y también, aunque con menos asiduidad, con las siglas «DCSG», pertenecientes a Defense Coordination Specialist Group. Todos estos envíos son retirados, sin ningún tipo de impedimento, por el «valijero» Bastida Centenera, con los pases concedidos en la chancillería de Asuntos Exteriores.

Felipe Bragado de las Heras accede a la dirección de chancillería recomendado por Thomas Enders, anterior embajador norteamericano en España, que es sustituido por Reginald Bartholomew. Bragado despacha con Richard Para, primero, y después con el expulsado Kenneth Moskow. En estas reuniones se planifican las escuchas ilegales de las conversaciones telefónicas de parlamentarios españoles, embajadas, partidos políticos y organizaciones sindicales, asociaciones privadas e instituciones públicas, al mismo tiempo que se diseñan los servicios paralelos de escolta, seguimientos e informaciones puntuales. Todas estas tareas de tipo operativo cuentan con la colaboración de algunos miembros de Grupo 4, empresa privada de seguridad contratada por la delegación diplomática norteamericana en España.

Una vez acordadas y diseñadas esas operaciones, se designan los comandos que las van a ejecutar y se pone en marcha el programa,

siempre bajo la dirección ejecutiva de Urresti Rodríguez y con la supervisión del responsable estadounidense del GSO. Todas estas actividades ilegales y encubiertas tienen como gran director a Samuel H. Gimán, nuevo *chief of station* (COS) de la estación de la CIA en Madrid, quien oficia, desde mediados de junio de 1985, bajo la cobertura de «primer secretario» de la embajada.

El hombre clave de los norteamericanos en la Compañía Telefónica es el encargado de negocios José del Toro Tintore, que dispone de una oficina en la sede diplomática de la calle de Serrano, desde donde realiza sus trabajos paralelos diseñados para los operativos del Security Officer. Del Toro actúa bajo la dirección inmediata de Urresti Rodríguez y «trabaja» por las mañanas en la central de Ríos Rosas de la Compañía Telefónica. En la embajada también está empleado su hijo, y entre ambos coordinan los capítulos técnicos del control telefónico, enlaces y «puentes» en paneles, que les ordenan los servicios secretos norteamericanos. Otro de los agentes españoles de la CIA es José Piquera Rovira, que también ocupa una oficina en el segundo piso de la embajada. Él se encarga del alquiler de «bases operativas» de actuación, es decir, pisos camuflados desde donde realizan y coordinan las actividades ilegales: controles, información, vigilancia o cualquier otra actuación programada.

LA CIA CONTRA ETA

A principios de los años ochenta se empieza a poner freno, desde algunos departamentos del CESID, a las intromisiones de la CIA en la actividad de los servicios de información españoles. Entonces, los hombres de la Agencia en Madrid buscan otros colaboradores, y la Guardia Civil se echa en sus brazos. Los norteamericanos tienen una baza infalible para conseguir su apoyo: prometen prestar su tecnología para emplearla en la lucha antiterrorista. «Desde ese momento, la Guardia Civil respira y actúa de acuerdo con la CIA», afirma el coronel Juan Alberto Perote. «Además, se lo ponen claro, para que no tengan dudas: ahí no hay conflicto de intereses, todos

contra el terrorismo.» A partir de ese momento, los norteamericanos dejan de prestar apoyo tecnológico a los agentes de la AOME y se lo proporcionan sólo a los hombres de verde. Sobre todo, micrófonos de última generación, para hacer escuchas, y sistemas avanzados de control de fronteras. Los seguimientos por satélite llegarán más tarde.

Comienza a producirse el intercambio y la inteligencia norteamericana se nutre a grifo abierto del Servicio de Información de la Guardia Civil y de la Policía. La CIA compensa tan inestimable ayuda, en 1986, con su imprescindible participación en la Operación Sokoa, uno de los golpes más duros propinados a ETA en el sur de Francia. Ese plan, diseñado por el entonces jefe del Mando Unificado de Lucha Contraterrorista, Francisco Álvarez, no se puede ejecutar sin la colaboración de los norteamericanos, que ya poseen sistemas de seguimiento y búsqueda bastante más avanzados que la radio baliza, pero sin llegar aún a la perfección tecnológica que proporcionarán los satélites para ese tipo de trabajos. Los norteamericanos controlarán el itinerario de dos misiles tierra-aire que viajan, con sensores ocultos, desde El Salvador hasta el arsenal de la organización armada vasca en Hendaya, después de que Francisco Paesa los haya puesto, oportunamente, en el mercado.

Paesa es amigo del traficante internacional de armas francés, Georges Starckmann, un viejo agente retirado del SDECE (Servicio de Documentación Exterior y Contraespionaje francés). Gracias a esa relación, Paesa siempre disfrutará de una cobertura en Francia por parte de los servicios de información del país vecino. «La hoja de servicios de Starckmann en el espionaje internacional infunde respeto y temor: participó en el operativo para asesinar al líder de la oposición marroquí Ben Barka y ofreció armas a los oponentes del líder argelino Ben Bella. En 1983, el sobrino del líder iraní Jomeini se dirigió a él para que le consiguiera helicópteros Cobra», escribe Manuel Cerdán.⁹

Paesa hace de engranaje en la maquinaria de Starckmann, que mantiene unas relaciones excelentes con el Mossad israelí y la CIA norteamericana.

Paesa se pone en contacto con su amigo Starckmann y consigue que una sociedad anónima de éste formalice el pedido de cien pistolas Sig Sauer P-226, a la firma Winamex Handelsgesellschaft, con sede en Viena. Esta pistola, cuyo cargador puede almacenar quince balas del calibre 9 milímetros Parabellum, es una de las más buscadas en el mercado internacional por las organizaciones terroristas. La entrega de la mitad¹⁰ de esas pistolas a ETA se produce en marzo de 1986. Un capitán de la Guardia Civil cruza la frontera por Portbou (Gerona) con el cargamento y contacta en el lugar convenido con el intermediario de la organización. Apostados en los alrededores, expertos antiterroristas de la policía francesa ofrecen cobertura al operativo. Tras recoger el cargamento, los miembros etarras se dirigen hasta Toulouse y, en un aparcamiento del centro de la ciudad, cambian de coche y se dan a la fuga con las pistolas, sin que los policías franceses se percaten de la maniobra. Los cerebros de la operación pierden el rastro de las cincuenta pistolas Sig Sauer, que pasan a formar parte del arsenal de ETA. El objetivo de la misión era precisamente llegar hasta el zulo donde la organización vasca guarda las armas.

Tras el fracaso de esta operación, se pone en marcha otro plan: la venta de misiles tierra-aire a ETA. El director general de Seguridad mantiene una excelente relación con la antena de la CIA en la embajada norteamericana de Madrid, que puede proporcionarle los misiles. Sancristóbal es amigo personal del agente de Langley David Donaldson.¹¹

Finalmente, Sancristóbal y su equipo deciden pedir prestados a los norteamericanos dos misiles SAM-7, de los que sus fuerzas intervienen a las milicias en Beirut, para ofrecérselos a ETA.

Los norteamericanos transportan en uno de sus aviones los misiles desde Oriente Próximo hasta el aeropuerto madrileño de Torrejón. Una vez allí, técnicos de la CIA colocan unos microchips en el interior del armamento, para que, vía satélite, indiquen en todo momento su posición. Los chivatos se instalan en un lugar que no pueda ser detectado por los compradores de ETA. Disponen de unas baterías con temporizador para que se activen días después de la en-

trega. De esa forma se evita que los dispositivos electrónicos sean detectados si los etarras, en el momento de la compra, disponen de aparatos de localización de señales. Los agentes norteamericanos también inutilizan las cargas explosivas de los proyectiles.

De ese modo, los responsables de la operación descubren que los misiles van a parar a los sótanos de la cooperativa Sokoa, situada junto al río Bidasoa, cerca de Hendaya y de la frontera española.

La Operación Sokoa, realizada con el imprescindible apoyo de la CIA norteamericana, se salda con la desarticulación del aparato financiero de ETA, que sufre uno de los mayores golpes policiales de su historia.

ETA Y EL MOSSAD

Durante el mandato de Adolfo Suárez, se celebra una reunión en el palacio de La Moncloa a la que asisten el propio presidente de Gobierno, el general Bourgón, entonces director del CESID, el vicepresidente para Asuntos de la Defensa, teniente general Manuel Gutiérrez Mellado, y un relevante miembro de los servicios de inteligencia españoles, el comandante José Luis Cortina. El futuro golpista ha entregado a sus superiores un informe del Mossad, el servicio secreto de Israel, sobre cómo combatir eficazmente a los etarras.¹² En el informe se apunta, entre otras cosas, que la forma más eficaz de combatir a los terroristas es «atacarles en su propia madriguera». Es decir, extender la lucha al sur de Francia, con acciones concretas de secuestros y asesinatos de miembros de la organización vasca. También señala que las operaciones de ese tipo no deben salirse del entorno de los servicios secretos. Se evalúa, además, y se descarta expresamente, la utilización de mercenarios para ese tipo de operaciones. Los agentes israelíes, expertos en estas lides, consideran que las acciones las deben llevar a cabo exclusivamente comandos operativos del servicio.

Al parecer, a Bourgón no le gusta la idea y comenta: «Estas cosas se sabe cómo empiezan, pero no cómo terminan».¹³ Al finalizar

esa reunión, Suárez decide no dar luz verde a la creación de grupos operativos para actuar contra ETA en el sur de Francia. No obstante, bajo su presidencia, la acción combinada de policías, guardias civiles y mercenarios, enmascarados con las siglas del Batallón Vasco Español (BVE) provocan numerosos muertos, en Euskadi y Francia durante los últimos años setenta y, sobre todo, en 1980. Más adelante, con González, los GAL continúan con ese tipo de acciones e incluso heredan a unos cuantos matones y policías de la época del BVE. Dentro de toda esa trama de «guerra sucia» auspiciada desde el Ministerio del Interior de José Barrionuevo y Rafael Vera, lo más cercano al plan propuesto años atrás por el Mossad será el GAL verde.¹⁴

«El Mossad es posiblemente el servicio de información más eficaz que existe», opina el coronel Arturo Vinuesa.¹⁵ «Cuando los servicios españoles quisieron echar a andar, fueron los judíos los primeros que dieron cursillos de inteligencia aquí, en el comienzo de los sesenta. Ya se sabe cómo es eso: el material lo prestaban ellos y ni qué decir tiene que estaba controlado. Los célebres «canarios», micrófonos que se ponían en los teléfonos y en las lámparas. Se hacía una incursión a una casa, se dejaban instalados ahí, en los puntos estratégicos y a esperar. A lo largo de los días el canario iba largando.»

De la misma opinión es otro antiguo agente de los servicios de inteligencia españoles: «Hay judíos en todo el mundo y el MOSSAD tiene muy fácil encontrar colaboradores en cualquier sitio. Lo mismo ocurre con los servicios del Vaticano, que también son muy eficaces. En definitiva, pertenecen al mismo tronco judeocristiano. Los miembros de los servicios de Israel no tienen nada que ver con la religión, son absolutamente pragmáticos. Y los rabinos que dirigen el país los considerarán muy impíos, pero los tienen para que les resuelvan los problemas».

Según Pilar Urbano,¹⁶ los contactos entre los servicios españoles y los israelíes comienzan en la Costa Adriática, en 1964. Allí tiene lugar un encuentro «turístico» entre el coronel Luis Martos Lalane, jefe de la Tercera Sección del Alto Estado Mayor —Contrainteligencia— y uno de los máximos responsables del Mossad en ese mo-

mento, el general Zvir Zamir. «En paralelo, Nahum Admoni, representante del Mossad en París, habló varias veces con su homólogo del Alto Estado Mayor español en la capital francesa, el coronel Ignacio Aguirre de Cárcer, planteándole la conveniencia —incluso la necesidad— de establecer relaciones amistosas de ayuda mutua entre los servicios de inteligencia de Israel y España», escribe la periodista.

Y comienzan los contactos. El coronel Martos envía a Israel a dos oficiales recién destinados al «Alto»: el comandante Espinazo, de la Guardia Civil, y el capitán Marquina, del Ejército de Tierra, legionario y paracaidista. Por su parte, el Mossad destina en Madrid a Moisés Bensisuán. Muy en precario, pero con la cobertura del AEM garantizada. La primera base operativa del Mossad en España —en rigurosa clandestinidad— es un modesto chalet en la colonia Mirasierra, en la zona norte de Madrid.

Posteriormente, el delegado del Mossad, como el de la CIA, convierte el Servicio de Contrainteligencia español en una delegación suya. Los primeros veintidós agentes de la AOME los adiestra aquí en España el Mossad. «Además de suministrarnos micrófonos, igual que la CIA, los israelíes formaban a nuestros agentes e interrogaban a algunos de nuestros objetivos con su famoso polígrafo», explica el coronel Perote.¹⁷ «Todos recordarán un programa de televisión que se llamaba *La Máquina de la Verdad*, dirigido por Julián Lago, y a un tal «señor Cohen», que era quien manejaba el aparato. Pues a ese hombre, quince años antes, le tuve que pasear por la judería de Toledo un día, para agradecerle los favores que nos hacía.»¹⁸

MÚGICA HERZOG, ENTRE LA CIA Y EL MOSSAD

Uno de los políticos españoles mejor relacionados con los israelíes, desde siempre, es el donostiarra Enrique Múgica Herzog, de ascendencia judío-polaca por parte de madre. Un antiguo compañero suyo del Colegio de los Maristas de San Sebastián, algo más joven que el dirigente del PSOE, recuerda que, a principios de los setenta,

Música les ofrecía a él y a otros jóvenes viajar, con todos los gastos pagados, a visitar un kibutz, «para ver cómo es el socialismo en Israel». «Manejaba mucho dinero, que le llegaba de Tel Aviv. Y también de Alemania, de los países nórdicos... El de Italia, lo recibía en sacos», recuerda este viejo conocido del actual Defensor del Pueblo. «Yo le preguntaba si no tenía miedo de que le desplazaran de su privilegiado puesto. Y él me contestaba: «Mientras tenga la llave de la caja yo, no hay problema»».

Nacido en 1932, Enrique Música se afilia al clandestino PCE con veintiún años, y en 1956 es detenido por su participación en el Congreso Universitario. En prisión, coincide con Francisco Bustelo, miembro de la ASU (Agrupación Socialista Universitaria). «De todos los que estuvimos allí, el único que hizo carrera política fue Enrique Música», recuerda Bustelo.¹⁹ «Entonces era sólo un militante comunista más y le habían detenido en San Sebastián, con lo que tardó en incorporarse a nuestro gremio de Carabanchel. Sus correligionarios nos contaron que le habían destrozado a golpes en los interrogatorios, y recuerdo la angustia con la que le esperábamos llegar tumefacto y quebrantado. Llegó, sí, pero tan sonriente, rubicundo e impecable como siempre, y aquélla fue la primera vez que me consideré engañado.»

Pronto abandona la militancia comunista y, en 1963, se afilia al PSOE. Cuatro años después es elegido, por primera vez, miembro de la Comisión Ejecutiva del partido, en el Congreso de Toulouse.

Después, en Suresnes, participa en el golpe de Estado que permite a Felipe González, con el apoyo de los norteamericanos y los alemanes, arrebatar la Secretaría General de la organización a Rodolfo Llopis. Música consigue el cargo de secretario de Coordinación. Además, desde entonces es el encargado de asuntos militares del partido.

Alcanza su acta de diputado por primera vez en las elecciones generales de 1977 y es nombrado presidente de la Comisión de Defensa del Congreso. Ocupa ese cargo el 15 de junio de 1978, cuando el teniente general Tomás Liniers Pidal, máximo responsable del Ejército de Tierra, realiza unas escandalosas declaraciones en Argentina,

durante un viaje oficial en el que condecora al dictador local, Jorge Videla. «Bien tranquila puede estar Argentina de la legitimidad de su empresa», manifiesta Liniers. «Argentina y España sufren hoy los ataques más aviesos del materialismo ateo y cuando, ante esta situación, debemos emplear la fuerza, nos han criticado por el empleo de la violencia, sin darse cuenta de que la legitimidad del empleo de la fuerza sólo la historia puede juzgarla.»²⁰ Enrique Múgica califica estas declaraciones simplemente de «poco afortunadas». No hay críticas públicas, ni petición de sanciones ni interpelación parlamentaria.

En mayo de 1979, el Gobierno de Adolfo Suárez nombra jefe del Estado Mayor del Ejército al general Gabeiras, saltándose a algunos compañeros del escalafón, lo que ocasiona malestar entre los militares más derechistas del Ejército. Según relata Fernando Reinlein, Múgica, como portavoz de Defensa del Partido Socialista, les explica su visión del asunto, a Pedro J. Ramírez y a él, en el Salón de los Pasos Perdidos del Congreso de los Diputados. «Nos comentó el «error» cometido por Gutiérrez Mellado con el nombramiento de Gabeiras. Y nos expuso su propia visión de la jugada: «Yo hubiese nombrado a Milans y luego lo hubiese enamorado para la democracia”.»²¹

En esa época, Múgica comienza a cultivar la amistad del secretario de la embajada norteamericana en Madrid, Ray Cadwell, con quien se le ve frecuentemente. Y para que todo cuadre mejor, participa en la famosa comida de Lérida, auspiciada por el alcalde socialista de la ciudad, Antoni Ciurana, en la que el general Armada les comunica a su compañero de partido Joan Raventós y a él sus planes golpistas. Dentro del Gobierno que tenía previsto formar Armada el 23-F, a Múgica le correspondía la cartera de Sanidad.

El fracaso de la «opción Armada» le deja sin Ministerio de momento, y precisamente a consecuencia de la comida de Lérida, su partido le mantiene en barbecho una temporada y no accede al Gobierno en 1982. Más tarde, en 1988, será ministro de Justicia. Y en 2000, con José María Aznar en la presidencia del Gobierno, Múgica se convierte en Defensor del Pueblo.

Epílogo

La caída del muro de Berlín en 1990, la desaparición del Telón de Acero y el fin de la «amenaza comunista» no suponen, ni mucho menos, una disminución de las actividades de la CIA en todo el planeta. Según datos oficiales facilitados en abril de 2006 por Mary Graham, asesora de John Negroponte, el director nacional de Inteligencia de Estados Unidos, el conglomerado de espías y analistas de los servicios de información norteamericanos que trabajan dentro y fuera de ese país ocupa a casi cien mil personas.¹ El presupuesto de este enorme aparato asciende a 44 000 millones de dólares anuales (cinco veces el presupuesto de Defensa español). Entre los dieciséis organismos que continúan integrando la complicada trama de los servicios de inteligencia estadounidenses están la CIA, la Agencia Nacional de Seguridad, la Agencia de Inteligencia Geoespacial, los organismos de inteligencia del Pentágono, el Departamento de Estado y el FBI, además de otros grupos menos conocidos de diversos departamentos ministeriales.

Según un agente del Centro Nacional de Inteligencia (CNI) español, en nuestro país la CIA ha ido cediendo terreno al FBI durante los últimos años. «A raíz de los atentados del 11 de septiembre de 2001, se produjo un desembarco masivo en España de funcionarios del FBI», explica este oficial. «Sobre todo la costa de Málaga y también algunas zonas de Levante están plagadas de «canarios». Los yanquis han sembrado aquello de estaciones de escucha para intentar controlar los movimientos islamistas y sus finanzas.»

Pero ya antes de los atentados contra las Torres Gemelas de Nueva York, los norteamericanos afianzan y refuerzan su presencia en España. En enero de 2001, la secretaria de Estado del presidente Bill Clinton, Madeleine Albright, y el ministro de Asuntos Exteriores de José María Aznar, Josep Piqué, suscriben en Madrid un acuerdo lacayuno, que será ratificado el 10 de abril de 2002, dentro de la habitual línea de subordinación histórica de los gobiernos españoles al Imperio, por el que se permite la ampliación de las bases de Morón y Rota y se conceden al poderoso socio del otro lado del Atlántico aún más facilidades de uso de estas instalaciones militares, que revalidan su importancia estratégica para Estados Unidos tras la primera guerra del Golfo y la de los Balcanes. La sumisión de Aznar ante Estados Unidos alcanza su máxima expresión en 2004, cuando se retrata junto a Bush con los pies encima de una mesa, forma parte del trío de las Azores y presta el incondicional apoyo del Gobierno del PP a la invasión norteamericana de Irak.

El Gobierno de Estados Unidos quiere cubrir cuanto antes las deficiencias detectadas en 1991 durante la guerra del Golfo, en la que despliega casi medio millón de soldados a más de 12 000 kilómetros de su territorio. Y para mejorar su logística, el Mando Aéreo de Transporte (USTRANSCOM) centra su atención en dos bases europeas, que son designadas puntos de apoyo prioritarios: Ramstein, en Alemania, y Rota, en España. Eso significa que la presencia de la VI Flota en las costas gaditanas se va a incrementar a partir de ese momento.

Piqué y el nuevo secretario de Estado, Colin Powell, firman definitivamente los preacuerdos de enero de 2001 y Rota se convierte en la principal base de Estados Unidos para operaciones en el Mediterráneo y África. Además, se amplía la cobertura legal para que actúen en España los servicios de inteligencia norteamericanos. Una de las principales novedades de los textos suscritos queda recogida en el artículo 12 del Protocolo de Enmienda del Convenio de Cooperación para la Defensa entre España y Estados Unidos, que autoriza a los servicios de investigación criminal de la Marina y la Fuerza Aérea a mantener personal en España para realizar, «en cooperación

con las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado», investigaciones «sobre asuntos de interés mutuo que afecten a personal o bienes de EE.UU.» en España.²

La ambigüedad de esa fórmula —sin precedentes en los acuerdos que mantiene Washington con otros países— permite, en la práctica, que los agentes estadounidenses puedan investigar, según su criterio, no sólo a sus compatriotas, sino también a ciudadanos españoles o de terceros países, siempre que se sospeche que sus actividades puedan afectar a personal o bienes estadounidenses. Todo ello sin ningún control de las autoridades españolas. La revisión del acuerdo defensivo con Estados Unidos, firmada por el Gobierno de Aznar y aceptada por el PSOE, incluye otra novedad: la autorización de una «unidad de tierra, mar y aire», que se trata, en realidad, de un equipo SEAL (Sea, Air, Land), una unidad de élite de la Marina norteamericana especializada en operaciones clandestinas. De este modo se otorga a los servicios de información estadounidenses carta blanca para desarrollar todo tipo de actividades encubiertas en nuestro suelo. Como las que se descubren en 2005: los vuelos secretos de la CIA, con escala en aeropuertos españoles, para trasladar a prisioneros de guerra hasta centros clandestinos de tortura distribuidos por varios países del mundo.

La falta de control con la que actúan los servicios de inteligencia de la Marina y la Fuerza Aérea de Estados Unidos queda ilustrada elocuentemente con el caso del marine Federico Pimienta-Perdomo. Condenado en rebeldía a doce años de cárcel por el homicidio involuntario de un compañero en Afganistán, este militar estadounidense de origen uruguayo es capturado el 15 de febrero de 2006 en San Fernando (Cádiz), conducido a la base de Rota y trasladado al día siguiente, en un avión militar, a la base de Kelly, en Texas, sin que en ningún momento intervengan las autoridades policiales o judiciales españolas y ni siquiera se les notifique el caso.³

En abril de 2006, Amnistía Internacional da a conocer un informe titulado «Por debajo del radar: vuelos secretos hacia la tortura y la desaparición», en el que se documenta que al menos 114 vuelos clandestinos de la CIA han utilizado el espacio aéreo europeo. En

ese dossier se señala a España como uno de los principales lugares de tránsito de esa macabra caravana aérea. Ante la demanda de información del Consejo de Europa en relación con los vuelos de la CIA, el Ministerio de Asuntos Exteriores español reconoce que una treintena de aviones fletados por los servicios de inteligencia norteamericanos han hecho escala en aeropuertos españoles entre 2002 y 2005. Resulta inverosímil que el Gobierno de Aznar o el de Rodríguez Zapatero no hayan estado al tanto de esas operaciones. Dick Marty, senador suizo a quien el Consejo de Europa encomienda investigar las actividades de la CIA en territorio europeo, considera probados, en su intervención del 24 de enero de 2006 ante la Asamblea de esta institución, los secuestros de sospechosos de terrorismo en Europa por parte de los servicios secretos de Estados Unidos y la «subcontratación de la tortura», mediante el traslado de los detenidos a países donde los supervivientes denuncian haber sido interrogados brutalmente. Marty sostiene que más de un centenar de vuelos de este tipo han efectuado escalas en Europa, en su rumbo hacia Guantánamo, Irak y Afganistán. Y además, considera «altamente improbable que los gobiernos europeos o al menos sus servicios de inteligencia no estuvieran al corriente» de estas operaciones.⁴

El caso más significativo es el de Hasan Osama Mustafá Nasr, «Abu Omar», secuestrado en 2003 por la CIA en Milán, cuando estaba siendo vigilado por los servicios de seguridad italianos en el marco de una operación antiterrorista. Según Marty, «es inimaginable que 25 agentes de un país extranjero puedan venir y llevarse a alguien a otro país europeo para luego transportarlo a Egipto». El senador suizo llega a la conclusión de que la CIA mantiene «una logística muy compleja en el conjunto de Europa y dedica un personal considerable a esta labor». La sombra de la red «Gladío» no desaparece.

Otro episodio muy representativo es el secuestro en Macedonia del ciudadano alemán de origen libanés Khaled al Masri, «capturado erróneamente» por la CIA con la colaboración de los servicios secretos alemanes.⁵ Masri es trasladado, en un avión que hace escala en Mallorca, a la base estadounidense de Bagram, en Afganistán. Allí

sufre sistemáticas sesiones de tortura antes de quedar en libertad, varios meses después, sin que jamás se lleguen a presentar cargos contra él.

La identificación de las matrículas de tres de los aparatos más utilizados por la CIA para sus traslados y «entregas» de prisioneros, un Boeing 737, un Gulfstream IV y un Gulfstream V —la lista es de al menos 27 aviones— facilita la tarea de rastrear su paso por distintos aeropuertos.⁶ Ya se han detectado alrededor de mil escalas en países de la Comunidad Europea. El mayor porcentaje de ellas en Alemania y el Reino Unido. Las víctimas son trasladadas a centros de tortura clandestinos de la CIA en Afganistán o Irak, independientes de las bases militares estadounidenses, a la base de Diego García, en el océano Índico, a Guantánamo o a prisiones de Egipto, Uzbekistán, Siria, Jordania, Marruecos, Yemen, Arabia Saudí, Indonesia o Tailandia.

Pero los gobernantes españoles se niegan a reconocer la evidencia. El 15 de noviembre de 2005, el ministro de Defensa socialista, José Bono, todavía declara en el Congreso: «No tenemos ninguna prueba, ni siquiera un indicio, de que se hayan producido actividades ilícitas o, mucho más, típicas desde el punto de vista penal. No estoy en disposición de poner en la picota a un Gobierno que es amigo y aliado por suposiciones o rumores».⁷

Poco después, se hace público que un documento del Servicio de Información de la Guardia Civil, del 12 de abril de 2005, ya alertaba sobre las escalas de dos aviones de la CIA en el aeropuerto de Los Rodeos-Tenerife Norte. En ese informe se apostillaba: «Gente del CNI también hicieron gestiones al respecto».⁸ Además, se denuncia que aviones Hércules españoles destacados por el Gobierno de Aznar en Manás (Kirguizistán), desde febrero de 2002 hasta junio de 2003, en el marco de la Operación Libertad Duradera, dirigida por Estados Unidos, han sido utilizados para trasladar prisioneros. En marzo de 2006, fuentes del Ejército del Aire admiten que no pueden dar una respuesta clara sobre este asunto, pues los manifiestos de carga de esos vuelos sólo reflejan la identidad de una pequeña parte de los 5 120 pasajeros que fueron transportados en Afganistán y países limítrofes.⁹

Matías Vallés, redactor del *Diario de Mallorca*, despliega en el Parlamento Europeo una batería de evidencias acerca de la estancia, en más de cuarenta ocasiones, de aviones del espionaje estadounidense en Palma de Mallorca. En su comparecencia del 20 de abril de 2006 señala que las investigaciones que ha realizado, publicadas en decenas de artículos de su periódico, le permiten establecer que Mallorca se convirtió en base operativa de la CIA para trasladar a prisioneros hacia países en los que se practica la tortura. El periodista considera, además, muy poco probable que el trasiego de decenas de agentes norteamericanos por la isla, en meses de invierno en los que escasean los turistas, pasase inadvertido a los ojos de las autoridades españolas. «Es tan probable como que hubiera un Ferrari aparcado durante días en el periódico y nadie se diera cuenta», afirma Vallés.¹⁰

El Gobierno de Rodríguez Zapatero reconoce que en 2004 se efectuaron un total de 138 escalas de aviones oficiales de Estados Unidos en el aeropuerto palmesano, según datos del Comité Permanente Hispano-Americano. Excepto algunos cazas de combate y cargueros, la mayoría eran aviones privados que operaban bajo el flete de agencias gubernamentales. En 2002, tras el 11-S, Palma tuvo 373 vuelos amparados por el Gobierno norteamericano. Desde 1999 hasta 2005 se produjeron 1 682 escalas de este tipo.¹¹ Y en un informe de Amnistía Internacional hecho público el 5 de abril de 2006 se señala que los aviones de la CIA también han hecho escalas en Málaga y Barcelona.

El secretario general del Consejo de Europa, Terry Davis, critica duramente a España por su respuesta sobre los vuelos secretos de la CIA y señala que el informe enviado a Estrasburgo por el Ministerio de Asuntos Exteriores no aclara satisfactoriamente si funcionarios españoles participaron en el secuestro y traslado de sospechosos de terrorismo. «Mientras que la mayoría de los Estados miembros tienen mecanismos para supervisar las actividades de las agencias de espionaje nacionales así como la presencia de policías extranjeros en su territorio, casi ningún país, con la clara excepción de Hungría, tiene leyes que contemplen la vigilancia de las actividades de los espías extranjeros en su territorio», afirma Davis.¹² Además, el secreta-

rio general del Consejo de Europa recomienda no confundir inmunidad con impunidad en el caso de los espías acreditados como personal diplomático o consular. La embajada de Estados Unidos en Madrid continúa siendo un nido de espías, como en los tiempos de los jefes de estación Roland E. Estes, Néstor D. Sánchez o Richard Kinsman.

El informe remitido el 10 de junio de 2005 por la Guardia Civil a la Fiscalía del Tribunal Superior de Baleares, con los resultados de la investigación realizada sobre diez vuelos, supuestamente utilizados por agentes de la CIA, que hicieron escala en el aeropuerto de Palma de Mallorca, acredita que decenas de los ocupantes de los aviones tenían estatus diplomático.

Desde el 11 de septiembre de 2001, Estados Unidos ha detenido a ochenta mil personas en prisiones clandestinas dispersas por una veintena de países. Actualmente, catorce mil quinientos sospechosos permanecen retenidos sin cargo, en nombre de la guerra contra el terrorismo, en los llamados «agujeros negros» o en cárceles secretas. Sin hablar de los desaparecidos, cuya cifra se desconoce y que *The Washington Post* cifra en un centenar. En octubre de 2005, el Departamento de Defensa norteamericano desclasificó 44 autopsias de prisioneros muertos durante su detención en recintos clandestinos bajo control norteamericano. Ocho de esas muertes se describen como resultados de interrogatorios (estrangulamiento, asfixias, heridas) llevados a cabo por agentes de la CIA y fuerzas especiales de la Marina. Los otros fallecimientos se atribuyen a «enfermedades cardiovasculares». ¹³

El 2 de noviembre de 2005, *The Washington Post* se hace eco de las acusaciones de la organización Human Rights Watch y señala: «Las prisiones secretas en Europa del Este, las técnicas extremas en los interrogatorios, las fortalezas volantes para trasladar a sospechosos de terrorismo, los asesinatos de supuestos miembros de Al Qaeda con misiles lanzados desde aviones Predator... Todas esas acciones de la CIA forman parte de un programa conocido en clave por las siglas GST, que está considerado como el mayor despliegue de operaciones clandestinas desde la Guerra Fría». ¹⁴

Robert Baer, ex oficial de la CIA implicado en acciones encubiertas en Oriente Medio durante veinte años, explica cómo funciona el sistema de vuelos clandestinos de la Agencia: «Cogemos a un sospechoso o lo arreglamos para que uno de nuestros países socios lo haga. Entonces, es enviado en un transporte civil a un tercer país, donde, no nos llevemos las manos a la cabeza, utilizan la tortura. Si quieres un buen interrogatorio, lo envías a Jordania. Si quieres que lo maten, a Egipto. En cualquier caso, EE.UU. no puede ser culpado porque no hace el trabajo sucio». Baer es autor del libro *Soldado de la CIA*,¹⁵ en el que está basada la película *Syriana*, dirigida por Stephen Gaghan e interpretada por George Clooney.

«Lamento que estén frustrados», manifiesta Javier Solana, alto representante para la Política Exterior y de Seguridad de la Unión Europea, tras el interrogatorio al que le somete, el 2 de mayo de 2006, la Comisión del Parlamento Europeo que investiga las actividades de la CIA.¹⁶ Poco después de que esa comisión concluya que la Agencia ha realizado más de mil vuelos clandestinos en Europa. «Los gobiernos tienen a veces buenas razones para creer que alguien es un peligroso terrorista, pero puede que no tengan pruebas que se sostengan ante un tribunal. Con nuestros aliados norteamericanos compartimos la convicción de que el terrorismo es una amenaza real y se necesita una acción dura»,¹⁷ declara Solana, que da por buenas las explicaciones oficiales de la secretaria de Estado norteamericana, Condolezza Rice, en las que niega la existencia de esos vuelos y la práctica de torturas por parte de la CIA para obtener información. «Yo pongo todos los medios a mi alcance para que los derechos humanos sean respetados en todo el mundo», asegura Mister PESC.

Vuelos clandestinos, redes permanentes de escucha, operaciones encubiertas... La CIA continúa trabajando a su antojo en España, después de sesenta años de permanente actividad en nuestro suelo. Robert Baer se lamenta de que, durante los últimos años, los responsables de la CIA hayan confiado demasiado en la tecnología y hayan descuidado el «elemento humano»: «La única manera de obtener información es tener la voluntad política de permitir que

quienes saben averiguar secretos hagan su trabajo, por turbias que sean las aguas del pantano». ¹⁸ El general Michael Hayden, nuevo director de la CIA, acaba de declarar que un importante contingente de hombres de la Agencia va a reforzar la actuación de sus efectivos ya desplegados en Europa. La embajada estadounidense de la calle de Serrano espera la llegada de nuevos inquilinos.

Notas

INTRODUCCIÓN

1. Citado en *Área Crítica*, septiembre de 1983, *CIA: la estación española*.

2. Pero la transparencia de los archivos norteamericanos, como su democracia, tiene demasiadas lagunas. Se desclasifican los materiales menos comprometedores y algunos de ellos aparecen con casi todos los párrafos tachados. Por ejemplo, en un memorándum del Consejo Nacional de Seguridad, de fecha 16 de diciembre de 1969, en el que se valora la funcionalidad de las bases aéreas españolas de Torrejón, Morón y Zaragoza, en los tres supuestos de «guerra general», «guerra limitada» y «tiempo de paz», se puede leer: «Los informes militares señalan que las tres bases aéreas españolas se han convertido en menos importantes, menos centrales, para la postura estratégica de Estados Unidos desde la década de los años sesenta, cuando los bombarderos B-47 fueron sustituidos. Hoy, en el caso de una guerra general, Zaragoza proveerá de apoyo e infraestructura para poder repostar una flota de aparatos 12 SAC, y Torrejón y Morón recibirán un combinado total de 74 bombarderos estratégicos. Estas dos últimas bases ayudarán en operaciones de recuperación y reciclaje». A continuación, queda claro que la base que de verdad les sigue interesando es la de Rota, pero intentan ocultar su opinión sobre las excelencias de la bahía gaditana: todo el resto del documento está tachado.

3. No obstante, dada la oposición implacable de varios países europeos al ingreso del régimen franquista en la estructura de la OTAN, Washington sólo encuentra la fórmula de los acuerdos «bilaterales» de cooperación hasta después de la muerte del dictador. En otro memorándum secreto,

éste fechado el 5 de octubre de 1960, se marcan claramente los objetivos estadounidenses en relación con nuestro país:

El acceso a las estructuras militares en España que requieren los Estados Unidos y la aceptación, por parte de España, del concepto de «Seguridad Colectiva». Mantenimiento de la orientación anticomunista de España y desarrollo de relaciones de mayor proximidad con Estados Unidos. Mejora de las relaciones entre España y las naciones de la OTAN para atar a España tan firmemente como sea posible a los planes occidentales de defensa regional y obtener la participación de España en la OTAN tan pronto como sea apropiado, sin comprometer a los Estados Unidos en este momento para traer a las fuerzas españolas a los estándar de la OTAN en caso de que España sea admitida. Y mantenimiento de la estabilidad interna, necesaria para cumplir estos objetivos.

1. LA TRANSICIÓN DE LANGLEY

1. Entrevista personal con el general Manuel Fernández Monzón.
2. Vernon Walters, *Misiones discretas*, Planeta, Barcelona, 1981.
3. «Cuando, por ley natural, mi Capitanía llegue a faltar, que inexorablemente tiene que faltar algún día, es aconsejable la decisión que hoy vamos a tomar, que contribuirá, en gran medida, a que todo quede atado y bien atado para el futuro.»
4. José Ignacio San Martín, *Apuntes de un condenado por el 23-F*, Espasa, Madrid, 2005.
5. Arturo Vinuesa, *Ambición de poder: Operación GODSA*, Foca, Madrid, 2006.
6. Véase el capítulo «Isidoro y Mister PESC».
7. Vernon Walters, *Misiones discretas*.
8. Véase el capítulo ««Gladío», la espada del Imperio».
9. Vernon Walters fallece en 2002.
10. Vernon Walters, *Misiones discretas*.

2. TODOS CONTRA LA URSS

1. Eduardo Martín de Pozuelo, «OSS, a la caza del espía nazi», *La Vanguardia*, 22 de julio de 2005.

2. Citado por Eduardo Martín de Pozuelo en el mismo artículo de *La Vanguardia*.
3. Phillip Knightley, *Philby, maestro de espías*, Ediciones B, Barcelona, 1989.
4. Aline Griffith, *La espía que vestía de rojo*, Ediciones B, Barcelona, 1987.
5. Secundino Serrano, *Maquis. Historia de la guerrilla antifranquista*, Temas de Hoy, Madrid, 2001.
6. Desmond Bristow, *Juego de topas*, Ediciones B, Barcelona, 1993.
7. Patricia Martínez de Vicente, *Embassy y la inteligencia de Mamburú*, Velecio Editores, Madrid, 2003.
8. Mikel Rodríguez, *Los espías vascos*, Txalaparta, Tafalla, 2004.
9. *Ibid.*
10. Xabier Arzalluz, *Así fue*, Foca, Madrid, 2005.
11. *Ibid.*
12. Mikel Rodríguez, *Los espías vascos*.
13. Xabier Arzalluz, *Así fue*.
14. El militante nacionalista Jesús Intxausti Urkiza, «Uzturre», forma parte de la red de espionaje del PNV que Aguirre y Pepe Mitxelena ponen a disposición de los gobiernos de Washington y Londres. Fallece en 1993.
15. Mario Salegui. Prólogo de *Expediente vasco: CIA y FBI en Euskal Herria*, Txalaparta, Tafalla, 2003.
16. Fragmentos citados por Mikel Rodríguez.
17. Xabier Arzalluz, *Así fue*.
18. Manuel de Dios Unanue. *El caso Galíndez: los vascos en los servicios de inteligencia de Estados Unidos*, Txalaparta, Tafalla, 1999.

3. ESPAÑA, PORTAAVIONES DE LOS YANQUIS

1. Las «Coplillas de las divisas» es el tema más popular de la película *¡Bienvenido, Mister Marshall!*, de Luis García Berlanga. Como el resto de la banda sonora del largometraje, obra de Ochaíta, Valerio y Solano. La letra completa es:

*Los yanquis han venido,
olé salero, con mil regalos.*

Y a las niñas bonitas
 van a obsequiarlas con aeroplanos.
 Con aeroplanos de chorro libre
 que corta el aire,
 y también rascacielos bien conservaos
 en «frigidaire».

Americanos, vienen a España
 guapos y sanos.
 ¡Viva el tronío!
 de este gran pueblo con poderío.
 Olé Virginia y Michigán,
 Y viva Texas, que no está mal.
 Os recibimos, americanos, con alegría.
 ¡Olé mi mare!, ¡olé mi suegra! y ¡olé mi tía!

El Plan Marshall nos llega
 del extranjero, pa nuestro avío.
 Y con tantos «parneses»,
 va a echar buen pelo Villa del Río.
 Traen divisas pa quien toree mejor cornía,
 y medias y camisas
 pa las mocitas más presumías.

2. Juan Beigbeder y Atienza. Ingresó en el Cuerpo de Ingenieros de la Academia Militar de Guadalajara a los catorce años. Como capitán y comandante de Estado Mayor participó en numerosas acciones de la guerra de África, junto a Franco y Millán Astray. Fue agregado militar en las embajadas de España en París y Berlín. Residió muchos años en Marruecos y llegó a dominar el idioma árabe. Tras la sublevación del 18 de julio de 1936, reclutó fuerzas de regulares para Franco. Fue nombrado alto comisario para Marruecos en 1937. Tomó posesión del cargo de ministro de Asuntos Exteriores el 9 de agosto de 1939, en sustitución del conde de Jordana, y cesó el 17 de octubre de 1940, para dar paso a Ramón Serrano Suñer. Tenía simpatías por los aliados, especialmente por Gran Bretaña, por eso fue sustituido cuando los alemanes estaban arrollando en su avance por Europa. Franco explica el cese de Beigbeder a su primo Francisco

Franco Salgado-Araujo a su manera: «La actuación del ministro de Relaciones Exteriores de aquella época, general Beigbeder, no era nada imparcial y no inspiraba confianza al embajador de Alemania. Beigbeder era completamente germanófilo, pero tenía una amiga inglesa que posiblemente estaba haciendo el papel de una espía».

3. Citados en *Las bases norteamericanas en España*, de Eduardo Chamorro e Ignacio Fontes, Euros, Barcelona, 1976.

4. En *Mis conversaciones privadas con Franco*, de Francisco Franco Salgado-Araujo, se recoge el siguiente comentario del dictador sobre Beigbeder, fechado el 5 de octubre de 1954:

Su debilidad por las mujeres, a pesar de su religiosidad especial, ya que la hacía compatible con todos sus vicios. Cuando estaba en Guadalajara, siendo cadete, se hospedaba en casas de mujeres. Era buen estudiante. Durante la guerra europea, el embajador alemán, Von Stohrer, me pidió que no se entregara al ministro de Asuntos Exteriores ningún asunto o documento importante, pues no se fiaba de él, porque estaba convencido de que tenía relación con los aliados y de que las mujeres que trataba, a muchas de las cuales se les obligó a salir de España, eran espías a sueldo de aquéllos. Yo creo que estaba cogido por los judíos, a los que probablemente debería dinero. En la actualidad, este señor, según han dicho unos ayudantes, sigue dedicado a sus debilidades, dando sablazos, y en mala situación económica.

5. Citado por Joan Garcés en *Soberanos e intervenidos*, Siglo XXI, Madrid, 1996.

6. Citado por Ángel Viñas en su libro *Los pactos secretos de Franco con Estados Unidos*, Grijalbo, Barcelona, 1981.

7. Citado por Eduardo Chamorro e Ignacio Fontes, *Las bases norteamericanas en España*, Euros, Barcelona, 1976.

8. Citado por Eduardo Martín de Pozuelo en el artículo «España, la fortaleza imprescindible», *La Vanguardia*, 25 de julio de 2005.

9. Citado por Eduardo Martín de Pozuelo en el mismo artículo.

10. Citado por Eduardo Martín de Pozuelo en «En busca del tiempo perdido», *La Vanguardia*, 26 de julio de 2006.

11. «El senador Truman, como buen baptista, era hostil a España», escribe Vernon Walters en su libro *Misiones discretas*. «Sin embargo, los presidentes Eisenhower y Nixon nunca lo fueron», afirma.

12. Chamorro y Fontes, *Las bases norteamericanas en España*.

13. José María de Areilza, en su libro *Memorias exteriores. 1947-1964* (Planeta, Barcelona, 1984), escribe:

William Foster Dulles era entonces secretario de Estado con Eisenhower, un hombre fuerte, y su hermano, director de la CIA. El padre de estos había sido pastor de la iglesia presbiteriana y eran destacados miembros del Consejo Presbiteriano. Durante ese importante período para las relaciones España-USA, Foster Dulles fue el inspirador y ejecutor de la política exterior de Washington. Su recio anticomunismo se basaba en la doctrina estratégica de la disuasión y en el monopolio atómico. Esta situación iba a durar hasta finales de la década. Por otra parte, el Senado influía decisivamente en la política exterior norteamericana y era un órgano de consulta obligada para el poder ejecutivo en esa materia. España, pues, estaba obligada a mantener un potente lobby en el ámbito parlamentario.

Areilza estuvo seis años en Washington como embajador, desde finales de octubre de 1954 hasta julio de 1960. Antes de él, José Félix de Lequerica fue, primero, representante oficioso con rango de embajador, desde 1947 hasta 1950, y después, durante cuatro años, embajador acreditado.

14. Defensor de la política de «No intervención» durante la guerra civil española, que precisamente dejó las manos libres a nazis e italianos para intervenir en el conflicto en apoyo de Franco.

15. Los norteamericanos tienen muy claro lo que ha supuesto la firma de los acuerdos para Franco. En un documento desclasificado del Consejo de Seguridad Nacional, de fecha 10 de junio de 1954, se dice:

El desasosiego popular que se desarrolló en la primavera de 1951 ya ha pasado. El mayor problema doméstico del gobierno ahora continúa siendo el de satisfacer los requerimientos y las reivindicaciones del pueblo español en lo que respecta a su nivel de vida que es más bajo que el de cualquier otro país de Europa Occidental, excepto Portugal. La posición del Gobierno ha sido reforzada con apoyo internacional, en especial con las firmas del concordato con el Vaticano, el 27 de agosto de 1953, y con la firma de los acuerdos económicos y militares con Estados Unidos. A los ojos de muchos españoles, estos acuerdos han traído un aumento del prestigio internacional y la esperanza de unos beneficios económicos a nivel individual. Además, la oposición clandestina organizada no comunista se ha debilitado por las acciones policiales y se ha desanimado por lo que ha sido considerada una alianza con Estados Unidos, hacia donde la oposición siempre ha mirado para llegar a sus aspiraciones

políticas de un modo completo. Consecuentemente, la posición del gobierno del general Franco es probablemente más fuerte que en ningún otro momento desde 1940 y no hay, en el momento presente, ninguna alternativa efectiva al gobierno español actual.

16. *Instalaciones de uso militar norteamericanas en España.*

De acuerdo con el diseño estratégico norteamericano que se hace entre 1953 y 1959, las principales instalaciones son tres bases aéreas: Sanjurjo-Valenzuela (en las inmediaciones de Zaragoza), Torrejón de Ardoz (en las cercanías de Madrid) y Morón de la Frontera (próxima a Sevilla), y una base aeronaval localizada en Rota (Cádiz), que funciona como complejo portuario, aeronaval y submarino y es cabeza del oleoducto de 485 millas que sirve combustible a las otras bases. El oleoducto recorre el complejo militar a través de El Arahal, Écija, Ciudad Real y Alcalá de Henares (este oleoducto fue transferido al gobierno español en virtud de la renovación del acuerdo en 1970). A estas cuatro bases hay que añadir dos bases aéreas secundarias: San Pablo, que en la actualidad es aeropuerto de Sevilla y ha funcionado como centro de comunicaciones y de suministro de servicios, y el aeródromo de Reus, base de aviones de combate y aeropuerto civil.

Además, dos bases navales secundarias: El Ferrol, centro de almacenamiento de combustibles y suministros, y Cartagena, que tiene un depósito de municiones. Como complemento, una red de instalaciones de comunicación: en Puig Major, Mallorca, se instaló la estación que sirve de enlace entre los servicios de la OTAN en Italia y Gibraltar. Otras estaciones en Menorca, Guardamar de Segura, Images, San Pablo, Humosa y Elizondo. Y las estaciones de navegación de Estaca de Bares y Estartit.

17. Fernando Reinlein, *Capitanes rebeldes*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2002.

4. COLONIZADOS POR LA CIA

1. Francisco Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones privadas con Franco*, Planeta, Barcelona, 1976.

2. *Ibid.*

3. Entrevista personal con Juan Alberto Perote.

4. Entrevista personal con Arturo Vinuesa.

5. Entrevista personal con Manuel Fernández Monzón.

6. Entrevista personal con José Ignacio Domínguez.

7. Estas prácticas se inician en los servicios de inteligencia del Alto Estado Mayor y se hacen también habituales en el SECED. Antonio Díaz Fernández, en su libro *Los servicios de inteligencia españoles. Desde la guerra civil hasta el 11-M* (Alianza, Madrid, 2005), escribe:

Los miembros del grupo de San Martín percibían una gratificación que oscilaba entre las 5.000 y las 25.000 pesetas. Este considerable sobresueldo venía justificado por su dedicación y disponibilidad horaria, siendo posiblemente la CIA estadounidense la que sugirió la necesidad de mantener su invulnerabilidad frente a las corrupciones y penetraciones de otros servicios extranjeros, excepto las suyas, claro. Estos sobresueldos, presumiblemente, ya se habían comenzado a pagar en la década de los cincuenta cuando el control sobre los «niños de la guerra» que retornaban de la Unión Soviética inició la colaboración entre la CIA y el Alto. Debe comprenderse que en aquella época los bajos sueldos de la milicia obligaban a que el pluriempleo fuera casi inexorable entre los militares. Por lo tanto, si se pretendía contar con un grupo humano con una flexibilidad horaria que les imposibilitaba tener este segundo trabajo por las tardes, la exclusividad debía compensarse pecuniariamente.

8. Pilar Urbano, *Yo entré en el CESID*, Plaza & Janés, Barcelona, 1997.

9. La relación de agregados militares, consejeros y secretarios que abandonaron España entre agosto y diciembre de 1984 estaba integrada por: J. Brayton Rebecker, consejero asesor económico; Edwin E. Passport, agregado militar de defensa; John J. La Mazza, primer secretario y agregado laboral; Donald Z. Lautz, primer secretario-cónsul; Anthony B. Chillura, primer secretario; William M. Chambers, agregado; Richard Kinsman, primer secretario; Robert Taylor, primer secretario; Harry E. Cole, primer secretario; John P. McGuinness, primer secretario y cónsul; Martín W. Cooper, primer secretario y cónsul; John Z. Jannon, primer secretario; Julian L. Bartlel, segundo secretario y cónsul; Linda C. Turner, segunda secretaria y vicecónsul; Harnan Wesley Odom Jr., segundo secretario; Kathleen R. Davis, segunda secretaria y vicecónsul; James J. Matthews, segundo secretario; Gabrielle M. Solleder, segundo secretario y vicecónsul; Sandra J. Cambell, segunda secretaria y vicecónsul, y el coronel Robert M. Weekley, del grupo de misión militar. La noticia no trascendió y se intentó ocultar para que no afectara a la visita de Ronald Reagan a España.

5. «GLADIO», LA ESPADA DEL IMPERIO

1. Juan Alberto Perote, *Confesiones de Perote. Revelaciones de un espía*, RBA, Barcelona, 1999.
2. *Ibid.*
3. *Motivos de Actualidad*, abril de 1996, «En el CESID está la sección española de la red «Gladío»».
4. *El Mundo*, 14 de noviembre de 1990.
5. José Antonio Llobregat Ferré es el autor del apuñalamiento mortal del joven Jorge Caballero Sánchez, el día 28 de marzo de 1980, en la puerta del cine Azul. Daniel Fernández Landa asesina de dos machetazos, el día 1 de mayo, a Arturo Pajuelo e interviene, cinco días después, en el asalto al bar San Bao, en el que es asesinado de un disparo Juan Carlos García Pérez, de veinte años. En este crimen participa también Íñigo Guinea Pérez. Estos tres ultraderechistas abandonan España con el respaldo de CATENA y nunca llegan a ser detenidos. (Véase *La sombra de Franco en la Transición*, de Alfredo Grimaldos, Oberon, Madrid, 2004.)
6. «La CIA conspira en España», *Interviú*, 4 de enero de 1984.
7. *El Mundo*, 24 de noviembre de 1990.
8. El domingo 9 de mayo de 1976, grupos ultraderechistas irrumpen en la concentración carlista de Montejurra (Navarra) y asesinan a Aniano Jiménez Santos y Ricardo García Pellejera. Entre los agresores hay fascistas italianos refugiados en España, como Augusto Cauchi o Stefano della Chiaie.
9. Alfredo Grimaldos, *La sombra de Franco en la Transición*.
10. Andrés Cassinello Pérez, *Operaciones de guerrillas y contraguerrillas*, Compañía Bibliográfica Española, Madrid, 1966.
11. Carlos I. Yuste, *Subversión y reversión en la España actual*, San Martín, Madrid, 1975.
12. Amadeo Martínez Inglés, 23-F *El golpe que nunca existió*, Foca, Madrid, 2001.

6. LA OPERACIÓN DELGADO Y EL TARZÁN DE PALOMARES

1. Ciudad de la provincia de Badajoz, situada junto a la raya de Portugal, Olivenza ha sido alternativamente española y portuguesa a lo largo

de la historia. En 1297 fue cedida por el monarca castellano Fernando IV a Portugal. Y en 1657, en el curso de la guerra hispanoportuguesa, conquistada por las tropas españolas que mandaba el duque de San Germán. En 1668, a consecuencia del Tratado de Lisboa, es devuelta a Portugal. Y durante la llamada guerra de las Naranjas, el 20 de mayo de 1801, reconquistada por las tropas que manda Manuel Godoy. En junio de ese año, el Tratado de Badajoz ratifica que Olivenza es una posesión española. Posteriormente, en el artículo 105 del Tratado de Viena, se aconseja a España restituir, «lo más brevemente posible», ese territorio a Portugal. España nunca cumplirá esa cláusula del Tratado. Una de las consignas «patrióticas» que lanza el régimen de Salazar es: «Olivenza es portuguesa».

El director de cine Julio Diamante relata una curiosa anécdota en relación con Olivenza. En 1956, después de ser detenido durante una movilización estudiantil, Diamante va a parar a los sótanos de la Dirección General de Seguridad, en la Puerta del Sol madrileña. Una vez encerrado en la celda, empieza a adaptar su vista, poco a poco, a la oscuridad de la galería. Desde la mazmorra de enfrente alguien le pregunta por qué está allí y él se lo explica. El otro detenido le dice entonces: «Mi hijo, que está en la celda de al lado, y yo estamos detenidos porque somos miembros de «Olivenza Libre»». Pocas noticias más hay de ese movimiento independentista, enfrentado con los Estados español y portugués.

2. Oleg Ignatiev, *Conspiración contra Delgado: historia de una operación de la CIA y la PIDE*, Progreso, Moscú, 1989.

3. Mariano Robles y José Antonio Novais, *Asesinato de un héroe. General Humberto Delgado*, Sedmay, Madrid, 1974.

4. *Ibid.*

5. *El País*, 15 de abril de 1998.

6. Casi cuarenta años después, en los datos aportados al Congreso de los Diputados por el Consejo de Seguridad Nacional, el 17 de octubre de 1995, se afirma que la retirada de material contaminado se restringió sólo a las zonas que presentaron una radiación intensa, lo que correspondería sólo al 0,97 por ciento del área afectada (226 hectáreas). Cinco mil quinientos barriles cargados con material radiactivo fueron trasladados a Estados Unidos. El resto del terreno fue labrado, regado y sepultado bajo medio metro de tierra descontaminada. También, según el informe n.º 021.275, se enterraron cantidades indeterminadas con un índice de radiación medio en un pozo construido al efecto.

Inicialmente, el control de la zona correspondió a la antigua Junta de Energía Nuclear (JEN), que realizó controles de contaminación atmosférica, de suelos, plantas silvestres, cultivos y animales, desde que se produjo el accidente hasta 1980. En cuanto al seguimiento biológico, los datos de tan «concienzudo» análisis se limitaron al esparto —que ofreció los índices más elevados de acumulación de plutonio—, dos caracoles y una cabra, en los que también se hallaron trazas de este elemento radiactivo. El doctor Pedro Antonio Martínez Pinilla, el científico que ha realizado los únicos trabajos epidemiológicos desarrollados de forma continuada y con rigor, durante décadas, sobre mortalidad y morbilidad en Palomares, señala que «38 años después del accidente, sus consecuencias no sólo no se han disipado, sino que siguen y seguirán afectando a las comunidades biológicas de la zona durante los miles de años que estos elementos transuránicos, en especial el plutonio, tardan en degradarse».

7. Citado por Rafael Gómez Parra en *Fraga, ese hombre*, España Crítica, Madrid, 1982.

8. Manuel Fraga Iribarne, «Raza y racismo en Norteamérica», Ediciones Cultura Hispánica, Madrid, 1950.

9. Manuel Fraga Iribarne, «La política exterior de Estados Unidos», Escuela Diplomática, Madrid, 1952.

10. Su hijo, Gabriel Elorriaga Pisarik, fue director de la campaña electoral de Mariano Rajoy en 2004 y, actualmente, es secretario de Comunicación del Partido Popular y patrono del pronorteamericano Real Instituto de Estudios Internacionales y Estratégicos.

11. Citado por Rafael Gómez Parra, *Fraga, ese hombre*.

12. El «Caso Matesa» hay que inscribirlo en el marco de la lucha por el poder que se vivía en el seno del régimen entre los ministros falangistas y los opusdeístas. El pretexto esgrimido por los políticos de camisa azul, como Fraga, contra sus adversarios dentro del Gobierno, fueron las irregularidades cometidas por una empresa catalana, Maquinaria Textil del Norte de España, cuyo fundador, Juan Vilá Reyes, estaba vinculado a la Obra. Franco intervino en el pleito, realizó un cambio de Gobierno, el 29 de octubre de 1969, y relevó a los falangistas Fraga y Solís, por el lado agresor, y a los miembros del otro bando Juan José Espinosa San Martín y Faustino García-Moncó. Los falangistas perdieron el envite y en el nuevo gabinete continuaron los destacados miembros del Opus Dei Laureano López Rodó y Gregorio López Bravo.

13. Citado en *Posible*, 16 de marzo de 1977.

14. Constantino Karamanlis. Político conservador griego a quien los coroneles golpistas, que llevan en el poder desde 1967, ceden el Gobierno en 1974, cuando la dictadura se derrumba, para cerrar el paso a la izquierda.

15. Véase el capítulo «Isidoro y Mister PESCA».

16. Alfredo Grimaldos, *La sombra de Franco en la Transición*, Oberon, Madrid, 2004.

17. Manuel Fraga Iribarne, *El cañón giratorio*, Argos Vergara, Barcelona, 1982.

18. Arturo Vinuesa, *Ambición de poder: Operación GODSA*, Foca, Madrid, 2006.

19. *Interviú*, 21 de febrero de 2005.

20. Según Francisco Medina (23-F *La verdad*, Plaza & Janés, Barcelona, 2006), la lista de Armada es la siguiente: «Presidente: general Alfonso Armada; vicepresidente para Asuntos Políticos: Felipe González; vicepresidente para Asuntos Económicos: José María López de Letona; ministro de Asuntos Exteriores: José María de Areilza; ministro de Defensa: Manuel Fraga; ministro de Hacienda: Pío Cabanillas; ministro de Justicia: Gregorio Peces Barba; ministro de Interior: general Manuel Saavedra Palmeiro; ministro de Obras Públicas: José Luis Álvarez; ministro de Educación y Ciencia: Miguel Herrero de Miñón; ministro de Trabajo: Jordi Solé Tura; ministro de Información: Agustín Rodríguez Sahagún; ministro de Comercio: Carlos Ferrer Salat; ministro de Cultura: Antonio Garrigues Walker; ministro de Economía: Ramón Tamames; ministro de Transporte y Comunicaciones: Javier Solana; ministro de Autonomías y Regiones: general José Antonio Sáenz de Santamaría; ministro de Sanidad: Enrique Múgica Herzog; ministro de Información: Luis María Ansón».

7. NO HAY MAL QUE POR BIEN NO VENGA

1. El discurso fue leído por Franco en televisión el 31 de enero y, apareció publicado en la *Hoja del Lunes* del día siguiente. Éste es un amplio resumen del texto:

Espanoles:

Sean mis primeras palabras de reconocimiento público a la serenidad, la adhesión y la confianza que el pueblo español me ha ofrecido

con motivo del criminal atentado de que fue víctima nuestro presidente de Gobierno y funcionarios que le acompañaban, caídos en el cumplimiento de su deber. El dolor de todos es el dolor de España.

No quiero daros expresión más elocuente de su gran figura que los treinta y dos años de directa y generosa colaboración, durante los cuales demostró su permanente fidelidad a los Principios del Movimiento Nacional y su lealtad acrisolada hacia la Patria. Su muerte ha sido, como fue toda su vida y su obra, un acto más de entrega a España...

Es virtud del hombre político la de convertir los males en bienes. No en vano, reza el adagio popular que «no hay mal que por bien no venga». De aquí la necesidad de reforzar nuestras estructuras políticas y recoger los anhelos de tantos españoles beneméritos que constituyen la solera de nuestro movimiento.

El Caudillo habla después de la cooperación con «la gran familia de los pueblos hispanoamericanos» y de la crisis de la energía. Y vuelve al asunto de Carrero:

En estas horas, el Príncipe de España ha vivido con honda emoción, compartiendo el sentir general de la nación, con la discreción, prudencia y virtudes castrenses que le son familiares, mientras nuestras Fuerzas Armadas, sólido y supremo pilar de la unidad e independencia de la Patria, han sabido, en todo momento, hacer honor a su glorioso historial de dedicación y disciplina, del que nos queda como ejemplo el capitán general de la Armada, don Luis Carrero Blanco, que ha venido a engrosar el patrimonio castrense de entrega y de lealtades.

Teniendo en cuenta que Carrero llevaba junto al Generalísimo más de treinta años, la forma de tratar el tema resulta, por lo menos, bastante curiosa.

2. «Carrero Blanco: El sumari secret», *30 minuts* (TV3), 21 de diciembre de 2003.

3. Entrevista personal con Manuel Fernández Monzón.

4. Manuel Cerdán, «Objetivo: asesinar al presidente», *El Mundo*, 20 de diciembre de 2003.

5. José Ignacio San Martín, *Apuntes de un condenado por el 23-F*, Espasa, Madrid, 2005.

6. Luis Carrero Blanco nace en Santoña (Cantabria). Ingresó en la Escuela Naval en 1918. En agosto de 1939 es nombrado jefe del Estado

Mayor de la Armada y el 7 de mayo de 1940, subsecretario de la Presidencia del Gobierno y consejero nacional del Movimiento. Es elevado al rango de ministro en 1951. Asciende a contraalmirante en 1957 y a almirante en 1966. El 22 de septiembre de 1967 es designado vicepresidente del Gobierno y en junio de 1973, presidente del Gobierno.

7. El día 20 de diciembre de 1973 es asesinada en Madrid una cuarta persona, el joven camarero Pedro Barrios González. No está implicado absolutamente en nada, pero se asusta cuando la policía le da el alto y sale corriendo. Recibe varios balazos por la espalda.

8. José Ignacio San Martín, *Apuntes de un condenado...*

9. Eduardo Martín de Pozuelo, «Franco no se sentía obligado por su ley», *La Vanguardia*, 26 de agosto de 2005.

10. Manuel Cerdán, artículo citado.

11. Enrique Barrueco, «La CIA sabía que iban a matar a Carrero», *Interviú*, 28 de marzo de 1984.

12. José Ignacio San Martín, *Apuntes de un condenado...*

13. José Miguel Beñarán Ordeñana «Argala», presunto máximo responsable del comando que ejecutó la Operación Ogro, murió asesinado, el 21 de diciembre de 1978, en Anglet por un comando parapolicial que colocó una bomba en su coche. Todo un ritual de venganza. El periodista Antonio Rubio publica en *El Mundo* (21 de diciembre de 2003) una entrevista con «Leónidas», uno de los militares españoles que participaron en el atentado contra Argala.

14. Eva Forest, *Operación Ogro*, Hiru, Hondarribia, 1993.

16. Xabier Arzalluz, *Así fue*, Foca, Madrid, 2005.

17. José Luis Álvarez Enparanza, llamado Txillardegí (San Sebastián, 1929), fue uno de los fundadores de ETA. Se le atribuye la idea de bautizar a la organización con el nombre de Euskadi Ta Asakatasuna. Estuvo en sus filas desde 1958 hasta 1967, año en el que dejó su disciplina, aunque siempre se mantuvo dentro del ámbito de la izquierda abertzale. Vuelto del exilio tras la muerte de Franco, participó en la creación de ESB (Euskal Sozialista Biltzarrea). Posteriormente se situó en la cercanía de HB (Herri Batasuna). Ha sido profesor en la facultad de psicología de la Universidad del País Vasco. Asimismo, es conocido como escritor, principalmente en euskera. Su hijo, Joseba Álvarez, fue miembro de la dirección de Batasuna hasta la ilegalización de ese partido político.

18. José Ignacio San Martín, *Apuntes de un condenado...*
19. Citado por Manuel Campo Vidal en *Información y servicios secretos en el atentado al Presidente Carrero Blanco*, Argos Vergara, Barcelona, 1983.
20. *Ibid.*
21. Ángel Viñas, *En las garras del águila*, Crítica, Barcelona, 2003.
22. Eduardo Martín de Pozuelo, «Lo mejor es que Carrero desaparezca», *La Vanguardia*, 24 de agosto de 2005.

8. UNA PENÍNSULA SIN DICTADURAS

1. Philip Agee, *Acoso y fuga: con la CIA en los talones*, Plaza & Janés, Barcelona, 1988. Philip Agee fue miembro de la CIA desde 1958 hasta 1968, con destinos en Washington, Sudamérica y México.
2. La señal convenida para iniciar la Revolución de los Claveles es la emisión radiofónica, a las 00.00 horas del día 25 de abril, de la canción de José Afonso «Grândola, vila morena». A partir de ese momento, esta composición del genio de Aveiro se convierte en un himno antifascista internacional. Su primera estrofa dice: «Grândola vila morena, / terra de fraternidade, / o povo é quem mais ordena / dentro de ti, ó cidade».
3. Véase el capítulo «Isidoro y Mister PESC».
4. José Ramón Diego Aguirre, *Guerra en el Sahara*, Istmo, Madrid, 1991.
5. *Le Monde Diplomatique* (edición en inglés), 12 de enero de 2006.
6. Tomas Bárbulo, *La historia prohibida del Sahara español*, Destino, Barcelona, 2002.
7. Vernon Walters, *Misiones discretas*, Planeta, Barcelona, 1981.
8. José Ramón Diego Aguirre, *Guerra en el Sahara*.
9. Antonio Díaz Fernández, *Los servicios de inteligencia españoles. Desde la guerra civil hasta el 11-M*, Alianza, Madrid, 2005.
10. En 1958 el príncipe no llega a entrevistarse con Eisenhower porque influyentes políticos republicanos solicitan del presidente que entonces reciba también a su padre, el conde de Barcelona, que ha llegado a Nueva York a bordo del *Saltillo*, y aún permanece allí. José María de Areilza lo relata así: «En mayo de 1958 el Príncipe llegó a Norfolk, base militar, en el buque escuela *Juan Sebastián Elcano*, en el que iba como cadete. Lo que al principio se calculaba como una rápida estancia protoco-

laria, se convirtió en un nutrido programa, debido al aluvión de invitaciones que llegaron a la embajada, al conocerse la noticia: Biblioteca del Congreso, Capitolio, Corte Suprema, National Gallery, Pentágono, la academia militar de West Point y Georgetown University». (José María de Areilza. *Memorias exteriores. 1947-1964*, Planeta, Barcelona, 1984.) Bastantes años después, el príncipe Felipe estudiará en el departamento de derecho político y relaciones internacionales de la Universidad de Georgetown. Y José María Aznar dará clases en ese mismo centro, después de abandonar el Gobierno.

11. Manuel Soriano, *Sabino Fernández Campo. La sombra del Rey*, Temas de Hoy, Madrid, 1995.

12. *Cambio 16*, 4 de noviembre de 1974.

13. *Cambio 16*, n.º 471, 8 de diciembre de 1980.

9. ISIDORO Y MISTER PESC

1. Rodolfo Llopis (1895-1983). Político y pedagogo socialista español. Durante la II República ocupó diversos cargos, primero en la Enseñanza y más tarde como secretario de Presidencia de Francisco Largo Caballero. En el exilio ocupó la dirección del PSOE. No reconoció la autoridad del Congreso de Suresnes (1974), en el que Felipe González fue elegido secretario general, y reivindicó las siglas del PSOE hasta la Transición, cuando se vio obligado a legalizar su partido con la denominación de «PSOE (Histórico)».

2. En aquel momento la calle tenía todavía el nombre de Joaquín García Morato.

3. Entrevista personal con el general Manuel Fernández Monzón.

4. Pilar Urbano, *Yo entré en el CESID*, Plaza & Janés, Barcelona, 1997.

5. *Ibid.*

6. *Ibid.*

7. Joan Garcés, *Soberanos e intervenidos*, Siglo XXI, Madrid, 1996. Este autor señala que «el financiamiento personal oculto a Mario Soares, su origen y caudales, fueron desvelados en 1996 por el funcionario del Partido Socialista portugués Rui Mauro, miembro de la Comisión Trilateral, en *Contos proibidos. Memórias de um P.S. desconhecido*. Lisboa. Don Quixote».

8. Francisco Bustelo, *La izquierda imperfecta*, Planeta, Barcelona, 1996.

9. Joan Garcés, *Soberanos e intervenidos*.

10. Frances Stonor Saunders, *La CIA y la Guerra Fría cultural*, Debate, Madrid, 2001.

En relación con Julián Gorkin, escribe: «*Cuadernos* era una revista dirigida a los intelectuales latinoamericanos, lanzada en 1953, bajo la dirección del novelista y dramaturgo Julián Gorkin. Su tarea consistía en intentar contrarrestar la «gran desconfianza» de Latinoamérica, donde la única manera de alcanzar un impacto significativo, decía en broma, era atacar constantemente a los EE.UU. y cantar las alabanzas de Sartre y Pablo Neruda. A Gorkin no le vino bien el golpe de Guatemala (1953) instigado por la CIA, ni la Revolución Cubana de 1958. A la estela de la intervención norteamericana en estas zonas, fue un período de euforia para los comunistas latinoamericanos y sus aliados, pero Gorkin se enfrentó a las circunstancias adversas, proporcionando al Congreso un importante enclave en territorio hostil».

11. «Dossier: PSOE», *Área Crítica*, n.º 6, febrero de 1996.

12. Francisco Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones privadas con Franco*, Planeta, Barcelona, 1976.

13. *Área Crítica*, art. cit.

14. «Entrevista con Philip Agee: Las operaciones blanqueadas de la CIA», *Zona Cero*, marzo de 1987.

15. *Zona Cero*, art. cit.

16. «Justo de la Cueva: El PSOE va donde diga Willy Brandt», *Tricolor*, mayo de 1979.

17. Willy Brandt tiene que dimitir de su cargo de canciller de la República Federal de Alemania en 1974, cuando se descubre que uno de sus jefes de gabinete, Günter Guillaume, es un espía de la RDA.

18. Entrevista personal con Antonio García Trevijano.

19. *Diario 16*, 20 de octubre de 1983.

20. Eugenio del Río, *Libro Negro de la OTAN*, Revolución, Madrid, 1983.

21. *Interviú*, 15 de septiembre de 1982.

22. Pablo Castellano, *Por Dios, por la Patria y el Rey*, Temas de Hoy, Madrid, 2001.

23. Francisco Bustelo, *La izquierda imperfecta*.

24. Pasado el susto, y una vez afianzada la presencia de España en la OTAN, el idilio entre el asesor de González y los responsables de la Agencia continúa: «Desde el referéndum, «Sam», el jefe de la CIA, me seguía llamando periódicamente; nos veíamos y charlábamos. Él me contaba a veces operaciones, o cosas que tenían que ver con otros departamentos. Yo registraba la información y no la utilizaba. En septiembre vino a Madrid uno de sus máximos jefes y «Sam» me invitó a almorzar con él en su casa. Durante el almuerzo, el jefe de «Sam» me invitó a ir a Washington y pasar dos o tres días de visita en la central de Langley para que viera cómo trabajan ellos». (Julio Feo, *Aquellos años*, Ediciones B, Barcelona, 1993.)

25. Javier Solana Madariaga nace en Madrid el 14 de julio de 1942. Estudia bachillerato en el colegio de El Pilar y se licencia en químicas en 1964. Después estudia en Estados Unidos con becas Fulbrighth. Entre 1982 y 1985, con Felipe González como presidente del Gobierno es, sucesivamente, ministro de Cultura, portavoz del Gobierno, ministro de Educación y Ciencia y, por fin, titular de la cartera de Asuntos Exteriores.

Su hermano Luis Solana también es un hombre de los norteamericanos. Está muy vinculado a las grandes empresas estadounidenses desde sus comienzos profesionales en el Banco de Urquijo. Como su amigo Jaime Carvajal y Urquijo, íntimo del rey desde la infancia, Luis Solana se convierte en miembro de la Comisión Trilateral. Con los sucesivos Gobiernos de González es primero presidente de Telefónica, empresa vinculada históricamente al grupo ITT, y después director general de RTVE. Muy aficionado a los asuntos militares, también ha sido presidente de la Comisión de Defensa del Congreso de los Diputados.

10. CÓMO DETECTAR A UN ESPÍA

1. *Cover Action Information Bulletin*, abril-mayo de 1979.
2. Philip Agee, *Diario de la CIA*, Bruguera, Barcelona, 1979.
3. *Cambio 16*, n.º 214, 12 de enero de 1976.
4. Entrevista personal con Manuel Fernández Monzón.
5. *Interviú*, 10 de febrero de 1988.
6. *Ibid.*
7. *Cambio 16*, n.º 471, 8 de diciembre de 1980.

11. 23-F, «UNA CUESTIÓN INTERNA»

1. Alfredo Grimaldos, «Cortina dijo a Tejero que Estados Unidos daba el visto bueno», *Interviú*, 21 de febrero de 2005.
2. Juan Alberto Perote, *Confesiones de Perote. Revelaciones de un espía*, RBA, Barcelona, 1999.
3. Entrevista personal con Juan Alberto Perote.
4. José Luis Morales y Juan Celada, *La alternativa militar*, Revolución, Madrid, 1981.
5. *Cambio 16*, n.º 471, 8 de diciembre de 1980.
6. *Cambio 16*, n.º 485, 16 de marzo de 1981.
7. Citado por José Luis Morales y Juan Celada, *La alternativa militar*.
8. A mediados de septiembre de 1982, durante una larga semana que se inicia el lunes 13 y se cierra el sábado 18, se produce una terrible matanza de población civil palestina —hombres, mujeres y niños— en los campos de refugiados de Sabra y Chatila, situados cerca de Beirut. El Líbano está ensangrentado tras la invasión militar israelí, que ha marcado el comienzo de una nueva guerra, tres meses antes, bajo el nombre de «Paz en Galilea». La ofensiva de las Fuerzas Armadas de Israel provoca miles de muertos indiscriminados y la destrucción de Beirut. En Sabra y Chatila, las milicias ultraderechistas de la Falange Libanesa asesinan a más de dos mil personas, ante la complaciente mirada de las tropas israelíes mandadas por Ariel Sharon.
9. *Cover Action*, agosto de 1980.
10. José Luis Morales y Juan Celada, *La alternativa militar*.
11. «Reagan se lavó las manos», *Cambio 16*, 16 de marzo de 1981.
12. Diego Carcedo, 23-F. *Los cabos sueltos*, Temas de Hoy, Madrid, 2001.
13. *Ibid.*
14. Manuel Revuelta, *Las viejas mentiras de la nueva OTAN*, Plataforma contra la OTAN de Madrid, Madrid, 1997.
15. *Ibid.*
16. Leopoldo Calvo Sotelo, *Memoria viva de la Transición*, Plaza & Janés/*Cambio 16*, Barcelona, 1990.
17. Juan Alberto Perote, *Confesiones de Perote*.
18. Fernando Reinlein, *Capitanes rebeldes*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2002.

19. Arturo Vinuesa, *op. cit.*

20. *Ibid.*

21. Pilar Cernuda, Fernando Jáuregui y Manuel Ángel Menéndez, 23-F, *La conjura de los necios*, Foca, Madrid, 2001.

22. *Cambio* 16, 16 de marzo de 1981.

12. EL LADO OSCURO DE LA «COLZA»

1. Explicación ofrecida por el ministro de Sanidad de UCD, Jesús Sancho Rof, para aclarar el origen de una enfermedad que provocaría mil doscientos muertos y treinta mil enfermos.

2. Rafael Cid. Prólogo del libro *El montaje del síndrome tóxico*, de Gudrun Greunke y Jörg Heimbretch, Obelisco, Barcelona, 1988.

3. En la investigación desarrollada por las defensas de los aceiteros se trató de localizar, a través de los datos registrados en el Instituto Nacional de Estadística, si en 1981 se produjo algún incremento significativo de la morbilidad. Y en efecto, en los datos del instituto aparece reflejada la incidencia del síndrome tóxico oficial en el apartado de estancias hospitalarias ocasionadas por «envenenamiento o intoxicación por otros agentes». En Madrid, durante el año 1980 se habían producido sólo 881 estancias hospitalarias de varones y en 1981 se elevan a 19 366. En el caso de las mujeres, el año 1980 se producen 480 estancias y el siguiente se elevan a 34 160.

4. De la existencia de una enfermedad extraña y desconocida en Madrid en los primeros meses de 1981 da cuenta un episodio que se relata en el libro *¿La colza o qué?* El 11 de febrero fallece una persona en el Hospital de La Paz. Había sido ingresado ese mismo día. Los médicos pidieron permiso a la familia para practicar la autopsia al cadáver «porque en esos días se habían producido otros fallecimientos por una enfermedad extraña y desconocida».

5. *El País*, 26 de mayo de 1981.

6. *Hoja del Lunes*, 8 de junio de 1981. «Por otro lado, no existe ninguna confirmación de que el origen de la epidemia sea la base militar, aunque hasta Atlanta han llegado rumores en este sentido, desmintiéndose siempre dicha posibilidad.»

7. *Diario* 16, 31 de julio de 1981. «Mientras en el Ministerio se sucedían las reuniones y se hablaba de «legionellas» y otros gérmenes, en Torrejón

los vecinos se echaban a la calle, protestando contra el problema y exigiendo soluciones... Mientras tanto, todas las miradas apuntaban a la base, y al alcalde, en un momento dado, se le exige una denuncia al respecto... En las octavillas se habla de guerra bacteriológica y se relata que se planeaban presiones en la localidad para que el alcalde señalase a la base.»

8. *El País*, 28 de mayo de 1981.

9. *Diario 16*, 21 de mayo de 1981.

10. *El País*, 26 de mayo de 1981.

11. *Diario 16*, 22 de mayo de 1981.

12. *Diario 16*, 24 de julio de 1981.

13. Todos los datos brutos de los casos y controles obtenidos durante la investigación oficial fueron remitidos al CDC de Atlanta y en ese centro permanecieron secuestrados, sin que hubiese posibilidad de contratarlos o reevaluarlos, a pesar de que su remisión fue solicitada en repetidas ocasiones por el tribunal que juzgó el caso del «síndrome tóxico».

14. *Pueblo*, 21 de mayo de 1981.

15. La investigación epidemiológica del doctor Muro fue desarrollada sin interrupción desde mayo de 1981 hasta muy poco de su fallecimiento, en abril de 1985. Se desarrolló en más de veinticinco zonas geográficas, y se estudió a 1 086 enfermos y a 1 154 personas sanas, lo que constituyó la investigación epidemiológica más amplia desarrollada en relación con el síndrome tóxico, mucho más amplia que la realizada para tratar de sustentar la hipótesis oficial del aceite de colza, que sólo contempló nueve zonas. Además, el doctor Muro actuó sobre una muestra suficientemente representativa, que, a diferencia de la investigación oficial, abarcó todos los aspectos de una investigación epidemiológica global, cuyo fin último es conocer la causa y los factores determinantes de la epidemia. Es decir, el estudio de factores causales, de la distribución espacio-temporal de la epidemia, de la distribución espacio-temporal del factor causal, de la coherencia y concordancia temporal y espacial entre la epidemia y el factor causal.

16. Rafael Pérez Escolar, *Memorias*, Foca, Madrid, 2005.

17. *Ibid.*

18. Entrevista personal con Fernando Montoro.

19. Los compuestos organofosforados se sintetizaron por primera vez como gases bélicos con motivo de la investigación militar llevada a cabo por el Ejército norteamericano en Alemania durante la Segunda Guerra Mundial. La naturaleza «biocida» del producto permitió también su aplica-

ción como insecticidas-pesticidas con un alto poder contaminante, cuyas consecuencias a medio y largo plazo resultan difíciles de evaluar.

13. COMISIONISTAS Y TRILATERALES

1. Los trece primeros trilaterales son: Carlos Ferrer Salat, José Antonio Segurado, Luis María Ansón, José Vilá Marsans, Claudio Boada, Carlos March, Jaime Carvajal y Urquijo, Ramón Trias Fargas, Pedro Schwartz, Alfonso Osorio, Antonio Garrigues Walker, Antonio Pedrol y José Luis Cerrón.

2. A través de EFE, Ansón dirige un potente aparato ideológico, idóneo para arropar los intereses ideológicos, políticos y económicos de la Comisión Trilateral. «Recuérdese, por ejemplo, que quien lanzó a Jimmy Carter a la presidencia de los Estados Unidos fue el semanario americano *Time*», señala Joaquín Estefanía, *op. cit.*

3. Joaquín Estefanía Moreira, *La Trilateral Internacional del capitalismo. El poder de la Trilateral en España*, Akal, Madrid, 1979.

4. Citado en el texto de Enrique Ruiz García, *La era de Carter*, Alianza, Madrid, 1978.

5. Aquilino González Neira, *La Trilateral manda en España*, España Crítica, Madrid, 1983.

6. *El País*, 7 de junio de 1978.

7. Federico Pérez Galdós, *Los papeles secretos del golpe. La trama civil*, España Crítica, Madrid, 1982.

8. *Cinco Días*, 28 de noviembre de 1979.

9. Joaquín Estefanía Moreira, *La Trilateral Internacional...*

10. Relación de españoles integrados actualmente en la Comisión Trilateral: Ana Patricia Botín, directora de Banesto, consejera del Banco Santander Central Hispano; Jaime Carvajal Urquijo, director de Dresdner Kleinwort Capital (España), director de Ford España; Alfonso Cortina, director y oficial superior de Repsol YPF, Madrid; Pedro Miguel Etxenike, profesor de Física, Universidad del País Vasco, ex consejero de Educación, San Sebastián; Óscar Fanjul, director de Hidroeléctrica del Cantábrico, presidente honorario de Repsol; Nemesio Fernández-Cuesta, vicepresidente del Grupo Correo-Prensa Española; Antonio Garrigues Walker, director de Garrigues & Andersen, Madrid, vicepresidente europeo de la

Comisión Trilateral; Miguel Herrero de Miñón, abogado, consultor internacional, ponente constitucional, ex diputado UCD-PP; Trinidad Jiménez, Secretaría Internacional PSOE, candidata a la alcaldía de Madrid; Abel Matutes, director de Empresas Matutes, Ibiza, ex miembro Comisión Europea UE, ex ministro de Asuntos Exteriores; Antxón Sarasqueta, presidente ejecutivo de Multimedia Capital, Fundación Política Exterior-IN-CIPE, Editorial Negocios; Pedro Schwartz, director presidente ejecutivo, IDELCO, Madrid, profesor de económicas, Universidad Autónoma de Madrid; Mario Vargas Llosa, escritor, Londres, miembro de la Real Academia Española, Fundación Hispano-Cubana; Emilio Ibarra, presidente del Banco Bilbao-Vizcaya; Pedro Solbes, miembro de la Comisión Europea (Asuntos Monetarios), Bruselas, ministro de Economía con Felipe González y José Luis Rodríguez Zapatero; Pedro Ballvé, director de Campofrío, alimentación.

11. «España, ¿qué defensa?», Instituto de Cuestiones Internacionales, Madrid, 1981.

12. El 25 de octubre de 1983, siete mil soldados estadounidenses invadieron la pequeña isla caribeña de Granada, de apenas 344 kilómetros cuadrados y noventa mil habitantes. Según el presidente Reagan, la política del socialista Maurice Bishop amenazaba a la seguridad de Estados Unidos. Bishop había sido asesinado seis días antes. Durante más de un año permanecieron las tropas extranjeras en la isla y pusieron fin al proceso político que había alejado a Granada de la órbita de Washington.

13. Citado en *Salir*, 9 de marzo de 1986.

14. *Salir*, 9 de marzo de 1986.

15. Victoria Martínez, Ana Cristina Navarro y Manuel Revuelta, *Haig, el americano feo*, Punto Crítico, Madrid, 1981.

16. Pablo Castellano, *Por Dios, por la Patria y el Rey*, Temas de Hoy, Madrid, 2001.

17. Manuel Soriano, *Sabino Fernández Campo. La sombra del Rey*, Temas de Hoy, Madrid, 1995.

14. JEFES DE ESTACIÓN

1. *Interviú*, 27 de febrero de 1985.

2. *Interviú*, art. cit.

3. Julio Feo. *Aquellos años*, Ediciones B, Barcelona, 1993.

4. El 12 de abril de 1985 explota una bomba en el restaurante madrileño El Descanso, situado junto a la carretera de Barcelona, a pocos kilómetros de Torrejón de Ardoz. A consecuencia del atentado mueren dieciocho personas y resultan heridas de diversa consideración más de cien. Se atribuye el hecho a un grupo islámico sin determinar y la matanza la reivindica desde Beirut un supuesto miembro de la Yihad Islámica. No se efectúa ninguna detención en relación con este caso, que todavía hoy sigue sin aclararse.

5. El programa Nacional de Defensa contra Misiles (NDM), también conocido como «Guerra de las Galaxias», es un proyecto militar diseñado por el Pentágono para evitar un ataque con misiles contra territorio estadounidense. Los principales promotores de este sistema son las empresas de armamento y material de defensa que, de llevarse a cabo, conseguirían contratos por valor de varios billones de dólares. El plan prevé desarrollar veinte interceptores de misiles, situados probablemente en Alaska, junto con cinco radares de alerta temprana mejorados, a los que se sumarían otros ochenta posteriormente. El Pentágono también pretende desarrollar un sistema de detección de misiles en el espacio que sustituya a los actuales satélites de alerta.

6. La propia Agencia ha establecido las más variadas clasificaciones para intentar definir el papel de estos colaboradores «nativos». No hay datos personales de ellos, cada oficial es el responsable de «su» colaborador:

–Agente a sueldo: es un contratado eventual. Un periodista, militar, estudiante, político...

–Agente principal: el que organiza una operación siguiendo instrucciones de la estación.

–Agente secundario o subagente: los dirigidos por el principal. No tienen contacto con los oficiales de la CIA.

–Agente de acción: puede ser un infiltrado en una organización u organismo.

–Agente de entrada: miembro de una organización al que se recluta para que facilite una infiltración.

–Agentes de apoyo: los encargados de tareas complementarias de vigilancia de edificios, seguimientos, compra de locales, labores de correo.

7. *Interviú*, 17 de marzo de 1988.

8. *Interviú*, art. cit.

9. Manuel Cerdán, *Paesa. El espía de las mil caras*, Plaza & Janés, Barcelona, 2005.
10. Manuel Cerdán señala que George Starckmann, en su libro *Noir Canon* (Cañón Negro), afirma que una parte de las cien pistolas Sig Sauer P-226 fue a parar a manos de los GAL.
11. Manuel Cerdán, *Paesa. El espía...*
12. Fernando Reinlein, *Capitanes rebeldes*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2002.
13. *Ibid.*
14. Antonio Rubio y Manuel Cerdán, *El origen del GAL*, Temas de Hoy, Madrid, 1997.
15. Entrevista personal con el coronel Arturo Vinuesa.
16. Pilar Urbano, *Yo entré en el CESID*, Plaza & Janés, Barcelona, 1997.
17. Entrevista personal con el coronel Juan Alberto Perote.
18. La «Máquina de la Verdad» se puso de moda entre los más insospechados personajes. Según *Diario 16*, Mario Conde tenía auténtico pánico a que sus hombres le traccionaran. Debido a ello, periódicamente hacía traer un «detector de mentiras» fabricado por la empresa Dymanic Technologies Ltd., de Israel. Los empleados de los que existían sospechas y el personal de seguridad de Banesto tenían que someterse al veredicto de la máquina. Las sesiones eran supervisadas por un experto en el uso de estos aparatos, el profesor judío Víctor Cohen. (Citado por José Díaz Herrera e Isabel Durán en *Los secretos del poder*, Temas de Hoy, Madrid, 1994.)
19. Francisco Bustelo, *La izquierda imperfecta*, Planeta, Barcelona, 1996.
20. *El País*, 19 de julio de 1978.
21. Fernando Reinlein, *Capitanes rebeldes*.

EPÍLOGO

1. *El País*, 22 de abril de 2006.
2. *El País*, 8 de abril de 2002.
3. *El País*, 16 de abril de 2006.
4. *El País*, 25 de enero de 2006.
5. *El Mundo*, 10 de febrero de 2005.

6. *El Mundo*, 11 de diciembre de 2005.
7. *El País*, 16 de noviembre de 2005.
8. *El País*, 2 de mayo de 2006.
9. *El País*, 20 de marzo de 2006.
10. *El País*, 21 de abril de 2006.
11. *El País*, 20 de diciembre de 2005.
12. *El País*, 2 de marzo de 2006.
13. *El Semanal*, 23 de abril de 2006.
14. Citado en *El Semanal*, 23 de abril de 2006.
15. Robert Baer, *Soldado de la CIA*, Crítica, Barcelona, 2002.
16. *El País*, 3 de mayo de 2006.
17. *El Mundo*, 3 de mayo de 2006.
18. Robert Baer, *op. cit.*

Anexo documental

UNCLASSIFIED

6

is particularly attractive in view of their current economic problems. Moreover, the Spanish have already clearly indicated their desire that American installations exploit Spanish geography and they are less interested in housing facilities that could be easily relocated elsewhere.

In 1969 the MAC airlift station at Torrejon ranked second among US European military air terminals in numbers of aircraft and passengers, and third in terms of total cargo. The MAC terminal in Spain is of considerable convenience, but could be replaced in Italy. Moreover, if our other Spanish facilities are reduced, the tonnage and passengers handled in Spain would drop considerably. However, we may well be able to retain the MAC terminal at Torrejon even if the base is run completely by the Spanish or we might be able to relocate the terminal at one of the other airbases.

Finally, the elimination of SAC tankers would result in difficulty in refueling the Mediterranean orbit of the SEAGA exercise. However, as indicated earlier, alternative dispositions of tankers should be available.

Sea Base Operations

The naval base at ROTA serves [REDACTED] Additionally, anti-submarine warfare (ASW) and intelligence-gathering aircraft are also based there.

[REDACTED]

[REDACTED]

UNCLASSIFIED

Anexo 1. En un memorándum secreto, fechado el 16 de diciembre de 1969, se valora la funcionalidad de las bases aéreas españolas de Torrejón, Morón y Zaragoza en caso de guerra general, guerra limitada y tiempo de paz. Los datos relacionados con la base de Rota, la más importante de las instaladas en nuestro suelo, aparecen tachados en este documento desclasificado.

UNCLASSIFIED

[REDACTED]

[REDACTED]

Excised
rev
see p. 2

[REDACTED]

An anti-submarine aircraft squadron operates out of ROTA covering the Eastern Atlantic. There is very little choice in relocating the site of this squadron--only the Azores or Gibraltar--if we wish to maintain surveillance of the area.

UNCLASSIFIED

UNCLASSIFIED
- 16 -

Excised
p. 8

Option 1: To negotiate with the objective of retaining all of our current military arrangements in Spain (including expanded use of the weapons training range and Zaragoza). [REDACTED]

Impact on US Capability

Expansion of Bardenas Reales training range allows United States Air Force to maintain efficiency and proficiency of its European forces given cessation of training in Libya. [REDACTED]

Relocation Costs

None

Quid Pro Quo (5-year Agreement) in Millions (Not necessarily additive)

Military Payment	\$150
Credit	100
Educational Assistance	40
Economic Concessions	

1. Do not object to Spanish EC agreement.
2. Additionally Spain will expect the US to support LDC beneficiary status for Spain in any worldwide generalized preferences scheme, and our reclassification into a more favorable category under our balance of payments programs.

UNCLASSIFIED

Anexo 2. En un documento del 27 de enero de 1970, se recomienda la expansión del campo de entrenamiento de las Bárdenas Reales para suplir la pérdida de los puntos de entrenamiento norteamericanos en Libia tras la toma del poder por Gaddafi.

UNCLASSIFIED
-3-

- regular consultations between SACEUR and the Government of Spain on military matters of mutual interest;
- establishment of, and full Spanish participation in a "NATO-Iberian Training Complex," enabling NATO forces to meet weapons training requirements at Spanish and Portuguese facilities, and which might involve the participation of the UK, FRG, Portugal, and Spain (and perhaps France, in granting the necessary overflight rights);
- enhanced political consultation, like current NATO/MALTA arrangements;
- possible Spanish involvement in the Committee on the Challenges of Modern Society.

British and German support would be a key to achieving any relationship, and we should be prepared to use all the influence which we can muster with them to achieve their consent. The main problems lie in the political opposition to Franco by the Socialist parties in the Scandinavian and Benelux countries, and the UK.

Tactically, we believe that before approaching our allies, we should discuss a possible "scenario" with the Spanish so that we would have a better idea of precisely what arrangements might be of interest to them. We expect Foreign Minister Lopez Bravo to visit Washington on March 17 and 18, and we could discuss all of the possible Spanish-NATO arrangements with him at that time. The Spanish may relate this more to their own desire to move towards Europe and use their own new activist "European" policy--including their rapprochement with France--to gain support from other countries for these arrangements. In any event, we should be prepared to make the strongest possible effort on behalf of a NATO-Spanish arrangement.

The Spanish clearly desire positive results from these NATO initiatives within the lifetime of our

UNCLASSIFIED

Anexo 3. Una comunicación secreta, fechada el 7 de marzo de 1970 y dirigida al Consejo nacional de Seguridad norteamericano, recomienda realizar diversas presiones internacionales encaminadas a conseguir el ingreso de España en la OTAN.

~~SECRET/NO FOREIGN DISSEM~~
UNCLASSIFIED

the Council of the Realm*, or until he himself submits his resignation and it is accepted by the Chief of State, after consultation with the Council of the Realm.

The New Cabinet. Some ministerial changes had been expected as a result of unsatisfactory performances by certain members of the old cabinet and the growing frequency of divisions and disagreements among the various factions representing conservatives, Opus Dei "technocrats," and the Catholic Propagandistas. However, the June 11 shakeup was greater than anticipated, with 11 new ministers, 7 hold-overs, and two changes of portfolio.

A surprising development was the ouster of the flamboyant former Foreign Minister, Lopez Bravo. Though criticized -- *inter alia* -- for his failure to remove the British from Gibraltar and to obtain a satisfactory revision of the Concordat with the Vatican, he was still thought to have retained the confidence of Franco. He is also reported to have angered Carrero by by-passing the then Vice-President on some matters and bringing them directly to the attention of Franco.

The new Foreign Minister, Lopez Rodo, represents the continuation of Opus Dei influence in the new Cabinet. There is, however, speculation that the increased exposure and travel associated with the post of Foreign Minister may be offset by the loss of proximity to the daily governmental

* The Council has 17 members: 7 ex officio (the President of the Cortes, the senior prelate among members of the Cortes, the senior military officer on active duty, the Chief of the General Staff, and the Presidents of the Supreme Court, Council of State, and Institute of Spain) and 10 elected from among groups represented in the Cortes. The present Councilors are broadly representative of the groups which make up the regime.

~~SECRET/NO FOREIGN DISSEM~~
UNCLASSIFIED

Anexo 4. El Gobierno norteamericano desclasifica sólo parte de su documentación de uso restringido, pero a través de ella se puede comprobar el seguimiento minucioso que sus funcionarios hacen de los distintos rupos de poder que actúan en el régimen de Franco.

~~UNCLASSIFIED~~
~~SECRET~~

28.

new agreement to determine its consistency with GATT Article XXIV and the degree of adjustment of compensation to which the US might be entitled.

2. With respect to Spain we should continue to take the position that, in assessing compensation or adjustment due, we would view reduction of Spanish duties to the Common External Tariff level as an important contribution. We could point out that this is an action which Spain must take eventually, since full membership in the EC will make it necessary. In the case of agricultural items, we would seek the elimination of any discrimination which might affect products of particular export interest to the US. We should encourage settlement of our difficulties through bilateral channels and through negotiations within the framework of the Multilateral Trade Negotiation.

3. Spanish membership in the EC will also require the dropping of unilateral quantitative restrictions and import licensing requirements. A more immediate reason for the abolition of these restrictions, however, is the recent finding of the IMF that Spain is no longer in a situation of balance of payments disequilibrium and should therefore phase out remaining quantitative restrictions. We should identify those restrictions having the greatest impact on our trade and seek to bring about their rescission.

4. Pending conclusion of a new agreement we will continue to maintain that the current agreement does not comply with GATT Article XXIV and we will be guided by the approved negotiating instruction relating to this agreement.

~~UNCLASSIFIED~~
~~SECRET~~

ANEXO DOCUMENTAL

~~SECRET~~

11. The Spanish Armed Forces remain firmly under General Franco's control and the regime continues to rely on their support and influence, principally that of the Army, to assure the maintenance of political stability. Basically, these forces have a capability only for maintaining internal security, for conducting a limited delaying action against a modern well-equipped force and for defending Spanish possessions in North Africa against attacks by forces from the neighboring states. All three of Spain's Armed Services have shown marked improvement as a result of U. S. aid, but are still far from having a satisfactory capability for defense. The predominance of obsolete equipment, the limited prospects of obtaining large numbers of modern weapons, the low level of education and lack of technical experience of Spanish manpower, and the extremely limited capability of Spain's present economy to support a modern military force, forecast a continued reliance by Spain on outside assistance to maintain the level of effectiveness which has been achieved since 1953.



RSC 6016/1

- 4 -

~~SECRET~~

Anexo 5. El propio secretario de Estado Henry Kissinger se implica muy directamente en las negociaciones que garantizan la subordinación de España a los intereses estratégicos norteamericanos, como se puede comprobar en el documento del 20 de febrero de 1970 recogido en esta página y la siguiente.

ANEXO DOCUMENTAL

UNCLASSIFIED

NATIONAL SECURITY COUNCIL
WASHINGTON, D.C. 20505

①

~~SECRET/NO DIS~~

February 20, 1970

National Security Decision Memorandum 43

TO: The Secretary of State
The Secretary of Defense
The Director, Bureau of the Budget

SUBJECT: US Policy Toward Spain: Base Negotiations

With reference to the Memorandum of January 26 to the Chairman, NSC Review Group, and the memoranda to the President from the Secretary of State (January 27), the Secretary of Defense (January 30), and the Director of the Bureau of the Budget (February 2), the President has decided, with respect to the negotiations with the Spanish, that:

1. We should seek to retain as many of the present and desired military rights and facilities as are possible within the limits of a sustainable quid pro quo; negotiations to this end should not be protracted.

2. Prompt agreement should be reached within the Government on a quid pro quo which can be offered in the negotiations, sustained over the term of the agreement, and which will avoid an impasse with Congress; similarly, prompt agreement should be reached on priorities to be accorded to each facility, taking into account military requirements, duplication or relocation costs and political sensitivities. Priorities should be agreed through the DPRC in the context of five-year force and budget projections, and the quid pro quo should be agreed through the Under Secretaries Committee.

3. With the aim of seeking continued good relations with the Government of Spain through the 1970's, a course of action should be developed with respect to concluding a general treaty of cooperation, and to renewed efforts to develop a Spanish link with NATO.


Henry A. Kissinger

cc: The Director of Central Intelligence
The Chairman, Joint Chiefs of Staff

~~SECRET/NO DIS~~

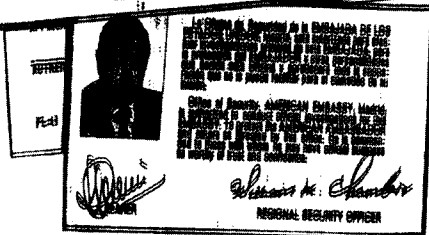
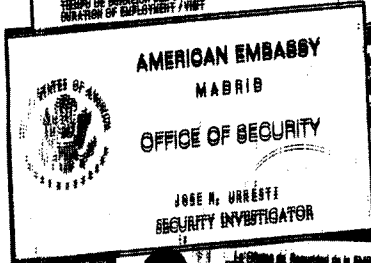
UNCLASSIFIED

DECLASSIFY ON: OADR

DECLASSIFIED 9-14-93
DATE 10-10-93
BY SP-6 BJS/MLA/STP
N. Minan

(F82-925)

ANEXO DOCUMENTAL

[illegible]

Anexo 6. Documentación del agente español de la CIA José Miguel Urresti Rodríguez, «valijero» de la embajada norteamericana en Madrid y ejecutor de los programas operativos diseñados por el Regional Security Officer.

ANEXO DOCUMENTAL

The American Embassy
MADRID - SPAIN



TELEPHONE DIRECTORY
276-1429 - 276-1600

JULY 1987

— 86 —

ESTADOS UNIDOS DE AMERICA

Sr. Timothy N. HOWARD. Segundo Secretario. S.	22 enero 1986
Srta. Marjorie COFFIN. Segundo Secretario. S.	24 marzo 1986
Sr. William H. OWEN. Segundo Secretario. C.	29 septiembre 1986
Srta. Juliana S. PECK. Segundo Secretario. S.	18 mayo 1987
Sr. Mark J. SUSSER. Segundo Secretario. C.	23 octubre 1986
Sr. Jose G. GARRIGA. Segundo Secretario. C.	17 marzo 1986
Sr. Gregory E. PHILLIPS. Segundo Secretario. S.	20 mayo 1987
Sr. Kenneth MOSKOW. Tercer Secretario. S.	21 abril 1986
Sr. David E. LINDWALL. Segundo Secretario. S.	20 noviembre 1986
Sr. Victor L. OLIVIERI. Agregado. C.	23 octubre 1986

Anexo 7. Directorio de la embajada norteamericana en el que aparece el nombre del oficial de operaciones de la CIA Kenneth Moskow. Disfrutó de cobertura diplomática, como tercer secretario de la legación. Moskow sería expulsado de España en 1988, a consecuencia de sus actividades clandestinas.

— 87 —

ESTADOS UNIDOS DE AMERICA

Sr. Joseph MARTIN, Tercer Secretario. S.	31 julio 1987
Srta. Charisse M. PHILLIPS, Tercer Secretario. S.	1 junio 1987
Srta. Jeanne DES JARDINS, Tercer Secretario. S.	2 septiembre 1987
Sr. Capitán de Navío Walter B. LESTER. (Misión Militar.) S.	12 junio 1986
Sr. Coronel John A. FESMIRE, (Misión Militar.) S.	7 septiembre 1987
Sr. Coronel Donald J. ALBERTS, (Misión Militar.) C.	29 enero 1987
Sr. Capitán de Navío Francis X. WATSON, (Misión Militar.) C.	20 julio 1987
Sr. Capitán de Navío Steven TURNER, Jr., (Misión Militar.) C.	7 septiembre 1987

Cancillería:

Serrano, 75.—Teléfono: 276 36 00.

Télex: 27763-AMEMB-E.

Bibliografía

- AGEE, PHILIP, *Diario de la CIA*, Bruguera, Barcelona, 1979.
- , *Acoso y fuga: con la CIA en los talones*, Plaza & Janés, Barcelona, 1988.
- ALCALDE, JUAN J., *Los servicios secretos en España*, CNT, Madrid, 1995.
- AOIZ, FLOREN, *El jarrón roto*, Txalaparta, Tafalla, 2005.
- AREILZA, JOSÉ MARÍA DE, *Memorias exteriores. 1947-1964*, Planeta, Barcelona, 1984.
- ARMADA, ALFONSO, *Al servicio de la Corona*, Planeta, Barcelona, 1983.
- ARZALLUZ, XABIER, *Así fue*, Foca, Madrid, 2005.
- BAER, ROBERT, *Soldado de la CIA*, Crítica, Barcelona, 2002.
- BARDAVÍO, JOAQUÍN; Pilar Cernuda y Fernando Jáuregui, *Servicios Secretos*, Plaza & Janés, Barcelona, 2000.
- BARDAVÍO, JOAQUÍN, y JUSTINO SINOVA, *Todo Franco*, Plaza & Janés, Barcelona, 2000.
- BÁRBULO, TOMÁS, *La historia prohibida del Sahara español*, Destino, Barcelona, 2002.
- BAUGHMAN, U. E., y L. W. ROBINSON, *Servicio secreto*, Bruguera, Barcelona, 1962.
- BERNARD, JORGE, *Las armas de la gran mentira*, Unión, La Habana, 1985.
- BRISTOW, DESMOND, *Juego de topas*, Ediciones B, Barcelona, 1993.
- BUSQUETS, JULIO, *Militares y demócratas*, Plaza & Janés, Barcelona, 1999.

BIBLIOGRAFÍA

- Bustelo, Francisco, *La izquierda imperfecta*, Planeta, Barcelona, 1996.
- CACHO, JESÚS, *El negocio de la libertad*, Foca, Madrid, 1999.
- CALVO SERER, RAFAEL, *¿Hacia la Tercera República española?*, Plaza & Janés, Barcelona, 1977.
- CALVO SOTELO, LEOPOLDO, *Memoria viva de la Transición*, Plaza & Janés, Barcelona, 1990.
- CAMACHO, SANTIAGO, *Las cloacas del Imperio: lo que Estados Unidos oculta al mundo*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2004.
- CAMPO VIDAL, MANUEL, *Información y servicios secretos en el atentado al Presidente Carrero Blanco*, Argos Vergara, Barcelona, 1983.
- CARCEDO, DIEGO, *23-F Los cabos sueltos*, Temas de Hoy, Madrid, 2001.
- CASSINELLO PÉREZ, ANDRÉS, *Operaciones de guerrillas y contraguerrillas*, Compañía Bibliográfica Española, Madrid, 1966.
- CASTELLANO, PABLO, *Por Dios, por la Patria y el Rey*, Temas de Hoy, Madrid, 2001.
- CERDÁN, MANUEL, *Paesa. El espía de las mil caras*, Plaza & Janés, Barcelona, 2005.
- CERNUDA, PILAR; Fernando Jáuregui y Manuel Ángel Menéndez, *23-F: La conjura de los necios*, Foca, Madrid, 2001.
- CLARKE, RICHARD A., *Contra todos los enemigos: la lucha antiterrorista de Estados Unidos vista desde dentro*, Punto de Lectura, 2005.
- CHAMORRO, EDUARDO, e IGNACIO FONTES, *Las bases norteamericanas en España*, Euros, Barcelona, 1976.
- DÍAZ FERNÁNDEZ, ANTONIO, *Los servicios de inteligencia españoles. Desde la guerra civil hasta el 11-M*, Alianza, Madrid, 2005.
- DÍAZ HERRERA, JOSÉ, *Los mitos del nacionalismo vasco*, Planeta, Madrid, 2005.
- DÍAZ HERRERA, JOSÉ, e ISABEL DURÁN, *Los secretos del poder*, Temas de Hoy, Madrid, 1994.
- DIEGO AGUIRRE, JOSÉ RAMÓN, *Guerra en el Sahara*, Istmo, Madrid, 1991.
- , *Historia del Sahara español. La verdad de una traición*, Kaydeda, Madrid, 1988.
- DIOS UNANUE, MANUEL DE, *El caso Galíndez: los vascos en los servicios de inteligencia de EE.UU.*, Txalaparta, Tafalla, 1999.

- EATON, SAMUEL D., *The forces of freedom in Spain*, Stanford University, 1981.
- ESTEFANÍA MOREIRA, JOAQUÍN, *La Trilateral Internacional del capitalismo. El poder de la Trilateral en España*, Akal, Madrid, 1979.
- FEO, JULIO, *Aquellos años*, Ediciones B, Barcelona, 1993.
- FOREST, EVA, *Operación Ogro*, Hiru, Hondarribia, 1993.
- FRAGA IRIBARNE, MANUEL, *El cañón giratorio*, Argos Vergara, Barcelona, 1982.
- FRAGUAS, RAFAEL, *Espías en la Transición*, Oberon, Madrid, 2003.
- FRANCO SALGADO-ARAUJO, FRANCISCO, *Mis conversaciones privadas con Franco*, Planeta, Barcelona, 1976.
- Garcés, Joan, *Soberanos e intervenidos*, Siglo XXI, Madrid, 1996.
- GARCÍA SANZ, FERNANDO, «Al servicio del Estado: inteligencia y contrainteligencia en España», *Arbor*, n.º 709, enero de 2005.
- GÓMEZ PARRA, RAFAEL, *Fraga, ese hombre*, España Crítica, Madrid, 1982.
- GONZÁLEZ DURO, ENRIQUE, *Franco. Una biografía psicológica*, Temas de Hoy, Madrid, 2000.
- GONZÁLEZ NEIRA, AQUILINO, *La Trilateral manda en España*, España Crítica, Madrid, 1983.
- GREUNKE, GUDRUN, Y JÖRG HEIMBRETCH, *El montaje del síndrome tóxico*. Obelisco, Barcelona, 1988.
- GRIFFITH, ALINE, *La espía que vestía de rojo*, Ediciones B, Barcelona, 1987.
- , *Sangre azul*, Ediciones B, Barcelona, 1990.
- GRIMALDOS, ALFREDO, *La sombra de Franco en la Transición*, Oberon, Madrid, 2004.
- GUILLÉN, ABRAHAM, *ITT-IBM en España*, Zero, Madrid, 1977.
- HEVIA COSCULLUELA, MANUEL, *Pasaporte 11333: ocho años con la CIA*, Ediciones de Ciencias Sociales, La Habana, 1978.
- HUNT, HOWARD, *Memorias de un espía: de la CIA al escándalo Watergate*, Noguer, Barcelona, 1975.
- IGNATIEV, OLEG KONSTANTINOVICH, *Conspiración contra Delgado: historia de una operación de la CIA y la PIDE*, Progreso, Moscú, 1989.

- IGNATIUS, DAVID, *Agentes de la inocencia*, Mondadori, Madrid, 1989.
- JARQUE, ARTURO, *Queremos esas bases. El acercamiento de Estados Unidos a la España de Franco*, Universidad de Alcalá, Madrid, 1998.
- JUÁREZ, FRANCISCO JAVIER, *Madrid-Londres-Berlín. Espías de Franco al servicio de Hitler*, Temas de Hoy, Madrid, 2005.
- KNIGHTLEY, PHILLIP, *Philby, maestro de espías*, Ediciones B, Barcelona, 1989.
- KISSINGER, HENRY, *Diplomacia*, Ediciones B, Barcelona, 1998.
- LEE, MARTIN A., y BRUCE SHLAIN, *Sueños de ácido: historia social del LSD, la CIA, los sesenta y todo lo demás*, Castellarte, Castellar de la Frontera (Cádiz), 2002.
- LOWE, BEN, *La cara oculta de la OTAN*, Revolución, Madrid, 1986.
- MAESTRE ALFONSO, JUAN, *El libro rojo del presidente Pinochet y CIA*, Akal, Madrid, 1978.
- MARKS, JOHN, y VICTOR MARCHETTI, *La CIA y el culto al espionaje*, Euros, Barcelona, 1974.
- MARTIN, DAVID C., *KGB contra CIA: una guerra secreta e implacable*, Planeta, Barcelona, 1981.
- MARTÍNEZ INGLÉS, AMADEO, *23-F El golpe que nunca existió*, Foca, Madrid, 2001.
- MARTÍNEZ DE VICENTE, PATRICIA, *Embassy y la inteligencia de Mamburá*, Velecio Editores, Madrid, 2003.
- MARTÍNEZ, VICTORIA; ANA CRISTINA NAVARRO, y MANUEL REVUELTA, *Haig, el americano feo*, Punto Crítico, Madrid, 1981.
- MEDINA, FRANCISCO, *23-F La verdad*, Plaza & Janés, Barcelona, 2006.
- MENÉNDEZ, MANUEL ÁNGEL, e IGNACIO FONTES, *Quién es quién: Sus Señorías los Diputados*, Foca, Madrid, 2002.
- MORALES, JOSÉ LUIS, y JUAN CELADA, *La alternativa militar*, Revolución, Madrid, 1981.
- MORALES, JOSÉ LUIS; TERESA TODA, y MIREN IMAZ, *La trama del GAL*, Revolución, Madrid, 1988.
- MORÁN, GREGORIO, *Los españoles que dejaron de serlo*, Planeta, Barcelona, 1982.
- NEUBERGER, GÜNTER, y MICHAEL OPPERSKALSKI, *La CIA en Centroamérica y el Caribe*, José Martí, La Habana, 1985.

BIBLIOGRAFÍA

- NICOLÁS, ENCARNA, *La libertad encadenada*, Alianza, Madrid, 2005.
- ONETO, JOSÉ, *23-F La historia no contada*, Ediciones B, Barcelona, 2006.
- PALACIOS, JESÚS, *Las cartas de Franco*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2006.
- PAVWELS, JACQUES R., *El mito de la guerra buena*, Hiru, Hondarribia, 2002.
- PÉREZ ESCOLAR, RAFAEL, *Memorias*, Foca, Madrid, 2005.
- PÉREZ GALDÓS, FEDERICO, *Los papeles secretos del golpe. La trama civil*, España Crítica, Madrid, 1982.
- PÉREZ VILLALOBOS, MARÍA CONCEPCIÓN, *Derechos fundamentales y servicios de inteligencia*, Grupo Editorial Universitario, Granada, 2002.
- PEROTE, JUAN ALBERTO, *Confesiones de Perote. Revelaciones de un espía*, RBA, Barcelona, 1999.
- , *23-F: ni Milans ni Tejero*, Foca, Madrid, 2001.
- PERRAULT, GILLES, *CIA: Del servicio secreto al gobierno invisible*, Dope-sa, Barcelona, 1971.
- PONTI, CARMELO L., *La CIA*, Bruguera, Barcelona, 1975.
- POULANTZAS, NICOS, *La crisis de las dictaduras. Portugal, Grecia, España*, Siglo XXI, Madrid, 1976.
- PREGO, VICTORIA, *Diccionario de la Transición*, Plaza & Janés, Barcelona, 1999.
- REINLEIN, FERNANDO, *Capitanes rebeldes*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2002.
- REVUELTA, MANUEL, *Las viejas mentiras de la nueva OTAN*, Plataforma contra la OTAN de Madrid, Madrid, 1997.
- RÍO, EUGENIO DEL, *Libro negro de la OTAN*, Revolución, Madrid, 1983.
- ROBBINS, CHRISTOPHER, *Air América: historia de la línea aérea secreta de la CIA*, Planeta, Barcelona, 1986.
- ROBLES, MARIANO, Y JOSÉ ANTONIO NOVAIS, *Asesinato de un héroe. General Humberto Delgado*, Sedmay, Madrid, 1974.
- RODRÍGUEZ, MIKEL, *Los espías vascos*, Txalaparta, Tafalla, 2004.
- RUBIO, ANTONIO, Y MANUEL Cerdán, *El origen del GAL*, Temas de Hoy, Madrid, 1997.

BIBLIOGRAFÍA

- RUEDA, FERNANDO, *Servicios de inteligencia: ¿fuera de la ley?*, Ediciones B, Barcelona, 2006.
- SALEGI, MARIO, *Expediente vasco: CIA y FBI en Euskal Herria*, Txalaparta, Tafalla, 2003.
- SAN MARTÍN, JOSÉ IGNACIO, *Apuntes de un condenado por el 23-F*, Espasa, Madrid, 2005.
- , *Servicio especial*, Planeta, Barcelona, 1983.
- SERRANO, SECUNDINO, *Maquis. Historia de la guerrilla antifranquista*, Temas de Hoy, Madrid, 2001.
- SORIANO, MANUEL, *Sabino Fernández Campo. La sombra del Rey*, Temas de Hoy, Madrid, 1995.
- STONOR SAUNDERS, FRANCES, *La CIA y la Guerra Fría cultural*, Debate, Madrid, 2001.
- SUMMERS, ANTHONY, *La arrogancia del poder*, Península, Barcelona, 2003.
- SVERLO, PATRICIA, *Un rey, golpe a golpe*, Arakatz, Bilbao, 2000.
- TAMAMES, RAMÓN, *La República. La era de Franco*, Alianza Universidad, Madrid, 1979.
- TRENTO, JOSEPH, *La historia secreta de la CIA*, Península, Barcelona, 2003. Círculo de Lectores, 2004.
- TRUMAN, MARGARET, *Asesinato en la CIA*, Grijalbo, Barcelona, 1989.
- UGARTE, ÁNGEL, Y FRANCISCO MEDINA, *Espía en el País Vasco*, Plaza & Janés, Barcelona, 2005.
- UNGRÍA, JOSÉ, *La organización informativa y el agente secreto*, Madrid, 1947. (Imp. Reche, 1967.)
- URBANO, PILAR, *Yo entré en el CESID*, Plaza & Janés, Barcelona, 1997.
- , *Con la venia... yo indagué el 23-F*, Argos Vergara, Barcelona, 1982.
- VERSTRYNGE, JORGE, *Memorias de un maldito*, Grijalbo, Barcelona, 1999.
- VILLAR, FRANCISCO, *El proceso de autodeterminación del Sáhara*, Fernando Torres, Valencia, 1982.
- VILLIERS, GÉRARD DE, *Contra la CIA*, AQDL, Madrid, 1976.
- , *SAS contra la CIA*, Grijalbo, Barcelona, 1979.

- VINUESA, ARTURO, *Ambición de poder: Operación GODSA*, Foca, Madrid, 2006.
- VIÑAS, ÁNGEL, *Los pactos secretos de Franco con Estados Unidos*, Grijalbo, Barcelona, 1981.
- , *En las garras del águila*, Crítica, Barcelona, 2003.
- WALTERS, VERNON, *Misiones discretas*, Planeta, Barcelona, 1981.
- WOLF, MARKUS, *El hombre sin rostro*, Javier Vergara Editor, Buenos Aires, 1997.
- WOODWARD, BOB, *Las guerras secretas de la CIA*, Ediciones B, Barcelona, 1987.
- WRIGHT, PETER, *Cazador de espías*, Ediciones B, Barcelona, 1987.
- YÁKOVLEV, NIKOLÁI, *La CIA contra la URSS*, Progreso, Moscú, 1983.
- YUSTE, CARLOS I., *Subversión y reversión en la España actual*, San Martín, Madrid, 1975.

Índice alfabético

- «Abu Omar», Hasan Osama Mustafá Nasr, 250
- aceite de colza, síndrome del, 195-206
- Achakbar, coronel, 132
- Acheson, Dean, secretario de Estado, 51, 55-56, 59
- Acosta Guzmán, Juan Luis, agente doble cubano, 172-173
- Admoni, Nahum, oficial del Mossad, 244
- Afganistán, 188, 251
- Agee, Philip, ex agente de la CIA, 150 151, 162, 222
- Acoso y fuga: con la CIA en los talones*, 129
- Agencia de Inteligencia Geoespacial, 247
- Agencia Internacional de Desarrollo (AID), 166
- Agencia Nacional de Seguridad, 247
- Agrupación Operativa de Medios Especiales (AOME) del CESID, 72, 75, 80-82, 178, 240, 244
- Agrupamar, mayorista de tomates, 202
- Agudín, Orlando, agente de la CIA, 174
- Aguirre, José Antonio, lehendakari, 40, 42, 44, 46, 124
- Aguirre de Cárcer, Ignacio, coronel, 244
- Air Forces Element (AFE), 237
- Airol, Miguel, periodista, 223
- Ajuriaguerra, Juan, dirigente del PNV, 40, 44
- Akal, Ramón, editor, 213
- Albright, Madeleine, secretaria de Estado, 248
- Alderdi*, publicación nacionalista vasca, 45
- Alemania nazi, 36-37
- Alfonso de Borbón, 119
- Allende, Salvador, presidente chileno, 33, 184, 223
- Almy Jr., Dean J., agente de la CIA, 80, 164, 222
- Alonso, José Ramón, periodista, 216
- Alonso Manglano, Emilio, general, director general del CESID, 81, 137, 196, 226, 234
- Álvarez, Francisco, 240
- Álvarez, Joseba, 270 n. 17
- Álvarez Enparanza, José Luis, Txillardegi, 270 n. 17
- Amnistía Internacional, 249
- Andreotti, Giulio, 87, 90
- Ansón Oliart, Rafael, periodista, 216
- Ansón, Luis María, presidente de EFE, 184, 208
- Arana, Sabino, 41

- Aranda, general, 39
- Arburúa, Manuel, ministro de Comercio, 62
- Areilza, José María de, ministro de Exteriores, 28-29, 135, 217, 208
- Argelia, 104, 171, 190
- Arias, Inocencio, 216
- Arias Navarro, Carlos, 27, 28, 112, 123, 133, 135, 149
- Arillaga, Josefina, 148
- Armada, Alfonso, general, 14, 24, 114, 146, 177, 192, 246
- Armero, José Mario, 154, 215
- Arzalluz, Xabier, 41-43, 45-47, 124
- Asociación Cultural Hispanoamericana, 137
- Atatürk, Mustafa Kemal, 186
- Atocha, matanza de abogados laboristas en, 86, 94, 95-96, 97
- Aznar, José María, presidente del Gobierno, 113, 219, 246, 248, 250
- Baer, Robert, ex oficial de la CIA: *Soldado de la CIA*, 254
- Bagram (Afganistán), base de, 250-251
- Ballarín, Álvaro, capitán, 191
- Ballesteros, Manuel, comisario, 142
- Banco Ambrosiano, 90
- Banco Interamericano de Desarrollo, 186
- Baniandrés, Mariano, subcomisario, 96
- Barrionuevo, José, ministro del Interior, 96, 243
- Barrueco, Enrique, periodista, 222
- Barrutia, Ander, 45
- Bartholomew, Reginald, embajador estadounidense, 233, 235-236, 238
- Bash Jr., Edward John, 229
- Bastida Centenera, Manuel, «valijero», 237-238
- Bastos, general, 113
- Batallón Vasco Español (BVE), 86, 142, 243
- Beigbeder, Juan Luis, general, 39, 52-53, 260 n. 2
- Beltrán, Bartolomé, 216
- Beltrán, César, agente de la CIA, 136
- Ben Barka, Medhi, líder de la oposición marroquí, 240
- Ben Bella, Mohammad Ahmed, primer ministro argelino, 240
- Benegas, Txiki, 145
- Bensisuán, Moisés, 244
- Beñarán «Argala», José Miguel, 120, 270 n. 13
- Bernal, Fernando, «Bichi», 174
- Bilderberg, Club de, 210-212
- Blanco, Eduardo, coronel, 106, 185, 223
- Blanco Tobío, Manuel, periodista, 216
- Boada, Claudio, presidente de Ford España, 207
- Bolivia, 12
- Bolo, Alberto, ex coronel italiano, 88-89
- Bono, José, ministro de Defensa, 251
- Bonsal, encargado de negocios estadounidenses, 53
- Borchgave, Arnaud de, subdirector de *Newsweek*, 27
- Borghese, Valerio, príncipe, 92, 224
- Bourgón, general José María, director del CESID, 242
- Bragado de las Heras, Felipe, 237-238
- Brandt, Willy, canciller alemán, 25, 142-143, 149, 153, 273 n. 17
- Brasil, 12, 31-32, 130
- Brigada Político-Social, 22, 94, 118
- Bristow, Desmond, jefe de la inteligencia británica en España, 13, 39
- Brzezinski, Zbigniew, presidente de la Trilateral, 208

- Burns, Thomas, periodista, 216 Bush Jr., Edward John, 174
- Bush, George H. W., presidente, 92
- Bustelo, Francisco, 144-145, 157, 245
- Cabanillas, Pío, ministro de Cultura, 224
- Cabrero, El, cantaor, 139 Cadwell, Ray, 246
- Calderón, Javier, secretario general del CESID, 15, 113
- Calore, ultraderechista italiano, 94
- Calvi, Roberto, presidente del Banco Ambrosiano, 90-91
- Calvo Sotelo, Leopoldo, 155, 156, 190, 196, 211, 216, 217
- Calzona, Giuseppe, fascista, 93
- Cambio 16*, semanario, 136, 138, 163, 174, 184, 194
- Canaris, Wilhelm, almirante, 36-38
- Cano, Jacobo, 24
- Cano Hevia, general, 216
- Carcedo, Diego, 184, 186
- Cardoso, Agostinho Barbieri, 104, 106
- Careaga, Pilar, alcaldesa de Bilbao, 115
- Carlucci, Frank, agente de la CIA, 130
- Carmona, Oscar Fragoso, general portugués, 102
- Carnasi, fascista italiano, 93
- Carreras, Narciso, director interino del CESID, 77
- Carrero Blanco, Luis, almirante, 15, 16, 17, 22, 24, 28, 113, 115-118, 121, 125-127, 141
- Carrero Pichot, Carmen, hija de Carrero Blanco, 115
- Carrillo, Santiago, 12, 24, 154
- Carter, Jimmy, presidente, 130, 183, 184, 188, 189, 209, 227
- Carvajal y Urquijo, Jaime, 207
- Carvajal, José Federico de, 14, 146
- Carvalho, Álvaro Pereira de, 104, 106
- Carvalho, Mário de, agente de la PIDE, 103
- Casaco, Antonio Rosa, 106
- Casagrandi, Mauro, agente de la CIA, 174
- Casey, William J., 82, 228
- Cassinello Pérez, Andrés, teniente general, 96, 97-99, 195
- Operaciones de guerrillas y contraquerillas*, 97
- Subversión y reversión en la España actual*, 98
- Cassinello, Andrés, jefe del SECED, 28, 142
- Cassinello, José, 28
- Casson, Felice, magistrado, 86-87
- Castañón, general, 126
- Castellano, Pablo, 143, 145, 156, 158, 218
- Castelo Branco, Humberto, 31
- Castiella, Fernando María de, 49
- Castrillo, Jesús, abogado, 200, 202, 205
- Castro, Fidel, 169, 171-172, 174
- Castro Delgado, Enrique: *Mi fe se perdió en Moscú*, 110
- CATENA, red, 88
- Cebrián, Juan Luis, 112
- Center for Disease Control (CDC) de Atlanta, 199
- Centro Cubano de Madrid, 175
- Centro de Estudios de Política Exterior (CEPE), 216-217
- Centro Superior de Información de la Defensa (CESID), 14, 72-73, 75, 76-77, 178, 219, 232, 239
- Cerda, Carlos de la, gobernador brasileño, 109
- Cerdán, Manuel, periodista, 116, 240
- Cernuda, Pilar, 192
- Cerón Ayuso, José Luis, 208

- Chaisson, Claude, 153
- Chamber, William M., 236
- Chase Manhattan Bank, 207
- Checoslovaquia, 181-182
- Cherid, Jean-Pierre, fascista, 93
- Chile, 33
- China, 73
- Churchill, Winston, primer ministro, 34, 53
- Cicuttini Filiputti, Carlo, fascista, 93-95
- Ciurana, Antoni, alcalde de Lérida, 14, 246
- Clark, Ramsey, 209
- Clavera, María Jesús, doctora, 196, 199, 204
- Clinton, Bill, presidente, 248
- Coeme, Guy, ministro de Defensa belga, 87
- Colby, William Egan, director de la CIA, 91, 103, 131, 136
- Cole, Harry E., 79
- Comisión Trilateral, 207-213
- Comisión Warren, 175-176
- Comisiones Obreras (CC.OO.), 112
- Comunidad Económica Europea, 124
- Concordato con la Santa Sede, 61
- Concutelli, Pier Luigi, jefe militar de Ordine Nuovo, 94-95, 96
- Conesa, Roberto, comisario, 93
- Connally, Tom, 55
- Connelly, Michael, almirante, 55-56, 66
- Contraineligencia, 66, 71-73, 82-83, 170
- Control de Emisiones Radioeléctricas español (CONEMRAD), 193
- Corea, guerra de, 56
- Cortezo Velásquez-Duro, Jaime, 105
- Cortina, José Luis, comandante, 14, 80, 113-114, 126-127, 177-179, 194, 242
- Cossiga, Francesco, presidente italiana, 90
- Cover Action*, publicación, 161-163, 165-166, 168, 181, 183, 222
- Craxi, Bettino, 155
- Cuadernos*, revista, 147
- Cuartero Larrea, Miguel, general, 216
- Cuba, 73, 79, 169, 171, 174-176, 190
- Cueva, Justo de la, 152
- Culbertson, Paul, encargado de negocios, 53-55
- Cybulski, Joseph Said, oficial de la CIA, 223
- Davis, Terry, 252
- Dayan, Moshe, general israelí, 216
- De Lorenzo, general italiano, 103
- Degrelle, Léon, nazi belga, 43
- Delgado, Humberto, general portugués, 101, 102-106
- Della Chiaie, Stefano, fascista, 93
- Demirel, Süleyman, 189
- Democracia Cristiana italiana, 31
- Departamento de Seguridad Pública (OPS), 166
- Descoteaux, Norman M., 174, 229
- Diamant, Max, 149
- Díaz Fernández, Antonio, 133
- Diego García, base de, 251
- Díez Alegría, general, 119, 126
- Dirección General de Seguridad, 22
- Domínguez, José Ignacio, capitán, 70
- Donaldson, David, 241
- Donovan, William J., 35, 210
- Dubinin, Yuri, embajador soviético, 192
- Duke, Angier Biddle, embajador en España, 108
- Dulles, Allen, primer director de la CIA, 42, 61
- Dulles, John Foster, secretario de Estado, 42, 61

- Dunaway, Faye: *Los tres días del Cóndor*, 11
- Dunn, James C., embajador estadounidense, 61-62
- Dyer, Arthur P., agente del MI-6, 40
- Eath, doctor del CDC de Atlanta, 203
- Economic Cooperation Administration (ECA), 58
- Eden, Anthony, 53
- Eisenhower, Dwight D., presidente, 19, 29, 30, 49-50, 61, 62, 65-66, 67
- Elorriaga, Gabriel, 110
- Encounter*, revista, 147
- Enders, Thomas, embajador estadounidense, 76, 157, 225, 235, 238
- Espinazo, comandante, 244
- Espinosa San Martín, Juan José, 267 n. 12
- Estefanía Moreira, Joaquín, periodista, 209, 213
- Estes, Ronald Edward, jefe de la CIA en Madrid, 12, 72, 75, 179-180, 181-185, 190, 193, 221, 253
- ETA, 16, 81, 94, 96, 99, 115-116, 122-123, 125, 219, 239-244
- Evans, Duanne Thomas, oficial de la CIA, 173
- Evren, Kenan, general turco, 185, 189-190
- Examen*, revista, 147
- Express Español*, revista, 149
- FACA, proyecto, 218-219
- Falange Libanesa, 12, 182, 275 n. 8
- Farmer, Guy, agregado de prensa, 215
- Faura Martín, José, oficial del SECED, 24-25, 142
- FBI, 46, 175, 247
- Feo, Julio, 157, 213, 225
- Fernán Gómez, Fernando, 157
- Fernández Campo, Sabino, teniente general, 218
- Fernández Carriedo, Acisclo, magistrado, 121
- Fernández Cerrá, José, ultraderechista, 94-95
- Fernández Miranda, Torcuato, 27
- Fernández Monzón, Manuel, capitán, 17-18, 21-22, 27, 69-73, 116, 142, 169-170
- Fernández Ordóñez, Francisco, ministro de Exteriores, 233
- Fernández Salgado, Raúl, agente de la CIA, 174
- Fernández Vaquerizo, Rogelio, 193
- Fernández-Urrutia, 217
- Ferrer, Francisco, jefe de Contrainteligencia, 82
- Ferrer Salat, Carlos, 208
- Fontanals Armengol, general, 95
- Ford, Gerald, 126, 129, 130, 131, 135
- Fort Bragg, Centro de Guerra Especial de, 97, 98
- Fraga Iribarne, Manuel, ministro de la Gobernación, 28-29, 94, 105, 106, 108-110, 114, 211, 267 n. 12
- Francia, Salvatore, fascista, 93
- Franco Bahamonde, Francisco, general, 12, 13, 14, 18-21, 36, 37, 51-54, 62-63, 65, 112, 123, 132, 133, 134, 141
- Franco Bahamonde, Nicolás, 210-211
- Franco Salgado-Araujo, Francisco, 66, 148
- Frente Interior portugués, 103, 104
- Frente Polisario, 134
- Fuller, Earl, agente de la OSS, 40, 43
- Fundación Friedrich Ebert del SPD, 148, 149, 150, 152
- Fundación Pablo Iglesias, 149

- G-2, servicio de información cubano, 172, 174
- Gabeiras, José, general, jefe del Estado Mayor del Ejército, 246
- Gabinete de Orientación y Documentación, Sociedad Anónima (GODSA), 112-113
- Gaddafi, Moammar al-, líder libio, 89
- Gahagen, Robert D., jefe de la CIA en Madrid, 12, 163-164
- GAL, 86, 94, 98, 219, 243
- GAL verde, 97, 243
- Galeote, Guillermo, 145
- Galíndez, Jesús, agente vasco, 46
- Galvao, Enrique, general, 102
- Garcés, Joan: *Soberanos e intervenidos*, 144, 145
- García, Jenaro, agente de la CIA, 168
- García Bloise, Carmen, 149
- García Carrés, Juan, 113-114, 177
- García Juliá, Carlos, ultraderechista, 94
- García López, Antonio, secretario general del PSDE, 26
- García-Moncó, Faustino, 267 n. 12
- García Rebull, Tomás, capitán general de Madrid, 120
- García Rodríguez, Luis Antonio, fan-gista, 93
- García Trevijano, Antonio, 153
- Garrido, Antonio, jefe de Policía, 78
- Garrigues Walker, Antonio, 215, 208
- Garrigues Walker, Joaquín, 190, 208
- Garrigues y Díaz Cañabate, Antonio, ministro de Justicia, 135, 215, 217
- Gaulle, Charles de, general, 104
- Gavras, Costa: *Estado de sitio*, 168
- Gelli, Licio, agente de la CIA, 104
- General Services Office (GSO), 236, 237, 239
- Gerena, Manuel, cantaor, 139
- Gibraltar, 124
- Giman, Samuel H., 239
- Girón de Velasco, José Antonio, 28
- Giscard d'Estaing, Valéry, 24
- Gladio, red, 31, 85-90, 92, 97, 103, 189, 223, 250
- Gomes, Rui Luis, profesor, 102
- Gómez de Salazar, Federico, teniente general, 127
- Gómez Iglesias, Vicente, capitán, 178
- Gonçalves, Vasco, presidente portugués, 130
- González, Felipe, 15, 24-25, 68, 99, 135, 141-143, 145, 147, 152-157, 226, 243, 245
- González Pacheco «Billy el Niño», José Antonio, 94
- Gorkin, Julián, dirigente del POUM, 147
- Goulart, João, presidente de Brasil, 31 32, 130, 164
- Graham, Mary, 247
- Granados García, Félix, 174
- Grant, Ulysses, presidente estadounidense, 209
- Grecia, 182
- Griffis, Stanton, embajador estadounidense, 57-58
- Gruner, Jay K., agente de la CIA, 168
- Guantánamo, base de, 250, 251
- Guardia Civil, 21
- Guerra Fría, 11, 12, 17, 50, 67, 89, 109, 124, 187
- Guerra, Alfonso, vicepresidente del Gobierno, 81, 142, 143, 145, 147
- Guevara, Ernesto Che, 167
- Guitián, teniente coronel, 15
- Gurmino, Ángel «Stein», 97
- Gurney, senador, 55
- Gutiérrez Aragón, Manuel, 157
- Gutiérrez Mellado, Manuel, 123, 192, 242, 246

- Haig, Alexander, secretario de Estado, 15, 177, 189-190, 193-194, 211
- Hanson, Dean P., agente de la CIA, 166-167
- Hartman, Arthur, 131-132
- Harvey, William, 103
- Hasan II, rey de Marruecos, 33, 131-132
- Hayden, general Michael, director de la CIA, 255
- Heinemann, ministro de la Presidencia de Alemania, 25
- Helms, Richard, director de la CIA, 32, 103
- Heritage Foundation, 183
- Herrera, Rudy, oficial de la CIA, 173
- Herrero Tejedor, Fernando, fiscal del Supremo, 26, 120, 122, 123
- Himmler, Heinrich, 37
- Hitler, Adolf, 37
- Hoagland, Jim, periodista, 135
- Hoare, sir Samuel, embajador británico, 38, 42
- Human Rights Watch, 253
- Hussein, Sadam, 125
- Iglesia católica, 54
- Iglesias, Pablo, 144, 154
- Incerilli, Paolo, jefe de los servicios secretos italianos, 86
- Iniciativa de Defensa Estratégica, 229
- Innocenti, Antonio, nuncio del Vaticano, 177, 178
- Instituto de Cuestiones Internacionales (INCI), 214-216, 234
- Instituto de Cuestiones Internacionales y Política Exterior (INCIPE), 217
- Instituto Nacional de Toxicología, 200
- Instituto para el Estudio del Conflicto, 211
- Instituto para la Investigación de las Relaciones Internacionales, 211
- Instituto para las Obras de la Religión, 90
- Intelligence Service, 13, 210
- Interpublic S.A., multinacional, 76
- Irak, 188, 251
- Irala, Antón, abogado, 40, 41, 45-46, 124
- Irán, 188
- Israel, 125, 129, 242-243
- Italia, 85, 90-92, 189
- Jamaica, 79
- Japón, 208
- Jáuregui, Fernando, 192
- Jiménez, Trinidad, 213
- Jiménez Torres, Francisco, 219
- Johnson, Lyndon B., presidente: *The Vantage Point*, 175
- Jomeini, ayatolá, 188, 240
- Jones, William A. K., agente de la CIA, 164
- Jonson, Martin I., oficial de la CIA, 223
- Josselson, Michael, agente de la CIA, 147
- Juan Carlos I de Borbón, 14, 17, 19, 20-21, 24, 27, 77, 119, 132, 134-135, 191, 208, 218
- Juan de Borbón, 26, 39, 52
- Juan Pablo I, papa, 91
- Juan Pablo II, papa, 91
- Junta Democrática, 25-26
- Jurgensen, Eric, 224
- Karamanlis, solución, 12
- Kear, Donald L., 223
- Kennedy, John F., presidente, 31, 65, 135, 175
- Kenny, John H., jefe de la CIA en Ankara, 185-186
- Keogh, Thomas P., agente de la CIA, 167, 168 KGB soviética, 169
- Kinsman, Richard, jefe de la CIA en Madrid, 12, 78-80, 221-222, 228-229, 253

- Kissinger, Henry, secretario de Estado, 32, 116, 119, 129, 132, 133, 136, 153
- Kresler, Edward, 138
- La Mazza, John L., 79
- Lacalle Larraga, José, general, 98
- Lajes, base de, en las Azores, 129, 131
- Lamb, Dennis David, 229
- Langley (Virginia), sede central de la CIA en, 11, 17, 76, 119, 165, 181, 182, 230
- Laplaza, Felipe, general, 123
- Largo Caballero, Francisco, 154
- Lasa, José Antonio, asesinato de, 99
- Lasarte, José María, diputado, 40
- Legarza «El Lobo», Miguel, 121
- Lequerica, José Félix, embajador en Washington, 57, 109, 262 n. 13
- Lerdo de Tejada, Fernando, 94
- Letelier, Orlando, asesinato de, 33
- Ley de la Reforma Política, 27, 28
- Ley de Sucesión (1947), 53
- Líbano, 182, 275 n. 8
- Libia, 171
- Liniers Pidal, Tomás, general, 245-246
- Lladó, José, 217
- Llopis, Rodolfo, 24, 141, 142, 146, 147-148, 154, 245, 272 n. 1
- Lobo García, Ángel, 216
- Lopes, Higinio Craveiro, general, 102
- López Albizu, Eduardo, 143, 145
- López Bravo, Gregorio, ministro de Exteriores, 20, 135, 267 n. 12
- López Rodó, Laureano, 14, 26, 124, 267 n. 12
- Lord, Susan, mujer de Alonso Manglano, 137
- Lorenzo, Giovanni de, general, jefe del SIFAR, 90, 91
- Luns, Joseph, secretario general de la OTAN, 210, 211
- Lupton, Ernestine, esposa de Hanson, 167
- Macchia, Alberto, juez, 96
- MacGuinnes, Alfred G., oficial de la CIA, 236
- MacVeagh, embajador estadounidense, 61
- Madariaga, Salvador de, 147
- Mafia, 90-91
- Mairena, Antonio, 139
- Mallorca, vuelos secretos de la CIA desde, 252-253
- Mando Unificado de Lucha Contraterro-rista (MULC), 142, 240
- Manley, Michael, primer ministro jamaicano, 79
- Manzanas, Melitón, comisario, 118
- Marcha Verde, 131, 132
- Marchena, Melchor de, guitarrista, 139
- Marchetti, Victor: *La CIA y el culto al espionaje*, 98
- Marcinkus, Paul, arzobispo, 90-91
- Marín, Manuel, 213
- Marquina, capitán, 244
- Marruecos, 33, 38, 131-134, 189
- Marshall, George, secretario de Estado, 50
- Marshall, Plan, 51-52, 55, 58
- Martens, industrial holandés, 210
- Martín Artajo, Alberto, 49, 53, 62, 109
- Martín de Pozuelo, Eduardo, 35, 126
- Martín Villa, Rodolfo, 27
- Martínez Inglés, Amadeo, coronel, 99
- Martínez Pinilla, doctor, 204, 267
- Martínez Ruiz, Francisco Javier, doctor, 196, 199
- Martínez Trencó, Teresa, agente doble cubana, 173
- Martini, Fulvio, jefe de los servicios secretos italianos, 86
- Martos Lalane, Luis, coronel, 169, 243-244
- Marty, Dick, senador suizo, 250
- Mas, Antonio, 168

- Maspalomas, campo de entrenamiento de
Gladío en, 88
- Masri, Khaled al, 250
- Massagrande, Elio, fascista, 93, 94
- Massey, John F., diplomático, 225, 227
- Mateos, Emi, inspector, 143
- Matesa, caso, 111, 267 n. 12
- Mathews, Glenwood, 104
- Mattei, Enrico, 103
- Mattholfer, Hans, 149
- Matutes, Abel, 213
- Mauritania, 133, 134, 189
- McCarran, senador, 55
- McCarthy, Joseph, senador, 46
- McDonnell Douglas, 215, 218-219
- McKenan, coronel, 72
- McKinley, William, presidente, 41-42
- McMahan, Dennis E., diplomático,
225, 227
- Medina, inspector, 96
- Medina, Francisco, periodista, 113
- Medina, Guillermo, periodista, 216
- Medina, Juan José, inspector de policía, 95-96
- Mendizábal «Txiquía», Eustaquio, 118
- Mendo, Carlos, director de EFE, 106,
112
- Menese, José, cantaor, 139
- Menges, Constantine, 152
- Mercado Común, 124
- Mertz, John W., 229
- MI-6, 36, 39, 42
- Micelli, Vito, general, 90, 91
- Milans del Bosch, Jaime, 12, 15, 185, 190,
196, 246
- Miró Morville, agente de la CIA, 136-
137
- Mitrione, Dan, oficial de la CIA en Uru-
guay, 167-168, 228
- Mitterrand, François, presidente, 229
- Mitxelena, Pepe, 40, 42
- Moch, Jules, ministro de Defensa fran-
cés, 30
- Monde Diplomatique, Le*, 131
- Monteiro, Casimiro Teles Jordao, asesino
de Delgado, 105-106
- Montejurra, sucesos de (1976), 29, 93, 94
- Montoro, Fernando, 204
- Morales, José Luis, periodista, 184
- Morán, Fernando, ministro de Exteriores,
156, 227
- Moreira de Campos, Arajaryr, 101, 105-
106
- Morendo, Richard, agente de la CIA,
168
- Moreno Galván, Francisco, pintor y poeta,
139
- Morocco Travel Advisers, 33
- Morón de la Frontera, base de, 58, 67, 69,
107, 193, 248
- Morris, Albert Allen, 172
- Morrison, Herbert, secretario de Exterio-
res británico, 59
- Moskow, Kenneth, oficial de la CIA, 232-
236, 238
- Moss, Robert, jefe de redacción de *The
Economist*, 111, 183
- Mossad israelí, 14, 73, 75, 240, 242-244
- Movimiento de Liberación Palestino,
182
- Movimiento Popular de Liberación de
Angola (MPLA), 103
- Movimiento Socialista Panhelénico
(PASOK), 88
- Moyano, Paco, cantaor, 139
- Moyen, André, 87
- Música Herzog, Enrique, 14, 142-143,
145, 149, 212-213, 215, 244-246

- Muro, Antonio, doctor, 198, 200-202, 204
- Murphy, Charles M., oficial de la CIA, 223
- Mussolini, Benito, 86
- National Security Agency (NSA), 68, 161
- Navarro Ferré, José, periodista, 216
- Negroponte, John, director de Inteligencia, 247
- New York Times*, 60
- Newsweek*, revista, 54, 135
- Nicaragua sandinista, 171, 174, 188
- Nixon, Richard, 17, 18-20, 31, 119, 134
- NKVD, 36
- Nogueira, banquero portugués, 210
- Norton de Matos, general portugués, 102
- Nyhus, Paul Graham, 229
- OAS, 104
- Occorsio, Vittorio, juez, 95-96
- Odom, Herman Wesley, agente de la CIA, 175, 229
- Office of Strategic Services (OSS) estadounidense, 13, 35, 38, 39-40, 43, 46, 65
- Office War Information (OWI), 38
- Olazcoaga, Christian, 97
- Olazcoaga, Claude, 97
- Oliart, Alberto, ministro de Defensa, 23, 185, 216, 217
- Oltremare, agencia de prensa, 223
- Onaindía, Alberto, canónigo, 40
- 11 de septiembre, atentados del, 247-248
- Oñaederra, Ramón «Kattu», 97
- Operación Alborada, 24
- Operación Azor, 42
- Operación Castro Delgado, 110
- Operación Diana, del Estado Mayor del Ejército, 18, 22-23
- Operación Fraga, 112
- Operación Galaxia, 185
- Operación Gino, 13, 76-81, 221, 229
- Operación Libertad Duradera, 251
- Operación Lolita, 14
- Operación Lucero, del SECED, 22
- Operación Mary, 168-171
- Operación Mister, 76-77
- Operación Naranja, 73
- Operación Ogro, 116
- Operación Primavera, 143
- Operación Sarrio, 67-68
- Operación Sokoa, 240, 242
- Operación Tránsito, 24
- Ordine Nuovo, organización neofascista, 96, 104
- Organización Contrasubversiva Nacional (OCN), 22, 28, 98
- Organización de Naciones Unidas (ONU), 49
- Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), 11, 14, 16, 30, 58, 67, 85, 89, 154-159, 187, 194, 196, 229, 233
- Organización Mundial de la Salud, 195, 196, 206
- Ortí Bordás, José Miguel, 27
- Ortiz, Javier, periodista, 26
- Ortuño, Juan, 113
- Osorio, Alfonso, 208
- Oswald, Lee Harvey, 175-176
- P-2, logia masónica, 90, 104, 189
- Pablo VI, papa, 91, 164
- Pacto de Varsovia, 73, 110
- Paesa, Francisco, 240-241
- País, El*, diario, 112

- Pais, Fernando Eduardo da Silva, director general de la PIDE, 104, 106
- Palacios, Jesús: 23-F: *El golpe del CESID*, 179
- Palomares, accidente nuclear de, 106-107
- Papadopoulos, Geórgios, coronel, jefe de gobierno griego, 91
- Papus*, *El*, atentado contra, 94
- Para, Richard, agente de la CIA, 174, 229, 233, 234, 238
- Pardo Zancada, Ricardo, comandante, 191
- Paredes, Miguel, comandante del SECED, 142-143
- Paredes Manot «Txiqui», Juan, 121
- Partido Comunista de España (PCE), 12, 24, 44, 145, 148, 153, 164
- Partido Comunista Italiano (PCI), 86,
- Partido Comunista Portugués, 153
- Partido Nacionalista Vasco (PNV), 13, 39-47, 124
- Partido Popular (PP), 207, 216
- Partido Socialdemócrata alemán (SPD), 142, 150, 151
- Partido Socialista de Portugal, 150
- Partido Socialista Democrático Español (PSDE), 26
- Partido Socialista Italiano (PSI), 91
- Partido Socialista Obrero Español (PSOE), 14, 24, 77, 96, 145-148, 194, 202, 207, 216
- XIII Congreso (1974) en Suresnes, 25, 144, 153, 245
- XXVII Congreso (1976), 154
- XXVIII Congreso (1979), 152
- Pastor Ridruejo, Rafael, 232
- Paula, Manuel de, cantaor, 139
- Pentágono de Estados Unidos, 60, 158, 215, 247
- Peña, Eurico de la, 26
- Peñaranda, Juan María, general, 22, 23, 27
- Peñas Pérez, capitán, 22
- Peñas Varela, capitán, 22
- Pérez, Alfonso, «Al Pires», agente de la CIA, 236
- Pérez, Carlos Andrés, 155
- Pérez Beotegui «Wilson», José Ignacio, 120-121
- Pérez Escolar, Rafael, 199, 204
- Pérez Llorca, José Pedro, 212
- Perkins, George W., secretario de Estado para Asuntos Europeos, 61
- Perote, Juan Alberto, coronel, 67-68, 73-75, 80-81, 82-83, 85, 86-87, 177-179, 239, 244
- Confesiones*, 190
- Perurena, Vicente «Peru», 97
- Philby, Harold «Kim», 13, 36-37
- Pichot, María del Carmen, viuda de Carretero Blanco, 123
- Pimienta-Perdomo, Federico, marine, 249
- Pinelli, anarquista italiano, 91
- Pinochet, Augusto, general, 24, 184
- Piqué, Josep, ministro de Exteriores, 248
- Piquera Rovira, José, agente de la CIA, 237, 239
- Plan Nacional del Síndrome Tóxico, 203
- Plan Pincher, 187-188
- Plataforma de Convergencia Democrática, 25
- Platajunta, 26, 153
- Plotkin, Robert David, 222
- Polanco, Jesús de, 213
- Policia Internacional e de Defesa do Estado (PIDE), 101, 103-104
- Poncet, Jean-François, ministro de Exteriores francés, 193-194

- Portugal, 129, 153, 189
- Powell, Colin, secretario de Estado, 248
- Prado y Colón de Carvajal, Manuel de, 133
- Prats, marqués de, 58
- Prieto López, Manuel, general, 186
- Primavera de Praga, 182
- Priore, Rosario, juez, 89
- PRISA, grupo editorial, 112
- Puell, Fernando, 225
- Puig de la Bellacasa, Fernando, 215
- Pujol «Garbo», Juan, espía, 13
- Qaeda, Al, 253
- Quintao Morales, almirante, 102
- Quintero Morente, Federico, jefe de Policía de Madrid, 120, 122, 185
- Raham, Richard G., agente de la CIA, 168
- Ramírez, Pedro J., 246
- Ramstein (Alemania), base de, 248
- Raventós Carner, Joan, 14, 146, 246
- Raya, José, fiscal, 122, 123
- Reagan, Ronald, presidente, 75, 151, 156, 183, 184, 188, 190, 191, 226, 230
- Red Retaguardia, en Bélgica, 87, 89
- Redondo, Nicolás, 25, 141, 143, 145
- Reforma Democrática, 113
- Regional Security Officer (RSO), 236
- Reguengo, Vicente, comisario jefe, 106
- Reinlein, Fernando, 62, 191, 246
- Relator, proyecto, 39
- Resfelder, André, 104
- Revolución de los Claveles en Portugal, 129, 141, 153
- Reyes, Héctor, oficial de la CIA, 173
- Ricci, Mario, fascista, 94
- Rice, Condoleezza, secretaria de Estado, 254
- Ridruejo, Dionisio, 26
- Roberto, Holden, 103
- Robles Romero-Robledo, Mariano, 105
- Rockefeller, David, 207, 209
- Rockefeller, Nelson, vicepresidente estadounidense, 211
- Rodríguez, Mikel, 40
- Rodríguez Galindo, Enrique, coronel, 99
- Rodríguez Gallego, Alberto César Augusto, 175-176
- Rodríguez Zapatero, José Luis, presidente, 217, 250
- Rodríguez-Mena Castrillón, Ignacio, agente doble cubano, 173
- Rogers, William Pierce, secretario de Estado, 126
- Rognoni, Giancarlo, fascista, 93
- Romanones, Aline Griffith, condesa de, 37-38
- La espía que vestía de rojo*, 37
- Roosevelt, Franklin D., 50
- Roquetas de Mar, tomates de, 202, 205
- Rosón, Juan José, ministro del Interior, 192
- Rossi, Gino, agente de la CIA, 78, 81
- Rota, base de, 58, 67, 193, 248, 249
- Royuela, Alberto, falangista, 93
- Ruano, Enrique, 122
- Rubial, Ramón, 143
- Rubio, Mariano, 146
- Ruiz Giménez, Joaquín, 53
- Ruiz Jarabo, Francisco, ministro de Justicia, 120, 122
- Ruiz Platero, Florentino, 113
- Rumsfeld, Donald, 130
- Sa Carneiro, Francisco, primer ministro portugués, 190
- Sabando, Pedro, consejero de Sanidad de Madrid, 204
- Sáenz de Ynestrillas, Ricardo, capitán, 185

- Sahara occidental, ocupación del, 33, 130-134
- Salanueva, Carmen, 203
- Salazar, António de Oliveira, dictador portugués, 101-103, 105
- Salvador, El, 188
- San Martín, José Ignacio, teniente coronel, 17, 21, 28, 28, 93, 98, 113, 116-117, 119, 120, 191
- Sánchez, Néstor D., jefe de la CIA en Madrid, 12, 161, 163-165, 168, 182-183, 253
- Sánchez Gijón, Antonio, 216
- Sánchez-Gijón, Antonio, periodista, 214
- Sancho Rof, Jesús, ministro de Sanidad, 198
- Sancristóbal, José, 241
- Santa Cruz, Ángel, periodista, 212
- Santisteban Loureiro, Dulce María, agente doble cubana, 173
- Sanz, Susana, doctora, 203-204
- Sartorius, Nicolás, 24
- Sasseville, Albert, 180
- Satrústegui, Joaquín, 25
- Saunders, Frances Stonor, 147
- Schmidt, Helmut, canceller, 153
- Schorr, Daniel, corresponsal de la CBS, 136
- Schultz, George, secretario de Estado, 235-236
- Schwartz, Pedro, 216
- Sección Especial de Agentes (SEA) del CESID, 178
- SECED, servicio de información, 15, 17, 21-22, 26, 85, 98, 143
- Secret Intelligence Service (SIS), 38, 39
- Segurado, José Antonio, 208
- Semprún, Jorge, 146
- Senillosa, Antonio de, 25
- Sentís, Carlos: *Perfil humano de Fraga*, 111
- Serra, Eduardo, 215, 217-219
- Serra, Narcís, ministro de Defensa, 156, 217
- Serrano Suárez, Ramón, ministro de Exteriores, 35, 260 n. 2
- Servicio Central de Documentación, 17
- Servicio de Documentación Exterior y Contraespionaje Francés (SDECE), 240
- Servicio secreto militar italianos (SIFAR), 86
- Servicios Vascos, 41-44
- Sharon, Ariel, primer ministro israelí, 275 n. 8
- Sherman, William T., almirante, 49, 58-59, 66
- Sherry III, Francis S.W., agente de la CIA, 164, 167
- Shields, Vicent M., 77
- Sierra, María, esposa de Keogh, 167
- Silver, Moreen, fotógrafa de prensa, 139
- Simcos, Daniel, agente de la CIA, 136
- Simó Orts, Francisco, pescador, 108
- Simón, Manuel, 149
- Simpson, Robert K., agente de la CIA, 168
- Sindona, Michael, 90
- Skoug, Kenneth, 171
- Smith, J. Perry, agente de la CIA, 168
- Soares, Mário, primer ministro portugués, 111, 130, 144, 155
- Solana, Javier, secretario general de la OTAN, 158-159, 254, 274 n. 24
- Solana, Luis, 212, 213, 274 n. 24
- Solidaridad, sindicato polaco, 91, 152
- Solís Ruiz, José, 27, 148, 267 n. 12
- Sorensen, Tom, 138-139
- Soriano, Manuel, 135 *La sombra del Rey*, 218
- Spinney, Norman L., oficial de la CIA, 223
- Spínola, António de, general, 129-130
- Spry, James, general, 59

- Stabler, Wells, embajador estadounidense, 112
- Stalin, Iosif V. D., 45, 49
- Starckmann, Georges, traficante de armas, 240-241
- Stauffenberg, Klaus von, coronel, 37
- Suárez, Adolfo, 27, 28-29, 80, 119, 142, 190-192, 194, 196, 242-243, 246
- Suárez Pertierra, Gustavo, 217
- Suffrin, Sidney, 59
- Sussini, Jean-Jacques, 104
- Tamames, Ramón, 24
- Tamarit, capitán, 191
- Tardini, Domenico, 49
- TASS, agencia oficial soviética de noticias, 197
- Tejero, Antonio, teniente coronel, 12, 14-15, 23, 77, 114, 177, 185, 190, 196
- Tejero, Rafael, capitán, 191
- Tena, doctor, 200
- Thatcher, Margaret, 156
- Therry, Leonard D., jefe de la CIA en Madrid, 12, 167, 226-228, 232
- Thomas, Américo, almirante, 101
- Thomas, John R., agente de la CIA, 223
- Tienza, Agostinho, 105
- Todman, Terence, embajador en Madrid, 15, 75-76, 177, 178, 184, 190, 192-194, 216
- Toro Tintore, José del, 239
- Torre Arredondo, Luis de la, 120-123
- Torrejón de Ardoz, base de, 58, 67, 193, 197, 205, 235, 236, 237
- Torrijos, Omar, general panameño, 190
- Train, George, 61
- Tratado de Amistad, Comercio y Navegación con España, 57, 134
- Treacy, John, 137
- Trueba, Enrique, presidente del Centro Cubano, 175
- Truman, Harry S., presidente, 30, 50, 55, 57-58, 60-61
- Tupamaros, movimiento guerrillero, 167-168
- Turner, Stansfield, almirante, 227
- Turquía, 185, 187-191
- Tuti, Mario, fascista, 94
- TV3: programa *30 minuts*, 117
- Unión de Centro Democrático (UCD), 207
- Unión General de Trabajadores (UGT), 145-146, 150
- Unión Latina, 109-110 Unión Militar Democrática (UMD),
- Unión Nacional para la Independencia Total de Angola (UNITA), 103
- Unión Socialdemócrata Española (USDE), 26
- Unión Soviética, 37, 39, 50, 51-52, 56-57, 176, 197
- United States International Communication Agency (USIA), 214-215, 216
- Urbano, Pilar, periodista, 142, 243
- Urresti Rodríguez, José Miguel, agente de la CIA, 236-237, 239
- Uruguay, 12, 167, 228
- Valcárcel, Darío, 112
- Vallés, Matías, periodista, 252
- Vallespín, Ricardo, 216
- Valverde, Juan, comandante del SECED, 28, 98
- Vaticano, 51, 54, 90, 124, 243
- 23-F, golpe del, 14-15, 29, 77, 80, 86, 113-114, 177-179, 189, 193-194, 212, 246
- Vellón, red secreta en Grecia, 87
- Vera, Rafael, director general de Seguridad, 96, 222, 243
- Verdera, Evelio, 224

- Vicente, Ciriaco de, 204
 Videla, Jorge, general, 184, 246
 Vietnam, guerra de, 32, 166
 Vigna, Pier Luigi, juez, 93, 96
 Vigón, Jorge, general, 62
 Vilá Marsans, José, 208
 Vilá Reyes, Juan, 267 n. 12
 Vinuesa, Arturo, coronel, 22, 25, 68-69, 76, 113, 192, 243
Visión, revista, 111, 147
 Vitoria, matanza de, 29
 Waldheim, Kurt, secretario general de la ONU, 132
 Walters, Vernon, teniente general, 1516, 17-21, 29-34, 66, 103, 129, 130-131, 136, 164, 171, 216, 231 *Misiones discretas*, 30, 133
 Ward, Terry R., 80
 Warrick, James M., agente de la CIA, 186
Washington Post, The, 253
 Watergate, caso, 17, 134
 Webb, John Frederick, agente de la CIA, 168
 Weinberger, Caspar, secretario de Defensa, 130, 133, 214
 Welch, Richard, jefe de la CIA en Atenas, 182
 Wilcott, Elsie, 161
 Wilcott, James, 161
 Woerner, Manfred, secretario general de la OTAN, 89
 Wolf, Louis, redactor de *Cover Action*, 181, 187
 Woodward, Bob, periodista, 131
 World Anti-Comunist League, 109
 Yagüe, Juan, 216
 Yom Kippur, guerra del, 125, 129, 182
 Zabala, José Ignacio, asesinato de, 99
 Zamir, Zvir, general, 244
 Zaragoza, base de, 58, 67, 193
 Zayas Mariátegui, Carlos, 14, 146
Zona Cero, revista, 150



IMPRENTA
ALEJO CARPENTIER

La CIA en ESPAÑA

Alfredo Grimaldos

La CIA (Central Intelligence Agency) está detrás de casi todos los principales acontecimientos políticos y militares de la historia reciente de España: la permanencia de la dictadura franquista, la transición del franquismo a la Monarquía, el golpe de Estado del 23-F, la evolución controlada hacia un sistema parlamentario, la definitiva integración a la estructura de la OTAN, las instalaciones de las bases militares estadounidenses en suelo español, las recientes escalas en sus aeropuertos de aviones de la CIA—con prisioneros que son trasladados a centros de tortura situados en varios países de la órbita norteamericana—, el envío de tropas a la guerra en Iraq; en fin, han encontrado en España una plataforma sólida para actuar tanto dentro del país como para extender sus tentáculos al norte de África y Europa.

En esta oscura tarea de mover los hilos desde la sombra colaboran miembros del Ejército español, destacados políticos y diplomáticos, empresarios, hombres de la banca y personajes del mundo de la cultura y el periodismo.

Entre la investigación histórica y el reportaje de actualidad, Alfredo Grimaldos devela quiénes son y cómo actúan algunos de los que han participado en las acciones, qué conexiones han tenido con las cúpulas militares y civiles del poder, así como cuál es su presencia, en las instituciones democráticas españolas. Documentado de forma irrefutable y escrito como un *thriller* político, este es un trabajo repleto de información y nombres propios que provocará asombro a los lectores que se sumerjan en sus páginas.

